E. P. Thompson



Tradición, revuelta y consciencia de clase

Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial

Editorial Crítica

EDWARD P. THOMPSON

TRADICIÓN, REVUELTA Y CONSCIENCIA DE CLASE

Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial

Prólogo de
JOSEP FONTANA

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA



1.ª edición: junio de 1979
2.ª edición: septiembre de 1984

Traducción castellana de EVA RODRÍGUEZ

Cubierta: Alberto Corazón

ISBN: 84-7423-093-4
Depósito legal: B. 23.809-1984
Impreso en España
1984. – Diagràfic, S. A., Constitució, 19, Barcelona-14

E. P. THOMPSON: HISTORIA Y LUCHA DE CLASES

Este volumen de Edward P. Thompson —expresamente preparado para su edición española— no es una mera compilación de ensayos eruditos, sino que tiene una unidad que se manifiesta en un doble sentido, temático y metodológico. Unidad temática porque los cinco estudios reunidos se refieren a la sociedad inglesa del siglo XVIII, en el proceso de tránsito del antiguo régimen al capitalismo, y representan una aportación fundamental al conocimiento de esta época y de este problema.

En el primero de ellos —«La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?»— se plantean algunos de los aspectos metodológicos que caracterizan el conjunto del volumen, y la obra entera de Thompson. El autor desarrolla en estas páginas su concepto de clase social, abondando en las reflexiones que hiciera al frente de The Making of the English Working Class, *y nos propone entenderla como «una categoría* histórica, *es decir, derivada de la observación social a lo largo del tiempo», inseparable de la noción de «lucha de clases», porque es en el proceso de esta lucha cuando se define y concreta.*

«La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII» investiga, precisamente, el carácter de la lucha de clases en la sociedad preindustrial, combatiendo la visión «espasmódica» que trata de explicar los motines populares con un grosero economicismo, como una respuesta directa e inmediata a un malestar coyuntural. Tal vez sea este uno de los trabajos de Thompson que han alcanzado mayor difusión y, a la vez, uno de los que han sido peor comprendidos. Mal comprendidos por quienes han pensado que negar el economicismo significaba poco menos que retirar de la historia los factores económicos —y así se apoyaba en Thompson una inter-

pretación trivialmente conspirativa de los motines populares del siglo XVIII—, pero también por quienes han pretendido convertir en un concepto abstracto y universal la «economía moral», para aplicarlo a otros momentos y otras sociedades, cuando la lección que se desprende de estas páginas reside precisamente en todo lo contrario: en sostener que cada momento y cada situación deben ser analizados en sus propios términos. Pienso que va a ser en este volumen, al integrarse con los restantes trabajos del autor, donde va a ser más fácil entender correctamente el significado de la «economía moral» thompsoniana.

«El entramado hereditario: un comentario» resultará tal vez el más especializado y difícil de los estudios reunidos aquí, pero se ha incluido porque representa una brillante ilustración de los principios expuestos anteriormente, al mostrarnos cómo algo que solemos considerar como poco menos que inmutable en el tiempo —la tierra transmitida por la herencia—, pierde su aparente fijeza cuando dejamos de analizarlo desde el simple plano de la historia institucional, para convertirse en un conjunto de derechos de aprovechamiento que sólo cobran pleno sentido en el interior del entramado de costumbres y controles de la sociedad agraria.

«El delito de anonimato» es un original intento de examinar la otra cara de las relaciones sociales del antiguo régimen, que suelen pintársenos como de deferencia, y hasta de consenso, apenas turbados por el estallido ocasional de la revuelta. En las cartas anónimas de amenaza, Thompson lee los signos del descontento y del rechazo, de una protesta social que, a falta de medios abiertos de expresión, ignoraríamos por completo. Desde este «nivel oscuro y anónimo» surge una imagen complementaria a la de la aceptación, que ha de servirnos para percibir la auténtica dimensión de esta sociedad.

«Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», finalmente, nos lleva hasta los umbrales de la sociedad capitalista, para analizar la naturaleza de unas transformaciones que no sólo han actuado sobre las condiciones de trabajo, sino «sobre la totalidad de la cultura». Thompson nos previene así contra la elemental linealidad de los modelos de desarrollo económico habituales, y concluye advirtiéndonos que «no existe el desarrollo económico, si no es, al mismo tiempo, desarrollo o cambio cultural».

Como apéndice se ha incluido una entrevista en que el autor contesta a las preguntas que le hicieron los redactores de la Radical

History Review *norteamericana. Este texto, que permitirá una mejor comprensión de sus planteamientos metodológicos, nos lleva al otro aspecto en que definíamos la unidad de este volumen. Porque al margen de su coherencia temática, este conjunto de estudios debe ser visto como una propuesta teórica, como una intervención en el debate que enfrenta formas muy distintas de entender el materialismo histórico.*

Tras la liquidación del mecanicismo staliniano —codificado en el canon de los cinco modos de producción, que eran presentados como etapas que todas las sociedades humanas debían recorrer, necesariamente y en un orden prefijado—, las interpretaciones de la historia inspiradas en el marxismo se han dividido en dos grandes corrientes. En una de ellas podemos situar la reflexión de Gramsci, el replanteamiento del problema de la transición del feudalismo al capitalismo a impulsos de Dobb, las propuestas globalizadoras de Vilar, la obra de historiadores como Hill, Hilton, Hobsbawm, Lublinskaya, etc. Es una corriente que abandona los rígidos esquemas formales del pasado y pretende devolver su papel fundamental a aquello que los propios Marx y Engels ponían en primer lugar: la concepción de la historia como resultado de la lucha de clases, como un perpetuo tejer y destejer de equilibrios, alianzas y enfrentamientos colectivos. Está claro que Thompson debe ser situado en esta corriente.

Frente a ella encontramos la del «estructuralismo marxista», cuyo representante más conocido es Althusser, que tiende a interpretar la historia como una sucesión de modos de producción, definidos en términos de razonamiento abstracto. En su forma más extrema, la que representan los sociólogos británicos Hindess y Hirst, el marxismo se convierte en una metateoría formal, que no sólo está por encima de los métodos de la historia, con su continuo enfrentarse a la realidad, sino que debe rechazar todo contacto con ella, puesto que la historia está condenada fatalmente al empirismo, ya que su objeto «no puede ser concebido como un objeto constituido teóricamente, como un objeto no limitado por lo que es dado». El estructuralismo marxista ha tenido una amplia difusión entre nosotros. Ofreciendo fórmulas asequibles y de inmediata aplicación, ha venido a responder a las demandas de quienes, insatisfechos con el magro bagaje teórico que les proporcionaba la enseñanza académica, buscaban otras herramientas de análisis y las han encontrado en unas propuestas que les han abierto un campo más vasto. El problema reside en que este

método, con el que se aprende a andar en seguida, no permite ir demasiado lejos, sino que se agota muy pronto en un juego verbal esterilizador. Thompson, que ha combatido el estructuralismo althusseriano en Miseria de la teoría *(libro que va a ser publicado próximamente por esta misma editorial), nos muestra que es «a la vez consecuencia del stalinismo y su continuación».*

Esta polémica no debe ser entendida, sin embargo, como un debate académico entre escuelas de pensamiento historiográfico distintas. Como supo ver Raynal en su tiempo, «la política en la historia es lo que distingue al historiador del mero narrador». Y eso es especialmente válido para el historiador marxista, en la medida en que el marxismo es una teoría para una práctica, y no para la mera práctica de mejorar la enseñanza universitaria o escribir mejores libros, sino para la de una acción en la sociedad. Tras las posturas metodológicas de Thompson hay una manera de concebir lo que debe ser el socialismo y, consecuentemente, la estrategia para acceder a él. El tema es demasiado complejo, y comprometido, como para sintetizarlo en unas pocas líneas. Si se me admite una imagen, que no es más que una primera aproximación, yo diría que la concepción de la historia que pretende devolver su papel fundamental al análisis de la lucha de clases —lo que es algo muy distinto a invocarla como una jaculatoria en que se expresa la adscripción a una fe— reacciona contra una visión del socialismo como estadio superior de la industrialización, caracterizado esencialmente por el empleo más eficaz de los recursos, para volver a su concepción en que el acento se pone en las relaciones entre los hombres, en la supresión de todas las formas por las que unos hombres explotan a otros, en la edificación de una sociedad sin clases. Reléase ahora la frase de Thompson que antes citaba —«no existe el desarrollo económico, si no es al mismo tiempo desarrollo o cambio cultural»— y se entenderá que hay en ella algo más que una mera propuesta para reinterpretar el pasado.

Pienso que este libro va a prestar un considerable servicio a cuantos se interesan por la renovación de la historia, no sólo porque pone a su alcance unos textos que, de otra forma, resultan difícilmente accesibles, sino porque les permitirá entenderlos como piezas de un conjunto, de un pensamiento global y coherente. Este es un libro importante por los problemas que analiza y por lo que significa como aportación a un debate teórico de considerable trascendencia. Pero es también un libro bien escrito, que revela una notable sen-

sibilidad, un espléndido conocimiento del marco cultural y un agudo sentido del matiz y del detalle. Para quienes se han acostumbrado a identificar la historia marxista con una elemental aplicación de fórmulas de un recetario catequístico, las páginas de Thompson van a resultar una revelación: la de una historiografía que puede superar a la académica en cualquier terreno; que va más lejos, cala más hondo y es capaz de ofrecernos una imagen más rica del hombre: del hombre entero, desde su lucha por la subsistencia hasta las manifestaciones más elevadas de su cultura.

JOSEP FONTANA

Barcelona, marzo de 1979.



LA SOCIEDAD INGLESA DEL SIGLO XVIII: ¿LUCHA DE CLASES SIN CLASES? *

Lo que sigue a continuación podría ser descrito más como un intento de argumentación que como un artículo. Las dos primeras secciones forman parte de un trabajo argumentativo sobre el paternalismo y están muy estrechamente relacionadas con mi artículo «Patrician Society, Plebeian Culture», publicado en el *Journal of Social History* (verano 1974). Las restantes secciones (que tienen su propia génesis) avanzan en la exploración de las cuestiones de clase y cultura plebeya.[1] Ciertas partes del desarrollo se fundamentan en investigaciones detalladas, publicadas y sin publicar. Pero no estoy seguro de que todas ellas juntas constituyan una «prueba» de la argumentación. Pues la argumentación sobre un proceso histórico de este tipo (que Popper sin duda describiría como «holístico») puede ser refutada; pero no pretende poseer el tipo de conocimiento positivo que generalmente afirman tener las técnicas de investigación positivistas. Lo que se afirma es algo distinto: que en una sociedad cualquiera dada no podemos entender las partes a menos que enten-

* «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?», *Social History,* III, n.º 2 (mayo 1978).

1. La polémica comenzó hace seis o siete años en el Centro para el Estudio de Historia Social de Warwick. Alguna parte de las secciones I y II fueron presentadas en el Congreso Anglo-Americano de Historiadores (7 julio 1972), en Londres. La sección V fue añadida para el debate del Seminario del Centro Davies, Universidad de Princeton (febrero 1976). Y yo he interpolado, en la sección VI, algunas notas sobre la «clase» presentadas en la Séptima Mesa Redonda de Historia Social en la Universidad de Constanza (junio 1977). Estoy agradecido a mis anfitriones y colegas en estas ocasiones, y por la valiosa polémica que siguió. Me doy cuenta de que un artículo amalgamado de esta forma debe carecer de cierta coherencia.

damos su función y su papel en su relación mutua y en su relación con el total. La «verdad» o la fortuna de tal descripción holística sólo puede descubrirse mediante la prueba de la práctica histórica. De modo que la argumentación que se presenta a continuación es una especie de preámbulo, un pensar en voz alta.

I

Se ha protestado con frecuencia que los términos «feudal», «capitalista» o «burgués» son en exceso imprecisos e incluyen fenómenos demasiado vastos y dispares para hacernos un servicio analítico serio. No obstante, ahora es constante el considerar útil una nueva serie de términos, tales como «preindustrial», «tradicional», «paternalismo» y «modernización», que parecen susceptibles prácticamente de las mismas objeciones, y cuya paternidad teórica es menos segura.

Puede tener interés el que, mientras el primer conjunto de términos dirige la atención hacia el conflicto o la tensión dentro del proceso social —plantean, al menos como implicación, las cuestiones de *¿quién?*, *¿a quién?*—, el segundo conjunto parece desplazarnos hacia una visión de la sociedad como orden sociológico autorregulatorio. Se nos presenta, con un especioso cientifismo, como si estuvieran carentes de valores.

En ciertos escritores «patriarcal» y «paternal» parecen ser términos intercambiables, el uno dotado de una implicación más seria, el otro algo más suavizada. Los dos pueden realmente converger tanto en hecho como en teoría. En la descripción de Weber de las sociedades «tradicionales», el foco del análisis se centra en las relaciones familiares de la unidad tribal o la unidad doméstica, y desde este punto se extrapolan las relaciones de dominio y dependencia que vienen a caracterizar la sociedad «patriarcal» como totalidad; formas que él relaciona específicamente con formas antiguas y feudales de orden social. Laslett, que nos ha recordado apremiantemente la importancia central de la «unidad doméstica» económica en el siglo XVII, sugiere que ésta contribuyó a la reproducción de actitudes y relaciones patriarcales y paternales que permearon a la totalidad de la sociedad, y que quizá siguieron haciéndolo hasta el momento de la «industrialización». Marx, es verdad, tendía a considerar las actitudes pa-

triarcales como características del sistema gremial de la Edad Media en que:

> Los oficiales y aprendices de cada oficio se hallaban organizados como mejor cuadraba al interés de los maestros; la relación patriarcal que les unía a los maestros de los gremios dotaba a éstos de un doble poder, por una parte mediante su influencia directa sobre la vida toda de los oficiales y, por otra parte, porque para los oficiales que trabajaban con el mismo maestro éste constituía un nexo real de unión que los mantenía en cohesión frente a los oficiales de los demás maestros y los separaba de éstos...

Marx afirmaba que en la «manufactura» estas relaciones eran sustituidas por «la relación monetaria entre el trabajador y el capitalista», pero, «en el campo y en las pequeñas ciudades, esta relación seguía teniendo un color patriarcal».[2] Es este un amplio margen, sobre todo cuando recordamos que en cualquier época previa a 1840 la mayor parte de la población vivía en estas condiciones.

De modo que podemos sustituir el «matiz patriarcal» por el término «paternalismo». Podría parecer que este *quantum* social mágico, refrescado cada día en las innumerables fuentes del pequeño taller, la unidad doméstica económica, la propiedad territorial, fue lo bastante fuerte para inhibir (excepto en casos aislados, durante breves episodios) la confrontación de clase, hasta que la industrialización la trajo a remolque consigo. Antes de que esto ocurriera, no existía una clase obrera con conciencia de clase; ni conflicto de clase alguno de este tipo, sino simplemente fragmentos del protoconflicto; como agente histórico la clase obrera no existía y, puesto que así es, la tarea tremendamente difícil de intentar descubrir cuál era la verdadera conciencia social de los pobres, de los trabajadores, y sus formas de expresión, sería tediosa e innecesaria. Nos invitan a pensar sobre la conciencia del oficio más que de la clase, sobre divisiones verticales más que horizontales. Podemos incluso hablar de una sociedad de «una clase».

Examinemos las siguientes descripciones de los caballeros terratenientes del siglo XVIII. El primero:

2. Esto procede de un pasaje muy general de *La ideología alemana* (1845). Yo no recuerdo ninguna parte de la misma generalidad en *El capital*. (Marx y Engels, *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1974, pp. 58 y 64.)

> La vida de una aldea, una parroquia, una ciudad mercado y su *hinterland,* todo un condado, podía desarrollarse en torno a una casa grande y su solar. Sus salones de recepción, jardines, establos y perreras eran el centro de la vida social local; su despacho de la propiedad, el centro donde se negociaban las tenencias agrarias, los arrendamientos de minas y edificios, y un banco de pequeños ahorros e inversiones; su propia explotación agraria, una exposición permanente de los mejores métodos agrícolas disponibles...; su sala de justicia... el primer baluarte de la ley y el orden; su galería de retratos, salón de música y biblioteca, el cuartel general de la cultura local; su comedor, el fulero de la política local.

Y he aquí el segundo:

> En el curso de administrar su propiedad para sus propios intereses, seguridad y conveniencia ejerció muchas de las funciones del Estado. Él era juez: resolvía disputas entre sus allegados. Era la policía: mantenía el orden entre un gran número de gente... Era la Iglesia: nombraba al capellán, generalmente algún pariente cercano con o sin formación religiosa, para mirar por su gente. Era una agencia de bienestar público: cuidaba de los enfermos, los ancianos, los huérfanos. Era el ejército en caso de revuelta: ...armaba a sus parientes y partidarios como si fuera una milicia particular. Es más, mediante lo que se convirtió en un intrincado sistema de matrimonios, parentesco y patrocinio... podía solicitar la ayuda, en caso de necesidad, de un gran número de parientes en el campo o en las ciudades que poseían propiedades y poder similares a los suyos.

Ambas son descripciones aceptables del caballero terrateniente del siglo XVIII. No obstante, ocurre que una describe a la aristocracia o la gran *gentry* inglesa, la otra a los dueños de esclavos del Brasil colonial.[3] Ambas servirían, igualmente, y con mínimas correcciones, para describir a un patricio de la *campagna* en la antigua Roma, uno de los terratenientes de *Almas muertas* de Gogol, un dueño de esclavos de Virginia,[4] o los terratenientes de cualquier sociedad en la

3. Harold Perkin, *The Origins of Modern English Society, 1780-1800,* 1969, p. 42; Alexander Marchant, «Colonial Brazil», en X. Livermore, ed., *Portugal and Brazil: An Introduction,* Oxford, 1953, p. 297.
4. Eugene D. Genovese, *The World the Slaveholders Made,* Nueva York, 1969, esp. p. 96.

que la autoridad económica y social, poderes judiciales, sumarios, etc., estuvieran unidos en un solo punto.

Quedan, sin embargo, algunas dificultades. Podemos denominar una concentración de autoridad económica y cultural «paternalismo» si así lo deseamos. Pero, si admitimos el término, debemos también admitir que es demasiado amplio para un análisis discriminatorio. Nos dice muy poco sobre la naturaleza del poder y el Estado, sobre formas de propiedad, sobre la ideología y la cultura, y es incluso demasiado romo para distinguir entre modos de explotación, entre la mano de obra servil y libre.

Además, es una descripción de relaciones sociales vista desde arriba. Esto no la invalida, pero debemos ser conscientes de que esta descripción puede ser demasiado persuasiva. Si sólo nos ofrecen la primera descripción, es entonces muy fácil pasar de ésta a la idea de «una sociedad de una sola clase»; la casa grande se encuentra en la cumbre, y todas las líneas de comunicación llevan a su comedor, despacho de la propiedad o perreras. Es esta, en verdad, una impresión que fácilmente obtiene el estudioso que trabaja entre los documentos de propiedades particulares, los archivos de los *quarter sessions,* o la correspondencia de Newcastle.

Pero pueden encontrarse otras formas de describir la sociedad además de la que nos ofrece Harold Perkin en el primero de los extractos. La vida de una parroquia puede igualmente girar en torno al mercado semanal, los festivales y ferias de verano e invierno, la fiesta anual de la aldea, tanto como alrededor de lo que ocurría en la casa grande. Las habladurías sobre la caza furtiva, el robo, el escándalo sexual y el comportamiento de los superintendentes de pobres podían ocupar las cabezas de las gentes bastante más que las distantes idas y venidas de la posesión. La mayor parte de la comunidad campesina no tendría demasiadas oportunidades para ahorrar o invertir o para mejorar sus campos; posiblemente se sentían más preocupados por el acceso a la cocción, a las turberas y a los pastos del común que por la rotación de los nabos. La justicia podía percibirse no como un «baluarte» sino como un tirano. Sobre todo, podía existir una radical disociación —en ocasiones antagonismo— entre la cultura e incluso la «política» de los pobres y aquellas de los grandes.

Pocos estarían dispuestos a negar esto. Pero las descripciones del orden social en el primer sentido, vistas desde arriba, son mucho

más corrientes que los intentos de reconstruir una visión desde abajo. Y siempre que se introduzca la noción de «paternalismo» es el primer modelo el que nos sugiere. Y el término no puede deshacerse de implicaciones normativas: sugiere calor humano, en una relación mutuamente admitida; el padre es consciente de sus deberes y responsabilidades hacia el hijo, el hijo está conforme o activamente consciente a su estado filial. Incluso el modelo de la pequeña unidad doméstica económica conlleva (a pesar de los que lo niegan) un cierto sentido de confort emocional: «hubo un tiempo —escribe Laslett— en que toda la vida se desarrollaba en la familia, en un círculo de rostros amados y familiares, de objetos conocidos y mimados, todos de proporciones humanas».[5] Sería injusto contrastar esto con el recuerdo de que *Cumbres borrascosas* está enmarcado exactamente en una situación familiar como esta. Laslett nos recuerda un aspecto relevante de las relaciones económicas a pequeña escala, incluso si el calor pudiera ser producido por la impotente rebelión contra una dependencia abyecta, con tanta frecuencia como por el respeto mutuo. En los primeros años de la revolución industrial, los trabajadores rememoraban a menudo los valores paternalistas perdidos; Cobbett y Oastler elaboraron el sentimiento de pérdida, Engels afirmó el agravio.

Pero esto plantea otro problema. El paternalismo como mito o ideología mira casi siempre hacia atrás. Se presenta en la historia inglesa menos como realidad que como un modelo de antigüedad, recientemente acabada, edad de oro de la cual los actuales modos y maneras constituyen una degeneración. Y tenemos el *Country Justice* de Langhorne (1774):

> When thy good father held this wide domain,
> The voice of sorrow never mourn'd in vain.
> Sooth'd by his pity, by his bounty fed,
> The sick found medecine, and the aged bread.
> He left their interest to no parish care,
> No bailiff urged his little empire there;
> No village tyrant starved them, or oppress'd;
> He learn'd their wants, and he those wants redress'd...

5. Peter Laslett, *The World We Have Lost,* 1965, p. 21.

The poor at hand their natural patrons saw,
And lawgivers were supplements of law! *

Y continúa para negar que estas relaciones tengan alguna realidad en el momento:

... Fashion's boundless sway
Has borne the guardian magistrate away.
Save in Augusta's streets, on Gallia's shores,
The rural patron is beheld no more ...**

Pero podemos elegir las fuentes literarias como nos plazca. Podríamos retroceder unos sesenta o setenta años hasta sir Roger de Coverley, un tardío superviviente, un hombre singular y anticuado, y por ello al mismo tiempo ridículo y entrañable. Podríamos retroceder otros cien años hasta el *Rey Lear,* o hasta el «buen anciano» de Shakespeare, Adam; nuevamente los valores paternalistas se consideran «una antigualla», se deshacen ante el individualismo competitivo del hombre natural del joven capitalismo, en el que «el vínculo entre el padre y el hijo está resquebrajado» y donde los dioses protegen a los bastardos. O podemos seguir retrocediendo otros cien años hasta sir Thomas More. La realidad del paternalismo aparece siempre retrocediendo hacia un pasado aún más primitivo e idealizado.[6] Y el término nos fuerza a confundir atributos reales e ideológicos.

Para resumir: paternalismo es un término descriptivo impreciso. Tiene considerablemente menos especificidad histórica que términos como feudalismo o capitalismo; tiende a ofrecer un modelo de orden social visto desde arriba; contiene implicaciones de calor y de rela-

* Cuando tu buen padre tenía este amplio dominio, / La voz del dolor nunca lloró en vano. / Calmados por su piedad, por su abundancia alimentados, / Los enfermos encontraban medicina y los ancianos pan. / Nunca abandonó sus intereses a los cuidados de la parroquia. / Ni hubo bailío alguno que impusiera allí su pequeño imperio; / No hubo tirano de aldea que los matara de hambre o los oprimiera; / Aprendió sus necesidades, y ellas satisfacía ... // Los pobres veían a su lado a sus protectores naturales, / Y los que impartían la ley sustituían a la ley misma.

** ... El viaje sin límites de las costumbres / Se ha llevado al magistrado guardián. / Excepto en las calles de Augusta, en las costas de Galia, / El patrón rural ya nunca se vislumbra ...

6. Raymond Williams, *The Country and the City,* Oxford, 1973, passim.

ciones personales que suponen nociones valorativas; confunde lo real con lo ideal. No significa esto que debamos desechar el término por completa inutilidad para todo servicio. Tiene tanto, o tan poco, valor como otros términos descriptivos generalizados —autoritario, democrático, igualitario— que por sí mismos, y sin sustanciales añadiduras, no pueden caracterizar un sistema de relaciones sociales. Ningún historiador serio debe caracterizar toda una sociedad como paternalista o patriarcal. Pero el paternalismo puede, como en la Rusia zarista, en el Japón meiji o en ciertas sociedades esclavistas, ser un componente profundamente importante no sólo de la ideología, sino de la mediación institucional en las relaciones sociales.[7] ¿Cuál es el estado de la cuestión con respecto a la Inglaterra del siglo XVIII?

II

Dejemos a un lado de inmediato una línea de investigación tentadora pero totalmente improductiva: la de intentar adivinar el peso específico de ese misterioso fluido que es el «matiz patriarcal», en este o aquel contexto y en distintos momentos del siglo. Comenzamos con impresiones; adornamos nuestros presentimientos con citas oportunas; terminamos con impresiones.

Si observamos, por el contrario, la expresión institucional de las relaciones sociales, esta sociedad parece ofrecer pocos rasgos auténti-

7. El significado del análisis del paternalismo en la obra de Eugene D. Genovese, que culmina en *Roll, Jordan, Roll* (Nueva York, 1974), no puede ser una exageración. Lo que puede serlo, en opinión de los críticos de Genovese, es el grado de «reciprocidad» de la relación entre los dueños de esclavos y éstos y el grado de adaptación (o conformidad) aceptado por los esclavos en el «espacio para vivir» proporcionado por la manifiesta hegemonía de los amos (Herbert G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom*, Nueva York, 1976, esp. pp. 309-326, y Eric Perkins, «*Roll, Jordan, Roll*: A "Marx" for the Master Class», *Radical History Review*, Nueva York, III, n.º 4 (otoño 1976), pp. 41-59. En una respuesta provisional a sus críticos (*ibid.*, invierno 1976-1977), Genovese observa que suprimió 200 páginas sobre revueltas de esclavos en el hemisferio occidental (que aparecerán en un volumen subsiguiente); en la parte publicada se ocupó de «analizar la dialéctica de la lucha de clases y el duro antagonismo en una época en que la confrontación abierta de tipo revolucionario era mínima». Mientras que la situación de los esclavos y de los trabajadores pobres ingleses del siglo XVIII es difícilmente comparable, el análisis de Genovese de hegemonía y reciprocidad —y la polémica que le siguió— es de gran relevancia para los temas de este artículo.

camente paternalistas. Lo primero que notamos en ella es la importancia del dinero. La *gentry* terrateniente se clasifica no por nacimiento u otras distinciones de status, sino por sus rentas: tienen tantas libras al año. Entre la aristocracia y la *gentry* con ambiciones, los noviazgos los hacen los padres y sus abogados, que los llevan con cuidado hasta su consumación; el acuerdo matrimonial satisfactoriamente contraído. Destinos y puestos podían comprarse y venderse (siempre que la venta no fuera seriamente conflictiva con las líneas de interés político); los destinos en el ejército, los escaños parlamentarios, libertades, servicios, todo podía traducirse en un equivalente monetario: el voto, los derechos de libre tenencia, la exención de impuestos parroquiales o servicio de la milicia, la libertad de los burgos, las puertas en las tierras del común. Este es el siglo en que el dinero «lleva toda la fuerza», en el que las libertades se convierten en propiedades y se cosifican los derechos de aprovechamiento. Un palomar situado en una antigua tenencia libre puede venderse, y con él se vende el derecho a votar; los escombros de un antiguo caserío se pueden comprar para reforzar las pretensiones a derechos comunales y, por tanto, para cerrar un lote más del común.

Si los derechos de aprovechamiento, servicios, etc., se convirtieron en propiedades que se clasificaban con el valor de tantas libras, no siempre se convirtieron, sin embargo, en mercancías accesibles para cualquier comprador en el mercado libre. La propiedad asumía su valor, en la mayor parte de los casos, sólo dentro de una determinada estructura de poder político, influencias, intereses y dependencia, que Namier nos dio a conocer. Los cargos titulares prestigiosos (tales como *rangers, keepers, constables*) y los beneficios que con ellos traían podían comprarse y venderse; pero no todo el mundo podía comprarlos o venderlos (durante los gobiernos de Walpole, ningún par *tory* o jacobita tenía probabilidades de éxito en este mercado); y el detentador de un cargo opulento que incurría en la desaprobación de políticos o Corte podía verse amenazado de expulsión mediante procedimientos legales. La promoción a los puestos más altos y lucrativos de la Iglesia, la justicia o las armas, se encontraba en situación similar. Los cargos se obtenían mediante la influencia política pero, una vez conseguidos, suponían normalmente posesión vitalicia, y el beneficiario debía exprimir todos los ingresos posibles del mismo mientras pudiera. La tenencia de sinecuras de Corte y de altos cargos políticos era mucho menos segura, aunque

de ningún modo menos lucrativa: el conde de Ranelagh, el duque de Chandos, Walpole y Henry Fox, entre otros, amasaron fortunas durante su breve paso por el cargo de Pagador General. Y, por otra parte, la tenencia de posesiones territoriales, como propiedad absoluta, era enteramente segura y hereditaria. Era tanto el punto de acceso para el poder y los cargos oficiales, como el punto al cual retornaban el poder y los cargos. Las rentas podían aumentarse mediante una administración competente y mejoras agrícolas, pero no ofrecían las ganancias fortuitas que proporcionaban las sinecuras, los cargos públicos, la especulación comercial o un matrimonio afortunado. La influencia política podía maximizar los beneficios más que la rotación de cuatro hojas, como, por ejemplo, facilitando la consecución de decretos privados, tales como el cerramiento, o el convertir un paquete de ingresos sinecuristas no ganados por vía normal en posesiones hipotecadas, allanando el camino para conseguir un matrimonio que uniera intereses armónicos o logrando acceso preferente a una nueva emisión de bolsa.

Fue esta una fase depredadora del capitalismo agrario y comercial, y el Estado mismo era uno de los primeros objetos de presa. El triunfo en la alta política era seguido por el botín de guerra, así como la victoria en la guerra era con frecuencia seguida por el botín político. Los jefes triunfantes de las guerras de Marlborough no sólo obtuvieron recompensas públicas, sino también enormes sumas sustraídas de la subcontratación militar de forrajes, transporte u ordenanzas; Marlborough recibió el palacio de Blenheim, Cobham y Cadogan los pequeños palacios de Stowe y Caversham. La sucesión hannoveriana trajo consigo una serie de bandidos-cortesanos. Pero los grandes intereses financieros y comerciales requerían también acceso al Estado, para obtener cédulas, privilegios, contratos, y la fuerza diplomática, militar y naval necesarias para abrir el camino al comercio.[8] La diplomacia obtuvo para la South Sea Company el

8. No debemos olvidar que la gran investigación de Namier del carácter del sistema parlamentario se originó como estudio de «The Imperial Problem during the American Revolution», prefacio de la primera edición de *The Structure of Politics at the Accession of George III*. Desde la época de Namier, el «problema imperial» y sus constantes presiones en la vida política y económica de Inglaterra ha sido despreciado con excesiva frecuencia, y después olvidado. Véase también los comentarios de Irfan Habib, «Colonialization of the Indian Economy, 1757-1900», *Social Scientist*, Delhi, n.º 32, esp. pp. 25-30.

asiento, o licencia para el comercio de esclavos con la América española, y fue la expectativa de beneficios masivos de esta concesión lo que hinchó la South Sea Bubble. No se pueden hacer pompas (*bubble*) sin escupir, y los escupitajos en este caso tomaron la forma de sobornos no sólo a los ministros y a las queridas del rey, sino también (parece seguro) al mismo rey.

Estamos acostumbrados a pensar que la explotación es algo que ocurre sobre el terreno, en el momento de la producción. A principios del siglo XVIII se creaba la riqueza en este nivel primario, pero se elevó rápidamente a regiones más altas, se acumuló en grandes paquetes y los verdaderos agostos se hicieron en la distribución, acaparamiento y venta de artículos o materias primas (lana, grano, carne, azúcar, paños, té, tabaco, esclavos), en la manipulación del crédito y en la incautación de cargos del Estado. Un bandido patricio compitió para lograr el botín del poder, y este solo hecho explica las grandes sumas de dinero que estaban dispuestos a emplear en la compra de escaños parlamentarios. Visto desde esta perspectiva, el Estado no era tanto el órgano efectivo de una clase determinada como un parásito a lomos de la misma clase (la *gentry*) que había triunfado en 1688. Y así se veía, y se consideraba intolerable por muchos miembros de la pequeña *gentry tory* durante la primera mitad del siglo, cuyos impuestos y tierras veían transferidos por los medios más patentes a los bolsillos de los cortesanos y políticos *whig*, a la misma élite aristocrática cuyos grandes dominios se estaban consolidando frente a los pequeños, en estos años. Incluso hubo un intento por parte de la oligarquía, en la época del duque de Sunderland, de confirmarse institucionalmente y autoperpetuarse mediante la tentativa de lograr el Peerage Bill (Proyecto de Ley de Nobleza) y la Septennial Act (Ley Septenal). El que las defensas constitucionales contra esta oligarquía pudieran al menos sobrevivir a estas décadas se debió en gran medida a la obstinada resistencia de la *gentry* independiente rural, en gran parte *tory*, en ocasiones jacobita, apoyada una y otra vez por la multitud vociferante y turbulenta.

Todo esto se hacía en nombre del rey. En nombre del rey podían los ministros de éxito purgar incluso al más subordinado funcionario del Estado que no estuviera totalmente sometido a sus intereses. «No hemos ahorrado medios para encontrar a todos los malvados, y hemos despedido a todos aquellos de los cuales teníamos la más mínima prueba, tanto de su actual como de su pasado comporta-

miento», escribían los tres serviles comisarios de Aduanas de Dublín al duque de Sunderland en agosto de 1715. Es «nuestro deber no permitir que ninguno de nuestros subordinados coma el pan de Su Majestad, si no tienen todo el celo y afecto imaginables hacia su servicio y el del Gobierno».[9] Pero uno de los intereses primeros de los depredadores políticos era limitar la influencia del rey a la de *primus inter predatores*. Cuando al ascender Jorge II pareció dispuesto a prescindir de Walpole, resultó que era susceptible de ser comprado como cualquier político *whig*, aunque a más alto precio:

> Walpole conocía su deber. Nunca fue soberano tratado con mayor generosidad. El Rey, 800.000 libras, más el excedente de todos los impuestos asignados a la lista civil, calculados por Hervey en otras 100.000 libras; la Reina, 100.000 libras al año. Corría el rumor de que Pulteney ofrecía más. Si así era, su incapacidad política era asombrosa. Nadie a excepción de Walpole podía haber esperado obtener tales concesiones a través de los Comunes ... una cuestión que el Soberano no tardó en captar ...
>
> «Considere, Sir Robert», dijo el Rey, ronroneando de gratitud mientras su ministro se disponía a dirigirse a los Comunes, «que lo que me tranquiliza en esta cuestión es lo que hará también su tranquilidad; va a decidirse para mi vida y para su vida.»[10]

Así que el deber de Walpole resulta ser el respeto mutuo de dos ladrones de cajas fuertes asaltando las cámaras del mismo banco. Durante estas décadas, los conocidos «recelos» *whig* de la Corona no surgían del miedo a que los monarcas hannoverianos realizaran un golpe de estado y pisotearan bajo sus pies las libertades de los súbditos al adquirir poder absoluto; la retórica se destinaba exclusivamente a las tribunas públicas. Surgía del miedo más real a que el monarca ilustrado encontrara medios para elevarse, como personificación de un poder imparcial, racionalizado y burocrático, por encima y más allá del juego depredador. El atractivo de un rey tan patriótico hubiera sido inmenso, no sólo entre la *gentry* menor, sino entre grandes sectores de la población: fue precisamente el atractivo de su imagen de patriota incorrupto lo que llevó a William Pitt, el

9. MSS de Blenheim (Sunderland), D II, 8.
10. J. H. Plumb, *Sir Robert Walpole*, 1969, II, pp. 168-169.

mayor, al poder en una marea de aclamación popular, a pesar de la hostilidad de los políticos y de la Corte.[11]

«Los sucesores de los antiguos *Cavaliers* se habían convertido en demagogos; los sucesores de los *Roundheads* en cortesanos», dice Macaulay, y continúa: «Durante muchos años, una generación de *Whigs* que Sidney habría desdeñado por esclavos, continuaron librando una guerra a muerte con una generación de *Tories* a los cuales Jeffreys habría colgado por republicanos».[12] Esta caracterización no sobrevive mucho tiempo después de mediado el siglo. El odio entre *whigs* y *tories* se había suavizado mucho (y —para algunos historiadores— desaparecido) diez años antes del ascenso de Jorge III, y la subsiguiente «matanza de los inocentes Pelhamitas». Los supervivientes *tories* procedentes de la gran *gentry* volvieron a las comisiones de paz, recuperaron su presencia política en los condados y abrigaron esperanzas de compartir el botín del poder. Al ascender la manufactura en las escalas de riqueza frente al trasiego mercantil y la especulación, también ciertas formas de privilegio y corrupción se hicieron odiosas a los hombres adinerados, que llegaron a aceptar la palestra racionalizada e «imparcial» del mercado libre: ahora uno podía hacer su agosto sin la previa compra política en los órganos del Estado. El ascenso de Jorge III cambió de modos diversos los términos del juego político; la oposición sacó su vieja retórica liberal y le dio lustre. Para algunos adquirió (como en la ciudad de Londres) un contenido verdadero y renovado. Pero el rey desafortunadamente malogró todo intento de presentarse como rey ilustrado, como la cúspide de una burocracia desinteresada. Las funciones parasitarias del Estado se vieron bajo constante escrutinio y ataque a destajo (ataques contra East India Company, contra puestos y sinecuras, contra la apropiación indebida de tierras públicas, la

11. P. D. Langford, «William Pitt and Public Opinion, 1757», *English Historical Review*, CCCXLVI (1973). Pero, cuando estuvo en el poder, el «patriotismo» de Pitt sólo se limitó a la parte derecha del gobierno. La parte izquierda, Newcastle, «tomó el tesoro, el patronazgo civil y eclesiástico, y la disposición de aquella parte del dinero del servicio secreto empleado en aquel momento en sobornar a los miembros del Parlamento. Pitt era secretario de Estado, y tenía la dirección de la guerra y los asuntos exteriores. De modo que toda la porquería de todos las ruidosas y pestilentes alcantarillas del gobierno se virtió en un solo canal. Por los restantes canales sólo pasó lo brillante y sin mácula» (T. B. Macaulay, *Critical and Historical Essays*, 1880, p. 747).

12. *Ibid.*, p. 746.

reforma del Impuesto de Consumos, etc.); pero su papel esencial parasitario persistió.

«La Vieja Corrupción» es un término de análisis político más serio de lo que a menudo se cree; pues como mejor se entiende el poder político a lo largo de la mayor parte del siglo XVIII es, no como un órgano directo de clase o intereses determinados, sino como una formación política secundaria, un lugar de compra donde se obtenían o se incrementaban otros tipos de poder económico y social; en relación a sus funciones primarias era caro, ampliamente ineficaz, y sólo sobrevivió al siglo porque no inhibió seriamente los actos de aquellos que poseían poder económico o político (local) *de facto*. Su mayor fuente de energía se encontraba precisamente en la debilidad misma del Estado; en el desuso de sus poderes paternales, burocráticos y proteccionistas, en la posibilidad que otorgaba al capitalismo agrario, mercantil y fabril, para realizar su propia autorreproducción; en los suelos fértiles que ofrecía al *laissez-faire*.[13]

Pero raramente parece ser un suelo fértil para el paternalismo. Nos hemos acostumbrado a una visión algo distinta de la política del siglo XVIII, presentada por historiadores que se han acostumbrado a considerar la época en los términos de las apologías de sus principales actores.[14] Si se advierte la corrupción, puede legitimarse mencionando un precedente; si los *whigs* era depredadores, también lo eran los *tories*. No hay nada fuera de orden, todo está incluido en «los criterios aceptados de la época». Pero la visión alternativa que yo he ofrecido no debe producir sorpresas. Es, después de todo, la

13. Debo subrayar que esta es una visión del Estado vista desde «dentro». Desde «fuera», en su efectiva presencia militar, naval, diplomática e imperial, directa o indirecta (como en la paraestatal East India Company) debe verse con un aspecto mucho más agresivo. La mezcla de debilidad interna y fuerza externa, y el equilibrio entre ambas (en política de «guerra» y de «paz») nos conducen hasta la mayoría de las cuestiones de principio reales abiertas en la alta política de mediados del siglo XVIII. Era cuando la debilidad inherente a su parasitismo interno destruía sus venganzas en derrotas externas (la pérdida de Menorca y el sacrificio ritual del almirante Byng; el desastre americano) cuando los elementos de la clase dirigente se veían empujados por el *shock* fuera de meros faccionalismos y a una política de principios clasista.

14. Pero ha habido un cambio significativo en la reciente historiografía, hacia un tomar más en serio las relaciones entre los políticos y la nación política «sin puertas». Véase J. H. Plumb, «Political Man», en James L. Clifford, ed., *Man versus Society in Eighteenth-Century Britain*, Cambridge, 1968; y, notablemente, John Brewer, *Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III*, Cambridge, 1976; así como muchos otros estudios especializados.

crítica de la alta política que se encuentra en *Los viajes de Gulliver* y en *Jonathan Wilde,* en parte en las sátiras de Pope y en parte en *Humphrey Clinker,* en «Vanity of Human Wishes» y «London» de Johnson y en el «Traveller» de Goldsmith. Aparece, como teoría política, en la *Fábula de las abejas* de Mandeville y reaparece, de forma más fragmentaria, en las *Political Disquisitions* de Burgh.[15] En las primeras décadas del siglo, la comparación entre la alta política y los bajos fondos era un recurso corriente de la sátira:

> Sé que para parecer aceptable a los hombres de alcurnia hay que esforzarse en imitarlos, y sé de qué modo consiguen Dinero y puestos. No me sorprende que el Talento necesario para ser un gran Hombre de Estado sea tan escaso en el mundo, dado que tan gran cantidad de los que lo poseen son segados en lo mejor de sus vidas en el *Old-Baily.*

Así se expresaba John Gay, en una carta privada, en 1723.[16] La idea constituye la semilla de la *Beggar's Opera.* Los historiadores han desatendido generalmente esta imagen como hiperbólica. No deberían hacerlo.

Hay, desde luego, que hacer alguna salvedad. Pero una, sin embargo, que *no puede* hacerse es que el parasitismo estaba frenado, o los recelos vigilados, por una clase media en progresivo aumento de profesionales e industriales, con fines claros y con cohesión.[17] Esta clase no empezó a descubrirse a sí misma (excepto, quizás, en Londres) hasta las tres últimas décadas del siglo. Durante la mayor parte del mismo, sus miembros potenciales se contentaban con someterse a una condición de abyecta dependencia. Excepto en Londres, hicieron pocos esfuerzos (hasta el Association Movement de finales de los años 1770) para librarse de las cadenas del soborno electoral y la influencia; eran adultos que consentían en su propia corrupción. Después de dos décadas de adhesión servil a Walpole, surgieron los Disi-

15. «En nuestra época la oposición está entre una Corte corrupta a la que se ha unido una innumerable multitud de todos los rangos y posiciones comprados con dinero público, y la parte independiente de la nación» (*Political Disquisitions, or an Enquiry into Public Errors, Defects, and Abuses,* 1774). Esta es, por supuesto, también la crítica de la vieja oposición «rural» a Walpole.

16. C. F. Burgess, ed., *Letters of John Gay,* Oxford, 1966, p. 45.

17. Pero téngase en cuenta el análisis relevante en John Cannon, *Parliamentary Reform, 1640-1832,* Cambridge, 1973, p. 49, nota 1.

dentes con su recompensa: 500 libras asignadas al meritorio clero. Cincuenta años pasaron sin que pudieran lograr la derogación del Test y las Corporation Acts (Leyes Corporativas). Como hombres de la Iglesia, la mayoría adulaban para obtener ascensos, cenaban y bromeaban (con resignación) a la mesa de sus protectores y, como el párroco Woodforde, no se ofendían por recibir una propina del señor en una boda o un bautizo.[18] Como registradores, abogados, tutores, administradores, mercaderes, etc., se encontraban dentro de los límites de la dependencia; sus cartas respetuosas, en que solicitaban puestos o favores, están preservadas en las colecciones de manuscritos de los grandes.[19] (Como tales, las fuentes tienen la tendencia historiográfica a sobredestacar el elemento de deferencia en la sociedad del siglo XVIII; un hombre en la situación, forzosa, de solicitar favores no revelará su verdadera opinión.) En general, las clases medias se sometieron a una relación de clientelismo. Ocasionalmente un individuo podía librarse, pero incluso las artes permanecieron coloreadas por su dependencia de la liberalidad de sus mecenas.[20] El aspirante a profesional o comerciante buscaba menos el remedio a su sentimiento de agravio en la organización social que en la movilidad social (o geográfica, a Bengala, o al «Occidente» de Europa: al Nuevo Mundo). Intentaba comprar la inmunidad a la deferencia adquiriendo la riqueza que le proporcionaría «independencia», o tierras y status de *gentry*.[21] El profundo resentimiento generado por

18. «11 abril 1779 ... Había Coches en la Iglesia. El Sr. Custance, inmediatamente después de la Ceremonia, se me acercó con el deseo de que aceptara un pequeño presente; estaba envuelto en un pedazo de papel blanco muy arreglado y, al abrirlo, vi que contenía no menos de la suma de 4.4.0. Dio también al oficial 0.10.6.» (*The Diary of a Country Parson*, 1963, p. 152).

19. «El correo de todo miembro del Parlamento con las más mínimas pretensiones de influencia estaba repleto de ruegos y peticiones de votantes para ellos, sus parientes o subordinados. Puestos en las Aduanas y Consumos, en el Ejército y en la Armada, en la Iglesia, en las Compañías de India Oriental, África y Levante, en todos los departamentos del Estado desde porteros a funcionarios: trabajos en la Corte para la verdadera *gentry* o sinecuras en Irlanda, el cuerpo diplomático, o cualquier otro lugar donde los deberes fueran ligeros y los salarios estables» (J. H. Plumb, «Political Man», en *op. cit.*, p. 6).

20. De aquí la iracunda nota de Blake a sir Joshua Reynolds: «¡Liberalidad! no queremos Liberalidad. Queremos precios justos y Valores Proporcionados y una demanda general para el Arte» (Geoffrey Keynes, ed., *The Complete Writings of William Blake*, 1957, p. 446).

21. Para comentarios terribles sobre deferencia e independencia, véase Mary Thrale, ed., *The Autobiography of Francis Place*, Cambridge, 1972,

esta condición de «cliente», con sus concomitantes humillaciones y sus obstáculos para la carrera abierta al talento, movió gran parte del radicalismo intelectual de principios de los años 1790; sus ascuas abrasan los pies incluso en los tranquilos y racionalistas períodos de la prosa de Godwin.

De modo que, al menos durante las primeras siete décadas del siglo, no encontramos clase media alguna industrial o profesional que ejerza una limitación efectiva a las operaciones del depredador poder oligárquico. Pero, si no hubiera habido frenos de ninguna clase, ningún atenuante al dominio parasitario, la consecuencia habría sido necesariamente la anarquía, una facción haciendo presa sin restricción sobre otra. Los principales atenuantes a este dominio eran cuatro.

Primero, ya hemos hablado de la tradición en gran medida *tory* de la pequeña *gentry* independiente. Esta tradición es la única que sale de la primera mitad del siglo cubierta de honor; reaparece, con manto *whig,* en el Association Movement de los años 1770.[22] En segundo lugar, está la prensa: en sí misma una especie de presencia de clase media, adelantándose a otras expresiones articuladas, una presencia que extiende su alcance al extenderse la alfabetización, y

pp. 216-218, 250. El afortunado mercader de Birmingham, William Hutton, anota en su autobiografía la forma en que llegó a comprar tierra por primera vez (en 1766 a la edad de 43 años): «Desde que tenía ocho años había desarrollado el amor a la tierra, y a menudo preguntaba acerca de ella, y deseaba tener alguna propia. Este ardiente deseo del barro nunca me abandonó ...» (*The Life of William Hutton,* 1817, p. 177).

22. Aunque la oposición del campo a Walpole tenía demandas centrales que eran democráticas formalmente (parlamentos anuales, disminución de funcionarios y de la corrupción, terminar con el ejército regular, etc.), la democracia que se pedía era desde luego limitada, en general, a la *gentry* terrateniente (frente a los intereses monetarios y de la Corte), como quedaba claro en la constante defensa *tory* de las cualificaciones de propiedad territorial para los miembros del Parlamento. Véase el útil análisis de Quentin Skinner (que, sin embargo, no toma en consideración la dimensión de la nación política «sin puertas» a la que apeló Bolingbroke), «The Principles and Practice of Opposition: The Case of Bolingbroke versus Walpole», en Neil McKendrick, ed., *Historical perspectives,* 1974; H. T. Dickinson, «The Eighteenth-Century Debate on the "Glorious Revolution"», *History,* LXI, n.º 201 (febrero 1976), pp. 36-40; y (para la continuidad entre la plataforma del viejo partido del Campo y los nuevos *whigs* radicales), Brewer, *op. cit.,* pp. 19, 253-255. Los *whigs* hannoverianos también apoyaban las cualificaciones de gran propiedad para los miembros del Parlamento (Cannon, *op. cit.,* p. 36).

al aprender por sí misma a crecer y conservar sus libertades.[23] En tercer lugar, existe «la Ley», elevada durante este siglo a un papel más prominente que en cualquier otro período de nuestra historia, y que servía como autoridad «imparcial» arbitrante en lugar de la débil y nada ilustrada monarquía, una burocracia corrupta e ineficaz, y una democracia que ofrecía a las activas intromisiones del poder poco más que una retórica sobre su linaje. El Derecho Civil proporcionaba a los intereses en competencia una serie de defensas de su propiedad, v las reglas del juego sin las que todo ello habría caído en la anarquía. (El Derecho Criminal, que estaba en su mayor parte dirigido contra la gente de tipo disoluto o levantisco, presentaba un aspecto totalmente distinto.) En cuarto y último lugar, está la omnipresente resistencia de la multitud: una multitud que se extendía en ocasiones desde la pequeña *gentry*, pasando por los profesionales, hasta los pobres (y entre todos ellos, los dos primeros grupos intentaron en ocasiones combinar la oposición al sistema con el anonimato), pero que a ojos de los grandes aparecía, a través de la neblina del verdor que rodeaba sus parques, compuesta de «tipos disolutos y levantiscos». La relación entre la *gentry* y la multitud es el tema particular de este trabajo.

III

Pero lo que a mí me preocupa, en este punto, no es tanto cómo se expresaba esta relación (ello ha sido, y continúa siendo, uno de los temas centrales de mi trabajo) cuanto las implicaciones teóricas de esta formación histórica en particular para el estudio de la lucha de clases. En «Patrician Society, Plebeian Culture» [24] he dirigido la atención hacia la erosión real de las formas de control paternalistas por la expansión de la mano de obra «libre», sin amos. Pero, aun cuando este cambio es sustancial y tiene consecuencias significativas para la vida política y cultural de la nación, no representa una «crisis» del antiguo orden. Está contenido en las viejas estructuras

23. Véase Brewer, *op. cit.*, cap. 8; y, para un ejemplo de su extensión provincial, John Money, «Taverns, Coffee Houses and Clubs: Local Politics and Popular Articulacy in the Birmingham Area in the Age of the American Revolution», *Historical Journal*, XIV, n.º 1 (1971).

24. Los siguientes tres párrafos ofrecen un resumen de mi artículo en el *Journal of Social History*, VII, n.º 4 (verano 1974).

de poder y la hegemonía cultural de la *gentry* no se ve amenazada, *siempre que* la *gentry* satisfaga ciertas expectativas y realice ciertos (parcialmente teatrales) papeles. Existe, sin embargo, una reciprocidad en la relación *gentry*-plebe. La debilidad de la autoridad espiritual de la Iglesia hizo posible el resurgir de una cultura plebeya extraordinariamente vigorosa fuera del alcance de controles externos. Y lejos de resistirse a esta cultura, en las décadas centrales del siglo, la *gentry* más tradicional le otorgó un cierto favor o lisonja. «Existe una mutualidad en esta relación que es difícil no analizar al nivel de relación de clase.»

Yo acepto el argumento de que muchos artesanos urbanos revelaban una conciencia «vertical» del «Oficio» (en lugar de la conciencia «horizontal» de la clase obrera industrial madura). (Este es uno de los motivos por los que he adoptado el término plebe preferentemente al de clase obrera).[25] Pero esta conciencia vertical no estaba atada con las cadenas diamantinas del consenso a los gobernantes de la sociedad. Las fisuras características de esta sociedad no se producían entre patronos y trabajadores asalariados (como en las clases «horizontales»), sino por las cuestiones que dan origen a la mayoría de los motines: cuando la plebe se unía como pequeños consumidores, o como pagadores de impuestos o evasores del impuesto de consumos (contrabandistas), o por otras cuestiones «horizontales», libertarias, económicas o patrióticas. No sólo era la conciencia de la plebe distinta a la de la clase obrera industrial, sino también sus formas características de revuelta: como, por ejemplo, la tradición anónima, el «contrateatro» (ridículo o ultraje de los símbolos de autoridad) y la acción rápida y directa.

Yo sostengo que debemos considerar a la multitud «como era,

25. Hay otros motivos; y uno es históricamente específico a la sociedad británica del siglo XVIII, y es posible que destaque que yo no doy «plebe» como término universalmente válido de todas las sociedades en la «etapa» de «protoindustrialización». Para la clase dominante británica, el mundo grecorromano (más específicamente la Roma republicana) proporcionaba un modelo sociológico y político muy coherente con respecto al cual medían sus propios problemas y conducta. Como ha observado Alasdair MacIntyre: «Para la naciente sociedad burguesa, el mundo grecorromano proporcionaba el manto que llevan los valores humanos». La educación clásica ofrecía «el estudio de toda una sociedad, del lenguaje, la literatura, la historia y la filosofía de la cultura grecorromana» («Breaking the Chains of Reason», en E. P. Thompson, ed., *Out of Apathy*, 1960, p. 205; véase también Brewer, *op. cit.*, pp. 258-259). En momentos de autorreflexión y autodramatización, los gobernantes de la Inglaterra del siglo XVIII se veían como patricios y al pueblo como plebe.

sui generis, con sus propios objetivos, operando dentro de una compleja y delicada polaridad de fuerzas en su propio contexto». Y veo la clave crítica de este equilibrio estructural en la relación *gentry*-multitud en el «recelo» de la *gentry* hacia el Estado, la debilidad de los órganos de éste y la especial herencia legal. «El precio que aristocracia y *gentry* pagaron a cambio de una monarquía limitada y un Estado débil era, forzosamente, dar licencia a la multitud. Este es el contexto central estructural de la reciprocidad de relaciones entre gobernantes y gobernados.»

No era un precio que se pagara con gusto. A lo largo de la primera mitad del siglo, en particular, los *whigs* detestaban a la licenciosa multitud. Por lo menos desde la época de los motines de Sacheverell buscaron la oportunidad de frenar su acción.[26] Ellos fueron los autores del Riot Act (Ley de Motines). En el momento de la subida de Walpole hubo indudables intentos de encontrar una solución más autoritaria al problema del poder y el orden. El ejército permanente se convirtió en uno de los recursos normales de gobierno.[27] El patronazgo local se apretó y se limitaron los obstáculos electorales.[28] Durante el mismo Parlamento que aprobó el Black Act (Ley Negra), un comité nombrado para estudiar las leyes relativas

26. Es asombroso que le recuerden a uno que el duque de Newcastle hizo su aprendizaje político congregando una multitud, como recordaba él en 1768 («Adoro a la muchedumbre, una vez yo mismo me puse a la cabeza de una. Debemos la sucesión hannoveriana a la muchedumbre»). Para el breve episodio de la organización de muchedumbres camorristas rivales en Londres a la subida de Jorge I, véase James L. Fitts, «Newcastle's Mob», *Albion,* V, n.º 1 (primavera 1973), pp. 41-49); y Nicholas Rogers, «Popular Protest in Early Hanoverian London», *Past and Present* (de próxima aparición).

27. Skinner, *op. cit.*, pp. 96-97.

28. El cambio crítico hacia una oligarquía disciplinada se produce a comienzos de los años 1720: es decir, en el momento en que la ascendencia de Walpole anuncia «estabilidad política». La energía de un electorado en expansión, indeferenciado, ha sido mostrado en bastantes estudios: J. H. Plumb, «The Growth of the Electorate in England from 1600 to 1715», *Past and Present,* XLV (1969); W. A. Speck, *Tory and Whig*: *The Struggle in the Constituencies, 1701-1715,* 1970. Esto da un relieve mucho más preciso al proceso *contrario,* después de 1715 y el Septennial Act (1716): las determinaciones cada vez más estrechas de la Cámara sobre el voto local (véase Cannon, *op. cit.,* p. 34, y su útil capítulo «Pudding Time», en general); la compra y control de distritos; el desuso de las elecciones, etc. Además de Cannon, véase W. A. Speck, *Stability and Strife,* 1977, pp. 16-19, 164; Brewer, *op. cit.,* p. 6; y especialmente el muy meticuloso análisis de Geoffrey Holmes, *The Electorate and the National Will in the First Age of Party,* University of Lancaster, 1976.

a los trabajadores agrícolas informó a favor de que se extendieran amplios poderes disciplinarios sobre toda la mano de obra: los jueces de paz debían tener autoridad para obligar a los trabajadores masculinos no casados a cumplir un servicio anual, debía consolidarse la estimación de jornales, los jueces de paz debían tener poderes para vincular a los trabajadores que dejaran su trabajo sin terminar, y mayores poderes aún para castigar a servidores holgazanes y revoltosos.[29] El proyecto sin fechar de «secciones de una ley para evitar tumultos y mantener la paz en las elecciones» que se encuentra entre los papeles de Walpole, indica que algunos de sus allegados deseaban ir más lejos: «Las personas nocivas o alborotadoras ... frecuentemente se reúnen de modo tumultuoso o amotinado» en las ciudades durante las elecciones. Entre los remedios que se proponían se encontraba la rigurosa exclusión de toda persona no habitante o votante de estas ciudades durante el período de votación; el nombramiento de condestables extraordinarios con poderes extraordinarios; multas y penas por causar desórdenes electorales, romper ventanas, tirar piedras, etc., debiendo *doblar* el castigo en los casos de delincuentes que no fueran votantes; y la prohibición de «todo tipo de Banderas, Estandartes, Colores o Insignias», divisas o distintivos políticos.[30] No se permitiría ni la acción directa, ni las actuaciones públicas y banderas de la multitud sin derecho al voto. La ley, sin embargo, nunca alcanzó el libro de estatutos. Estaba, incluso para el Gran Hombre, más allá de los límites de lo posible. Cualquier licencia otorgada a la multitud por los *whigs* durante estos años surgía menos de sentimientos de libertad que de un sentido realista de estos límites. Y ellos, a su vez, eran impuestos por un especial equilibrio de fuerzas que no puede, después de todo, ser analizado sin recurrir al concepto de clase.

IV

Parece necesario, una vez más, explicar cómo entiende el historiador —o cómo entiende *este* historiador— el término «clase». Hace unos quince años concluí un trabajo, algo prolongado, de análisis de

29. *Commons Journals,* XX (11 febrero 1723-4).
30. Cambridge University Library, *C(holmondeley) H(oughton)* MSS, P 64 (39).

un momento particular de la formación de las clases. En el prefacio hice algunos comentarios sobre las clases que concluían: «La clase es definida por los hombres al vivir su propia historia, y, al final, es la única definición».[31]

Se supone hoy, generalmente entre una nueva generación de teóricos marxistas, que esta afirmación tiene que ser o bien «inocente» o (peor aún) «*no* inocente»: es decir, evidencia de una ulterior entrega al empirismo, historicismo, etc. Estas personas tienen formas mucho mejores para definir la clase: definiciones que pueden, además, ser rápidamente aprehendidas dentro de la práctica teórica y que no conllevan la fatiga de la investigación histórica.

El prefacio era, no obstante, ponderado y surgía tanto de la práctica histórica como de la teórica. (Yo no partía de las conclusiones del prefacio: éste expresaba mis conclusiones.) En términos generales, y después de más de quince años de práctica, yo sostendría las mismas conclusiones. Pero quizá debiera reformularlas y matizarlas.

1) Clase, según mi uso del término, es una categoría *histórica*; es decir, está derivada de la observación del proceso social a lo largo del tiempo. Sabemos que hay clases porque las gentes se han comportado repetidamente de modo clasista; estos sucesos históricos descubren regularidades en las respuestas a situaciones similares, y en un momento dado (la formación «madura» de la clase) observamos la creación de instituciones y de una cultura con notaciones de clase, que admiten comparaciones transnacionales. Teorizamos sobre esta evidencia como teoría general sobre las clases y su formación, y esperamos encontrar ciertas regularidades, «etapas» de desarrollo, etcétera.

2) Pero, en este punto, se da el caso en exceso frecuente de que la teoría preceda a la evidencia histórica sobre la que tiene como misión teorizar. Es fácil suponer que las clases existen, no como un proceso histórico, sino dentro de nuestro propio pensamiento. Desde luego no admitimos que estén sólo en nuestras cabezas, aunque gran parte de lo que se argumenta sobre las clases sólo existe de hecho en nuestro pensamiento. Por el contrario, se hace teoría de modelos y estructuras que deben supuestamente pro-

31. *The Making of the English Working Class* (edición Pelican), p. 11. [Hay trad. cast.: *La formación histórica de la clase obrera,* trad. de Ángel Abad, 3 vols., Laia, Barcelona, 1977.]

porcionarnos los determinantes objetivos de la clase: por ejemplo como expresiones de relaciones diferentes de producción.[32]

3) Partiendo de este (falso) razonamiento surge la noción alternativa de clase como una categoría *estática,* o bien sociológica o heurística. Ambas son diferentes, pero ambas emplean categorías de estasis. Según una muy popular (generalmente positivista) tradición sociológica, clase puede ser reducida a una auténtica medida cuantitativa: determinado número de seres en esta u otra relación a los medios de producción, o, en términos más corrientes, determinado número de asalariados, trabajadores de cuello blanco, etc. O clase es aquello a lo que la gente *cree* pertenecer en su respuesta a un formulario; nuevamente la clase como categoría histórica —la observación del comportamiento a través del tiempo— ha sido dejada de lado.

4) Quisiera decir que el uso marxista apropiado y mayoritario de clase es el de categoría histórica. Creo poder demostrar que es este el uso del mismo Marx en sus escritos más históricos, pero no es este el lugar para hablar de autoridades en sus escritos. Es sin duda el uso de muchos (aunque no todos) de los que se encuentran en la tradición británica de historiografía marxista, especialmente de la generación mayor.[33] No obstante, ha quedado claro en años recientes que clase como categoría estática ha ocupado también sectores muy influyentes del pensamiento marxista. En términos económicos vulgares, esto es sencillamente el gemelo de la teoría sociológica positivista. De un modelo estático de relaciones de producción capitalista se derivan las clases que tienen que corresponder al mismo, y la conciencia que corresponde a las clases y sus posiciones relativas. En una de sus formas (generalmente leninista), bastante extendida, esto proporciona una fácil justificación para la política de «sustitución»: es decir, la «vanguardia» que sabe mejor que la clase misma cuáles deben ser los verdaderos intereses (y conciencia) de ésta. Si

32. No es mi intención sugerir que un análisis estructural estático como éste no pueda ser tanto valioso como esencial. Pero lo que nos da es una lógica determinante (en el sentido de «poner límites» y «ejercer presiones»: véase el análisis de importancia crítica del determinismo en Raymond Williams, *Marxism and Literature,* Oxford, 1977), y no la conclusión o la ecuación históricas; que estas relaciones de producción = a estas formaciones de clase. Véase también más adelante, párrafo 7) y nota 36.

33. Según mi opinión, es el uso que generalmente se encuentra en la práctica histórica de Rodney Hilton, E. J. Hobsbawm, Cristopher Hill, y muchos otros.

ocurriera que «ésta» no tuviera conciencia alguna, sea lo que fuere lo que tenga, es una «falsa conciencia». En una forma alternativa (mucho más sofisticada) —por ejemplo, en Althusser— todavía encontramos una categoría profundamente estática; una categoría que sólo halla su definición dentro de una totalidad estructural altamente teorizada, que desestima el verdadero proceso *experimental* histórico de la formación de las clases. A pesar de la sofisticación de esta teoría, los resultados son muy similares a la versión vulgar económica. Ambas tienen una noción parecida de «falsa conciencia» o «ideología», aunque la teoría althusseriana tiende a tener un arsenal teórico mayor para explicar el dominio ideológico y la mistificación de la conciencia.

5) Si volvemos a la clase como categoría histórica, es posible ver que los historiadores pueden emplear el concepto en dos sentidos diferentes: *a*) referido a un contenido histórico real correspondiente, empíricamente observable; *b*) como categoría heurística o analítica para organizar la evidencia histórica, con una correspondencia mucho menos directa.[34] En mi opinión, el concepto puede utilizarse con propiedad en ambos sentidos; no obstante, surge a menudo la confusión cuando nos trasladamos de uno al otro.

a) Es cierto que el uso moderno de clase surge del marco de la sociedad industrial capitalista del siglo XIX. Esto es, clase según su uso moderno sólo fue asequible al sistema cognoscitivo de las gentes que vivían en dicha época. De aquí que el concepto no sólo nos permita organizar y analizar la evidencia; está también, en un sentido distinto, *presente en la evidencia misma.* Es posible observar, en la Inglaterra, Francia o Alemania industriales, instituciones de clase, partidos de clase, culturas de clase, etc. Esta evidencia histórica a su vez ha dado origen al concepto maduro de clase y, hasta cierto punto, le ha imprimido su propia especificidad histórica.

b) Debemos guardarnos de esta (anacrónica) especificidad histórica cuando empleamos el término en su segundo sentido para el análisis de sociedades anteriores a la revolución industrial. Pues la

34. Cf. E. I. Hobsbawm, «Class Consciousness in History», en Istvan Meszaros, ed., *Aspects of History and Class Consciousness,* 1971, p. 8: «Bajo el capitalismo la clase es una realidad inmediata y en cierto sentido directamente *experimentada,* mientras que en épocas precapitalistas no puede ser más que una construcción analítica que da sentido a un complejo de datos de otro modo inexplicables». Véase también *ibid.,* pp. 5-6.

correspondencia de la categoría con la evidencia histórica se hace mucho menos directa. Si la clase no era un concepto asequible dentro del propio sistema cognoscitivo de la gente, si se consideraban a sí mismos y llevaban a cabo sus batallas históricas en términos de «estados» o «jerarquías» u «órdenes», etc., entonces al describir estas luchas históricas en términos de clase debemos extremar el cuidado contra la tendencia a leer retrospectivamente notaciones subsecuentes de clase. Si decidimos continuar empleando la categoría heurística de clase (a pesar de esta dificultad omnipresente), no es por su perfección como concepto, sino por el hecho de que no disponemos de otra categoría alternativa para analizar un proceso histórico universal y manifiesto. Por ello no podemos (en el idioma inglés) hablar de «lucha de estados» o «lucha de órdenes», mientras que «lucha de clases» ha sido utilizado, no sin dificultad pero con éxito notable, por los historiadores de sociedades antiguas, feudales y modernas tempranas; y estos historiadores, al utilizarlo, le han impuesto sus propios refinamientos y matizaciones al concepto con respecto a su propia especialidad histórica.

6) Esto viene a destacar, no obstante, que clase, en su uso heurístico, es inseparable de la noción de «lucha de clases». En mi opinión, se ha prestado una atención teórica excesiva (gran parte de la misma claramente ahistórica) a «clase» y demasiado poca a «lucha de clases». En realidad, lucha de clases es un concepto previo así como mucho más universal. Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico.[35] Pero, si empleamos la categoría estática de clase, o si

35. Cf. Hobsbawm, *ibid.*, p. 6: «Para los propósitos del historiador ... la clase y los problemas de la conciencia de clase son inseparables. Clase en su sentido más pleno sólo llega a existir en el momento histórico en que la clase empieza a adquirir conciencia de sí misma como tal».

obtenemos nuestro concepto del modelo teórico previo de una totalidad estructural, no lo creeremos así: creeremos que la clase está instantáneamente presente (derivada, como una proyección geométrica, de las relaciones de producción) y *de ello* la lucha de clases.[36] Estamos abocados, entonces, a las interminables estupideces de la medida cuantitativa de clase, o del sofisticado marxismo newtoniano según el cual las clases y las fracciones de clase realizan evoluciones planetarias o moleculares. Todo este escuálido confusionismo que nos rodea (bien sea positivismo sociológico o idealismo marxista-estructuralista) es consecuencia del error previo: que las clases existen, independientemente de relaciones y luchas históricas, y que luchan *porque* existen, en lugar de surgir su existencia de la lucha.

7) Espero que nada de lo escrito anteriormente haya dado pábulo a la noción de que yo creo que la formación de clases es independiente de determinantes objetivos, que clase puede definirse simplemente como una formación cultural, etc. Todo ello, espero, ha sido refutado por mi propia práctica histórica, así como por la de otros muchos historiadores. Es cierto que estos determinantes objetivos exigen el examen más escrupuloso.[37] Pero no hay examen de determinantes objetivos (y desde luego, modelo teórico obtenido de él) que pueda ofrecer una clase o conciencia de clase en una ecuación simple. Las clases acaecen al *vivir* los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al *experimentar* sus situaciones determinantes, dentro «del conjunto de relaciones sociales», con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales. De modo que, al final, ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la «verdadera» formación de clase en una determinada «etapa» del proceso. Ninguna formación de clase

36. La economía política marxista, en un proceso analítico necesario, construye una totalidad en la cual las relaciones de producción se proponen *ya* como clases. Pero cuando volvemos desde esta estructura abstracta al proceso histórico pleno, vemos que la explotación (económica, militar) se *experimenta* de modos clasistas y sólo entonces da origen a la formación de clases: véase mi «An Orrery of Errors», *Reasoning, One*, Merlin Press, septiembre 1978.

37. Para los determinantes de la estructura de clase (y de la propiedad de relaciones de «extracción de la plusvalía» que imponen límites, posibilidades, y «modelos a largo plazo» en las sociedades de la Europa preindustrial), véase Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe», *Past and Present*, LXX (febrero 1976), esp. pp. 31-32.

propiamente dicha de la historia es más verdadera o más real que otra, y clase se define a sí misma en su efectivo acontecer.

Las clases, en su acontecer dentro de las sociedades industriales capitalistas del siglo XIX, y al dejar su huella en la categoría heurística de clase, no pueden de hecho reclamar universalidad. Las clases, en este sentido, no son más que casos especiales de las formaciones históricas que surgen de la lucha de clases.

V

Volvamos, pues, al caso especial del siglo XVIII. Debemos esperar encontrar lucha de clases, pero no tenemos por qué esperar encontrar el caso especial del siglo XIX. Las clases son formaciones históricas y no aparecen sólo en los modos prescritos como teóricamente adecuados. El hecho de que en otros lugares y períodos podamos observar formaciones de clase «maduras» (es decir, conscientes e históricamente desarrolladas) con sus expresiones ideológicas e institucionales, no significa que lo que se exprese de modo menos decisivo no sea clase.

En mi propia práctica he encontrado la reciprocidad *gentry*-multitud, el «equilibrio paternalista» en el cual ambas partes de la ecuación eran, hasta cierto punto, prisioneras de la contraria, más útil que las nociones de «sociedad de una sola clase» o de consenso. Lo que debe ocuparnos es la polarización de intereses antagónicos y su correspondiente dialéctica de la cultura. Existe una resistencia muy articulada a las ideas e instituciones dominantes de la sociedad en los siglos XVII y XIX: de ello que los historiadores crean poder analizar estas sociedades en términos de conflicto social. En el siglo XVIII la resistencia es menos articulada, aunque a menudo muy específica, directa y turbulenta. Por ello debemos suplir parcialmente esta articulación descifrando la evidencia del comportamiento y en parte dando la vuelta a los blandos conceptos de las autoridades dirigentes para mirar su envés. Si no lo hacemos, corremos el peligro de convertirnos en prisioneros de los supuestos de la propia imagen de los gobernantes: los trabajadores libres se consideran de «tipo disoluto y levantisco», los motines espontáneos y «ciegos»; y ciertas clases importantes de protesta social se pierden en la categoría de «delito». Pero existen unos pocos fenómenos sociales que no revelan

un significado distinto al ser sometidos a este examen dialéctico. La exhibición ostentosa, las pelucas empolvadas y el vestido de los grandes deben también considerarse —*como se quería que fueran considerados*— desde abajo, entre el auditorio del teatro de hegemonía y control clasista. Incluso la «liberalidad» y la «caridad» deben verse como actos premeditados de apaciguamiento de clase en momentos de escasez y extorsión premeditada (bajo la amenaza de motín) por parte de la multitud: lo que es (desde arriba) un «acto de concesión», es (desde abajo) un «acto de lograr». Una categoría tan sencilla como la de «robo» puede resultar ser, en ciertas circunstancias, evidencia de los intentos prolongados, por parte de la comunidad agraria, de defender prácticas antiguas de derechos al común, o de los jornaleros de defender los emolumentos establecidos por la costumbre. Y siguiendo cada una de estas claves hasta su punto de intersección, se hace posible reconstruir una cultura popular establecida por la costumbre, alimentada por experiencias muy distintas de las de la cultura educada, transmitida por tradiciones orales, reproducida por ejemplos (quizás al avanzar el siglo, cada vez más por medios literarios), expresada en símbolos y ritos, y muy distante de la cultura de los que tienen el dominio de Inglaterra.

Yo dudaría antes de describir esto como cultura *de clase,* en el sentido de que se puede hablar de una cultura obrera, en la que los niños se incorporan a la sociedad con un sistema de valores con patentes notaciones de clase, en el siglo XIX. Pero no puedo entender esta cultura, en su nivel experimental, en su resistencia a la homilía religiosa, en su picaresca mofa de las próvidas virtudes burguesas, en su fácil recurso al desorden y en sus actitudes irónicas hacia la ley, a menos que se utilice el concepto de antagonismos, adaptaciones y (en ocasiones) reconciliaciones dialécticas, de clase.

Al analizar las relaciones *gentry*-plebe, nos encontramos no tanto con una reñida e inflexible batalla entre antagonismos irreconciliables, como con un «campo de fuerza» societal. Estoy pensando en un experimento escolar (que sin duda no he comprendido correctamente) en que una corriente eléctrica magnetizaba una placa cubierta de limaduras de hierro. Las limaduras, que estaban uniformemente distribuidas, se arremolinaban en un polo o en otro, mientras que entre medias las limaduras que permanecían en su lugar tomaban el aspecto de alineaciones dirigidas hacia uno u otro polo opuesto. Así es prácticamente como veo yo la sociedad del siglo XVIII,

con la multitud en un polo, la aristocracia y la *gentry* en otro, y en muchas cuestiones, y hasta finales del siglo, los grupos profesionales y comerciantes vinculados por líneas de dependencia magnética a los poderosos o, en ocasiones, escondiendo sus rostros en una acción común con la multitud. Esta metáfora permite entender no sólo la frecuencia de situaciones de amotinamiento (y su dirección), sino también gran parte de lo que era posible y los límites de lo posible más allá de los cuales no se atrevía a ir el poder. Se dice que la reina Carolina se aficionó tanto en una ocasión al St. James Park que preguntó a Walpole cuánto costaría cerrarlo para hacerlo propiedad privada. «Sólo una *corona,* Señora», fue la respuesta de Walpole.[38]

Utilizo por tanto la terminología del conflicto de clases mientras que me resisto a atribuir identidad a *una* clase. No sé si esto puede parecer herejía a otros marxistas, ni me preocupa. Pero me parece que la metáfora de un campo de fuerza puede coexistir fructíferamente con el comentario de Marx en los *Grundisse* de que:

> En toda forma de sociedad es una determinada producción y sus relaciones las que asignan a las demás producciones y sus relaciones rango e influencia. Es una iluminación general en la que se mezclan los restantes colores y que modifica sus tonalidades específicas. Es un éter especial que define la gravedad específica de todo lo que existe en él.[39]

Lo que Marx describe con metáforas de «rango e influencia», «iluminación general» y «tonalidades» se presentaría hoy en un lenguaje estructuralista más sistemático: términos en ocasiones tan duros y de apariencia tan objetiva (como el «represivo» y los «aparatos ideológicos de Estado» de Althusser) que esconden el hecho de que siguen siendo metáforas dispuestas a congelar un proceso social fluido. Yo prefiero la metáfora de Marx; y la prefiero, en diversos aspectos, a sus metáforas subsecuentes de «base» y «superestructura». Pero lo que yo sostengo en este trabajo es (en la misma medida que

38. Horace Walpole, *Memoirs of the Reign of King George the Second,* 1847, II, pp. 220-221.
39. Para una traducción ligeramente distinta, véase *Grundrisse,* Penguin, 1973, pp. 106-107. Incluso aquí, sin embargo, la metáfora de Marx hace referencia no a la clase o las formas sociales, sino a las relaciones económicas coexistentes dominante y subordinada.

lo es el de Marx) un argumento estructuralista. Me he visto forzado a constatarlo al considerar la fuerza de las diversas objecciones al mismo. Pues todo rasgo de la sociedad del siglo XVIII que ha sido considerado, puede encontrarse de forma más o menos desarrollada en otros siglos. Hubo jornaleros libres y motines de subsistencias en los siglos XVI, XVII y XIX, hubo indiferentismo religioso y una auténtica cultura folklórica plebeya en los mismos siglos; hubo activa renovación de rituales paternalistas —especialmente en cantos de siega, cenas de arrendatarios, obras de caridad— en el campo del siglo XIX. Y así sucesivamente. ¿Qué es, pues, lo específico del siglo XVIII? ¿Cuál es la «iluminación general» que modifica las «tonalidades específicas» de su vida social y cultural?

Para responder a estas preguntas debemos reformular el anterior análisis en términos más estructurales. El error más corriente hoy día es el de hacer la definición de las antítesis culturales del siglo XVIII (industrial / preindustrial; moderno / tradicional; clase obrera «madura» / «primitiva») inaplicables, porque suponen el descubrir en una sociedad previa categorías para las cuales esa sociedad no poseía recursos y esa cultura no poseía términos. Si deseamos efectuar una definición antitéticamente, las antítesis relevantes que se pueden aplicar a la cultura plebeya del siglo XVIII son dos: 1) la dialéctica entre lo que es y *no es* cultura —las experiencias formativas del ser social, y cómo eran éstas modeladas en formas culturales, y 2) las polaridades dialécticas —antagonismos y reconciliaciones— entre las culturas refinada y plebeya de la época. Es por esto por lo que he hecho tan largo rodeo para llegar al verdadero tema de este trabajo.

Por descontado esta cultura exhibe ciertas características comúnmente atribuidas a la cultura «tradicional». Especialmente en la sociedad rural, pero también en zonas fabriles y mineras densamente pobladas (las ciudades textiles del oeste de Inglaterra, los mineros de estaño de Cornualles, el Black Country), existe un fuerte peso de expectativas y definiciones *consuetudinarias*. El aprendizaje como iniciación en las destrezas adultas no está limitado a su expresión industrial reglamentada. La niña hace su aprendizaje de ama de casa, primero con su madre (o abuela), después como criada doméstica; como madre joven, en los misterios de la crianza de los niños, es aprendiza de las matronas de la comunidad. Es lo msmo en los oficios carentes de un aprendizaje regulado. Y con la introducción en

estas especiales destrezas viene la introducción en la experiencia social o sabiduría común de la comunidad: cada generación está en relación de aprendiz con sus mayores. Aunque cambia la vida social, aunque hay gran movilidad, el cambio no ha alcanzado aún el punto en que se asume que los horizontes de las generaciones sucesivas serán diferentes; [40] ni tampoco se ha interpuesto aún significativamente esa máquina de aceleramiento (o extrañamiento) cultural que viene a ser la educación formal en la transmisión generacional.

Pero las prácticas y normas se reproducen de generación en generación en el ambiente lentamente diferenciador de la «costumbre». De ello que las gentes tiendan a legitimar la práctica (o la protesta) en términos de uso consuetudinario o de emolumento o derecho prescriptivo. (El hecho de que —desde puntos de partida algo distintos— este tipo de argumento tienda también a controlar la alta cultura política, actúa también como refuerzo de esta disposición plebeya). Las tradiciones se perpetúan en gran medida por transmisión oral, con su repertorio de anécdotas y ejemplos narrativos; donde una progresiva alfabetización suple a la tradición oral, las producciones impresas de más amplia circulación (libritos de romances, almanaques, pliegos, «últimos discursos ante la muerte», y relatos anecdóticos de crímenes) tienden a someterse a las expectativas de la cultura oral más que a desafiarla con alternativas. En cualquier caso, en muchos puntos de Gran Bretaña —y especialmente en aquellas regiones donde la dialéctica es más fuerte—, una educación básica elemental coexiste, a lo largo del siglo XIX, con el lenguaje —y quizá la sensibilidad— de lo que empieza a ser «la vieja cultura».

En el siglo XVIII, esta cultura no es ni vieja ni insegura. Transmite vigorosamente —y quizás incluso genera— formas de comportamiento ritualizadas y estilizadas, bien como recreación o en forma de protesta. Es incluso posible que la movilidad geográfica, junto con la disminución del analfabetismo, *extiendan* de hecho su alcance y esparzan estas formas más ampliamente: el «fijar el precio», como acción central del motín de subsistencias, se extiende a lo largo de la mayor parte del país; el divorcio ritual conocido como «venta de esposa» parece haber esparcido su incidencia en todo el país desde

40. Véase los perceptivos comentarios sobre el sentido «circular» del espacio en la parroquia agrícola antes del cerramiento en John Barrel, *The Idea of Landscape and the Sense of Place: An Approach to the Poetry of John Clare*, Cambridge, 1972, pp. 103, 106.

algún desconocido punto de origen. La evidencia de música escabrosa indica que en las comunidades más tradicionales —y éstas no eran siempre, de ningún modo, aquellas que poseían un perfil rural o agrario— operaban fuerzas muy poderosas, autoactivantes, de regulación social y moral. Esta evidencia puede demostrar que, mientras cierto comportamiento dudoso se toleraba hasta cierto punto, más allá del mismo la comunidad intentaba imponer sus propias expectativas, heredadas en cuanto a los papeles maritales aceptables y la conducta sexual, sobre los transgresores. Incluso en este caso, sin embargo, tenemos que proceder con cuidado: esto no es *solamente* «una cultura tradicional». Las normas que así se defienden no son idénticas a las proclamadas por la Iglesia o las autoridades; son definidas en el interior de la cultura plebeya misma, y las mismas formas rituales que se emplean contra un conocido delincuente sexual pueden emplearse contra un esquirol, o contra el señor y sus guardas de la caza, el recaudador, el juez de paz. Es más, las formas no son herederas de expectativas y reproductoras de normas simplemente: puede que las farsas populares del siglo XVII y principios del XVIII estén dirigidas contra la mujer que peca contra las prescripciones patriarcales de los roles conyugales, pero la música escabrosa del siglo XIX está generalmente dirigida contra los que pegan a sus mujeres o (menos frecuentemente) contra hombres casados conocidos por seducir y dejar embarazadas a muchachas jóvenes.[41]

Es esta, pues, una cultura conservadora en sus formas; éstas apelan a la costumbre e intentan fortalecer los usos tradicionales. Las formas son también, en ocasiones, irracionales: no apelan a la «razón» mediante folletos, sermones o discursos espontáneos; imponen las sanciones de la fuerza, el ridículo, la vergüenza y la intimidación. Pero el contenido de esta cultura no puede ser descrito como conservador con tanta facilidad. Pues, en su «ser social» efectivo, el trabajo se está «liberando», década tras década, cada vez más, de los controles tradicionales señoriales, parroquiales, corporativos y paternales, y se está distanciando cada vez más de relaciones directas de clientelismo con la *gentry*. De ello que nos encontremos con

41. Véase mi «Rough Music: Le Charivari Anglais», *Annales ESC*, XXVII, n.º 11 (1972); y mis otros comentarios en el curso del Congreso sobre «Le Charivari» bajo los auspicios de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (VIe section), París, 25-27 de abril de 1977 (de próxima publicación).

la paradoja de una cultura tradicional que no está sujeta en sus operaciones cotidianas al dominio ideológico de los poderosos. La hegemonía de la *gentry* puede definir los límites del «campo de fuerza» dentro de los cuales es libre la cultura plebeya para actuar y crecer, pero, dado que esta hegemonía es más secular que religiosa o mágica, no es mucho lo que puede hacer para determinar el carácter de esta cultura plebeya. Los instrumentos de control e imágenes de hegemonía son los de la ley y no los de la Iglesia y el poder monárquico. Pero la ley no siembra pías cofradías de hermanas en las ciudades, ni obtiene confesiones de los delincuentes, sus súbditos no rezan el rosario ni se unen a peregrinaciones de fieles; en lugar de ello, leen pliegos en las tabernas y asisten a ejecuciones públicas y al menos algunas de las víctimas de la ley son consideradas, no con horror, sino con ambigua admiración. La ley puede puntear los límites del comportamiento tolerado por los gobernantes; pero, en el siglo XVIII, no entra en las cabañas, es mencionada en las oraciones del ama de casa, decora las chimeneas con iconos o informa una visión de la vida.

De ahí una paradoja característica del siglo: nos encontramos con una cultura tradicional y *rebelde*. La cultura conservadora de la plebe se resiste muchas veces, en nombre de la «costumbre», a aquellas innovaciones y racionalizaciones económicas (como el cerramiento, la disciplina de trabajo, las relaciones libres en el mercado de cereales) que gobernantes o patronos deseaban imponer. La innovación es más evidente en la cima de la sociedad que más abajo, pero, puesto que esta innovación no es un proceso técnico-sociológico sin normas y neutro, la plebe lo experimenta en la mayoría de las ocasiones en forma de explotación, o expropiación de derechos de aprovechamiento tradicionales, o disrupción violenta de modelos valorados de trabajo y descanso. De ello que la cultura plebeya sea rebelde, pero rebelde en defensa de la costumbre. Las costumbres que se defienden pertenecen al pueblo, y algunas de ellas se fundamentan de hecho en una reivindicación bastante reciente en la práctica. Pero cuando el pueblo busca una legitimación de la protesta, recurre a menudo a las regulaciones paternalistas de una sociedad más autoritaria y selecciona entre ellas aquellas partes mejor pensadas para defender sus intereses del momento; los participantes en motines de subsistencias apelan al Book of Orders (Libro de Órdenes) y a la legislación contra acaparadores, etc., los artesanos apelan a cier-

tas partes (por ejemplo, la regulación del aprendizaje) del código Tudor regulatorio del trabajo.[42]

Esta cultura tiene otros rasgos «tradicionales», por supuesto. Uno de ellos que me interesa en particular es la prioridad que se otorga, en ciertas regiones, a la sanción, intercambio o motivación «no-económica» frente a la directamente monetaria. Una y otra vez, al examinar formas de comportamiento del siglo XVIII, nos encontramos con la necesidad de «descifrar»[43] este comportamiento y descubrir las reglas invisibles de acción, diferentes a las que el historiador de «movimientos obreros» espera encontrar.

En este sentido, compartimos algunas de las preocupaciones del historiador de los siglos XVI y XVII en cuanto a una orientación «antropológica»: así por ejemplo, al descifrar la música escabrosa, o la venta de esposa, o estudiar el simbolismo de la protesta. En otro sentido, el problema es diferente y quizá más complejo, pues la lógica capitalista y el comportamiento tradicional «no-económico» se encuentran en conflicto activo y consciente, como en la resistencia a nuevos modelos de consumo («necesidades»), o en la resistencia a una disciplina del tiempo y la innovación técnica, o a la racionalización del trabajo que amenaza con la destrucción de prácticas tradicionales y, en ocasiones, la organización familiar de relaciones y roles de producción. De aquí que podamos entender la historia social del siglo XVIII como una serie de confrontaciones entre una innovadora

42. En fecha tan tardía como 1811 ciertos sofisticados tradeunionistas londinenses, al apelar a las cláusulas sobre el aprendizaje del Estatuto de Artífices («¡Mecánicos! ¡¡Proteged vuestras libertades contra los Invasores sin Ley!!»), comenzaban con una «Oda a la memoria de la Reina Isabel»: «Su memoría es todavía dulce al jornalero, / Pues protegidos por sus leyes, resisten hoy / Violaciones, que de otro modo prevalecerían. // Patronos tiránicos, innovadores simples / Se ven impedidos y limitados por sus gloriosas reglas. / De los derechos del trabajador es ella todavía una garantía ...». *Report of the Trial of Alexander Wadsworth against Peter Laurie* (28 de mayo de 1811), Columbia University Library, Seligman Collection, Place pamphlets, vol. XII.

43. Espero que mi uso de «descifrar» no asimile mi argumentación inmediatamente a esta o aquella escuela de semiótica. Lo que quiero decir debe quedar claro en las siguientes páginas: no es suficiente *describir* simplemente las protestas simbólicas populares (quema de efigies, ponerse hojas de encina, colgar botas): es también necesario recobrar el significado de estos símbolos con respecto a un universo simbólico más amplio, y así encontrar su fuerza, tanto como afrenta a la hegemonía de los poderosos y como expresión de las expectativas de la multitud; véase el sugerente artículo de William R. Reddy, «The Textile Trade and the Language of the Crowd at Rouen, 1752-1871», *Past and Present,* LXXIV (febrero 1977).

economía de mercado y la economía moral tradicional de la plebe.

Pero, si desciframos el comportamiento, ¿se sigue de ello que tengamos que ir más allá e intentar reconstruir con estos fragmentos de clave un sistema cognoscitivo popular con su propia coherencia ontológica y estructura simbólica? Los historiadores de la cultura popular de los siglos XVII y XVIII pueden enfrentarse a problemas algo diferentes a este respecto. La cuestión se ha planteado en un reciente intercambio entre Hildred Geertz y Keith Thomas[44] y, a pesar de que yo me asociaría firmemente a Thomas en esta polémica, no podría responder, desde la perspectiva del siglo XVIII, en los mismos términos exactamente. Cuando Geertz espera que un sistema coherente subraye el simbolismo de la cultura popular, yo tengo que estar de acuerdo con Thomas en que «la inmensa posibilidad de variaciones cronológicas, sociales y regionales, que presenta una sociedad tan diversa como la de la Inglaterra del siglo XVII» —e incluso más la del siglo XVIII—, impide estas expectativas. (En todo momento, en este trabajo, al referirme a *la* cultura plebeya he sido muy consciente de sus variaciones y excepciones.) Debo unirme a Thomas aún más fuertemente en su objeción a «la distinción simple que hace Geertz entre alfabetizados y analfabetos»; cualquier distinción de este tipo es nebulosa en todo momento del siglo: los analfabetos oyen las producciones de los que no lo son leídas en voz alta en las tabernas, y aceptan de la cultura educada ciertas categorías, mientras que algunos de los que saben leer y escribir utilizan sus muy limitadas destrezas literarias sólo de forma instrumental (para escribir facturas o llevar las cuentas), mientras que su «sabiduría» y sus costumbres se transmiten aun en el marco de una cultura prealfabetizada y oral. Durante unos setenta años, los coleccionistas y especialistas en canción folklórica han disputado enconadamente entre sí sobre la pureza, autenticidad, origen regional y medios de dispersión de su material, y sobre la mutua interacción entre las culturas musicales refinada, comercial y plebeya. Cualquier intento de segregar la cultura educada de la analfabeta encontrará incluso mayores obstáculos.

En lo que Thomas y yo podemos disentir es en nuestros cálculos con respecto al grado en que las formas, rituales, simbolismo y supersticiones populares permanecen como «restos no integrados de

44. *Journal of Interdisciplinary History,* VI, n.º 1 (1975).

modelos de pensamiento más antiguos», los cuales, incluso tomados en conjunto, constituyen «no un solo código, sino una amalgama de despojos culturales de muchos distintos modos de pensamiento, cristiano y pagano, teutónico y clásico; y sería absurdo pretender que todos estos elementos hayan sido barajados de modo que formen un sistema nuevo y coherente».[45] Yo he hecho ya una crítica de las referencias de Thomas a la «ignorancia popular», a la cual ha respondido brevemente Thomas;[46] y sin duda puede hablarse de ello más detenidamente en el futuro. Pero, ¿será quizás el siglo, o los campos de fuerza relevantes de los distintos siglos, así como el tipo de evidencia que cada uno de ellos hace prominente, lo que haga la diferencia? Si lo que estudiamos son la «magia», la astrología o los sabios, ello puede apoyar las conclusiones de Thomas; si lo que observamos son las procesiones bufas populares, los ritos de pasaje o las formas características de motín y protesta del siglo XVIII, apoyaría las mías.

Los datos del siglo XVIII me parecen señalar hacia un universo mental bastante más coherente, en que el símbolo informa la práctica. Pero la coherencia (y no me extrañaría si en este momento algún antropólogo tirara este trabajo disgustado) surge no tanto de una estructura inherente cognoscitiva como de un campo de fuerza determinado y una oposición sociológica, peculiares a la sociedad del siglo XVIII; para hablar claro, los elementos desunidos y fragmentados de más antiguas formas de pensamiento quedan integrados por *la clase.* En algunos casos esto no tiene significado político y social alguno, más allá de la antítesis elemental de las definiciones dentro de culturas antitéticas: el escepticismo en relación a las homilías del párroco, la mezcla de materialismo efectivo y vestigios de supersticiones de los pobres, se conservan con especial confianza porque estas actitudes están amparadas por el ámbito de una cultura más amplia y más robusta. Esta confianza nos sorprende una y otra vez: «Dios bendiga a sus señorías», exclamó un habitante del West Country ante un reverendo coleccionista de folklore bien entrado el siglo XIX, al ser interrogado sobre la venta de esposas, «que puede preguntar a quien quiera si no es eso el matrimonio bueno, sólido y cristiano

45. Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic,* 1971, pp. 627-628.
46. «Anthropology and the Discipline of Historical Context», *Midland History,* I, n.º 3 (primavera 1972); *Journal of Interdisciplinary History,* VI, n.º 1 (1975), pp. 104-105, esp. nota 31.

y les dirán que lo es».[47] «Dios bendiga a sus señorías» entraña un sentido de condescencia desdeñosa; «quien quiera» sabe lo que es cierto —excepto, por supuesto, el párroco y el señor y sus bien educados hijos—; cualquiera sabe mejor que el mismo párroco lo que es... ¡«cristiano»! En otras ocasiones, la asimilación de antiguos fragmentos a la conciencia popular o incluso al arsenal de la protesta popular es muy explícita: de la quema de brujas y herejes toma la plebe el simbolismo de quemar a sus enemigos en efigie; las «viejas profecías», como las de Merlín, llegan a formar parte del repertorio de la protesta londinense, apareciendo en forma de folleto durante las agitaciones que rodearon el cerramiento de Richmond Park, en pliegos y sátiras en época de Wilkes.

Es en la clase misma, en cierto sentido un conjunto *nuevo* de categorías, más que en más antiguos modelos de pensamiento, donde encontramos la organización formativa y cognoscitiva de la cultura plebeya. Quizás, en realidad, era necesario que la clase fuera posible en el conocimiento antes de que pudiera encontrar su expresión institucional. Las clases, por supuesto, estaban también muy presentes en el sistema cognoscitivo de los gobernantes de la *sociedad,* e informaban sus instituciones y sus rituales de orden, pero esto sólo viene a destacar el que la *gentry* y la plebe tenían visiones alternativas de la vida y de la gradación de sus satisfacciones. Ello nos plantea problemas de evidencia excepcionales. Todo lo que nos ha sido transmitido mediante la cultura educada tiene que ser sometido a un minucioso escrutinio. Lo que el distante clérigo paternalista considera «ignorancia popular» no puede aceptarse como tal sin una investigación escrupulosa. Para tomar el caso de los desórdenes destinados a tomar posesión de los cuerpos de los ahorcados en Tyburn, que Peter Linebaugh ha (creo) descifrado en *Albion's Fatal Tree*: era sin duda un gesto de «ignorancia» por parte del amotinado el arriesgar su vida para que su compañero de taller o rancho no cumpliera la muy racional y utilitaria función de convertirse en espécimen de disección en la sala del cirujano. Pero no podemos presentar al amotinado como figura arcaica, motivada por los «despojos» de los antiguos modelos de pensamiento, y despachar luego la cuestión con una referencia a las supersticiones de muerte y *les rois thaumaturges.* Line-

47. S. Baring-Gould, *Devonshire Characters and Strange Events,* 1908, p. 59.

baugh nos demuestra que el amotinado estaba motivado por su solidaridad con la víctima, respeto por los parientes de la misma, y nociones del respeto debido a la integridad del cadáver y al rito de enterramiento que forman parte de unas creencias sobre la muerte ampliamente extendidas en la sociedad. Estas creencias sobreviven con vigor hasta muy avanzado el siglo XIX, como evidencia la fuerza de los motines (y prácticamente histerias) en varias ciudades contra los ladrones de cadáveres y su venta.[48] La clave que informa estos desórdenes, en Tyburn en 1731 o Manchester en 1832, no puede entenderse simplemente en términos de creencias sobre la muerte y sobre la forma debida de tratarla. Supone también solidaridades de clase y la hostilidad de la plebe por la crueldad psíquica de la justicia y la comercialización de valores primarios. Y no se trata sólo, en el siglo XVIII, de que se vea amenazado un tabú: en el caso de la disección de cadáveres o el colgar los cadáveres con cadenas, una clase estaba deliberadamente, y como acto de terror, rompiendo o explotando los tabúes de otra.

Es, pues, dentro del campo de fuerza de la clase donde reviven y se reintegran los restos fragmentados de viejos modelos. En un sentido, la cultura plebeya es la propia del pueblo: es una defensa contra las intromisiones de la *gentry* o el clero; consolida aquellas costumbres que sirven sus propios intereses; las tabernas son suyas, suyas las ferias, la música escabrosa forma parte de sus propios medios de autorregulación. No es *una* cultura «tradicional» cualquiera sino una muy especial. No es, por ejemplo, fatalista, ofrece consuelo y defensas para el curso de una vida que está totalmente determinada y restringida. Es, más bien, picaresca, no sólo en el evidente sentido de que hay más gente que se mueve, que se va al mar, o son llevados a las guerras y experimentan los azares y aventuras de los caminos. En ambientes más estables —en las zonas en desarrollo de manufactura y trabajo libre—, la vida misma se desenvuelve a lo largo de caminos cuyos avatares y accidentes no se pueden prescribir o evitar mediante la previsión: las fluctuaciones en la incidencia de mortalidad, precios, empleo, se viven como accidentes externos más allá de todo control; la alta tasa de mortalidad infantil hace absurda la planificación familiar predictiva; en general, el pueblo tiene pocas

48. Peter Linebaugh, «The Tyburn Riot against the Surgeons», en Douglas Hay y otros, *Albion's Fatal Tree*, 1975; Ruth Richardson, «A Dissection of the Anatomy Act», *Studies in Labour History*, I, Brighton, 1976.

notaciones predictivas del tiempo; no proyectan «carreras», o ven sus vidas con un aspecto determinado ante ellos, o reservan para uso futuro semanas enteras de altas ganancias en ahorros, o planean la compra de casas, o piensan en unas «vacaciones» una sola vez en su vida. (Un joven, sabiendo esto por medio de su cultura, podía salir, una vez en su vida, a los caminos «para ver mundo».) De ello que la experiencia o la oportunidad se aprovecha donde surge la ocasión, con pocas consideraciones sobre las consecuencias, exactamente como impone la multitud su poder en momentos de acción directa insurgente, a sabiendas de que su triunfo no durará más de una semana o un día.

Pues la cultura plebeya está, finalmente, restringida a los parámetros de la hegemonía de la *gentry*: la plebe es siempre consciente de esta restricción, consciente de la reciprocidad de las relaciones *gentry*-plebe,[49] vigilante para aprovechar los momentos en que pueda ejercer su propia ventaja. La plebe también adopta para su propio uso parte de la retórica de la *gentry*. Pues, otra vez, este es el siglo en que avanza el trabajo «libre». La costumbre que era «buena» y «vieja» había a menudo adquirido valor recientemente. Y el rasgo distintivo del sistema fabril era que, en muchos tipos de empleo, los trabajadores (incluyendo pequeños patronos junto con jornaleros y sus familias) todavía controlaban en cierta medida sus propias relaciones inmediatas y sus modos de trabajo, mientras que tenían muy poco control sobre el mercado de sus productos o los precios de materias primas o alimentos. Esto explica parcialmente la estructura de las relaciones industriales y la protesta, así como los instrumentos de la cultura y de su cohesión e independencia de control.[50] Explica también en gran medida la conciencia del «inglés nacido libre», que sentía como propia cierta porción de la retórica constitucionalista de sus gobernantes, y defendía con tenacidad sus derechos ante la ley y sus derechos a protestar de manera turbulenta contra militares, patrulla de reclutamiento o policía, junto con su derecho al pan blanco y la cerveza barata. La plebe sabía que una clase dirigente cuyas pretensiones de legitimidad descansaban sobre prescripciones y leyes

49. Compárese con Genovese, *Roll, Jordan, Roll,* p. 91: «Los esclavos aceptaban la disciplina de reciprocidad, pero con una diferencia profunda. A la idea de deberes recíprocos añadieron la doctrina de derechos recíprocos».

50. Sostengo aquí la idea de Gerald M. Sider, «Christmas Mumming and the New Year in Outport Newfoundland», *Past and Present* (mayo 1976).

tenía poca autoridad para desestimar sus propias costumbres y leyes.

La reciprocidad de estas relaciones subraya la importancia de la expresión simbólica de hegemonía y protesta en el siglo XVIII. Es por ello que, en mi trabajo previo, dediqué tanta atención a la noción de teatro. Desde luego cada sociedad tienen su propio estilo de teatro; gran parte de la vida política de nuestras propias sociedades puede entenderse sólo como una contienda por la autoridad simbólica.[51] Pero lo que estoy diciendo no es solamente que las contiendas simbólicas del siglo XVIII eran peculiares de este siglo y exigen mayor estudio. Yo creo que el simbolismo, en este siglo, tenía una especial importancia debido a la debilidad de otros órganos de control: la autoridad de la Iglesia está en retirada y no ha llegado aún la autoridad de las escuelas y de los medios masivos de comunicación. La *gentry* tenía tres principales recursos de control: un sistema de influencias y promociones que difícilmente podía incluir a los desfavorecidos pobres; la majestad y el terror de la justicia, y el simbolismo de su hegemonía. Ésta era, en ocasiones, un delicado equilibrio social en el que los gobernantes se veían forzados a hacer concesiones. De ello que la rivalidad por la autoridad simbólica pueda considerarse, no como una forma de representar ulteriores contiendas «reales», sino como una verdadera contienda en sí misma. La protesta plebeya, a veces, no tenía más objetivo que desafiar la seguridad hegemónica de la *gentry,* extirpar del poder sus mixtificaciones simbólicas, o incluso sólo blasfemar. Era una lucha de «apariencias», pero el resultado de la misma podía tener consecuencias materiales: en el modo en que se aplicaban las Leyes de Pobres, en las medidas que la *gentry* creía necesarias en épocas de precios altos, en que se aprisionara o se dejara en libertad a Wilkes.

Al menos debemos retornar al siglo XVIII prestando tanta atención a la contienda simbólica de las calles como a los votos de la Cámara de los Comunes. Estas contiendas aparecen en todo tipo de formas y lugares inesperados. Algunas veces consistía en el uso jocoso de un simbolismo jacobita o antihannoveriano, un retorcer la cola de la *gentry.* El Dr. Stratford escribió desde Berkshire en 1718:

> Los rústicos de esta región son muy retozones y muy insolentes.

51. Véase Conor Cruise O'Brien, «Politics as Drama as Politics», *Power and Consciousness,* Nueva York, 1969.

> Algunos honrados jueces se reunieron para asistir al día de Coronación en Wattleton, y hacia el atardecer cuando sus mercedes estuvieran tranquilos querían hacer una fogata campestre. Sabiéndolo algunos patanes tomaron un enorme nabo y le metieron tres velas colocándolo sobre la casa de Chetwynd ... Fueron a decir a sus mercedes que para honrar la Coronación del Rey Jorge había aparecido una estrella fulgurante sobre el hogar del Sr. Chetwynd. Sus mercedes tuvieron el buen conocimiento de montar a caballo e ir a ver esta maravilla, y se encontraron, para su considerable decepción, que su estrella habíase quedado en nabo.[52]

El nabo era, por supuesto, el emblema particular de Jorge I elegido por la multitud jacobita cuando estaban de buen humor; cuando estaban de mal humor era el rey cornudo, y se empleaban los cuernos en lugar del nabo. Pero otras confrontaciones simbólicas de estos años podían llegar a ser verdaderamente muy hirientes. En una aldea de Somerset, en 1724 tuvo lugar una oscura confrontación (una entre varias del mismo tipo) por la erección de una «Vara de Mayo».* Un terrateniente y magistrado de la localidad parece haber derribado «la vieja Vara de Mayo», recién adornada con flores y guirnaldas, y haber enviado después a dos hombres al correccional por cortar un olmo para hacer una nueva vara. Como respuesta se cortaron en su jardín manzanos y cerezos, se mató a un buey y se envenenaron perros. Al ser soltados los prisioneros, se reerigió la vara y se celebró el «Día de Mayo» con baladas sediciosas y libelos burlescos contra el magistrado. Entre los que adornaban la vara había dos trabajadores, un maltero, un carpintero, un herrero, un tejedor de lino, un carnicero, un molinero, un posadero, un mozo de cuadra y dos caballeros.[53]

52. *Hist. MSS. Comm., Portland MSS,* VII, pp. 245-246.

* Un palo alto pintado con rayas espirales de distintos colores y coronado de flores, instalado en un espacio abierto, para que las gentes en fiestas bailen a su alrededor en la celebración del Día de Mayo (1 de mayo). (*N. del t.*)

53. Public Record Office (en adelante PRO). KB 2 (1), Affidavits, Pascua 10 G I, relativos a Henstridge, Somerset, 1724. A la subida de Jorge, la gente del pueblo en Bedford «vistieron la Vara de Mayo de luto» y un oficial militar la derribó. En agosto 1725 hubo una refriega sobre una Vara de Mayo en Barford (Wilts.), entre los habitantes y un caballero que sospechaba que la vara había sido robada de sus bosques (como era probablemente la verdad). El caballero pidió un pelotón para ayudarle, pero los habitantes ganaron: para Bedford, *An Account of the Riots, Tumults and other Treasonable Practices since His Majesty's Accession to the Throne,* 1715, p. 12; para Barford, *Mist's Weekly Journal* (28 agosto 1725).

Al traspasar la mitad del siglo, el simbolismo jacobita decae y el ocasional transgresor distinguido (quizás introduciendo sus propios intereses bajo la capa de la multitud) desaparece con él.[54] El simbolismo de la protesta popular después de 1760 es a veces un desafío a la autoridad de forma muy directa. Y no se empleaba el simbolismo sin cálculo o cuidadosa premeditación. En la gran huelga de marineros del Támesis de 1768, en que unos cuantos miles marcharon al Parlamento, la afortunada supervivencia de un documento nos permite observar este hecho en acción.[55] En el momento álgido de la huelga (7 de mayo 1768), en que los marineros no recibían satisfacción alguna, algunos de sus dirigentes se dirigieron a una taberna del muelle y pidieron al tabernero que les escribiera una proclama con buena letra y forma apropiada que tenían la intención de colocar en todos los muelles y escaleras del río. El tabernero leyó el papel y encontró «muchas Expresiones de Traición e Insubordinación» y al pie «Ni M..., ni R...» (esto es, «Ni Wilkes, ni Rey»). El tabernero (por propio acuerdo) reconvino con ellos:

> *Tabernero*: Ruego a los Caballeros que no hablen de coacción o sean culpables de la menor Irregularidad.
>
> *Marineros*: ¿Qué significa esto, Señor?, si no nos desagravian rápidamente hay Barcos y Grandes Cañones disponibles que utilizaremos como lo pida la ocasión para desagraviarnos y además estamos dispuestos a desarbolar todos los barcos del Río y luego le diremos adiós a usted y a la vieja Inglaterra y navegaremos hacia otro país ...

Los marineros estaban sencillamente jugando el mismo juego que la legislación con sus repetidos decretos sobre delitos capitales y sus anulaciones legislativas; ambas partes de esta relación tendían a amenazar más que a realizar. Decepcionados por el tabernero, le llevaron

54. Sin embargo, como nos recuerdan los episodios de Varas de Mayo, la tradición *tory* de paternalismo, que se remonta al Book of Sports (Libro de Deportes) de los Stuart, y que otorga patronazgo o un cálido permiso a las recreaciones del pueblo, sigue siendo extremadamente fuerte incluso en el siglo XIX. Esta cuestión es demasiado extensa para ser tratada en este trabajo, pero véase R. W. Malcolmson, *Popular Recreations in English Society, 1700-1850*, Cambridge, 1973.

55. William L. Clement Library, Ann Arbor, Michigan, *Shelburne Papers*, vol. 133, «Memorials of Dialogues betwixt Several Seamen, a Certain Victualler, & a S... Master in the Late Riot». Agradezco al bibliotecario y a su personal que me permitieran consultar y citar estos papeles.

su escrito a un maestro de escuela que efectuaba esta especie de tarea clerical. Nuevamente el punto de vacilación fue la terminación de la proclama: a la derecha «Marineros», a la izquierda «Ni W..., ni R...». El maestro tenía el suficiente aprecio a su cuello para no ser autor de tal escrito. Siguió entonces este diálogo, por propio acuerdo, aunque parece una conversación improbable para las escaleras de Shadwell:

> *Marineros*: No eres Amigo de los Marineros.
> *Maestro*: Señores, soy tan Amigo Suyo que de ningún modo quiero ser el Instrumento para causarles la mayor Injuria cuando se les Proclame Traidores a nuestro Temido Soberano Señor el Rey y provocadores de Rebeldía y Sedición entre sus compañeros, y esto es lo que yo creo humildemente ser el Contenido de Su Escrito ...
> *Marineros*: La Mayoría de nosotros hemos arriesgado la vida en defensa de la Persona, la Corona y Dignidad de Su Majestad y por nuestro país hemos atacado al enemigo en todo momento con coraje y Resolución y hemos sido Victoriosos. Pero, desde el final de la Guerra, se nos ha despreciado a nosotros los Marineros y se han reducido nuestros Salarios tanto y siendo tan Caras las Provisiones se nos ha incapacitado para procurar las necesidades corrientes de la Vida a nosotros y nuestras Familias, y para hablarle claro si no nos Desagravian rápidamente hay suficientes Barcos y Cañones en Deptford y Woolwich y armaremos una Polvareda en la Laguna como nunca vieron los Londinenses así que cuando hayamos dado a los Comerciantes un *coup de grease* [sic] navegaremos hasta Francia donde estamos seguros de encontrar una cálida acogida.

Una vez más los marineros fueron decepcionados; y con las palabras, «¿crees que un Cuerpo de marineros Británicos va a recibir órdenes de un Maestro de Escuela viejo y Retrógrado?», se despiden. En algún lugar lograron un escribano, pero incluso éste rehusó la totalidad del encargo. A la mañana siguiente apareció efectivamente la proclama en las escaleras del río, firmada a la derecha «Marineros» y a la izquierda... «¡Libertad y Wilkes por siempre!».

El punto central de esta anécdota es que, en el clímax mismo de la huelga marinera, los dirigentes del movimiento pasaron varias horas de la taberna al maestro y de éste a un escribano, en busca de un escribiente dispuesto a estampar la mayor afrenta a la autoridad

que pudiera imaginarse: «Ni Rey». Es posible que los marineros no fueran en ningún sentido reflexivo republicanos; pero era este el mayor «Cañón» simbólico que podían disparar y, si hubiera sido disparado con el aparente apoyo de unos cuantos miles de hombres de mar británicos, habría sido sin duda un gran cañonazo.[56]

La contienda simbólica adquiere su sentido sólo dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales. La cultura plebeya no puede ser analizada aisladamente de este equilibrio; sus definiciones son, en algunos aspectos, antagónicas a las definiciones de la cultura educada. Lo que yo he intentado demostrar, quizá repetitivamente, es que es posible que cada uno de los elementos de esta sociedad, tomados por separado, tengan sus precedentes y sus sucesores, pero que, al tomarlos en su conjunto, forman una totalidad que es más que la simple suma de partes: es un conjunto de relaciones estructurado, en el que el Estado, la ley, la ideología antiautoritaria, las agitaciones y acciones directas de la multitud, cumplen papeles intrínsecos al sistema, y dentro de ciertos límites asignados por este sistema, límites que son simultáneamente los límites de lo que es políticamente «posible» y, hasta un grado extraordinario, también los límites de lo que es intelectualmente y culturalmente «posible». La multitud, incluso cuando es más avanzada, sólo raramente puede trascen-

56. Hasta qué punto las ideas explícitas antimonárquicas y republicanas estaban presentes entre el pueblo, especialmente durante los turbulentos años 1760, es una cuestión más frecuentemente dejada de lado con una negativa, que investigada. El enormemente valioso trabajo de George Rudé sobre la multitud londinense tiende a evidenciar un escepticismo metodológico hacia las motivaciones políticas «ideales»: así, se ha tropezado con el rumor, en otra fuente, de que los manifestantes utilizaban el *slogan* «Ni Wilkes, Ni Rey», pero lo ha desechado como un simple rumor; véase G. Rudé, *Wilkes and Liberty,* Oxford, 1962, p. 50; véase Brewer, *op. cit.*, p. 190; W. J. Shelton, *English Hunger and Industrial Disorders,* 1973, pp. 188, 190. Por otra parte, tenemos el fuerte *caveat* de J. H. Plumb: «Los historiadores, me parece, nunca dan el suficiente énfasis a la prevalencia de enconados sentimientos antimonárquicos, prorrepublicanos en los años 1760 y 1770» («Political Man», *op. cit.*, p. 15). «No es probable que podamos descubrir la verdad en las fuentes impresas, sujetas al escrutinio del Abogado del Tesoro. Hay momentos, durante estas décadas, en que se tiene la sensación de que una buena parte del pueblo inglés estaban más dispuestos a separarse de la Corona que los americanos; pero tuvieron la desgracia de no estar protegidos por el Atlántico. En 1775, algunos artesanos privilegiadamente situados pudieron separarse más directamente, y los agentes americanos (disfrazados con ropas de mujer) estaban reclutando activamente más de un barco completo de carpinteros navales de Woolwich» (William L. Clement Library, *Wedderburn Papers,* II, J. Pownall a Alexander Wedderburn, 23 de agosto de 1775).

der la retórica antiautoritaria de la tradición radical *whig;* los poetas no pueden trascender la sensibilidad del humano y generoso paternalista.[57] La furiosa carta anónima que surge de las más bajas profundidades de la sociedad maldice contra la hegemonía de la *gentry,* pero no ofrece una estrategia para reemplazarla.

En cierto sentido es esta una conclusión bastante conservadora, pues estoy sancionando la imagen retórica que de sí misma tenía la sociedad del siglo XVIII, a saber, que el Acuerdo de 1688 definió su forma y sus relaciones características. Dado que el Acuerdo estableció la forma de gobierno de una burguesía agraria,[58] parece que era tanto la forma del poder estatal como el modo y las relaciones de producción los que determinaron las expresiones políticas y culturales de los cien años siguientes. Ciertamente el Estado, débil como era en sus funciones burocráticas y racionalizadoras, era inmensamente fuerte y efectivo como instrumento auxiliar de producción por derecho propio: al abrir las sendas del imperialismo comercial, al imponer el cerramiento de los campos, al facilitar la acumulación y movimiento de capital, tanto mediante sus funciones bancarias y de emisión de tí-

57. Yo no dudo de que hubiera una auténtica y significativa tradición paternalista entre la *gentry* y los grupos profesionales. Pero esa es otra cuestión. Lo que me ocupa a mí aquí es la definición de los límites del paternalismo, y presentar objeciones a la idea de que las relaciones sociales (o de clase) del siglo XVIII estaban mediatizadas por el paternalismo, en sus propios términos.

58. El profesor J. H. Hexter se quedó sorprendido cuando yo pronuncié esta unión impropia («burguesía agraria») en el seminario del Davis Centre de Princeton en 1976. Perry Anderson también quedó sorprendido diez años antes: «Socialism and Pseudo-Empiricism», *New Left Review,* XXXV (enero-febrero 1966), p. 8: «Una burguesía, si es que el término va a retener algún significado, es una clase con base en las *ciudades;* eso es lo que significa la palabra». Véase también (en mi lado de la polémica), Genovese, *The World the Slaveholders Made,* p. 249; y un comentario juicioso sobre este asunto de Richard Johnson, *Working Papers in Cultural Studies,* Birmingham, IX (primavera 1976). Mi reformulación de este (algo convencional) argumento marxista se hizo en «The Peculiarities of the English», *Socialist Register* (1965), esp. p. 318. En él subrayo no sólo la lógica económica del capitalismo agrario, sino la amalgama específica de atributos urbanos y rurales en el estilo de vida de la *gentry* del siglo XVIII: los lugares de baños; la temporada de Londres o la temporada de ciudad; los ritos de pasaje periódicos urbanos, en educación o en los varios mercados matrimoniales; y otros atributos específicos de la cultura mixta agraria-urbana. Los argumentos económicos (ya presentados correctamente por Dobb) han sido reforzados por Brenner, *op. cit.,* esp. pp. 62-68. Se encuentra más evidencia sobre las comodidades urbanas al alcance de la *gentry* en Peter Borsay, «The English Urban Renaissance: The Development of Provincial Urban Culture, *c.* 1680-*c.* 1760», *Social History,* V (mayo 1977).

tulos como, más abiertamente, mediante las extracciones parasitarias a sus propios funcionarios. Es esta combinación específica de debilidad y fuerza lo que proporciona la «iluminación general» en la que se mezclan todos los colores de la época; ésta la que asignaba a jueces y magistrados sus papeles; la que hacía necesario el teatro de hegemonía cultural y la que escribía para el mismo el guión paternalista y antiautoritario; ésta la que otorgaba a la multitud su oportunidad de protesta y presión; la que establecía las condiciones de negociación entre autoridad y plebe y la que ponía los límites más allá de los cuales no podía aventurarse la negociación.

Finalmente, ¿con qué alcance y en qué sentido utilizo el concepto de «hegemonía cultural»? Puede responderse a esto en los niveles práctico y teórico. En el práctico es evidente que la hegemonía de la *gentry* sobre la vida política de la nación se impuso de modo efectivo hasta los años 1790.[59] Ni la blasfemia ni los episodios esporádicos de incendios premeditados ponen esto en duda; pues éstos no quieren desplazar el dominio de la *gentry* sino simplemente castigarla. Los límites de lo que era políticamente posible (hasta la Revolución Francesa) se expresaban externamente en forma constitucional e, internamente, en el espíritu de los hombres, como tabúes, expectativas limitadas y una tendencia a formas tradicionales de protesta, destinadas a menudo a recordar a la *gentry* sus deberes paternalistas.

Pero también es necesario decir lo que *no* supone la hegemonía. No supone la admisión por parte de los pobres del paternalismo en los propios términos de la *gentry* o en la imagen ratificada que ésta tenía de sí misma. Es posible que los pobres estuvieran dispuestos a premiar con su deferencia a la *gentry*, pero sólo a un cierto precio. El precio era sustancial. Y la deferencia estaba a menudo privada de toda ilusión: desde abajo podía considerarse en parte necesaria para la autoconservación, en parte como la extracción calculada de todo lo que pudiera extraerse. Visto desde esta perspectiva, los pobres

59. Digo esto a pesar de la cuestión suscitada en la nota 54. Si los sentimientos republicanos se hubieran convertido en una fuerza efectiva, creo que sólo lo habrían hecho bajo la dirección de una *gentry* republicana, en la primera etapa. Recibo con gusto la nueva visión de John Brewer del ritual y el simbolismo de la oposición wilkesiana (Brewer, *op. cit.*, esp. pp. 181-191). Pero si Wilkes hizo el papel del tonto para la multitud, nunca dejó de ser un tonto-*caballero* En términos generales, mi artículo se ha ocupado principalmente de la «autoactivante» multitud plebeya, y (una seria debilidad) me he visto forzado a dejar fuera la multitud con licencia o manipulada por la *gentry*.

impusieron a los ricos ciertos deberes y funciones paternalistas tanto como se les imponía a ellos la deferencia. Ambas partes de la ecuación estaban restringidas a un mismo campo de fuerza.

En segundo lugar, debemos recordar otra vez la inmensa distancia que había entre las culturas refinada y plebeya; y la energía de la auténtica autoactivación de esta última. Sea lo que fuere esta hegemonía, no envolvía las vidas de los pobres y no les impedía defender sus propios modos de trabajo y descanso, formar sus propios ritos, sus propias satisfacciones y visión de la vida. De modo que con ello quedamos prevenidos contra el intento de forzar la noción de hegemonía sobre una extensión excesiva y sobre zonas indebidas.[60] Esta hegemonía pudo haber definido los límites externos de lo que era políticamente y socialmente practicable y, por ello, influir sobre las formas de lo practicado: ofrecía el armazón desnudo de una estructura de relaciones de dominio y subordinación, pero dentro del trazado arquitectónico podían montarse muchas distintas escenas y desarrollarse dramas diversos.

Con el tiempo, una cultura plebeya tan robusta como ésta pudo haber alimentado expectativas alternativas, que constituyeran un desafío a esta hegemonía. No es así como yo entiendo lo sucedido, pues cuando se produjo la ruptura ideológica con el paternalismo, en los años 1790, se produjo en primer lugar menos desde la cultura plebeya que desde la intelectual de las clases medias disidentes y desde allí fue extendida al artesanado urbano.[61] Pero las ideas *paini-*

60. En una crítica relevante de ciertos usos del concepto de hegemonía, R. J. Morris observa que puede implicar «prácticamente la imposibilidad de la clase obrera o de secciones organizadas de la misma para poder generar ideas ... radicales independientes de la ideología dominante». El concepto implica la necesidad de buscar intelectuales para él mismo, mientras que el sistema de valores dominante se ve como «una variable exógena independientemente generada» de grupos o clases subordinados («Bargaining with Hegemony», *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, XXXV, otoño 1977, pp. 62-63). Véase también la aguda respuesta de Genovese a las críticas a este punto: «La hegemonía implica lucha de clases y no tiene ningún sentido aparte de ella ... No tiene nada en común con historia del consenso y representa su antítesis: una forma de definir el contenido histórico de la lucha de clases en épocas de quiescencia» (*Radical History Review*, invierno 1976-1977, p. 98). Me alegro de que esto se haya dicho.

61. La cuestión de si una clase subordinada puede o no desarrollar una crítica intelectual coherente de la ideología dominante —y una estrategia que llegue más allá de los límites de su hegemonía— me parece ser una cuestión *histórica* (es decir, una cuestión respecto a la cual la historia ofrece muchas respuestas diferentes, algunas muy matizadas), y no una que puede ser resuelta

tas, transportadas por los artesanos a una cultura plebeya más extensa, desarrollaron en ella raíces instantáneamente, y quizá la protección que les proporcionó esta robusta e independiente cultura les permitiera florecer y propagarse, hasta que se produjeron las grandes y nada deferentes agitaciones populares al término de las guerras francesas.

Digo esto teóricamente. El concepto de hegemonía es inmensamente valioso, y sin él no sabríamos entender la estructuración de relaciones del siglo XVIII. Pero mientras que esta hegemonía cultural pudo definir los límites de lo posible, e inhibir el desarrollo de horizontes y expectativas alternativos, este proceso no tiene nada de determinado o automático. Una hegemonía tal sólo puede ser mantenida por los gobernantes mediante un constante y diestro ejercicio, de teatro y concesión. En segundo lugar, la hegemonía, incluso cuando se impone con fortuna, no impone una visión de la vida totalizadora; más bien impone orejeras que impidan la visión en ciertas direcciones mientras la dejan libre en otras. Puede coexistir (como en efecto lo hizo en la Inglaterra del siglo XVIII) con una cultura del pueblo vigorosa y autoactivante, derivada de sus propias experiencias y recursos. Esta cultura, que se resiste en muchos puntos a cualquier forma de dominio exterior, constituye una amenaza omnipresente a las descripciones oficiales de la realidad; dados los violentos traqueteos de la experiencia y la intromisión de propagandistas «sediciosos», la multitud partidaria de Iglesia y Rey puede hacerse jacobina o ludita, la leal armada zarista puede convertirse en una flota bolchevique insurrecta. Se sigue que no puedo aceptar la opinión, ampliamente difundida en algunos círculos estructuralistas y marxistas de Europa occidental, de que la hegemonía imponga un dominio total sobre los gobernados —o sobre todos aquellos que no son intelectuales— que alcanza hasta el umbral mismo de su experiencia, e implanta en sus espíritus desde su nacimiento categorías de subordinación de las cuales son incapaces de liberarse y para cuya corrección su experiencia resulta impotente. Pudo ocurrir esto, aquí y allá, pero no en Inglaterra, no en el siglo XVIII.

---

con pronunciamientos de «práctica teórica». El número de «intelectuales orgánicos» (en el sentido de Gramsci) entre los artesanos y trabajadores de Gran Bretaña entre 1790 y 1850 no debe subestimarse.

VI

La vieja ecuación paternalismo-deferencia perdía fuerza incluso antes de la Revolución Francesa, aunque vio una temporal reanimación en las muchedumbres partidarias de Iglesia y Rey de principios de los años 1790, el espectáculo militar y el antigalicanismo de las guerras. Los motines de Gordon habían presenciado el clímax, y también la apoteosis, de la licencia plebeya; e inflingieron un trauma a los gobernantes que puede ya observarse en el tono cada vez más disciplinario de los años 1780. Pero, por entonces, la relación recíproca entre *gentry* y plebe, inclinándose ahora de un lado, ahora del otro, había durado un siglo. Por muy desigual que resultara esta relación, la *gentry* necesitaba a pesar de todo *cierta* clase de apoyo de los pobres, y éstos sentían que eran necesitados. Durante casi cien años los pobres no fueron los completos perdedores. Conservaron su cultura tradicional; lograron atajar parcialmente la disciplina laboral del primer industrialismo; quizás ampliaron el alcance de las Leyes de Pobres; obligaron a que se ejerciera una caridad que pudo evitar que los años de escasez se convirtieran en crisis de subsistencias; y disfrutaron de las libertades de lanzarse a las calles, empujar, bostezar y dar hurras, tirar las casas de panaderos o disidentes detestables, y de una disposición bulliciosa y no vigilada que asombraba a los visitantes extranjeros y casi les indujo erróneamente a pensar que eran «libres». Los años 1790 eliminaron tal ilusión y, a raíz de las experiencias de esos años, la relación de reciprocidad saltó. Al saltar, en ese mismo momento, perdió la *gentry* su confiada hegemonía cultural. Pareció repentinamente que el mundo no estaba, después de todo, ligado en todo punto por sus gobernantes y vigilado por su poder. Un hombre era un hombre «a pesar de todo». Nos apartamos del campo de fuerza del siglo XVIII y entramos en un período en que se produce una reorganización estructural de relaciones de clase e ideología. Se hace posible, por primera vez, analizar el proceso histórico en los términos de notaciones de clase del siglo XIX.

LA ECONOMÍA «MORAL» DE LA MULTITUD EN LA INGLATERRA DEL SIGLO XVIII *

Al que acapare el trigo el pueblo lo maldecirá;
mas la bendición recaerá sobre quien lo venda.

Proverbios XI, 26

I

Hemos sido prevenidos, en los últimos años —por George Rudé entre otros—, contra el uso impreciso del término «populacho». Quisiera en este artículo extender la advertencia al término «motín», especialmente en lo que atañe a los motines de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII.

Esta simple palabra de cinco letras puede ocultar algo susceptible de describirse como una visión espasmódica de la historia popular. De acuerdo con esta apreciación, rara vez puede considerarse al pueblo como agente histórico con anterioridad a la Revolución Francesa. Antes de este período la chusma se introduce, de manera

* «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present,* n.º 50 (febrero 1971), pp. 76-136. (Copyright mundial: Past and Present Society, Corpus Christi College, Oxford). Este artículo se basa en una investigación comenzada en 1963 y retrasada durante los últimos cinco años por las exigencias de trabajo en una nueva universidad. Una primera versión fue presentada en una conferencia organizada por el Departamento de Historia de la Universidad del Estado de Nueva York en Buffalo, en abril de 1966. Tengo que agradecer a la Fundación Nuffield una reciente ayuda de investigación, y a Mr. Malcolm Thomas, Miss J. Neeson y Mr. E. E. Dodd su ayuda. El trabajo original ha sido revisado y ampliado en varios puntos. [Publicado anteriormente en castellano en *Revista de Occidente,* n.º 133 (abril 1974), pp. 54-125.]

ocasional y espasmódica, en la trama histórica, en épocas de disturbios sociales repentinos. Estas irrupciones son compulsivas, más que autoconscientes o autoactivadas; son simples respuestas a estímulos económicos. Es suficiente mencionar una mala cosecha o una disminución en el comercio, para que todas las exigencias de una explicación histórica queden satisfechas.

Desgraciadamente, aun entre aquellos pocos historiadores ingleses que han contribuido a nuestro conocimiento de estos movimientos populares, se cuentan varios partidarios de la imagen espasmódica. No han reflexionado, sino de manera superficial, sobre los materiales que ellos mismos han descubierto. Así, Beloff comenta con respecto a los motines de subsistencias (*food riots*) de principios del siglo XVIII: «este resentimiento, cuando el desempleo y los altos precios se combinaban para crear condiciones insoportables, se descargaba en ataques contra comerciantes de cereales y molineros, ataques que muchas veces deben de haber degenerado en simples excusas para el crimen».[1] Sin embargo, registraremos inútilmente sus páginas en busca de la evidencia que nos permita detectar la frecuencia de esta «degeneración». Wearmouth, en su útil crónica de los disturbios, se permite enunciar una categoría explicatoria: la «miseria».[2] Ashton, en su estudio sobre los motines de subsistencias entre los mineros, formula el argumento propio del paternalista: «la turbulencia de los mineros debe, por supuesto, ser explicada por algo más elemental que la política: era la reacción instintiva de la virilidad ante el hambre».[3] Los disturbios fueron «rebeliones del estómago», y puede sugerirse que esto, en cierto modo, es una explicación reconfortante. La línea de análisis es: hambre-elemental-instintiva. Charles Wilson continúa la tradición: «Alzas espasmódicas en el precio de los alimentos incitaron al motín a los barqueros del Tyne en 1709 y a los mineros del estaño a saquear graneros en Falmouth en 1727». Un espasmo condujo a otro: el resultado fue el «pillaje».[4]

1. M. Beloff, *Public Order and Popular Disturbances, 1660-1714,* Oxford, 1938, p. 75.

2. R. F. Wearmouth, *Methodism and the Common People of the Eighteenth Century,* Londres, 1945, esp. caps. 1 y 2.

3. T. S. Ashton y J. Sykes, *The Coal Industry of the Eighteenth Century,* Manchester, 1929, p. 131.

4. Charles Wilson, *England's Apprenticeship, 1603-1763,* Londres, 1965, p. 345. Es cierto que los magistrados de Falmouth informaron al duque de Newcastle (16 noviembre 1727) de que «los revoltosos mineros del estaño» habían «irrumpido y saqueado varias despensas y graneros de cereal». Su in-

Durante décadas, la historia social sistemática ha quedado rezagada con respecto a la historia económica, hasta el momento actual en que se da por hecho que una especialización en la segunda disciplina confiere, automáticamente, igual nivel de pericia a la primera. Uno no puede quejarse, por lo tanto, de que las recientes investigaciones hayan tendido a tergiversar y cuantificar testimonios que sólo se han entendido de manera imperfecta. El decano de la escuela espasmódica es, por supuesto, Rostow, cuyo tosco «gráfico de la tensión social» fue presentado en 1948 por primera vez.[5] De acuerdo con este gráfico, no necesitamos más que unir un índice de desempleo y uno de altos precios alimenticios para encontrarnos en condiciones de hacer un gráfico del curso de los disturbios sociales. Esto contiene una verdad autoevidente (la gente protesta cuando tiene hambre); de igual manera que un «gráfico de la tensión sexual» mostraría que el comienzo de la madurez sexual puede correlacionarse con una mayor frecuencia en dicha actividad. La objeción es que este gráfico, si no se usa con discreción, puede dar por concluida la investigación en el punto exacto en que ésta adquiere verdadero interés sociológico o cultural: cuando está hambrienta (o con apetito sexual), ¿qué es lo que hace la gente?, ¿cómo es modificada su conducta por la costumbre, la cultura, y la razón? Y (habiendo convenido en que el estímulo primario de la «miseria» está presente), ¿contribuye la conducta de las gentes a una función más compleja, y culturalmente mediatizada, que —por mucho que se cueza en el horno del análisis estadístico— no puede retrotraerse de nuevo al estímulo?

Son muchos, entre nosotros, los historiadores del desarrollo culpables de un craso reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función; reduccionismo que, de advertirlo en el trabajo de sus colegas marxistas, les haría protestar.

---

forme concluye con un comentario que sugiere que no fueron mucho más capaces que algunos historiadores modernos en comprender la racionalidad de la acción directa de los mineros: «la causa de estos atropellos, según pretendían los amotinados, era la escasez de grano en el condado, pero esta sugerencia es probablemente falsa, pues la mayoría de los que se llevaron el grano lo dieron o lo vendieron a un cuarto de su precio». PRO, SP 36.4.22.

5. W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, Oxford, 1948, esp. pp. 122-125. Entre los más interesantes estudios que relacionan precios-cosechas y disturbios populares están: E. J. Hobsbawm, «Economic Fluctuations and Some Social Movements», *Labouring Men*, Londres, 1964, y T. S. Ashton, *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Oxford, 1959.

El lado débil que comparten estas explicaciones es una imagen abreviada del hombre económico. Lo que es quizá un motivo de sorpresa es el clima intelectual-esquizoide, que permite a esta historiografía cuantitativa coexistir (en los mismos sitios y a veces en las mismas mentes) con una antropología social que deriva de Durkheim, Weber o Malinowski. Conocemos muy bien todo lo relacionado con el delicado tejido de las normas sociales y las reciprocidades que regulan la vida de los isleños de Trobriand, y las energías psíquicas involucradas en el contenido de los cultos de Melanesia; pero, en algún momento, esta criatura social infinitamente compleja, el hombre melanesio, se convierte (en nuestras historias) en el minero inglés del siglo XVIII que golpea sus manos espasmódicamente sobre su estómago y responde a estímulos económicos elementales.

A esta visión espasmódica opondré mi propio punto de vista.[6] Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimizante. Con el concepto de legitimización quiero decir el que los hombres y las mujeres que constituían el tropel creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular era confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o respeto.

El motín de subsistencias en la Inglaterra del siglo XVIII fue una forma muy compleja de acción popular directa, disciplinada y con claros objetivos. Hasta qué punto estos objetivos fueron alcanzados —esto es, hasta qué punto el motín de subsistencias fue una forma de acción coronada por el éxito— es una cuestión muy intrincada para abordarla dentro de los límites de un artículo; pero puede al menos plantearse en vez de negarla y abandonarla sin examen, como de costumbre, y esto no puede hacerse hasta que sean identificados los objetivos propios de la muchedumbre. Es cierto, por supuesto, que los motines de subsistencias eran provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro

6. He encontrado de la máxima utilidad el estudio pionero de R. B. Rose, «Eighteenth Century Price Riots and Public Policy in England», *International Review of Social History*, VI (1961), y G. Rudé, *The Crowd in History*, Nueva York, 1964.

de un consenso popular en cuanto a qué prácticas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituían la «economía "moral" de los pobres». Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa.

Aunque esta «economía moral» no puede ser descrita como «política» en ningún sentido progresista, tampoco puede, no obstante, definirse como apolítica, puesto que supone nociones del bien público categórica y apasionadamente sostenidas, que, ciertamente, encontraban algún apoyo en la tradición paternalista de las autoridades; nociones de las que el pueblo, a su vez, se hacía eco tan estrepitosamente que las autoridades eran, en cierta medida, sus prisioneros. De aquí que esta economía moral tiñese con carácter muy general el gobierno y el pensamiento del siglo XVIII, en vez de interferir únicamente en momentos de disturbios. La palabra «motín» es muy corta para abarcar todo esto.

II

Así como hablamos del nexo del dinero en efectivo surgido de la revolución industrial, existe un sentido en el que podemos hablar del nexo del pan en el siglo XVIII. El conflicto entre campo y ciudad fue mediatizado por el precio del pan. El conflicto entre tradicionalismo y la nueva economía política pasó a depender de las Leyes Cerealistas. El conflicto económico de clases en la Inglaterra del siglo XIX encontró su expresión característica en el problema de los salarios; en la Inglaterra del siglo XVIII, la gente trabajadora era incitada a la acción más perentoriamente por el alza de precios.

Esta conciencia de consumidor altamente sensible coexistió con la gran era de mejoras agrícolas del cinturón cerealista del Este y del Sur. Esos años que llevaron la agricultura inglesa a una nueva cima en cuanto a calidad, están jalonados de motines —o como los contemporáneos a veces los describen, de «insurrecciones» o «levantamientos de los pobres»— 1709, 1740, 1756-1757, 1766-1767, 1773, 1782, y, sobre todo, 1795 y 1800-1801. Esta industria capitalista

boyante flotaba sobre un mercado irascible, que podía en cualquier momento desatarse en bandas de merodeadores, que recorrían el campo con cachiporras, o surgían en la plaza del mercado para «fijar el precio» de las provisiones a un nivel popular. Las fortunas de las clases capitalistas más fuertes descansaban, en último término, sobre la venta de cereales, carne, lana; y los dos primeros artículos debían ser vendidos, con poca intervención de los intermediarios, a los millones de personas que componían la legión de los consumidores. De aquí que las fricciones del mercado nos lleven a una zona crucial de la vida nacional.

En el siglo XVIII la clase trabajadora no vivía sólo de pan, pero (como muestran los presupuestos reunidos por Eden y David Davies) muchos de ellos subsistían casi exclusivamente por el pan. Este pan no era todo de trigo, si bien el pan de trigo fue ganando terreno continuamente sobre otras variedades hasta principios de la década de 1790. Durante los años sesenta, Charles Smith calculó que de la supuesta población de alrededor de 6 millones de Inglaterra y Gales, 3.750.000 comían pan de trigo, 888.000 lo consumían de centeno, 739.000 de cebada y 623.000 de avena.[7] Hacia 1790 podemos calcular que por lo menos dos tercios de la población consumían trigo.[8] El esquema de consumo refleja, en parte, grados comparativos de pobreza, y en parte, condiciones ecológicas. Distritos con suelos pobres y distritos de tierras altas (como los Peninos) donde el trigo no maduraba, eran los bastiones del consumo de otros cereales. Aun, en los años noventa, los trabajadores de las minas de estaño de Cornualles subsistían en su mayor parte gracias al pan de cebada. Se consumía mucha harina de avena en Lancashire y Yorkshire, y no sólo por parte de los pobres. Los informes de Northumberland son contradictorios, pero parecería que Newcastle y muchas aldeas mineras de los alrededores se habían pasado por entonces al trigo, mientras que el campo y ciudades más pequeñas se alimentaban de pan de avena, de centeno, un pan mezcla de varios cereales[9] o una mezcla de cebada y legumbres secas.[10]

7. C. Smith, *Three Tracts on the Corn-Trade and Corn-Laws,* Londres, 1766², pp. 140, 182-185.

8. Fitzjohn Brand, *A Determination of the Average Depression of Wheat in War below that of the Preceding Peace...*, Londres, 1800, pp. 62-63, 96.

9. Para «maslin» (un pan hecho de varios cereales), véase Sir William Ashley, *The Bread of our Forefathers,* Oxford, 1928, pp. 16-19.

10. C. Smith, *op cit.,* p. 194 (para 1765). Pero el alcalde de Newcastle

A lo largo del siglo, nuevamente el pan blanco fue ganando terreno a variedades más oscuras de harina integral. Esto se debió en parte a una cuestión de valores de status, de posición relativa, que se asociaron al pan blanco, pero en modo alguno fue exclusivamente por eso. El problema es más complejo, y pueden mencionarse rápidamente varios de sus aspectos.

Era productivo para los panaderos y molineros vender pan blanco o harinas finas, pues el beneficio que podía obtenerse de estas ventas era, en general, mayor. (Irónicamente, esto fue en parte consecuencia de la protección paternalista al consumidor, pues el Assize of Bread —regulación o «Reglamento sobre el Precio del Pan», de acuerdo con el precio del grano— intentaba evitar que los panaderos obtuvieran sus ganancias del pan de los pobres; por lo tanto, iba en interés del panadero el hacer la menor cantidad posible para «uso doméstico», y esta pequeña cantidad hacerla de pésima calidad.)[11] En las ciudades, que estaban alerta contra el peligro de la adulteración, el pan negro era sospechoso, pues podía ocultar fácilmente aditivos tóxicos. En las últimas décadas del siglo muchos molineros adaptaron sus maquinarias y sus tamices en tal forma que, de hecho, no servían para preparar la harina para la hogaza doméstica de tipo intermedio, produciendo sólo las mejores calidades para el pan blanco y los desperdicios, el salvado, para un pan negro que un observador consideró «tan rancio, repulsivo y pernicioso como para poner en peligro la constitución física».[12] Los intentos realizados por las autoridades, en épocas de escasez, para imponer la manufactura de calidades de harina más bastas (o, como en 1795, el uso general de la hogaza «doméstica»), encontraron muchas dificultades y con frecuencia resistencia, tanto por parte de los molineros como de los panaderos.[13]

---

informaba (4 mayo 1796) que el pan de centeno era «muy usado por los trabajadores empleados en la Industria del Carbón», y un informador de Hexham Abbey decía que cebada, cebada y legumbres secas, o alubias «es el único pan de los trabajadores pobres y de los criados de los agricultores e incluso de muchos agricultores», con centeno o «maslin» en las ciudades: PRO, PC 1.33.A.88.

11. Nathaniel Forster, *An Enquiry into the Cause of the High Price of Provisions,* Londres, 1767, pp. 144-147.

12. J. S. Girdler, *Observations on the Pernicious Consequences of Forestalling, Regrating and Ingrossing,* Londres, 1800, p. 88.

13. El problema fue discutido con lucidez en [Gobernador] Pownall, *Considerations on the Scarcity and High Prices of Bread-corn and Bread,*

A finales de siglo, los sentimientos de status estaban profundamente arraigados dondequiera que prevaleciese el pan de trigo y este fuese amenazado por la posibilidad de mezclas más bastas. Se insinúa que los trabajadores acostumbrados al pan de trigo no podían en verdad trabajar —sufrían de debilidad, indigestión, o náuseas— si les forzaban a cambiar al pan hecho con mezclas más bastas. Aun frente a los atroces precios de 1795 y 1800-1801, la resistencia de gran parte de los trabajadores resultó invencible.[14] Los diputados del gremio en Calne informaron al Consejo Privado (*Privy Council*) en 1796 que gente «que merece confianza» estaba usando las mezclas de cebada y trigo requeridas por las autoridades, y que los artesanos y obreros pobres con familias numerosas

> han usado en general solamente pan de cebada. El resto, que suman quizá alrededor de un tercio de los artesanos pobres, y otros, con familias más pequeñas (diciendo que ellos no podían obtener *más que pan*) han comido, como antes de la escasez, solamente pan de panadería hecho de trigo llamado de segunda.

El alguacil de Reigate informaba en términos similares:

> En cuanto a los trabajadores pobres que apenas tienen otro sustento que el pan y que por la costumbre del vecindario siempre han comido pan hecho solamente con trigo, entre ellos, no he impuesto ni expresado el deseo de que consumiesen pan de mezcla,

---

Cambridge, 1795, esp. pp. 25-27. Véase también lord John Sheffield, *Remarks on the Deficiency of Grain occasioned by the bad Harvest of 1799*, Londres, 1800, esp. pp. 105-106, para la evidencia de que (1795) «no hay pan doméstico hecho en Londres». Un corresponsal de Honiton describía en 1766 el pan doméstico como «una infame mezcla de salvado molido y cernido, al cual se añade la peor clase de harina inclasificable»: *Hist. MSS. Comm., City of Exeter*, serie LXXIII, p. 255. Sobre esta compleja cuestión, véase además S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *Economic Journal* XIV (1904), esp. pp. 203-206.

14. R. N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, 1949, esp. pp. 493-517. La resistencia se extendía desde las regiones consumidoras de trigo del sur y del centro a las consumidoras de avena del norte; un corresponsal de Stockport en 1795 observó que «una muy generosa suscripción ha sido hecha con el propósito de distribuir harina de avena u otras provisiones entre los pobres a precios reducidos. — Esta medida, siento decirlo, da poca satisfacción al pueblo, que todavía clama e insiste en obtener pan de trigo»: PRO, WO 1.1094. Véase también J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, Londres, ed. 1966, pp. 119-123.

> por miedo a que no estén suficientemente alimentados para poder con su trabajo.

Los pocos trabajadores que habían probado pan hecho de mezclas, «se encontraron débiles, afiebrados, e incapaces para trabajar con un cierto grado de vigor». Cuando, en diciembre de 1800, el gobierno presentó un decreto (popularmente conocido como el Decreto del Pan Negro o «Decreto del Veneno») que prohibía a los molineros elaborar otra harina que no fuera de trigo integral, la respuesta popular fue inmediata. En Horsham (Sussex),

> Un grupo de mujeres ... fue al molino de viento de Godsen, donde, injuriando al molinero por haberles dado harina morena, se apoderaron del lienzo del tamiz con el que el molinero estaba preparando la harina de acuerdo con las normas del Decreto del Pan, y lo cortaron en mil pedazos; amenazando al mismo tiempo con tratar así todos los utensilios similares que intentase usar en el futuro de igual manera. La amazónica dirigente de esta cabalgata en sayas, ofreció después a sus colegas licor, por valor de una guinea, en la taberna de Crab Tree.

Como resultado de semejantes actitudes, el decreto fue revocado en menos de dos meses.

Cuando los precios eran altos, más de la mitad de los ingresos semanales de la familia de un trabajador podía muy bien gastarse exclusivamente en pan.[15] ¿Cómo pasaban estos cereales desde la tierra a los hogares de los trabajadores? A simple vista parece sencillo. He aquí el grano: es cosechado, trillado, llevado al mercado, molido en el molino, cocido y comido. Pero en cada etapa de este proceso hay toda una irradiación de complejidades, de oportunidades para la extorsión, puntos álgidos alrededor de los cuales los motines podían surgir. Y apenas se puede proseguir sin esbozar, de manera esquemática, el modelo paternalista del proceso de elaboración y comercialización —el ideal platónico tradicional al que se apelaba en la ley, el panfleto, o el movimiento de protesta— y contra el que chocaban las embarazosas realidades del comercio y del consumo.

15. Véase especialmente los presupuestos en D. Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, Bath, 1795, y en Sir Frederick Eden, *The State of the Poor*, Londres, 1797. También, D. J. V. Jones, «The Corn Riots in Wales, 1793-1801», *Welsh Hist. Rev.*, II, n.º 4 (1965), ap. I, p. 347.

El modelo paternalista existía en un cuerpo desgastado de ley estatuida, así como en el derecho consuetudinario y las costumbres. Era el modelo que, muy frecuentemente, informaba las acciones del gobierno en tiempos de emergencia hasta los años setenta; y al cual muchos magistrados locales continuaron apelando. Según este modelo, la comercialización debía ser, en lo posible, *directa,* del agricultor al consumidor. Los agricultores habían de traer su cereal a granel al mercado local; no debían venderlo mientras estuviera en las mieses, y tampoco retenerlo con la esperanza de subir los precios. Los mercados tenían que estar controlados; no se podían hacer ventas antes de horas determinadas, que se anunciarían a toque de campana; los pobres deberían tener la oportunidad de comprar ellos primero grano, harina de flor o harina, en pequeños paquetes cuyo peso y medida estuviesen debidamente supervisados. A una hora determinada, cuando sus necesidades estuvieran cubiertas, había de sonar una segunda campana, y los comerciantes al por mayor (con la oportuna licencia) podían hacer sus compras. Los traficantes estaban cercados de trabas y restricciones, inscritas en los mohosos pergaminos de las leyes contra el acaparamiento, regateo y monopolio, codificadas durante el reinado de Eduardo VI. No debían comprar (y los agricultores no debían vender) por muestreo. No debían comprar el cereal en la mies ni adquirirlo para revender (dentro del plazo de tres meses), en el mismo mercado, con ganancias, o en mercados cercanos, etc. Ciertamente durante la mayor parte del siglo XVIII el intermediario siguió siendo legalmente sospechoso, y sus transacciones, en teoría, fueron severamente acotadas.[16]

De la supervisión de los mercados pasamos a la protección del consumidor. Los molineros y —en mayor escala— los panaderos eran considerados servidores de la comunidad que trabajaban, no para

16. El mejor estudio general de los mercados de grano del siglo XVIII es todavía R. B. Westerfield, *Middlemen in English Business, 1660-1760,* New Haven, 1915, cap. 2 Véase también N. S. B. Grass, *The Evolution of the English Corn Market from the Twelfth to the Eighteenth Century,* Cambridge, Mass., 1915; D. G. Barnes, *A History of the English Corn Laws,* Londres, 1930; C. R. Fay, *The Corn Laws and Social England,* Cambridge, 1932; E. Lipson, *Economic History of England,* Londres, 1956[6], II, pp. 419-448; L. W. Moffitt, *England on the Eve of the Industrial Revolution,* Londres, 1925, cap. 3; G. E. Fussell y C. Goodmen, «Traffic in Farm Produce in Eighteenth Century England», *Agricultural History,* XII, n.º 2 (1938); Janet Blackman, «The Food Supply of an Industrial Town (Scheffield)», *Business History,* V (1963).

lucrarse, sino para lograr una ganancia razonable. Muchos de los pobres compraban su grano en el mercado directamente (o lo obtenían como un suplemento del salario o espigando); lo llevaban al molino para ser molido, en cuyo caso el molinero podía cobrar la maquila acostumbrada, y ellos cocer después su propio pan. En Londres y en las grandes ciudades donde esto había dejado de ser la norma hacía mucho tiempo, el beneficio o ganancia del panadero era calculado de acuerdo con el Assize of Bread, en el que, tanto el precio como el peso de la hogaza eran fijados con relación al precio vigente del trigo.[17]

Este modelo, por supuesto, se aleja en muchos puntos de las realidades del siglo XVIII. Lo más sorprendente es observar hasta qué punto funcionaba en parte todavía. Por ello, Aikin puede así describir en 1795 la ordenada regulación del mercado de Preston:

> los mercados semanales ... están extremadamente bien regulados para evitar el acaparamiento y el regateo. Sólo a la gente del pueblo se le permite comprar a primera hora, de las ocho a las nueve de la mañana, a las nueve pueden comprar los demás; pero ninguna mercancía sin vender puede retirarse del mercado hasta la una en punto, exceptuado el pescado ...[18]

En el mismo año, en el Sudoeste (otra de las zonas conocidas por su tradicionalismo), las autoridades municipales de Exeter intentaron controlar a los «revendedores, buhoneros y detallistas» excluyéndolos del mercado desde las ocho de la mañana hasta mediodía, hora en

17. S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *Economic Jl.*, XIV (1904).
18. J. Aikin, *A Description of the Country from thirty to forty Miles round Manchester*, Londres, 1795, p. 286. Uno de los mejores archivos de un bien regulado mercado señorial del siglo XVIII es el de Manchester. Aquí fueron nombrados durante todo el siglo vigilantes de mercado para el pescado y la carne, para pesos y medidas de grano, para carnes blancas, para el Assize of Bread, así como catadores de cerveza y agentes para impedir «monopolio, acaparamiento y regateo», hasta los años 1750 fueron frecuentes las multas por peso o medida escasos, carnes invendibles, etc.; la supervisión fue después algo más ligera (aunque continuó), con un resurgimiento de la vigilancia en los años 1790. Se impusieron multas por vender cargas de grano antes de que sonara la campana del mercado en 1734, 1737 y 1748 (cuando William Wyat fue multado en 20 chelines «por vender antes de que sonara la campana y declarar que vendería a cualquier Hora del Día a pesar del Señor del Feudo o de cualquier otra persona»), y otra vez en 1766. *The Court Leet Records of the Manor of Manchester*, ed. J. P. Earwaker, Machester, 1888-1889, vols. VII, VIII, IX, passim. Para la regulación del acaparamiento en Manchester, véase más adelante nota 46.

que la campana del ayuntamiento sonaba. El Assize of Bread estaba aún vigente durante el siglo XVIII en Londres y en muchas ciudades de mercado.[19] En el caso de la venta por muestreo podemos observar el peligro de asumir prematuramente la disolución de las restricciones consagradas por la costumbre.

Se supone con frecuencia que la venta de grano por muestreo estaba generalizada a mediados del siglo XVII, cuando Best describe la práctica en el este de Yorkshire,[20] y con seguridad en 1725, cuando Defoe redactó su famoso informe sobre el comercio cerealista.[21] Pero, mientras muchos grandes agricultores vendían sin duda por muestreo en la mayoría de los condados, por aquellas fechas, los antiguos mercados de puestos eran corrientes todavía y sobrevivían aún en los alrededores de Londres. En 1718 el autor de un panfleto describía la decadencia de los mercados rurales como un hecho que había tenido lugar en años recientes:

> Se pueden ver pocas cosas aparte de jugueterías y puestos de baratijas y chucherías ... Los impuestos casi han desaparecido; y donde —según memoria de muchos de los habitantes— solían venir antes a la ciudad en un día, cien, doscientas, quizá trescientas cargas de grano, y en algunos municipios cuatrocientas, ahora crece la hierba en el emplazamiento del mercado.

Los agricultores (se lamentaba) habían llegado a esquivar el mercado y a operar con corredores y otros «contrabandistas» a las puertas de aquel. Otros agricultores traían todavía al mercado una única carga «para hacer un simulacro de mercado, y para que les fijaran el precio», pero el verdadero negocio se hacía en «paquetes de grano en una bolsa o en un pañuelo que son llamados *muestras*».[22]

Esta era, en efecto, la tendencia; pero muchos pequeños agricultores continuaron vendiendo su grano en los puestos del mercado, como antes, y el viejo modelo quedó en la mente de los hombres

19. S. y B. Webb, *op. cit., passim,* y J. Burnett, «The Baking Industry in the Nineteenth Century», *Bussines History,* V (1963), pp. 98-99.

20. *Rural Economy in Yorkshire in 1641* (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 99-105.

21. *The Complete English Tradesman,* Londres, 1727, II, parte 2.

22. Anon., *An Essay to Prove that Regrators, Engrossers, Forestallers, Hawkers, and Jobbers of Corn, Cattle, and other Marketable Goods are Destructive of Trade, Oppressors to the Poor, and a Common Nuisance to the Kingdom in General,* Londres, 1718, pp. 13, 18-20.

como fuente de resentimiento. Una y otra vez fueron impugnados los nuevos procedimientos de comercialización. En 1710, una petición a favor de la gente pobre de Stony Stratford (Buckinghamshire) se lamenta de que los agricultores y comerciantes estaban «comprando y vendiendo en los corrales y en las puertas de sus Graneros, de tal manera que ahora los pobres habitantes no podemos conseguir una molienda en proporción razonable a nuestro dinero, lo cual es una gran calamidad». En 1733 varios municipios apelaron a la Cámara de los Comunes en contra de tal práctica. Halsemere (Surrey) se lamentaba de molineros y harineros que acaparaban el comercio; «compraban secretamente grandes cantidades de cereales de acuerdo con pequeñas muestras, y se negaban a comprar el que había sido expuesto en el mercado público». Esta práctica sugiere la existencia de una ocultación y pérdida de diafanidad en los procedimientos de comercialización.

Con el transcurso del siglo no cesaron las quejas, aunque tendieron a trasladarse hacia el Norte y el Oeste. Con ocasión de la escasez de 1756, el Consejo Privado, además de poner en movimiento las viejas leyes contra el acaparamiento, promulgó una proclama ordenando a «todos los agricultores, bajo severas penas, traer sus cereales al mercado público, y no venderlo a muestreo en sus propios lares». Pero a las autoridades no les agradaba sentirse demasiado presionados en este asunto; en 1766 (otro año de escasez) los magistrados de Surrey inquirieron si comprar por muestreo era, en efecto, un delito punible, y recibieron una respuesta prodigiosamente evasiva: el secretario de Su Majestad no está autorizado, en razón de su cargo, para interpretar las leyes.

Dos cartas dan alguna idea del desarrollo de nuevas prácticas en el Oeste. Un corresponsal que escribía a lord Shelbourne en 1776 acusaba a los comerciantes y molineros de Chippenham de «complot»:

> Él mismo mandó comprar una arroba de trigo al mercado, y aunque había allí muchas cargas, y era inmediatamente después de haber sonado la campana del mercado, dondequiera que su agente solicitase, la respuesta era «Está vendido». De forma que, aunque ... para evitar el castigo de la ley, lo traen al mercado, el negocio se hace antes, y el mercado es sólo una farsa ...

(Estas prácticas podían dar ocasión a un motín; en junio de 1757, se informó de que «la población se sublevó en Oxford y en pocos minutos se apropió y dividió una carga de trigo que se sospechaba había sido vendida por muestra y traída al mercado solamente para salvar las apariencias».) La segunda carta es de 1772, de un corresponsal en Dorchester, y describe una práctica diferente de tasa de mercado; sostiene que los grandes agricultores se reunían para fijar los precios antes de ir al mercado,

> y muchos de estos hombres no venderán menos de cuarenta *bushels,** que los pobres no pueden comprar. Por esto el molinero, que no es enemigo del agricultor, da el precio que éste le pide y el pobre tiene que aceptarlo.

Los paternalistas y los pobres continuaron lamentándose del desarrollo de estas prácticas de mercado que nosotros, en visión retrospectiva, tendemos a aceptar como inevitables y «naturales».[23] Pero lo que puede parecer ahora como inevitable no era necesariamente, en el siglo XVIII, materia aprobable. Un panfleto característico (de 1768) clamaba indignado contra la supuesta libertad de cada agricultor para hacer lo que quisiera con sus cosas; esto sería libertad «natural», pero no «civil»:

> No puede decirse, entonces, que sea la libertad de un ciudadano o de uno que vive bajo la protección de alguna comunidad; es más bien la libertad de un salvaje; por consiguiente, el que se aproveche de ella, no merece la protección que el poder de la Sociedad proporciona.

La asistencia del agricultor al mercado es «una parte material de su obligación; no se le debería permitir guardar sus mercancías o venderlas en otro lugar».[24]

Pero después de 1760, los mercados tuvieron tan poca función

* Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros. (*N. de t.*)

23. Pueden encontrarse ejemplos, dentro de una abundante literatura en *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 534; Anon. [Ralph Courteville], *The Cries of the Public*, Londres, 1758, p. 25; Anon. [C. L.], *A Letter to a Member of Parliament proposing Amendments to the Laws against Forestallers, Ingrossers, and Regraters*, Londres, 1757, pp. 5-8; *Museum Rusticum et Commerciale*, IV (1765), p. 199; Forster, *op. cit.*, p. 97.

24. Anon., *An Enquiry into the Price of Wheat, Malt...*, Londres, 1768, pp. 119-123.

en la mayor parte de las tierras del Sur y en las Midlands que, en dichos distritos, las quejas contra la venta por muestreo son menos frecuentes, a pesar de que, a finales de siglo, se protestaba todavía de que los pobres no pudiesen comprar pequeñas cantidades.[25] En algunos lugares del Norte el asunto era distinto. Una petición de los trabajadores de Leeds en 1795 se queja de «los agentes de cereales y molineros y un grupo de gente que nosotros llamamos regatones y los harineros que tienen el grano en sus manos de manera que pueden retenerlo y venderlo al precio que quieran, o no venderlo». «Los agricultores no llevan más grano al mercado que el que llevan en sus bolsillos como muestra ... lo cual hace quejarse mucho a los pobres». Tanto fue el tiempo que tardó en abrirse camino y resolverse un proceso, que, muy a menudo, se documenta ya cien años antes.

Se ha seguido este ejemplo para ilustrar la densidad y particularidad del detalle, la variedad de las costumbres locales y el rumbo que el resentimiento popular podía tomar cuando cambiaban las viejas prácticas de mercado. La misma densidad, la misma diversidad, existe en el área de comercialización, escasamente definida. El modelo paternalista faltaba, por supuesto, en muchos otros puntos. El Assize of Bread, si bien fue efectivo para controlar las ganancias de los panaderos, se limitaba a reflejar el precio en curso del trigo o la harina y no podía de ninguna manera influir sobre los precios en sí. Los molineros eran ahora, en Hertfordshire y el valle de Támesis, empresarios acaudalados, y a veces comerciantes de grano o malta, así como grandes fabricantes de harina.[26] Fuera de los distritos cerealistas principales, los mercados urbanos no podían en modo alguno ser abastecidos sin las operaciones de agentes cuyas actividades hubieran quedado anuladas de haberse impuesto estrictamente la legislación contra los acaparadores.

¿Hasta qué punto reconocieron las autoridades que su modelo

25. Véase, por ej., Davies (*infra,* p. 92). Se informó desde Cornualles en 1795 que «muchos agricultores rehúsan vender [cebada] en pequeñas cantidades a los pobres, lo cual causa grandes murmuraciones»: PRO, HO 42.34, y desde Essex en 1800 que «en algunos lugares no se efectúan ventas excepto en los sitios ordinarios, donde compradores y vendedores (principalmente molineros y agentes) cenan juntos... el beneficio del Mercado se ha perdido casi para el vecindario»; tales prácticas son mencionadas «con gran indignación por las clases más bajas»: PRO, HO 42.54.

26. F. J. Fisher, «The Development of the London Food Market, 1540-1640», *Econ. Hist. Review,* V (1934-1935).

se alejaba de la realidad? La respuesta varía según las autoridades implicadas y con el correr del siglo. Pero puede darse una respuesta general: los paternalistas, en su práctica normal, aceptaban en gran parte el cambio, pero volvían a este modelo en cuanto surgía alguna situación de emergencia. En esto eran, en cierta medida, prisioneros del pueblo, que adoptaba partes del modelo como su derecho y patrimonio. Existe incluso la impresión de que, en realidad, se acogía bien esta ambigüedad. En distritos con motines, en época de escasez, daba a los magistrados cierta capacidad de maniobra, y prestaba cierta aprobación a sus intentos de reducir los precios empleando la persuasión. Cuando el Consejo Privado autorizó (como sucedió en 1709, 1740, 1756 y 1766) la emisión de proclamas en letra gótica ilegible amenazando con terribles castigos a acaparadores, buhoneros, trajineros, revendedores, mercachifles, etc., ayudó a los magistrados a inculcar el temor de Dios entre los molineros y comerciantes locales. Es cierto que la legislación contra el acaparamiento fue revocada en 1752, pero el Acta de revocación no fue bien redactada, y durante la gran escasez que siguió, en 1795, lord Kenyon, el justicia mayor, tomó la responsabilidad de anunciar que el acaparamiento continuaba siendo un delito procesable según el derecho consuetudinario; «a pesar de que el decreto de Eduardo VI fue revocado (si lo fue acertada o desacertadamente no soy yo quien deba decidirlo) aún sigue siendo un delito de derecho consuetudinario, coetáneo a la constitución». El reguero de procesos que puede observarse a lo largo del siglo —normalmente por delitos insignificantes y sólo en años de escasez— no se agotó: por el contrario, en 1795 y 1800-1801 hubo quizá más procesos que en cualquier otro período de los veinticinco años anteriores.[27] Pero está bien claro que estaban destinados a producir un efecto simbólico, con objeto de hacer ver a los pobres que las autoridades actuaban en vigilancia de sus intereses.

De aquí que el modelo paternalista tuviera una existencia ideal, pero también una existencia real fragmentaria. En años de buenas cosechas y precios moderados, las autoridades lo dejaban caer en el

27. Girdler (*op. cit.*, pp. 212-260) da una lista de varias sentencias en 1795 y 1800. En varios condados se establecieron asociaciones privadas para juzgar a los acaparadores: Rev. J. Malham, *The scarcity of Grain considered*, Salisbury, 1800, pp. 35-44. El acaparamiento, etc., siguieron siendo delitos de derecho común hasta 1844: W. Holdsworth, *History of English Law*, Londres, ed. 1938, XI, p. 472. Véase también más adelante nota 46.

olvido. Pero si los precios subían y los pobres se mostraban levantiscos se lo reavivaba, al menos para crear un efecto simbólico.

III

Pocas victorias intelectuales han sido más arrolladoras que la que los exponentes de la nueva economía política ganaron en materia de regulación del comercio interno de cereales. A ciertos historiadores esta victoria les parece, en efecto, tan absoluta, que difícilmente pueden ocultar su malestar con respecto al partido derrotado. El modelo de la nueva economía política puede tomarse muy bien por el de Adam Smith, a pesar de que quepa considerar a *La riqueza de las naciones,* no sólo como punto de partida, sino también como una gran terminal central en la que convergen, a mediados del siglo XVIII, muchas líneas importantes de discusión (algunas de ellas, como la lúcida obra de Charles Smith, *Tracts on the Corn Trade,* 1758-1759, apuntaban específicamente a demoler las viejas regulaciones paternalistas de mercado). El debate producido entre 1767 y 1772, que culminó con la revocación de la legislación contra el acaparamiento, señaló una victoria, en esta área, para el *laissez faire,* cuatro años antes de ser publicada la obra de Adam Smith.

Esto significaba más un antimodelo que un nuevo modelo: una negativa directa a la desintegradora política de «previsión» de los Tudor. «Sea revocado todo decreto relacionado con las leyes de cereales —escribió Arbuthnot en 1773—; dejemos que el cereal corra como el agua, y encontrará su nivel».[28] La «ilimitada, incontenida libertad del comercio de cereales» fue también la exigencia de Adam Smith.[29] La nueva economía suponía una «desmoralización» de la teoría del comercio y del consumo de tanto alcance como la derogación, ampliamente debatida, de las restricciones contra la usura.[30] Con el término «desmoralización» no se quería sugerir que Smith

28. J. Arbuthnot («Un agricultor»), *An Inquiry into the Connection Between the Present Price of Provisions and the Size of Farms,* Londres, 1773, p. 88.

29. La «disgresión con respecto al Comercio de Granos y a las Leyes de Cereales», de Adam Smith, está en el libro IV, cap. 5 de *The Wealth of Nations.*

30. R. H. Tawney discute el problema en *Religion and the Rise of Capitalism,* Londres, 1926, pero no es esencial para su tesis.

y sus colegas eran inmorales[31] o no estaban interesados en el bien público.[32] Significaba, más bien, que se limpiaba a la nueva economía política de imperativos morales intrusos. Los antiguos panfletistas eran, en primer lugar, moralistas y sólo en segundo economistas. En la nueva teoría económica no entraban cuestiones sobre política moral de la comercialización, a menos que fuera como preámbulo y motivo de peroración.

En la práctica, el nuevo modelo funcionaba del siguiente modo. La operación natural de la oferta y la demanda en el mercado libre llevaría al máximo la satisfacción de todos los sectores y establecería el bien común. El mercado no estaba nunca mejor regulado que cuando se le dejaba autorregularse. En el curso de un año normal, el precio del grano se ajustaría a través del mecanismo del mercado. Inmediatamente después de la cosecha, los pequeños agricultores y todos aquellos que tenían que pagar salarios por la recolección y rentas de la fiesta de San Miguel (correspondiente a los meses de octubre, noviembre y diciembre), trillarían su grano y lo traerían al mercado, o permitirían la salida de lo que habían contratado de antemano para ser vendido. Desde septiembre a Navidades se podían esperar precios bajos. Los agricultores de tipo medio retendrían sus cereales, con la esperanza de que subieran los precios en el mercado, hasta el comienzo de la primavera; mientras que los agricultores más opulentos y los pertenecientes a la *gentry* agricultora retendrían parte de su grano por más tiempo todavía —de mayo a agosto— con la expectativa de llegar al mercado cuando los precios alcanzaran su punto máximo. De esta manera se racionaban adecuadamente las reservas de cereales de la nación, a través del mecanismo del precio, durante cincuenta y dos semanas, sin ninguna intervención del Estado. En la medida en que los intermediarios intervenían y comprometían por adelantado el grano de los agricultores, realizaban, más

31. La sugerencia fue hecha, sin embargo, por alguno de los oponentes de Smith. Un panfletista, que pretendía conocerle bien, sostenía que Adam Smith le había dicho que «la Religión Cristiana degrada la mente humana», y que la «Sodomía era una cosa en sí indiferente». No sorprende que sostuviera puntos de vista inhumanos sobre el comercio de granos: Anon., *Thoughts of an Old Man of Independent Mind though Dependent Fortune on the Present High Prices of Corn,* Londres, 1800, p. 4.

32. A nivel de *intención* no veo razón para discrepar del profesor A. W. Coats, «The Classical Economists and the Labourer», en E. L. Jones y G. E. Mingay, eds., *Land, Labour and Population,* Londres, 1967. Pero la intención es una mala medida del interés ideológico y de las consecuencias históricas.

eficientemente aún, este servicio de racionamiento. En años de escasez el precio del grano podía subir hasta alturas peligrosas; pero esto era providencial, pues (además de suponer un incentivo para el importador) era otra nueva forma eficaz de racionar, sin la cual, todas las existencias serían consumidas en los nueve primeros meses del año y en los tres meses restantes la escasez se convertiría en auténtica hambre.

Las únicas vías por las que se podía romper esta economía autorregulable, eran la interferencia del Estado y del prejuicio popular.[33] Había que dejar fluir libremente el cereal desde las áreas de superabundancia a las zonas de escasez. Por lo tanto, el intermediario representaba un papel necesario, productivo y loable. Los prejuicios contra los acaparadores fueron rechazados tajantemente por Smith como supersticiones a igual nivel que la brujería. La interferencia con el modelo natural de comercio podía producir hambres locales o desalentar a los agricultores en el aumento de su producción. Si se obligaba a ventas prematuras o se restringían los precios en épocas de escasez, podrían consumirse con exceso las existencias. Si los agricultores retenían su grano mucho tiempo, saldrían probablemente perjudicados al caer los precios. La misma lógica puede aplicarse a los demás culpables a ojos del pueblo: molineros, harineros, comerciantes y panaderos. Sus comercios respectivos eran competitivos. Como mucho, sólo podían distorsionar el nivel natural de los precios en períodos cortos, y a menudo para su propio perjuicio en última instancia. A finales de siglo, cuando los precios comenzaron a dispararse, el remedio se buscó, no en una vuelta a la regulación del comercio, sino en mejoras tales como el incremento de los cercamientos, y el cultivo de terrenos baldíos.

No debería ser necesario discutir que el modelo de una economía natural y autorregulable, que labora providencialmente para el bien de todos, es una superstición del mismo orden que las teorías que sustentaba el modelo paternalista; a pesar de que, curiosamente, es esta una superstición que algunos historiadores de la economía han sido los últimos en abandonar. En ciertos aspectos, el modelo de

33. Smith opinaba que las dos iban a la par: «las leyes concernientes al grano pueden compararse en todas partes a las leyes concernientes a la religión. La gente se siente tan interesada en lo que se refiere, bien a su subsistencia en esta vida, bien a su felicidad en la vida futura, que el gobierno debe ceder ante sus prejuicios ...».

Smith se adapta mejor a las realidades del siglo XVIII que el paternalista, y era superior en simetría y envergadura de construcción intelectual. Pero no deberíamos pasar por alto el aparente aire de validez empírica que tiene el modelo. Mientras que el primero invoca una norma moral —lo que *deben* ser las obligaciones recíprocas de los hombres— el segundo parece decir: «este es el modo en que las cosas actúan, o actuarían si el Estado no interfiriese». Y sin embargo, si se consideran esas partes de *La riqueza de las naciones*, impresionan menos como ensayo de investigación empírica que como un soberbio ensayo de lógica válido en sí mismo.

Cuando consideramos la organización real del comercio de cereales en el siglo XVIII no disponemos de verificación empírica para ninguno de los dos modelos. Ha habido poca investigación detallada sobre la comercialización;[34] ningún estudio importante de una figura clave: el molinero.[35] Aun la primera letra del alfabeto de Smith —el supuesto de que los altos precios eran una forma efectiva de racionamiento— queda nada más que como una mera afirmación. Es notorio que la demanda de grano, o pan, es muy poco flexible. Cuando el pan es caro, los pobres —como le recordaron a un observador de alta posición— no se pasan a los pasteles. Según algunos observadores, cuando los precios subían los trabajadores podrían comer la misma cantidad de pan, pero era porque eliminaban otros productos de su presupuesto; podían incluso comer más pan para compensar la pérdida de otros artículos. De un chelín, en un año normal, seis peniques se destinarían a pan, seis a «carne de mala calidad y muchos productos de huerta»; pero en un año de precios altos, todo el chelín se gastaría en pan.[36]

34. Véase, sin embargo, A. Everitt, «The Marketing of Agricultural Produce», en Joan Thirsk, ed., *The Agrarian History of England and Wales*, vol. IV; *1500-1640*, Cambridge, 1967, y D. Baker, «The Marketing of Corn in the First Half of the Eighteenth-Century: North-east Kent», *Agric. Hist. Rev.*, XVIII (1970).

35. Hay alguna información útil en R. Bennett y J. Elton, *History of Corn Milling*, Liverpool, 1898, 4 vols.

36. Emanuel Collins, *Lying Detected*, Bristol, 1758, pp. 66-67. Esto parece confirmado por los presupuestos de Davies y Eden (véase nota 15), y por los observadores del siglo XIX: véase E. P. Thompson y E. Yeo, eds., *The Unknown Mayhew*, Londres, 1971, ap. II. E. H. Phelps Brown y S. V. Hopkins, «Seven Centuries of the Prices of Consumables compared with Builders' Wage rates», *Economica*, XXII (1956), pp. 297-298, conceden que sólo un 20 por 100 del presupuesto total doméstico se gastaba en alimentos harinosos, aunque los presupuestos de Davies y de Eden (tomados en años de precios altos) mues-

De cualquier manera, es bien sabido que los movimientos de los precios del grano no pueden ser explicados por simples mecanismos de precio, de oferta y demanda; y la prima pagada para alentar a la exportación cerealista, distorsionaba aún más las cosas. Junto con el aire y el agua, el grano era un artículo de primera necesidad, extraordinariamente sensible a cualquier deficiencia en el abastecimiento. En 1796, Arthur Young calculó que el déficit total de la cosecha de trigo fue menor del 25 por ciento; pero el precio subió en un 81; proporcionando, por tanto, según sus cálculos, a la comunidad agrícola un beneficio de 20 millones de libras más que en un año normal.[37] Los escritores tradicionalistas se lamentaban de que los agricultores y comerciantes actuaban por la fuerza del «monopolio»; su punto de vista fue rebatido, en escrito tras escrito, como «demasiado absurdo para ser tratado seriamente: ¡vamos!, ¡más de doscientas mil personas...!».[38] El asunto a tratar, sin embargo, no era si este agricultor o aquel comerciante podía actuar como un «monopolista», sino si los intereses de producción y de comercio en su conjunto eran capaces, en una larga y continuada sucesión de circuns-

---

tran un término medio de 53 por ciento. Esto sugiere nuevamente que en tales años el consumo de pan permaneció estable, pero otros artículos alimenticios fueron suprimidos por completo. Es posible que en Londres hubiera ya una mayor diversificación de la dieta hacia los años 1790. P. Colquhoun escribió a Portland, 9 de julio de 1795, que había abundancia de verduras en el mercado de Spitalfields, especialmente patatas, «ese gran substituto del Pan», zanahorias y nabos: PRO, PC 1.27.A.54.

37. *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), pp. 470, 473. Davenant había estimado en 1699 que una deficiencia de un décimo en la cosecha subía el precio tres décimos: Sir C. Whitworth, *The Political and Commercial Works of Charles Davenant*, Londres, 1771, II, p. 224. El problema está tratado en la obra de W. M. Stern, «The Bread Crisis in Britain, 1795-1796», *Economica*, nueva ser., XXXI (1964), y J. D. Gould, «Agricultural Fluctuations and the English Economy in the Eighteenth Century», *Jl. Ec. Hist.*, XXII (1962). Dr. Gould hace hincapié sobre un punto mencionado a menudo en apologías contemporáneas de los precios altos (p. ej., *Farmer's Magazine*, II, 1801, p. 81), según el cual los pequeños agricultores en años de escasez necesitaban toda la cosecha para simiente y para su propio consumo: en factores como este ve él «la explicación teorética principal de la extrema volatilidad de los precios de granos en los comienzos de la época moderna». Se requeriría más investigación del real funcionamiento del mercado antes de que tales explicaciones fueran convincentes.

38. Anon. [«Un Agricultor»], *Three Letters to a Member of the House of Commons ... Concerning the Prices of Provisions*, Londres, 1766, pp. 18-19. Para otros ejemplos, véase Lord John Sheffield, *Observations on the Corn Bill and Present Scarcity and high Price of Provisions*, Londres, 1800, p. 33; J. S. Fry, *Letters on the Corn-Trade*, Bristol, 1816, pp. 10-11.

tancias favorables, de aprovechar su dominio sobre un artículo de primera necesidad y elevar el precio para el consumidor, de igual manera que las naciones desarrolladas e industrializadas de hoy han podido aumentar el precio de ciertos artículos manufacturados con destino a las naciones menos desarrolladas.

Al avanzar el siglo, los procedimientos de mercado se volvieron menos claros, pues el grano pasaba a través de una red más compleja de intermediarios. Los agricultores ya no vendían en un mercado competitivo y libre (que en un sentido local y regional, constituía la meta del modelo paternalista y no la del modelo del *laissez faire*), sino a comerciantes o molineros que estaban en mejor situación para retener las existencias y mantener altos los precios en el mercado. En las últimas décadas del siglo, al crecer la población, el consumo presionó continuamente sobre la producción, y los productores pudieron dominar, en forma más general, un mercado de ventas. Las condiciones de las épocas de guerra, que en realidad no inhibieron demasiado la importación de grano durante los períodos de escasez, sin embargo acentuaron en esos años las tensiones psicológicas.[39] Lo que importaba para fijar el precio posterior a la cosecha era la expectativa del rendimiento de esta, y en las últimas décadas del siglo hay evidencia del desarrollo de grupos de presión de agricultores, que conocían muy bien los efectos psicológicos involucrados en el nivel de los precios posteriores a la cosecha, y fomentaban asiduamente expectativas de escasez.[40] Notoriamente, en años de escasez, los agricultores ostentaban una faz sonriente,[41] mientras que en años de cosechas abundantes el premio inconsiderado de la Señora Naturaleza provocaba gritos de «¡desastre!» en los agricultores. Y por muy abundante que pudiera aparecer la cosecha ante los ojos del ciudadano, en cada caso iba acompañada de comentarios sobre el mildiu, las inundaciones, las espigas atizonadas que se convertían en polvo cuando comenzaba la trilla, etc.

39. Olson, *Economics of the Wartime Shortage*, cap. 3; W. F. Galpin, *The Grain Supply of England during the Napoleonic Period*, Nueva York, 1925.

40. Véase, p. ej., Anon. [«Un Molinero de malta del Oeste»], *Considerations on the present High Prices of Provisions, and the Necessities of Life*, Londres, 1764, p. 10.

41. «Espero —escribía un terrateniente de Yorkshire en 1708— que la escasez de grano que probablemente continuará bastantes años, hará la agricultura muy rentable para nosotros, roturando y mejorando toda nuestra nueva tierra», citado por Beloff, *op. cit.*, p. 57.

El modelo de libre mercado supone una secuencia de pequeños a grandes agricultores que traen su grano al mercado durante el año; pero a fines de siglo, al sucederse los altos precios un año tras otro, un mayor número de pequeños agricultores podían retener sus provisiones hasta que el mercado subiera a satisfacción suya. (Después de todo, para ellos no era un asunto de comercialización rutinaria, sino de intenso, de vital interés: su ganancia anual podía depender, en gran medida, del precio al que tres o cuatro montones de grano podían llegar a venderse.) Si tenían que pagar rentas, el desarrollo bancario rural facilitó al agricultor la obtención de préstamos.[42] El motín de septiembre u octubre resultó desencadenado muy a menudo porque no se producía la caída de los precios después de una cosecha aparentemente abundante, y ello indicaba una confrontación consciente entre el productor reluctante y el consumidor furioso.

Traemos a colación estos comentarios, no para refutar a Adam Smith, sino simplemente para indicar los puntos donde hay que tener precaución hasta que nuestros conocimientos se amplíen. Con respecto al modelo de *laissez faire* no hay que decir sino que no se ha demostrado empíricamente; que es intrínsecamente improbable, y que existe cierta evidencia en contra. Nos han recordado recientemente que «los comerciantes ganaban dinero en el siglo XVIII», y que los comerciantes de grano lo deben haber ganado «manipulando el mercado».[43] Estas manipulaciones se registran ocasionalmente, si bien raramente de manera tan franca como fue anotado por un agricultor y comerciante de granos de Whittlesford (Cambridgeshire), en su diario, en 1802:

> Yo compré Centeno hace Doce Meses a cincuenta chelines la arroba. Podría haberlo vendido a 122 chelines la arroba. Los pobres consiguieron su harina, buen centeno, a 2 chelines 6 peniques el celemín. La Parroquia me pagó la diferencia que fue 1 chelín

42. El hecho es observado en Anon., *A Letter to the Rt. Hon. William Pitt ... on the Causes of the High Price of Provisions*, Hereford, 1795, p. 9; Anon. [«Una Sociedad de Agricultores Prácticos»], *A Letter to the Rt. Hon. Lord Somerville*, Londres, 1800, p. 49. Cfr. L. S. Pressnell, *Country Banking in the Industrial Revolution*, Oxford, 1956, pp. 346-348.

43. C. W. J. Grainger y C. M. Elliott, «A Fresh Look at Wheat Prices and Markets in the Eighteenth Century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª ser., XX (1967), p. 262.

> 9 peniques por celemín. Fue una bendición para los Pobres y bueno para mí. Compré 320 arrobas.[44]

La ganancia en esta transacción fue superior a mil libras.

IV

Si se pueden reconstruir claros modelos alternativos tras la política de tradicionalistas y economistas políticos, ¿podría hacerse lo mismo con la economía «moral» de la multitud? Esto es menos sencillo. Nos enfrentamos con un complejo de análisis racional, prejuicio y modelos tradicionales de respuesta a la escasez. Tampoco es posible, en un momento dado, identificar claramente a los grupos que respaldaban las teorías de la multitud. Estos abarcan a seres capaces de expresarse articuladamente y seres incapaces de ello, e incluyen hombres con educación y elocuencia. Después de 1750, todo año de escasez fue acompañado de un torrente de escritos y cartas a la prensa de valor desigual. Era una queja común a todos los protagonistas del libre comercio de granos la de que la *gentry* ilusa agregaba combustible a las llamas del descontento del populacho.

Hay cierta verdad en esto. La multitud dedujo su sentimiento de legitimidad, en realidad, del modelo paternalista. A muchos caballeros aún les molestaban los intermediarios, a quienes consideraban como intrusos. Allí donde los señores de los feudos conservaban aún derechos de mercado, se sentían molestos por la pérdida (a través de la venta por muestreo, etc.) de tales impuestos. Si eran propietarios agricultores, que presenciaban cómo se vendía la harina o la carne a precios desproporcionadamente altos en relación a lo que ellos recibían de los tratantes, les molestaban aún más las ganancias de estos vulgares comerciantes. El autor del ensayo de 1718 nos presenta un título que es un resumen de su tema: *Un ensayo para demostrar que los Regatones, Monopolistas, Acaparadores, Trajineros e Intermediarios de Granos, Ganado y otros bienes comerciales ... son Destructores del Comercio, Opresores de los Pobres y un Perjuicio Común para el Reino en General.* Todos los comerciantes (a menos que fueran simples boyeros o carreteros que transportasen provisiones de

44. E. M. Hampson, *The Treatment of Poverty in Cambridgeshire, 1597-1834*, Cambridge, 1934, p. 211.

un sitio a otro) le parecen a este escritor, que no deja de ser observador, «un grupo de hombres viles y perniciosos», y, en los clásicos términos de condena que los campesinos arraigados a la tierra adoptan con respecto al burgués, dice:

> son una clase de gente vagabunda ... llevan todas sus pertenencias consigo, y sus ... existencias no pasan de ser un simple traje de montar, un buen caballo, una lista de ferias y mercados, y una cantidad prodigiosa de desvergüenza. Tienen la marca de Caín, y como él vagan de un lugar a otro, llevando a cabo unas transacciones no autorizadas entre el comerciante bien intencionado y el honesto consumidor.[45]

Esta hostilidad hacia el comerciante se daba aún entre muchos magistrados rurales, cuya inactividad se hacía notar, en algunos casos, cuando disturbios populares arrasaban zonas bajo su jurisdicción. No les disgustaban los ataques contra los disidentes o los agentes de granos cuáqueros. El autor de un escrito de Bristol, que es claramente un agente de cereales, se quejaba amargamente en 1758, ante los jueces de paz, de «su populacho que impone leyes», el cual había impedido, el año anterior, la exportación de cereales de los valles del Severn y Wye, y de «muchas solicitudes infructuosas hechas a varios Jueces de Paz». Ciertamente, crece la convicción de que un alboroto popular contra los acaparadores no era mal acogido por algunas autoridades; distraía la atención puesta en agricultores y rentistas, mientras que vagas amenazas del *Quarter Sessional* * contra los acaparadores daban a los pobres la idea de que las autoridades se ocupaban de sus intereses. Las viejas leyes contra los acaparadores, se lamentaba un comerciante en 1766,

45. Adam Smith observó casi sesenta años después que «el odio popular... que afecta al comercio del grano en los años de escasez, únicos años en que puede ser muy rentable, hace a gente de carácter y fortuna adversos a tomar parte en él. Se abandona a un grupo inferior de comerciantes». Veinticinco años más tarde el conde Fitzwilliam escribía: «los comerciantes en grano se están retirando del comercio, temerosos de traficar con un artículo comercial con el cual les ha hecho susceptibles a tanta injuria y calumnia, para ser dirigido por un populacho ignorante, sin confianza en la protección de aquellos que deben ser más ilustrados»: Fitzwilliam a Portland, 3 septiembre 1800, PRO, HO 42.51. Pero un examen de las fortunas de familias tales como los Howards, Frys y Gurneys podría poner en duda tal evidencia literaria.

* Órgano informativo de los tribunales llamados «Quarter Sessions». — (*N. del t.*)

se publican en todos los periódicos y están pegadas en todos los rincones por orden de los jueces, para intimidar a los monopolistas, contra los cuales se propagan muchos rumores. Se enseña al pueblo a abrigar una muy alta opinión y un respeto hacia estas leyes...

Ciertamente, acusaba a los jueces de alentar «la extraordinaria pretensión de que la fuerza y el espíritu del populacho son necesarios para poner en vigor las leyes». Pero si realmente se ponían en marcha las leyes, se aplicaban, sin excepción, contra pequeños delincuentes —pícaros locales o placeros que se embolsaban pequeños beneficios en transacciones sin importancia— mientras que no afectaban a los grandes comerciantes y molineros.[46]

Así, tomando un ejemplo tardío, un juez de paz anticuado y malhumorado de Middlesex, J. S. Girdler, inició una campaña general de procesos contra esos transgresores en 1796 y 1800, con octavillas ofreciendo recompensa por información, cartas a la prensa, etc. Se impusieron condenas en varios Quarter Sessions,* pero la cantidad ganada por los especuladores no sumaba más que diez o quince chelines. Podemos adivinar a qué tipo de culpables afectaban los procesos del juez por el estilo literario de una carta anónima que recibió:

Savemos que eres enemigo de Agricultores, Molineros, Arineros y Panaderos y de nuestro Comercio si no avria sido por mí y por otro tú hijo de perra uvieras sido asesinado hace mucho por ofrecer

46. Contrariamente a la suposición común, la legislación sobre acaparamiento no había caído en desuso en la primera mitad del siglo XVIII. Los juicios eran poco frecuentes, pero suficientes para sugerir que tenían algún efecto en regular el pequeño comercio en el mercado abierto. En Manchester (véase nota 18) multas por acaparamiento o regateo fueron impuestas a veces anualmente, a veces cada dos o tres años, desde 1731 a 1759 (siete multas). Los productos implicados incluían mantequilla, queso, leche, ostras, pescado, carne, zanahorias, guisantes, patatas, nabos, pepinos, manzanas, alubias, uvas, pasas de Corinto, cerezas, pichones, aves de corral, pero muy raramente avena y trigo. Después de 1760 las multas son menos frecuentes pero incluyen 1766 (trigo y mantequilla), 1780 (avena y anguilas), 1785 (carne) y 1796, 1797 y 1799 (en todos, patatas). Simbólicamente, el número de agentes de Court Leet nombrados anualmente para impedir el acaparamiento subió de 3 o 4 (1730-1795) a 7 en 1795, 15 en 1796, 16 en 1797. Además los transgresores fueron juzgados ocasionalmente (como en 1757) en Quarter Sessions. Véase Earwaker, *Court Leet Records* (citado en nota 18), vols. VII, VIII y IX, y *Constables' Accounts* (nota 49), II, p. 94.

* Tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción civil y limitada, que actuaban trimestralmente. (*N. del t.*)

tus condenadas recompensas y perseguir Nuestro Comercio Dios te maldiga y arruine tú no bivirás para ver otra cosecha ... [*sic*]

A tradicionalistas compasivos como Girdler se unieron ciudadanos de variados rangos. Para la mayoría de los londinenses cualquier persona que tuviera algo que ver con el comercio de granos, harina o pan, resultaba suspecta de todo tipo de extorsiones. Los grupos urbanos de presión eran, por supuesto, especialmente poderosos a mediados de siglo y presionaban en pro de que terminaran las primas a la exportación, o de la prohibición de toda exportación en épocas de escasez. Pero Londres y las ciudades grandes abrigaban inmensas reservas de resentimiento, y algunas de las acusaciones más violentas vinieron de ese medio ambiente. Un cierto doctor Manning, en los años 1750, publicó alegatos de que el pan era adulterado no sólo con alumbre, tiza, blanco de España y harina de fréjoles, sino también con cal muerta y albayalde. Más sensacional fue su afirmación de que los molineros mezclaban en la harina «bolsas de huesos viejos molidos»: «los osarios de los muertos son hurgados, para agregar inmundicias a la comida de los vivos», o, como comentaba otro panfletista, «la época actual está comiéndose vorazmente los huesos de la anterior».

Las acusaciones de Manning fueron mucho más allá de los límites de la credibilidad. (Un crítico calculó que si se hubiera usado cal en la escala de sus alegatos, se hubiera utilizado más en los hornos de Londres que en la industria de la construcción.)[47] Además de alumbre, que se usaba en profusión para blanquear el pan, la manera más común de adulteración era probablemente una mezcla de harina rancia y estropeada con harina nueva.[48] Pero la población urbana tendía a creer que se practicaban adulteraciones aún más nocivas, y esta creencia contribuyó a una pelea, la «Shudehill Fight» en Manchester, en 1757, donde se creía que uno de los molinos atacados mezclaba «Cereal, Habichuelas, Huesos, Blanqueador, Paja Picada, incluso Estiércol de Caballo» en sus harinas, mientras que en otro molino la presencia de adulterantes peligrosos cerca de las tolvas

47. Emanuel Collins, *op. cit.*, pp. 16-37; P. Markham, *Syhoroc*, Londres, 1758, I, pp. 11-31; *Poison Detected: or Frightful Truths ... in a Treatise on Bread*, Londres, 1757, esp. pp. 16-38.
48. Véase, por ejemplo, John Smith, *An Impartial Relation of Facts Concerning the Malepractices of Bakers*, Londres, s.f., ¿1740?

(descubierta por la muchedumbre) produjo la quema de cribas y cedazos, y la destrucción de las piedras de molino y las ruedas.[49]

Había otras áreas igualmente sensibles, donde las quejas de la multitud eran alimentadas por las de los tradicionalistas o por las de profesionales urbanos. Ciertamente, se puede sugerir que si los motines o la fijación de precios por la muchedumbre actuaban de acuerdo a un modelo teórico consistente, este modelo era una reconstrucción selectiva del modelo paternalista, que tomaba de él todas aquellas características que más favorecían a los pobres y que ofrecían una perspectiva de grano barato. Sin embargo, era menos generalizador que el punto de vista de los paternalistas. Los datos conservados en relación con los pobres muestran un mayor particularismo: son este molinero, aquel comerciante, esos agricultores que retienen el cereal, los que provocan la indignación y la acción. Sin embargo, este particularismo estaba animado por nociones generales de derechos que se nos revelan de forma más clara únicamente cuando examinamos la muchedumbre en acción; porque, en un sentido, la economía moral de la multitud rompió decisivamente con la de los paternalistas, puesto que la ética popular sancionaba la acción directa de la muchedumbre, mientras que los valores de orden que apuntalaban el modelo paternalista se oponían a ella categóricamente.

La economía de los pobres era todavía local y regional, derivada de una economía de subsistencia. El grano debía de ser consumido en la región en la cual se cultivaba, especialmente en épocas de escasez. La exportación en épocas de escasez suscitó un profundo disgusto durante varias centurias. Un magistrado escribió lo siguiente en 1631, sobre un motín debido a la exportación, en Suffolk: «ver cómo les es arrebatado su pan y enviado a extraños ha convertido la impaciencia de los pobres en furia y desesperación desenfrenadas». En un informe muy gráfico sobre un motín en el mismo condado setenta y ocho años después (1709), un comerciante describió cómo «el Populacho se alzó, él cree que eran unos cientos, y dijo que el grano no debía de ser sacado fuera de la ciudad»: «de entre el Populacho algunos tenían alabardas, otros palos y otros cachiporras ...». Viajando hacia Norwich, en varios lugares de la ruta:

49. J. P. Earwaker, *The Constables' Accounts of the Manor of Manchester*, Manchester, 1891, III, pp. 359-361; F. Nicholson y E. Axon, «The Hatfield Family of Manchester, and the Food Riots of 1757 and 1812», *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, XXVIII (1910-1911), pp. 83-90.

> el Populacho, sabiendo que él iba a cruzar cargado con grano, le dijo que no debería pasar por la Ciudad, porque era un Canalla, y un Traficante de grano, y algunos gritaron: Tiradle piedras, otros Tiradlo del caballo, otros Golpeadlo, y aseguraos de que le habéis dado; que él ... les preguntó qué les hacía sublevarse de ese modo inhumano para el perjuicio de ellos y del país, pero ellos seguían gritando que era un Canalla y que iba a llevarse el grano a Francia ...

Exceptuando Westminster, las montañas, o los grandes distritos de pastoreo, los hombres nunca estaban lejos del grano. La industria fabril estaba dispersa por el campo: los mineros del carbón marchaban a su trabajo junto a los campos de cereales; los trabajadores domésticos dejaban sus telares y talleres para recoger la cosecha. La sensibilidad no estaba confinada sólo a las exportaciones al extranjero. Las áreas de exportación marginales eran especialmente sensibles, pues en ellas se exportaba poco cereal en años normales, pero, en épocas de escasez, los traficantes podían esperar un precio de ganga en Londres, que, en consecuencia agravaba la escasez local.[50] Los hulleros —de Kingswood, del Forest of Dean, de Shropshire, del Noroeste— eran especialmente propensos a la acción en aquellos tiempos. Notoriamente los mineros del estaño de Cornualles poseían una irascible conciencia de consumidores, y una decidida inclinación a recurrir a la fuerza. «Nosotros tuvimos al demonio y todo lo demás que trae un motín en Padstow», escribió un señor de Bodmin en 1773, con una admiración mal disimulada:

> Algunas personas han ido muy lejos en la exportación de grano ... Setecientos u ochocientos mineros del estaño se unieron, y primero ofrecieron a los agentes de grano diez y siete chelines por veinticuatro galones de trigo, pero como les dijeran que no les darían nada, ellos inmediatamente rompieron y abrieron las puertas de la bodega y se llevaron todo lo que había allí sin dinero ni precio.

El resentimiento más grande fue provocado a mediados de siglo por las exportaciones al exterior, por las que se pagaron primas. Se consideraba al extranjero como una persona que recibía cereal a pre-

50. D. G. D. Isaac, «A Study of Popular Disturbance in Britain, 1714-1754», Edimburgo, Univ. Ph. D. thesis, 1953, cap. 1.

cios a veces por debajo de los del mercado inglés, con la ayuda de subvenciones extraídas de los impuestos ingleses. De aquí que el rencor máximo recayese a veces sobre el exportador, que era visto como el hombre que busca ganancias privadas —y deshonestas— a expensas de sus compatriotas. A un agente de North Yorkshire, a quien dieron un chapuzón en el río en 1740, le dijeron que «no era mejor que un rebelde». En 1783 se colocó un cartel en la cruz del mercado en Carlisle, que comenzaba así:

> Peter Clemeseson y Moses Luthart esto es para datos una Advertencia de que debéis Abandonar vuestro Comercio ilegal o Morir y Maldita sea vuestra compra de grano para matar de hambre a los Pobres Habitantes de la Ciudad y Suburbios de Carlisle para mandarlo a Francia y recibir la Prima Dada por la Ley por llevar el Grano fuera del País, pero por el Señor Dios Todopoderoso nosotros os daremos la Prima a Expensas de Vuestras Vidas, Malditos Canallas ...

«Y si Alguna Taverna en Carlisle (continuaba el cartel) Te permite a ti o a Luthart guardar ... en sus casas el Grano sufrirán por ello.» Este sentimiento renació en los últimos años del siglo, especialmente en 1795, cuando circulaban rumores por el país sobre exportaciones secretas a Francia. Por otra parte, los años 1795 y 1800 conocieron de nuevo el renacer de una conciencia regional, tan vívida como la de cien años antes. Las carreteras fueron bloqueadas para impedir las exportaciones de la parroquia. Se detuvo a los carros y los descargaron en las ciudades por donde pasaban. El movimiento de grano en convoyes nocturnos asumió las proporciones de una operación militar:

> Los carros crujen profundamente bajo sus pesadas cargas,
> Mientras siguen su oscuro curso por los caminos;
> Una rueda tras otra, en una temerosa procesión lenta,
> Con media cosecha, a sus destinos van ...
> La expedición secreta, como la noche
> Que cubre sus intenciones, aún rehúye la luz
> Mientras que el pobre labrador, cuando deja su lecho,
> Ve el inmenso granero tan vacío como su cobertizo.[51]

51. S. J. Pratt, *Sympathy and Other Poems*, Londres, 1807, pp. 222-223.

Se amenazó con destruir los canales. Se asaltaron barcos en los puertos. Los mineros de la mina de carbón de Nook, cerca de Haverfordwest, amenazaron con cerrar el estuario en un punto angosto. Ni las gabarras de los ríos Severn y Wye se libraron del ataque.[52]

La indignación podía inflamarse también contra un comerciante cuyas obligaciones con un mercado foráneo interrumpían los suministros regulares de la comunidad local. En 1795, un agricultor y tabernero acaudalado, próximo a Tiverton, se quejó al Ministerio de la Guerra de asambleas desordenadas «que amenazan con tirar abajo o quemar su casa porque recibe Mantequilla de sus vecinos Agricultores y Lecheros, para enviarla con el carro del camino vecinal, que pasa por su puerta, a ... Londres». En Chudleigh (Devon), en el mismo año, la muchedumbre destrozó la maquinaria de un molinero que dejó de suministrar harina a la comunidad local porque había sido contratado por el Departamento de Avituallamiento de la Armada para hacer galletas para los barcos: esto originó (dice el interesado en una frase reveladora) «la Idea de que e echo [*sic*] mucho daño a la Comunidad». Treinta años antes un grupo de comerciantes londinenses necesitó de la protección del ejército para sus depósitos de queso situados a lo largo del río Trend:

> Los depósitos ... en peligro por los mineros amotinados no son propiedad de ningún monopolizador, sino de un numeroso cuerpo de traficantes de queso, y absolutamente necesarios para la recepción del queso, para transportarlo a Hull, y que desde allí se flete para Londres.

Estos agravios se relacionan con la queja, ya observada, con respecto a la retirada de mercancías del mercado público. Al irse alejando de Londres los comerciantes y concurrir más frecuentemente a mercados provinciales, podían ofrecer precios y comprar en cantidades lo cual provocaba en los agricultores un sentimiento de molestia al tener que atender los pequeños pedidos de los pobres. «Ahora no es negocio para el agricultor —escribía Davies en 1795— vender grano por *bushel* al por menor a este o aquel pobre; excepto en algunos lugares determinados, y como favor, a sus propios trabajadores.» Y donde los pobres cambiaban su demanda de grano por la de harina la historia era muy parecida:

52. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class,* Penguin ed., 1968, pp. 70-73.

> Ni el molinero ni el harinero venderán al trabajador una cantidad menor a un saco de harina por debajo del precio al por menor a que se vende en las tiendas, y el bolsillo del pobre pocas veces podrá permitirle comprar todo un saco de una sola vez.

De aquí que el trabajador se viese empujado a la pequeña tienda al por menor, donde los precios eran aumentados.[53] Los viejos mercados decayeron, o, donde se mantuvieron, cambiaron sus funciones. Si un cliente intentaba comprar un solo queso o un pedazo de tocino —escribía Girdler en 1800— «está seguro de que le contestan con un insulto, y le comunican que todo el lote ha sido comprado por algún contratista londinense».

Como expresiva de estos agravios —que algunas veces ocasionaron un motín— podemos tomar una carta anónima dejada en 1795 a la puerta del alcalde de Salisbury:

> Caballeros de la Corporación yo les ruego pongan fin a esta práctica de la que se hace uso en nuestros Mercados por Rook y otros trajinantes al darles la Libertad de Entrometerse en el Mercado en todo de tal manera que los Habitantes no pueden comprar un solo Artículo sin ir a parar para ello al Comerciante y Pagar precios Extorsionantes que ellos creen apropiados y aún avasallar a la Gente como si esta no mereciera ser tenida en consideración. Pero pronto les llegará su Fin, tan pronto como los Soldados hayan salido de la ciudad.

Se pidió a la corporación ordenara a los trajinantes que salieran del mercado hasta que la gente del pueblo hubiera sido atendida, «y no permitáis a los Carniceros mandar la carne fuera en reses enteras sino obligadlos a cortarla en el Mercado y atender a la Ciudad primero». La carta informa al alcalde de que más de trescientos ciudadanos han «jurado positivamente ser fieles los unos a los otros para la Destrucción de los Trajinantes».

Donde los trabajadores podían comprar cereales en pequeñas cantidades podían surgir graves problemas sobre pesos y medidas. «Somos exhortados en el Evangelio de San Lucas: Dad y se os dará,

53. «El primer principio que deja sentado un panadero, cuando viene a una parroquia, es hacer a todos los pobres deudores suyos; luego hace el pan del peso y calidad que le place ...», *Gentleman's Magazine*, XXVI (1756), p. 557.

buena medida, apretada, remecida, desbordante será la que os echarán en vuestro seno.» Esto no era, desgraciadamente, la práctica que seguían todos los agricultores y comerciantes en la Inglaterra protestante. Un decreto de Carlos II había incluso dado a los pobres el derecho de *sacudir* la medida de harina; tan valioso era el grano del pobre que una pérdida en la medida podía significar la diferencia de pasar un día sin hogaza. El mismo decreto intentó, con una total falta de éxito, imponer la medida de Winchester, como patrón nacional. Una gran diversidad de medidas que variaban incluso dentro de los límites de un mismo condado de un mercado ciudadano a otro, daba abundantes oportunidades para pequeñas ganancias. Las antiguas medidas eran generalmente mayores —algunas veces mucho mayores— que la de Winchester; a veces eran apoyadas por los agricultores o comerciantes, pero más a menudo lo eran por los clientes. Un observador comentó que «las clases más bajas la detestaban (la medida de Winchester), por lo pequeño de su contenido, y los comerciantes ... los instigaban a ello, siendo su interés mantener toda aquella incertidumbre con respecto a los pesos y las medidas».[54]

Los intentos de cambiar la medida encontraron muchas veces resistencia, y ocasionalmente, dieron lugar a motines. Una carta de un minero de Clee Hill (Shropshire) a un «Compañero de Infortunio» declaraba:

> El Parlamento para nuestro alivio para ayudarnos a morir de hambre va a reducir nuestras Medidas y Pesos al Nivel más bajo. Somos alrededor de Diez mil personas conjuradas y listas en todo momento. Y queremos que toméis las Armas y Chafarotes y juréis ser fieles los unos a los otros ... No tenemos más que una Vida que Perder y no vamos a morir de hambre ...

Unas cartas a agricultores de Northiam (Sussex) advertían:

> Caballeros todo lo que deseo es que toméis esto como una advertencia a todos vosotros para que dejéis los pequeños *bushels* y toméis la antigua medida nuevamente porque si no lo hacéis

54. *Annals of Agriculture,* XXVI (1796), p. 327; *Museum Rusticum et Commerciale,* IV (1756), p. 198. La diferencia entre *bushels* podía ser muy considerable: frente al *bushel* de Winchester de 8 galones, el de Stamford tenía 16, el de Carlisle, 24 y el de Chester, 32: véase J. Houghton, *A Collection for Improvement of Husbandry and Trade,* Londres 1727, n.º XLVI, 23 de junio de 1693.

> habrá una gran compañía que quemará la pequeña medida cuando vosotros estéis en la cama y dormidos y vuestros graneros y almiares y a vosotros también con ellos ...

Un colaborador de los *Annals of Agriculture* de Hampshire explicó en 1795 que los pobres «han concebido erróneamente la idea de que el precio del grano ha aumentado por la última reforma del *bushel* de nueve galones a la medida de Winchester, habiendo pasado esto en un momento en que subían los precios en el mercado, por lo cual se pagó igual cantidad de dinero por ocho galones que la que se solía pagar por nueve». «Confieso», continúa,

> que tengo una predilección indudable por la medida de nueve galones, porque es la medida más aproximada a un *bushel* de harina; y por consiguiente, el pobre es capaz de juzgar qué es lo que debe pagar por un *bushel* de harina, lo cual, en la medida presente requiere más aritmética de la que él puede conocer.

Aun así, las nociones aritméticas del pobre podían no haber sido tan erróneas. Los cambios en las medidas, como los cambios en la moneda decimal, tendían por arte de magia a desfavorecer al consumidor.

Si los pobres compraban (a fines de siglo) menos cantidad de grano en el mercado público, esto indicaba también el ascenso hacia una condición de mayor importancia del molinero. El molinero ocupó, durante muchos siglos, un lugar en el folklore popular tan pronto envidiable como lo contrario. Por un lado, era considerado como un libertino fabulosamente afortunado, cuyas proezas se perpetúan aún quizá en el sentido vernáculo de la palabra «moler». Quizá lo adecuado del molino de pueblo, oculto en un lugar apartado del río, al cual las mujeres y doncellas del pueblo traían su grano para molerlo; quizá también su poder sobre los medios de subsistencia; quizá su condición social en el pueblo, que le convertía en un buen partido; todo pudo haber contribuido a la leyenda:

> Una joven moza vigorosa tan vigorosa y alegre
> Fue al molino un día ... Traigo un celemín de grano para moler
> Sólo puedo quedarme un momento
>
> Ven siéntate, dulce y hermosa querida mía
> No puedo moler tu grano, me lo temo,

Mis piedras están altas y el agua baja
No puedo moler pues el molino no anda

Entonces ella se sentó sobre un saco
Hablaron de esto y aquello
Hablaron de amor, y de que era agradable
Ella pronto descubrió que el molino molería ...

Por otro lado, la reputación del molinero era menos envidiable. «¡Amar!», exclama Nellie Dean en *Wuthering Heights*: «¡Amar! ¿Oyó alguien alguna vez cosa parecida? Podía también hablar de amar al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano». Si creemos todo lo que ha sido escrito sobre él en estos años, la historia del molinero ha cambiado poco desde el «Cuento de Reeves», de Chaucer. Pero mientras que el pequeño molinero rural era acusado de costumbres típicamente medievales —recipientes excesivamente grandes para recolectar el impuesto en especie, harina oculta en las cajas de las piedras, etc.— su duplicado, el molinero más importante, era acusado de agregar nuevos y mucho más osados desfalcos:

Antes robaba con discreción
Pero ahora es un ladrón escandaloso.

En un extremo aún tenemos el pequeño molino rural exigiendo impuestos de acuerdo a su propia costumbre. El impuesto podía ser cobrado en harina (siempre de «la mejor de las harinas, y de la harina más fina que está en el centro de la tolva»), y como la proporción no variaba con las fluctaciones de precios, era una ventaja para el molinero si los precios eran altos. Alrededor de los pequeños molinos que exigían impuestos (aun donde el impuesto había sido conmutado por pagos en dinero) las injusticias se multiplicaban, y había intentos espasmódicos de regulación. Desde que los molineros se dedicaron con mayor intensidad al comercio, y a moler el grano por su propia cuenta para los panaderos, tenían poco tiempo para los pequeños clientes (con un saco o dos de grano espigado); de aquí tardanzas sin fin; y de aquí también que, cuando la harina era devuelta al cliente, podía ser el producto de otro grano de calidad inferior. (Hubo quejas de que algunos molineros compraban a mitad de precio grano dañado y que lo mezclaban con el grano de sus

clientes.) Al transcurrir el siglo, el paso de muchos molinos a fines industriales colocó a los pequeños molinos de trigo supervivientes en una posición más ventajosa. Y en 1796 estas injusticias se hicieron sentir con suficiente fuerza como para permitir a sir Francis Bassett presentar la Miller's Toll Bill (Ley de Impuestos del Molinero), que intentaba regular más estrictamente sus prácticas de pesos y medidas.

Sin embargo, estos molineros eran, por supuesto, la *gentecilla* del siglo XVIII. Los grandes molineros del valle del Támesis y de las grandes ciudades respondían a un tipo diferente de empresarios que comerciaban ampliamente en harina y malta. A los molineros no les afectaba la Tasa del Pan (Assize of Bread), y podían hacer repercutir inmediatamente sobre el consumidor cualquier alza en el precio del grano. Inglaterra tenía también, en el siglo XVIII, sus *banalités* menos conocidas, incluyendo esos vestigios extraordinarios, los molinos con derechos señoriales (*soke-mills*), que ejercían un monopolio absoluto en el molino de grano (y venta de harina) en centros fabriles importantes, entre ellos Manchester, Bradford y Leeds. En la mayoría de los casos los feudatarios que poseían los derechos señoriales por la utilización del molino (maquila), los vendían o arrendaban a especuladores privados. Más tormentosa aún fue la historia de los Molinos-Escuela en Manchester, cuyos derechos señoriales eran destinados a dotación caritativa para mantener la escuela secundaria. Dos arrendatarios de estos derechos, poco populares, inspiraron en 1737 los versos del doctor Byrom:

> *Huesos y Piel,* eran dos molineros flacos,
> Que mataban de hambre a la ciudad, o andaban cerca de ello;
> Pero sepan, *Piel y Huesos,*
> que Carne y Sangre no pueden soportarlo.

Cuando, en 1757, los nuevos arrendatarios quisieron prohibir la importación de harina a la ciudad en desarrollo, mientras que al mismo tiempo manejaban sus molinos (se alegaba) con extorsión y demora, la carne y la sangre no pudieron realmente soportarlo por más tiempo. En la famosa «pelea de la colina Shud» (*Shud-hill Fight*) de ese año, por lo menos cuatro hombres fueron muertos a tiros de mosquete, pero finalmente los derechos sobre molienda fueron abolidos. E incluso en donde no obtenían este tipo de derechos, un molino

podía igualmente dominar a una populosa comunidad, y podía provocar la furia popular por un aumento repentino en el precio de la harina o un deterioro evidente de su calidad. Los molinos fueron el blanco visible y tangible de algunos de los motines urbanos más serios del siglo. Los molinos de Albion en el puente de Blackfriars (los primeros molinos de vapor de Londres) eran gobernados por un sindicato cuasi-filantrópico; sin embargo, cuando se quemaron en 1791, los londinenses bailaron y cantaron baladas de júbilo en las calles. El primer molino a vapor de Birmingham (Snow Hill) no lo pasó mejor, pues fue blanco de un ataque masivo en 1795.

Puede parecer a primera vista muy curioso que tanto los comerciantes como los molineros continuaran figurando entre los objetivos de los motines de fines de siglo, cuando en muchos puntos de las Midlands y del Sur (y seguramente en áreas urbanas) la clase obrera se había acostumbrado a comprar pan en las panaderías más que grano o harina en los mercados. No sabemos bastante como para hacer un gráfico del cambio con exactitud, y seguramente se siguió cociendo el pan en las casas en gran medida. Pero aun donde el cambio fue completo, no se debe subestimar la complejidad de la situación ni los objetivos de la multitud. Hubo, por supuesto, muchísimos pequeños motines frente a las panaderías, y muchas veces la multitud «fijaba el precio» del pan. Pero el panadero (cuyo trabajo en tiempos de altos precios puede haber sido muy poco envidiable) era el único que, entre todos los que bregaban con las necesidades de la gente (terratenientes, agricultores, arrieros y molineros), se hallaba en contacto diario con el consumidor, y se encontraba más protegido que cualquiera de los demás por la visible insignia del paternalismo. El Assize of Bread limitó clara y públicamente sus beneficios legítimos (tendiendo también de este modo a dejar el comercio de panadería en manos de numerosos comerciantes pequeños con poco capital) protegiéndolos así, hasta cierto punto, de la cólera popular. Incluso Charles Smith, el hábil exponente del libre comercio, pensaba que la continuación del Assize era oportuna: «En Pueblos y ciudades grandes siempre será necesario establecer el Assize, para convencer al pueblo de que el precio que exigen los Panaderos no es más que lo que creen razonable los Magistrados».

El efecto psicológico del Assize fue, por ello, considerable. El panadero no podía tener esperanza de aumentar sus beneficios por encima de la cantidad calculada en el Assize más que con pequeñas

estratagemas, algunas de las cuales —como el pan de peso escaso, adulteración, mezcla de harinas baratas y dañadas— estaban sujetas a rectificaciones legales o a recibir instantáneas represalias de la multitud. El panadero, ciertamente, tenía a veces que atender a sus propias relaciones públicas, aun al extremo de tener que alistar a la multitud a su favor: Cuando Hannah Pain de Kettering se quejó a los alguaciles sobre la escasez de peso del pan, el panadero «levantó al populacho contra ella... y dijo que merecía ser azotada, pues ya había suficientes heces de la sociedad de este tipo». Muchas corporaciones, a lo largo del siglo, hicieron gran espectáculo de la supervisión de pesos y medidas, y del castigo de los transgresores. El «Justice Overdo» de Ben Johnson estaba todavía ocupado en las calles de Reading, Conventry o Londres:

> Alegre, entra en todas las cervecerías y baja a todos los sótanos; mide las tortas ... pesa las hogazas de pan en su dedo corazón ... da las tortas a los pobres, el pan al hambriento, las natillas a sus niños ...

Dentro de esta tradición encontramos a un magistrado de Londres, en 1795, que, llegando al escenario de un motín en Seven Dials, donde la multitud estaba ya demoliendo una panadería acusada de vender pan de peso escaso, intervino, se apoderó de las mercancías del panadero, pesó las hogazas y, encontrándolas realmente deficientes de peso, las distribuyó entre la multitud.

Sin duda los panaderos, que conocían a sus clientes, se quejaban a veces de su impotencia para reducir los precios, y dirigían a la multitud hacia el molino o el mercado de granos. «Después de vaciar muchas panaderías» refería el molinero de Snow Hill, Birmingham, refiriéndose al ataque de 1795, «vinieron en grandes grupos contra nosotros ...». Pero en muchos casos la multitud elegía claramente sus propios blancos, eludiendo deliberadamente a los panaderos. Así en 1740 en Norwich la gente «fue a casa de cada uno de los Panaderos de la Ciudad, y fijó una Nota en su Puerta con estas palabras: "Trigo a Diez y Seis Chelines la Rastra"». En el mismo año en Wisbeach obligaron a «los Comerciantes a vender Trigo a cuatro peniques el *bushel* ... no sólo a ellos, sino también a los Panaderos, donde ellos regulaban los Pesos y Precios del Pan».

Pero a esta altura está claro que estamos tratando con un mode-

lo de acción mucho más complejo que el que puede explicarse satisfactoriamente por un encuentro cara a cara entre el populacho y molineros determinados, comerciantes o panaderos. Es necesario dibujar una imagen más amplia de las acciones de la multitud.

V

Se ha sugerido que el término «motín» representa un instrumento de análisis basto, torpe, para muchos de los agravios y circunstancias determinados. Es también un término impreciso para describir los movimientos populares. Si buscamos la fórmula característica de la acción directa, deberíamos tomar, no las disputas en las panaderías en las afueras de Londres, ni aun las grandes refriegas provocadas por el descontento contra los grandes molineros, sino los «levantamientos populares» (muy especialmente los de 1740, 1756, 1766, 1795 y 1800) en los cuales los mineros del carbón y del estaño, los tejedores y operarios de calcetería fueron quienes se destacaron. Lo extraordinario en estas «insurrecciones» es, en primer lugar, su disciplina y, en segundo lugar, el hecho de que exhiben un modelo de conducta cuyo origen debemos buscar unos cientos de años atrás; que más bien crece en complejidad en el siglo XVIII; que se repite, aparentemente de manera espontánea, en diferentes puntos del país y después del transcurso de muchos años tranquilos. La acción central en este modelo no es el saqueo de graneros ni el robo de grano o harina sino el acto de «fijar el precio».

Lo extraordinario de este modelo es que reproduce, a veces con gran precisión, las medidas de emergencia, en épocas de escasez, cuya función, entre los años 1580 y 1630, fue codificada en el Book of Orders. Estas medidas de emergencia se emplearon en épocas de escasez en los últimos años del reinado de Isabel I, y fueron puestas en vigor, en forma un tanto revisada, durante el reinado de Carlos I, en 1630. Durante el reinado de Isabel I se exigía a los magistrados la asistencia a los mercados locales,

> y donde encuentre que es insuficiente la cantidad traída para abastecer y atender a dichos mercados y especialmente a las clases más pobres, se dirigirá a las casas de los Agricultores y otros dedicados a la labranza y verá qué depósitos y provisiones de grano ha retenido tanto trillado como no trillado ...

Podían entonces ordenar a los agricultores mandar «cantidades convenientes» al mercado, para ser vendidas, «y esto a precio razonable». Los alguaciles adquirieron luego autoridad para «establecer un cierto precio por *bushel* de toda clase de grano». La reina y su Consejo opinaban que los altos precios se debían en parte a los monopolistas, y en parte a la «avaricia» de los cultivadores de grano, quienes «no están satisfechos con ninguna ganancia moderada, sino que buscan y proyectan medios de mantener altos los precios con la consiguiente manifiesta opresión de la clase más pobre». Las órdenes deben ser impuestas «sin ninguna parcialidad que perdone a ningún hombre».[55]

En esencia, pues, el Book of Orders otorgaba a los magistrados el poder (con la ayuda de tribunales locales) de inspeccionar las existencias de cereales en cámaras y graneros; de ordenar el envío de ciertas cantidades al mercado; y de imponer con severidad todas las normas de la legislación sobre licencias y acaparamiento. No se podía vender grano fuera del mercado público, «salvo a algunos pobres artesanos, o Jornaleros de la parroquia en que viven, que no pueden llegar convenientemente a las Ciudades de Mercado». Las Ordenanzas de 1630 no facultaban explícitamente a los alguaciles para fijar el precio, pero les ordenaban asistir al mercado y asegurarse de que «se proveía a los pobres de los Granos necesarios ... con tanta conveniencia en los Precios, como pudiera ser obtenida por la Persuasión más enérgica de los alguaciles». El poder de fijar el precio del grano o la harina quedaba, en casos de emergencia, a mitad de camino entre la imposición y la persuasión.[56]

55. Hay algún informe sobre el funcionamiento del Book of Orders en E. M. Leonard, *Early History of English Poor Relief,* Cambridge, 1900; Gras, *op. cit.,* pp. 236-242; Lipson, *op. cit.,* III, pp. 440-450; B. E. Supple, *Commercial Crisis and Change in England, 1600-1642,* Cambridge, 1964, p. 117. Hay documentos que ilustran su funcionamiento en *Official Papers of Nathaniel Bacon of Stiffkey, Norfolk* (Camden Society, 3.ª ser., XXVI, 1915), pp. 130-157.

56. Por un Acta de 1534 (25 George VIII, *circa* 2), el Consejo Privado tenía poder para tasar los precios del grano en caso de emergencia. En una más bien confusa nota, Gras (*op. cit.,* pp. 132-133) opina que, después de 1550, dicho poder no se usó nunca. En cualquier caso no fue olvidado; una proclama de 1603 aparece para fijar los precios (Seligman Collection, Columbia Univ. Lib., Proclamations, James I, 1603); el Book of Orders de 1630 concluye con la advertencia de que, «si los dueños de grano y otros propietarios de Víveres... no cumplen voluntariamente estas órdenes», Su Majestad «dará Orden de que sean fijados Precios razonables»; el Consejo Privado intentó controlar los precios por medio de una proclama en 1709, Liverpool Papers, Brit, Mus., add. MS. 38353, fol. 195, y el asunto fue activamente discutido

Esta legislación de emergencia se fue desmoronando durante las guerras civiles.[57] Pero la memoria popular, especialmente en una sociedad analfabeta, es extraordinariamente larga. Poca duda cabe de que hay una tradición directa que se extiende desde el Book of Orders de 1630 a los movimientos de los trabajadores de la confección en el este y oeste de Inglaterra durante el siglo XVIII. (La persona con letras también tiene recuerdos muy profundos: el propio Book of Orders fue vuelto a publicar, extraoficialmente, en 1662, y nuevamente en 1758, con un discurso preliminar para el lector que se refería a la actual «perversa alianza para producir la escasez».)

Las ordenanzas mismas eran en parte una respuesta a las presiones de los pobres:

> El Grano es tan caro
> Que no dudo que muchos morirán de hambre este año.

Así decía una copla fijada a la entrada de la iglesia en la parroquia de Wye (Kent) en 1630:

> Si no os ocupáis de esto
> Algunos de vosotros vais a pasarlo mal.
> Nuestras almas nos son caras,
> De nuestro cuerpo tenemos algún cuidado.
> Antes de levantarnos
> Menos cantidad será suficiente ...
> Vosotros que estáis establecidos
> Mirad de no deshonrar
> Vuestras profesiones ...

---

en 1757; véase Smith, *Three Tracts on the Corn Trade,* pp. 35. Y (aparte del Assize of Bread) otros poderes de tasa de precios subsistieron. En 1681 en el mercado de Oxford (controlado por la Universidad) se fijaron precios para la mantequilla, queso, aves, carne, tocino, velas, avena y alubias: «The Oxford Market», *Collectanea,* 2.ª ser., Oxford, 1890, pp. 127-128. Parece que el Assize of Ale desapareció en Middlesex en 1692 (Lipson, *op. cit.,* II, p. 501) y en 1762 se autorizó a los cerveceros a subir el precio de una forma razonable (por 2 Geog. III, *c.* 14); pero cuando en 1762 se propuso elevar el precio en medio penique el cuartillo, Sir John Fielding escribió al conde de Suffolk que el aumento «no puede considerarse razonable; ni se someterán a él los súbditos»: *Calendar of Home Office Papers,* 1773, pp. 9-14; P. Mathias, *The Brewing Industry in England, 1700-1830,* Cambridge, 1959, p. 360.

57. G. D. Ramsay, «Industrial *Laisser-Faire* and the Policy of Cromwell», *Econ. Hist. Rev.,* 1.ª ser., XVI (1946), esp. pp. 103-104; M. James, *Social Problems and Policy during the Puritan Revolution,* Londres, 1930, pp. 264-271.

Ciento treinta años después (1768) se clavaron nuevamente hojas incendiarias en las puertas de las iglesias (así como en las enseñas de las posadas) de parroquias dentro del mismo contorno de Scray, en Kent, incitando a los pobres a sublevarse. Pueden observarse muchas continuidades semejantes, aunque sin duda el modelo de acción directa se extendió a nuevos distritos en el siglo XVIII. En muchas ocasiones, en las antiguas regiones fabriles del Este y el Oeste, la multitud sostuvo que, puesto que las autoridades se negaban a imponer «las leyes», tenían que imponerlas por sí mismos. En 1693, en Banbury y Chipping Norton la multitud «sacó el grano a la fuerza de los carros, cuando se lo llevaban los acaparadores, diciendo que estaban resueltos a ejecutar las leyes, ya que los magistrados no se ocupaban de hacerlo». Durante los desórdenes que se extendieron por el Oeste en 1766 el *sheriff* de Gloucestershire, un pañero, no pudo ocultar su respeto por los amotinados, los cuales

> fueron ... a una casa de labranza y atentamente expresaron su deseo de que se trillara y llevara al mercado el trigo y se vendiera en cinco chelines por *bushel,* prometido lo cual y habiéndoles dado algunas provisiones sin solicitarlas, se marcharon sin la menor violencia u ofensa.

Si seguimos otros pasajes del relato del *sheriff* podemos encontrar la mayor parte de las características que presentan estas acciones:

> El Viernes pasado, al toque de trompeta, se puso en pie una muchedumbre compuesta toda ella de la gente más baja, como tejedores, menestrales, labradores, aprendices y chicos, etc.

«Se dirigieron a un molino harinero que está cerca del pueblo ... abrieron los costales de Harina y la repartieron y se la llevaron y destruyeron el grano, etc.» Tres días después envió otro informe:

> Visitaron a Agricultores, Molineros, Panaderos y tiendas de buhoneros, vendiendo grano, harina, pan, queso, mantequilla y tocino a sus propios precios. En general devolvieron el producto (es decir, el dinero) a los propietarios o en ausencia de ellos dejaron el dinero; y se comportaron con gran regularidad y decencia donde no encontraron oposición, con desenfreno y violencia donde la encontraron; pero saquearon muy poco, para evitar lo cual no permiten ahora a las Mujeres y a los muchachos que les acompañen.

Después de visitar los molinos y mercados en los alrededores de Gloucester, Stroud y Cirencester, se dividieron en grupos de cincuenta y cien y visitaron las aldeas y fincas pidiendo que se llevara el grano al mercado a precios justos, y entrando a la fuerza en los graneros. Un grupo grande visitó al *sheriff* en persona, soltaron sus porras mientras les hablaba de sus delitos, escucharon con paciencia, «gritaron alegremente Dios Salve al Rey» y después recogieron sus porras y volvieron a la buena labor de fijar el precio. El movimiento tuvo en parte el carácter de huelga general de todo el distrito textil: «los amotinados entraron en nuestros talleres ... y forzaron a salir a todos los hombres, quisieran o no unirse a ellos».

Fue este un movimiento extraordinariamente disciplinado y a gran escala. Pero el relato nos lleva a observar características que se encuentran repetidamente. Así, el movimiento de la multitud desde el mercado hacia los molinos y de allí (como en el Book of Orders) a las fincas, donde se inspeccionaban las existencias y se ordenaba a los agricultores enviar el grano al mercado al precio dictado por la multitud: todo esto se encuentra habitualmente. Ello iba a veces acompañado de la tradicional ronda de visitas a las residencias de las personas importantes, para pedir contribuciones, forzadas o voluntarias. En Norwich, en 1740, la multitud, después de obligar a la baja de precios en la ciudad, y de apoderarse, en el río, de una barcaza cargada de trigo y centeno, pidió contribuciones a los ricos de la ciudad:

> El martes por la Mañana temprano, se reunieron nuevamente, al toque de los Cuernos; y después de una breve Confabulación, se dividieron en grupos y salieron del Pueblo por diferentes Puertas, llevando delante de ellos un largo cartel que proponía visitar a los Caballeros y Agricultores de las aldeas vecinas, para exigirles Dinero, Cerveza Fuerte, etc. En muchos lugares, donde la Generosidad de la Gente no respondía a sus Expectaciones, se dice que mostraron su resentimiento pisoteando el Grano de los Campos ...

Las multitudes, en su deambular con el propósito de inspeccionar, se mostraron muy activas durante este año, especialmente en Durham y Northumberland, el West Riding y varias zonas del norte de Gales. Los manifestantes en contra de la exportación, que salieron de Dewsbury (abril de 1740), iban encabezados por un tamborilero y «algo parecido a una enseña o bandera»; realizaron un recorrido regular

de los molinos locales, destruyendo maquinaria, cortando sacos y llevándose grano y harina. En 1766, la multitud que recorría el valle del Támesis en acto de inspeccionar, se bautizó a sí misma con el nombre de «los Reguladores»; un agricultor aterrorizado les permitió dormir en la paja de su corral y «pudo oír desde su Aposento que hablaban entre sí sobre a quién habían asustado más, y dónde habían tenido mejor fortuna». El modelo se continúa en la década de 1790: en Ellsmere (Shropshire) la multitud detuvo el grano que era conducido a los molinos y amenazó individualmente a los agricultores; en el Bosque de Dean los mineros visitaron los molinos y las viviendas de los agricultores, exigiendo dinero «a las personas que encontraban en la carretera»; en el oeste de Cornualles los mineros del estaño visitaron las fincas con un dogal en una mano y en la otra un acuerdo escrito de llevar el grano a precios reducidos al mercado. Lo notable es la moderación, más que el desorden. Y no cabe la menor duda de que estas acciones eran aprobadas por un consenso popular abrumador; se siente la profunda convicción de que los precios *deben* ser regulados en épocas de escasez, y de que los explotadores se excluyen a sí mismos de la sociedad. En ocasiones, la multitud intentaba por persuasión o por fuerza atraerse a un magistrado, jefe de la policía de la parroquia, o a algún otro representante de la autoridad, para presidir la *taxation populaire*. En 1766 en Drayton (Oxon.) miembros de un tropel fueron a casa de John Liford «y le preguntaron si era Jefe de Policía; al contestar "sí" Cheer le dijo que debía acompañarlos a la Cruz y recibir el dinero de tres sacos de harina que habían tomado de una tal Betty Smith y que venderían a cinco chelines el *bushel*»; la misma muchedumbre se agenció al jefe de policía de Abingdon para el mismo servicio. El jefe de policía de Handborough (también en Oxfordshire) fue requerido de manera similar, en 1795; la multitud fijó un precio —y un precio sustancial— de 40 chelines el saco de un carro de harina que había sido interceptado, y le fue entregado el dinero correspondiente a no menos de quince sacos. En la isla de Ely, en el mismo año, «el populacho insistió en comprar carne a 4 peniques la libra, y pidieron al Sr. Gardner, un Magistrado, que supervisara la venta, como había hecho el Alcalde en Cambridge el Sábado por la noche». Y también en 1795 hubo un cierto número de ocasiones en que la milicia o las tropas regulares supervisaron ventas forzadas, algunas veces a punta de bayoneta, mientras sus oficiales miraban resueltamente hacia otro lado. Una operación combi-

nada de soldados y muchedumbre forzó al alcalde de Chichester a acceder a fijar el precio del pan. En Wells miembros del 122 regimiento empezaron

> por abuchear a los que ellos denominaban acaparadores o traficantes de mantequilla, a quienes persiguieron en distintas partes del pueblo —se apoderaron de la mantequilla— la reunieron toda —le pusieron centinelas— y después la echaron, y la mezclaron en una cuba —y después la vendieron al por menor, pesándola en balanzas y vendiéndola al precio de 8 peniques la libra ... aunque el precio normal que le daban los intermediarios era algo más de 10 peniques.

Sería absurdo sugerir que, cuando se abría brecha tan grande en los muros del respeto, no aprovechasen muchos la oportunidad para llevarse mercancías sin pagar. Pero existen abundantes testimonios de lo contrario, y algunos son impresionantes. Está el caso de los encajeros de Honiton que, en 1766, quitaron el grano a los agricultores, lo vendieron en el mercado a precio popular y devolvieron a los agricultores, no sólo el dinero, sino también los sacos; la muchedumbre de Oldham, en 1800, que racionó a cada comprador a dos celemines por cabeza, y las muchas ocasiones en que se detenían los carros en la carretera, se vendía su contenido y se confiaba el dinero al carretero.[58]

Más aún, en aquellos casos en que se tomaban las mercancías sin pagarlas, o en que se cometían actos de violencia, sería prudente averiguar si el caso presenta alguna circunstancia particular agravante. Se hace la distinción en el informe de una acción llevada a cabo en Portsea (Hants.) en 1795. Los panaderos y carniceros fueron los primeros a quienes ofreció la multitud los precios por ella fijados: «a los que se amoldaron a estas exigencias se les pagó con exactitud», pero los que se negaron vieron sus tiendas desvalijadas, «sin recibir más dinero que el que quiso dejar el populacho». Los canteros de Port Isaac (Cornualles), en el mismo año, se apoderaron de la cebada almacenada para la exportación, pagando un precio razonablemente alto de 11 peniques el *bushel*, advirtiendo al mismo tiempo al propietario que «si pretendía transportar el Remanente vendrían y lo

58. R. B. Rose, *op. cit.*, p. 435; Edwin Butterworth, *Historical Sketches of Oldham*, Oldham, 1856, pp. 137-139, 144-145.

tomarían sin compensación alguna». Con frecuencia aparecen motivaciones de castigo o venganza. El gran motín de Newcastle de 1740, en que los mineros y los bateleros irrumpieron en el ayuntamiento, destruyeron los libros, se repartieron el contenido de las arcas municipales y arrojaron barro y piedra a los concejales, se produjo tan sólo a consecuencia de dos provocaciones: primero, tras romperse un acuerdo entre los dirigentes de los mineros y los comerciantes (en que actuó un concejal como árbitro), acuerdo que fijaba los precios del grano; segundo, cuando representantes de la autoridad, aterrorizados, dispararon contra la multitud desde las escaleras del ayuntamiento. En 1766, en Gloucestershire, se dispararon tiros contra la multitud desde una casa, lo cual —escribe el *sheriff*—

> les molestó tanto que entraron por la fuerza en la casa, y destruyeron todos los muebles, ventanas, etc., y quitaron parte de las tejas; después reconocieron que se arrepentían mucho de este acto porque no era el dueño de la casa (que estaba fuera) el que había disparado contra ellos.

En 1795 los mineros del estaño organizaron un ataque contra un comerciante de Penryn (Cornualles) que había sido contratado para enviarles cebada, pero que les había mandado grano estropeado y en germinación. Cuando se atacaba a los molinos, y se estropeaba la maquinaria, era a menudo como consecuencia de una advertencia prolongada que no había sido escuchada, o como castigo a alguna práctica escandalosa.

Realmente, si deseamos poner en duda la visión no lineal y espasmódica del motín de subsistencias, no tenemos más que apuntar hacia este tema continuado de la intimidación popular, en el que hombres y mujeres a punto de morir de inanición atacaban no obstante molinos y graneros, no para robar el alimento, sino para castigar a los propietarios. Repetidamente, el grano o la harina eran derramados a lo largo de carreteras y setos, arrojado al río, estropeada la maquinaria y abiertos los diques del molino. Ante ejemplos de un comportamiento tal, las autoridades reaccionaban tanto con indignación como con asombro. Era un comportamiento (en su opinión) sintomático del estado de ánimo «frenético» y destemplado de una gente cuyo cerebro estaba excitado por el hambre. En 1795, tanto el justicia mayor como Arthur Young, dirigieron discursos a los pobres en los que se destacaba que la destrucción del grano no era el mejor

medio de mejorar el suministro de pan. Hannah More añadió una «Homilía de Medio Penique». Un versificador anónimo de 1800 nos da un ejemplo bastante más vivo de estas amonestaciones a las clases bajas:

> Cuando pasas las horas con tus Amigos del campo,
> Y tomas, con la abundancia que quieras, el vaso desbordante
> Cuando todo se vuelve tranquilo, si oyes por casualidad
> «Que son los Acaparadores los que encarecen tanto el grano;
> Que necesitan y conseguirán pan: ya han comido bastante
> Arroz y Sopa, y engrudos por el estilo:
> Lo tomarán sin pedirlo: y se esforzarán por la fuerza y la violencia
> En vengarse de estos ladrones de granos»:
> John jura que luchará mientras le quede aliento,
> «Es mejor ser colgado que morir de hambre:
> Quemará el granero del Señor Hoardúm, eso hará,
> Sofocará al viejo Filch Bag, y destruirá su molino».
> Y cuando preparen la Púa y la Horca
> Y todos los útiles de la guerra rústica ...
> Háblales de los males que acompañan los actos ilegales,
> Acciones que, comenzadas en la ira, terminan en dolor,
> Que quemar pajares, y destruir molinos,
> No producirá grano ni llenará los estómagos.

¿Pero eran realmente tan ignorantes los pobres? Uno sospecha que los molineros y comerciantes que estaban ojo avizor con respecto a la gente y al tiempo procuraban elevar al máximo sus beneficios, conocían mejor las circunstancias que los poetastros sentados en sus escritorios. Pues los pobres tenían sus propias fuentes de información. Trabajaban en los puertos. Transportaban las barcazas a lo largo de los canales. Conducían los carros y manejaban las barreras de peaje. Trabajaban en los graneros y molinos... Con frecuencia conocían los hechos locales mucho mejor que la *gentry;* en muchas acciones fueron derechos a las provisiones de grano escondidas cuya existencia habían negado, de buena fe, los jueces de paz. Si es cierto que los rumores iban muchas veces más allá de todo límite, tenían siempre al menos su raíz en una ligera base de realidad. Los pobres sabían que la única forma de someter a los ricos era retorcerles el brazo.

VI

Las iniciadoras de los motines eran, con frecuencia, las mujeres. Sabemos que en 1693 una gran cantidad de mujeres se dirigieron al mercado de Northampton, con «cuchillos escondidos en sus corpiños para forzar la venta del grano según su propia evaluación». En un motín contra exportación en 1737, en Poole (Dorset), se informó que «los Grupos se componen de muchas Mujeres, y los Hombres las apoyan, y Juran que si alguien se atreve a molestar a alguna de las Mujeres en sus Acciones, ellas pueden levantar un Gran Número de Hombres y destruir tanto Barcos como Cargamentos». El populacho fue alzado en Stockton (Durham) en 1740 por una «Señora con un palo y una corneta». En Haverfordwest (Pembroke), en 1795, un anticuado juez de paz que intentó, con ayuda de un subalterno, luchar con los mineros del carbón, se quejó de que «las mujeres incitaban a los Hombres a la pelea, y eran perfectas furias. Recibí algunos golpes de alguna de ellas sobre mis Espaldas ...». Un periódico de Birmingham describía los motines de Snow Hill como obra de «una chusma, incitada por furiosas mujeres». En docenas de casos ocurre lo mismo: las mujeres apedreando a un comerciante poco popular con sus propias patatas, o combinando astutamente la furia con el cálculo de que eran algo más inmunes que los hombres a las represalias de las autoridades; «las mujeres dijeron a los hombres del vulgo», dijo el magistrado de Haverfordwest refiriéndose a los soldados, «que ellas sabían que las tenían en sus Corazones y que no les harían ningún daño».

Estas mujeres parecen haber pertenecido a una prehistoria de su sexo anterior a la caída, y no haber tenido conciencia de que debían haber esperado unos doscientos años para su liberación. (Southey podía escribir, como lugar común, en 1807: «Las mujeres están más dispuestas a amotinarse: tienen menos temor a la ley, en parte por ignorancia, y en parte porque abusan del privilegio de su sexo, y por consiguiente en todo tumulto público sobresalen en violencia y ferocidad.»)[59] Eran también, por supuesto, las más involucradas en la

59. *Letters from England,* Londres, 1814, II, p. 47. Las mujeres tenían otros recursos además de la ferocidad: un coronel de Voluntarios se lamentaba de que «el Diablo en forma de Mujeres está ahora usando toda su influencia para inducir a la tropa a romper su lealtad a sus Oficiales»: Lt.-Col. J. Entwisle, Rochdale, 5 agosto 1795, PRO, WO 1.1086.

compra y venta cara a cara, las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior. Es probable que con mucha frecuencia las mujeres precipitaran los movimientos espontáneos, pero otros tipos de acciones se preparaban con más cuidado. Algunas veces se clavaban carteles en las puertas de iglesias o posadas. En 1740 «fue pregonado en Ketring un Partido de Fútbol de Quinientos Hombres de un lugar, pero la intención era Destruir los Molinos de la Señora Betey Jesmaine». A finales de siglo, es posible que se hiciera más corriente la distribución de avisos escritos a mano. Proveniente de Wakefield (Yorkshire), 1795:

> Para avisar
>
> A todas las Mujeres domiciliadas en Wakefield que se desea se reúnan en la Iglesia Nueva ... el próximo Viernes a las Nueve ... para fijar el precio del trigo ...
>
> Por deseo de los habitantes de Halifax
> que se reunirán con ellas allí.

De Stratton (Cornualles), 1801:

> A todos los Hombres trabajadores y Comerciantes en la Centena de Stratton que están dispuestos a salvar a sus Mujeres e Hijos de la Terrible condición de ser llevados a la Muerte por Hambre por el insensible y acaparador Agricultor ... Reuníos todos inmediatamente y marchad en temeroso Orden de Batalla a Viviendas de los agricultores usureros, y Obligadlos a Vender el Grano en el Mercado, a un precio justo y razonable ...[60]

La acción espontánea en pequeña escala podía derivarse de una especie de abucheo o griterío ritual frente a la tienda del vendedor al por menor, de la intercepción de carros de grano o harina al pasar por un centro populoso, o de la simple congregación de una multitud amenazante. Con gran rapidez se desarrollaba una situación de negociación: el propietario de las provisiones sabía muy bien que si no aceptaba voluntariamente el precio impuesto por la multitud (y

60. Kettering: PRO, SP 36.50: para otros ejemplos del uso del fútbol para congregar a las masas, véase R. M. Malcolmson, «Popular Recreations in English Society, 1700-1850» Warwick Univ. Ph. D. thesis, 1970, pp. 89-90.

su conformidad hacía muy difícil cualquier prosecución subsiguiente) corría el peligro de perder todas sus mercancías. Cuando fue interceptado un carro con sacos de trigo y harina en Handborough (Oxon.), en 1795, unas mujeres se subieron al carro y tiraron los sacos a los lados de la carretera. «Algunas de las personas allí reunidas dijeron que darían Cuarenta Chelines por el Saco de Harina, y que pagarían eso, y no darían más, y que si eso no era bastante, lo tomarían por la fuerza.» El propietario (un *yeoman*) * lo aceptó finalmente: «Si tiene que ser ese el precio, que lo sea». El procedimiento de forzar la negociación puede verse con igual claridad en la declaración de Thomas Smith, un panadero, que fue a Hadstock (Essex) con pan en sus alforjas (1795). Fue detenido en la calle de la aldea por un grupo de cuarenta o más mujeres y niños. Una de las mujeres (esposa de un trabajador) detuvo su caballo

> y habiéndole preguntado si había rebajado el precio del Pan, él le dijo que no tenía Órdenes de los Molineros de rebajarlo, y ella dijo entonces «Por Dios que si no lo rebajas no dejarás ningún Pan en este Pueblo» ...

varias personas entre la multitud ofrecieron entonces 9 peniques por un pan de 4 libras, mientras que él pedía 19 peniques. Entonces «juraron que si no se lo daba a 9 peniques la Hogaza se lo quitarían, y antes de que pudiera dar otra respuesta, varias Personas que estaban a su alrededor sacaron varias Hogazas de sus Cestas ...». Sólo al llegar a este punto aceptó Smith vender a 9 peniques la hogaza. La negociación fue bien entendida por ambas partes, y los vendedores al por menor, que tenían que contar con sus clientes tanto en los años buenos como en los malos, capitulaban con frecuencia ante las primeras señales de turbulencia por parte de la multitud.

En disturbios a gran escala, una vez formado el núcleo del motín, el resto de la muchedumbre era a menudo levantado a toque de trompeta y tambores. «El lunes pasado —comenzaba una carta de un magistrado de Shropshire en 1756—, los mineros de Broseley se reunieron al son de las trompetas, y se dirigieron al Mercado de Wenlock ...» El punto crítico era la reunión de un núcleo determinado. No sólo se explica el destacado papel de los mineros por su «virilidad» y por el hecho de estar particularmente expuestos a la explo-

* Hacendado o labrador acomodado. (*N. del t.*)

tación del consumidor, sino también por su número y por la natural disciplina de una comunidad minera. «El jueves por la mañana —declaró John Todd, un minero de la mina de carbón Heaton, Gateshead (1740)—, en el momento en que empezaba la ronda de noche», sus compañeros de mina, «en número de 60 u 80 detuvieron la bomba de agua de la mina ... y se propuso venir a Newcastle para fijar los precios del grano ...». Cuando vinieron desde la mina de carbón Nook a Haverfordwest en 1795 (el magistrado relata que su ayudante dijo: «Doctor, aquí vienen los mineros ... yo levanté la vista y vi una gran multitud de hombres, mujeres y niños con porras de roble que bajaban por la calle gritando "todos a una, todos a una"»), los mineros explicaron más tarde que habían venido a petición de los pobres de la ciudad, que no tenían el ánimo necesario para fijar el precio por su cuenta.

La composición de la multitud en cuanto a profesiones nos proporciona pocas sorpresas. Era (parece) bastante representativa de las ocupaciones de las «clases más bajas» en las zonas de motines. En Witney (Oxon.) encontramos informes contra un tejedor de mantas, un sastre, la mujer de un vendedor de bebidas alcohólicas y un criado; en Saffron Walden (Essex) acusaciones contra dos cabestreros, un zapatero, un albañil, un carpintero, un aserrador, un trabajador en estambre, y nueve labradores; en varias aldeas de Devonshire (Sampford Peverell, Burlescomb, Culmstock) encontramos con que se acusa a un hilandero, dos tejedores, un cardador de lana, un zapatero, un bordador y diez trabajadores; en el suceso de Handborough se habló en una información de un carpintero, un cantero, un aserrador y siete labradores. Había menos acusaciones en relación a la supuesta instigación por parte de personas con una posición superior en la vida de las que Rudé y otros han observado en Francia, a pesar de que se sugería con frecuencia que los trabajadores eran alentados por sus superiores a adoptar un tono hostil hacia agricultores e intermediarios. Un observador del sudoeste sostenía en 1801 que los motines estaban «ciertamente dirigidos por comerciantes inferiores, cardadores, y disidentes, que se mantenían apartados pero, por su lenguaje e inmediata influencia, gobernaban a las clases bajas». Ocasionalmente, se adujo que personas que empleaban muchos trabajadores habían animado a sus propios obreros a actuar.

Otra diferencia importante, en comparación con Francia, era la relativa inactividad de los labradores de Inglaterra en contraste con

la actividad de los *vignerons* y el pequeño campesinado francés. Muchos productores de cereal, por supuesto, continuaron con la costumbre de vender grano barato a sus propios jornaleros. Pero esto se aplicaba sólo a los jornaleros regulares, con contratos anuales, y a ciertos distritos. Por otra parte, los trabajadores rurales sí que participaban en los motines cuando otro grupo (como los mineros) formaba el núcleo original, o cuando una cierta actividad los reunía en número suficiente. Cuando un grupo grande de trabajadores recorrió el valle del Támesis en 1766, la acción había comenzado entre cuadrillas que trabajaban en la barrera de portazgo de una carretera, quienes dijeron «con una sola voz: Vamos todos a una a Newsbury en una corporación para Poner más Barato el Pan». Una vez en el pueblo, lograron más apoyos, desfilando por la plaza y dando tres vítores. En el East Anglia en 1795 se creó un núcleo similar entre los *bankers* (cuadrillas «empleadas para limpiar Zanjas de Drenaje y en la presa»). Los *bankers* estaban también menos sujetos a la identificación inmediata y al castigo, o a las venganzas del paternalismo rural que los trabajadores de la tierra, puesto que eran, «en su mayor parte, extranjeros de diferentes comarcas los cuales no son tan fácilmente apaciguados como los que viven en el lugar».

En realidad el motín de subsistencias no precisaba de un alto grado de organización. Necesitaba un consenso de apoyo en la comunidad, y un modelo de acción heredado, con sus propios objetivos y restricciones. La persistencia de esta forma de acción suscita una cuestión interesante: ¿hasta qué punto tuvo, en cualquier sentido, éxito? ¿Hubiera continuado durante tantos años —realmente cientos de años— si hubiera fracasado decididamente en lograr sus objetivos, y no hubiera dejado tras sí más que unos pocos molinos destruidos y víctimas en las horcas? Es una pregunta especialmente difícil de contestar; pero que debe ser planteada.

VII

A corto plazo, parece probable que el motín y la fijación de precios frustraron sus propios objetivos. Los agricultores eran a veces intimidados hasta tal punto que se negaban después, durante varias semanas, a llevar sus productos al mercado. Es probable que la interdicción del movimiento del grano dentro de la región no hiciera más

que agravar la escasez en otras. Aunque pueden encontrarse ejemplos en que el motín parece producir una caída de los precios, y ejemplos también de lo contrario, e incluso otros en los que parece haber poca diferencia en el movimiento de precios en mercados donde hubo y no hubo motín, ninguno de esos ejemplos —sean calculados por agregación o por término medio— tiene por qué revelar necesariamente el efecto que la *expectación* del motín producía sobre la situación total del mercado.[61]

Podemos tomar una analogía de la guerra. Los beneficios reales inmediatos de la guerra rara vez son significativos, ni para vencedores ni para vencidos, pero los beneficios que pueden obtenerse de la *amenaza* de guerra pueden ser considerables y, sin embargo, la amenaza de guerra no comporta terror alguno si no se llega nunca a la sanción de la guerra. Si el mercado fue un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la revolución industrial, entonces la amenaza del motín afectaría a la situación total de mercado, no solamente en años de escasez, sino también en años de cosecha media, y no solamente en poblados destacados por su susceptibilidad al motín, sino también en aldeas donde las autoridades deseaban perseverar una tradición de paz. Por muy meticulosamente que cuantifiquemos los datos disponibles, no pueden éstos mostrarnos a qué nivel habrían subido los precios si se hubiera eliminado totalmente la amenaza de motín.

Las autoridades de zonas propensas al motín dominaban a menudo los disturbios de manera equilibrada y competente. Esto nos permite a veces olvidar que el motín era una calamidad que producía con frecuencia una profunda dislocación de las relaciones sociales de la comunidad, cuyos efectos podían perdurar durante años. Los magistrados provinciales se encontraban muchas veces en un extremado aislamiento. Las tropas, si es que se las llamaba, podían tardar dos, tres o más días en llegar, y la multitud lo sabía muy bien. El *sheriff* de Gloucestershire, en los primeros días del «levantamiento» de

61. Indudablemente, investigaciones pormenorizadas de movimientos de precios a corto plazo en relación con los motines, que varios investigadores desarrollan ahora con ayuda de computadoras, ayudará a afinar la cuestión; pero las variables son muchas, y la evidencia con respecto a algunas (anticipación de motín, persuasión ejercida sobre arrendatarios, comerciantes, etc., suscripciones caritativas, aplicación de precios para pobres, etc.) es a menudo difícil de encontrar y de cuantificar.

1766, no pudo sino acudir al mercado de Stroud con sus «hombres de jabalina». Un magistrado de Suffolk, en 1709, se abstuvo de encarcelar a los dirigentes de la muchedumbre porque «el Populacho amenazó con destruir tanto su casa como el Calabozo si castigaba a cualquiera de sus compañeros». Otro magistrado que, en 1740, dirigió un harapiento y nada marcial *posse commitatus* a través del Yorkshire del norte hasta Durham, haciendo prisioneros por el camino, quedó desalentado al ver a los ciudadanos de Durham darse la vuelta y liberar a dos de los presos a la puerta de la cárcel. (Tales rescates eran normales.) Un exportador de grano, de Flint, tuvo una experiencia aún más desagradable en el mismo año: los amotinados entraron en su casa, se bebieron la cerveza y el vino de su bodega, y permanecieron

> con una Espada Desnuda apuntando al pecho de mi Nuera ... Tienen muchas Armas de Fuego, Picas y Espadas. Cinco de ellos con Picas declaran que cuatro son suficientes para llevar mis Cuatro Cuartos y el otro mi cabeza en triunfo con ellos ...

La cuestión del orden no era ni mucho menos sencilla. La insuficiencia de las fuerzas civiles se combinaba con la repugnancia a emplear la fuerza militar. Los funcionarios mismos tenían la suficiente humanidad y estaban acorralados por ambigüedades suficientes, en cuanto a sus poderes en caso de disturbios civiles, como para mostrar una marcada falta de entusiasmo por ser empleados en este «Servicio Odioso». Si los magistrados locales llamaban a las tropas, o autorizaban el uso de armas de fuego, tenían que seguir viviendo en el distrito después de la marcha de las tropas, incurriendo en el odio de la población local, quizá recibiendo cartas amenazadoras o siendo víctimas de rupturas de ventanas e incluso de incendios. Las tropas alojadas en un pueblo se hacían rápidamente impopulares incluso entre aquellos que al principio las habían llamado. Con extraña regularidad las peticiones para recibir ayuda de tropas son seguidas, en los documentos del Ministerio del Interior o del Ministerio de la Guerra, tras un intervalo de cinco o seis semanas, por peticiones para su retirada. Una lastimosa súplica de los habitantes de Sunderland, encabezada por su rector, pedía, en 1800, la retirada del 68 regimiento:

> Su principal objetivo es el robo. Varias personas han sido golpeadas y despojadas de sus relojes, y siempre se ha hecho de la manera más violenta y brutal.

A un joven le fracturaron el cráneo, a otro le cortaron el labio superior. Los habitantes de Wantage, Farringdon y Abingdon pidieron

> en nombre de Dios ... que se lleven de este lugar la sección del Regimiento de Lord Landaff o si no el Asesinato será forzosamente la consecuencia, pues un grupo de Villanos como este no ha entrado nunca en este pueblo.

Un magistrado local, que apoyaba esta petición, añadía que el «salvaje comportamiento de los soldados... exaspera a la población hasta lo indecible. El trato normal de los campesinos en ferias y mercados se ha deteriorado mucho».

El motín era una calamidad. El «orden» que podía seguir tras el motín, podía ser una calamidad aún mayor. De aquí la ansiedad de las autoridades por anticiparse al suceso o abortarlo con rapidez en sus primeras fases, por medio de su presencia personal, por exhortaciones y concesiones. En una carta de 1763 el alcalde de Penryn, sitiado por iracundos mineros del estaño, escribe que el pueblo fue visitado por trescientos «de aquellos bandidos, con los cuales nos vimos forzados a parlamentar y llegar a un acuerdo por el cual les permitimos que obtuvieran el grano a un tercio menos de lo que había costado a los propietarios». Tales acuerdos, más o menos forzados, eran corrientes. Un experimentado magistrado de Warwickshire, sir Richard Newdigate, anotó en su diario del 27 de septiembre de 1766:

> A las once cabalgué a Nuneaton ... y con las personas principales del pueblo me entrevisté con los mineros y el populacho de Bedworth que vinieron vociferando y armados con palos, pidieron lo que querían, prometí satisfacer todas sus peticiones razonables si se apaciguaban y tiraban sus palos lo cual hicieron todos en el prado; después fui con ellos a todas las casas en que creían se había acaparado y permití a 5 o 6 entrar para registrar y persuadir a los dueños de vender el queso que se encontrase ...

Entonces los mineros abandonaron en orden el pueblo, después de que sir Richard Newdigate y otros dos les hubieran dado cada uno

media guinea. Habían actuado en efecto de acuerdo con el Book of Orders.

Este tipo de negociación en los comienzos del motín, solía garantizar concesiones a la multitud. Pero debemos también observar los esfuerzos de los magistrados y terratenientes para prevenir el motín. Así, un magistrado de Shropshire en 1756 describe cómo los mineros «dicen que si los agricultores no traen su grano a los mercados, irán ellos a sus casas para trillarlo ellos mismos»:

> Yo he enviado orden a mis arrendatarios para que cada uno lleve cierta cantidad de grano al mercado los Sábados como único medio de prevenir mayores daños.

En el mismo año puede verse a los magistrados de Devon realizando esfuerzos similares. Se habían producido motines en Ottery, el grano de los agricultores había sido arrebatado y vendido a 5 chelines un *bushel* y varios molinos habían sido atacados. Sir George Yonge envió a su criado a fijar un pasquín admonitorio y conciliador en el mercado:

> El populacho se congregó, insultó a mi Criado e intimidó al Pregonero ... al leer el pasquín declararon que no servía, no necesitaban molestarse los Caballeros porque *Ellos* fijarían el precio a 4 chelines 9 peniques en el próximo Día de Mercado: en vista de esto fui ayer al Pueblo y dije tanto a la Gente Común como a los de mejor clase, que si la situación no permanecía tranquila habría de llamar al ejército ...

Él y dos miembros de la *gentry* de la vecindad enviaron su propio grano a los mercados locales:

> He ordenado que el mío se venda a 5 chelines 3 peniques y 5 chelines 6 peniques por *bushel* a la gente más pobre, puesto que hemos decidido mantenerlo algo por encima del precio dictado por el populacho. Consultaré con los molineros para saber si pueden darnos algo de Harina ...

El alcalde de Exeter contestó a Yonge que las autoridades de la ciudad habían ordenado que se vendiera el grano a 5 chelines 6 peniques: «Todo quedó tranquilo en cuanto los agricultores bajaron el precio ...». Medidas similares se tomaban todavía en Devon en 1801, «ciertos caballeros entre los más respetables de la vecindad de

Exeter ... ordenaron ... a sus Arrendatarios llevar el Grano al Mercado bajo pena de no renovarles los arrendamientos». En 1795 y 1800-1801, órdenes como estas de los terratenientes tradicionalistas a sus arrendatarios eran frecuentes en otros condados. El conde de Warwick (un archipaternalista y un defensor de la legislación contra acaparadores con el máximo rigor) recorrió en persona sus propiedades dando órdenes como estas a sus arrendatarios.

Presiones tales en prevención de un motín, pueden haber sido más eficaces de lo que se ha supuesto en cuanto a llevar grano al mercado, frenar la subida de precios e impedir cierto tipo de lucro. Más aún, una predisposición al motín era ciertamente efectiva como advertencia a los ricos de que debían poner en buenas condiciones la organización de la beneficencia parroquial y de la caridad, grano y pan subvencionado para los pobres. En enero de 1757, la corporación de Reading acordó:

> Que se organizara una suscripción para reunir dinero para comprar Pan que será distribuido entre los Pobres ... a un precio que será fijado muy por debajo del precio actual del Pan ...

la corporación misma donó 21 libras. Tales medidas se adoptaban con mucha frecuencia, por iniciativa unas veces de una corporación, otras de un individuo de la *gentry,* algunas de un tribunal municipal trimestral, otras de las autoridades parroquiales, o de los patronos, especialmente de aquellos que empleaban un número considerable de trabajadores (como los mineros del plomo) en distritos aislados.

Las medidas tomadas en 1795 fueron especialmente amplias, variadas y bien documentadas. Iban desde suscripciones directas para reducir el precio del pan (las parroquias enviaban a veces sus propios agentes directamente a los puertos a comprar grano importado), pasando por precios subvencionados para los pobres, hasta el sistema Speenhamland.* El examen de dichas medidas nos adentraría más profundamente en la historia de las Leyes de Pobres de lo que es nuestra intención,[62] pero los efectos eran en ocasiones curiosos. Las

* Sistema de ayuda a los pobres adoptado en 1795 por los magistrados del Berkshire y que se mantuvo en gran parte de Inglaterra incluso hasta principios del siglo XIX. (*N. del t.*)

62. Especialmente útiles son las respuestas de los corresponsales en *Annals of Agriculture,* XXIV y XXV (1795). Véase también S. y B. Webb, «The Assize of Bread», *op. cit.,* pp. 208-209; J. L. y B. Hammond, *op. cit.,* cap. VI; W. M. Stern, *op. cit.,* pp. 181-186.

suscripciones, aunque tranquilizaban una zona, podían provocar un motín en otra adyacente al despertar un agudo sentimiento de desigualdad. En 1740, un acuerdo concertado en Newcastle para reducir los precios entre los comerciantes y una delegación de una manifestación de mineros (actuando concejales como mediadores), produjo el que la ciudad se viera inundada por «gente del campo» de las aldeas de los alrededores; se intentó sin éxito limitar la venta a personas con un certificado escrito de un «Ajustador, un Encargado del Depósito del Carbón, un Medidor o un Capillero». La participación de soldados en motines encaminados a fijar el precio fue explicada por el duque de Richmond como producida por una desigualdad similar: alegaban los soldados que «mientras la Gente del Campo es socorrida por sus Parroquias y Subscripciones, los Soldados no reciben ningún Beneficio similar». Además, tales suscripciones, aunque su intención era «sobornar» al motín (real o potencial), podían a menudo producir el efecto de *elevar* el precio del pan para los que no participaban del beneficio de la suscripción.[63] Puede observarse este proceso en Devon del sur, donde las autoridades actuaban todavía en 1801 dentro de la tradición de 1757. Una multitud se manifestó en Exeter, en el mercado, pidiendo trigo a 10 chelines el *bushel*:

> Los Caballeros y los Agricultores se reunieron y el Pueblo esperó su decisión ... fueron informados de que no se aceptaría ningún Precio que ellos propusieran o fijaran, y principalmente porque el principio de Fijar un Precio encontraría su oposición. Los Agricultores después acordaron el de 12 chelines y que cada Habitante lo obtuviera en proporción a su Familia ...
>
> Los Argumentos de los descontentos en Exmouth son muy contundentes. «Dadnos cualquier *cantidad* que permitan las Existencias Disponibles, y a un precio por el cual podamos obtenerla, y estaremos satisfechos; no aceptaremos ninguna Subscripción de la *Gentry* porque aumenta el precio, y supone una privación para ellos.»

Lo que importa aquí no es solamente que los precios, en momentos de escasez, estuvieran determinados por muchos otros factores ade-

63. Un punto que debe ser considerado en todo análisis cuantificado: el precio que quedaba en el mercado después de un motín podía *subir,* aunque, a consecuencia del motín o de la amenaza de motín, el pobre podía recibir grano a precios subvencionados.

más de las simples fuerzas de mercado: cualquiera con un conocimiento, incluso pequeño, de las muy difamadas fuentes «literarias» tiene que ser consciente de ello. Es más importante observar todo el contexto socioeconómico dentro del cual operaba el mercado, y la lógica de la presión popular. Otro ejemplo, esta vez de un mercado libre de motines hasta el momento, puede mostrarnos esta lógica en acción. El relato proviene de un agricultor acomodado, John Toogood en Sherborne (Dorset). El año 1757 comenzó con una «queja general» contra los altos precios, y frecuentes informes de motines en otros lugares:

> El 30 de abril, siendo Día de Mercado, muchos de nuestros ociosos e insolentes Hombres y Mujeres Pobres se reunieron y empezaron un Motín en la Plaza del Mercado, fueron al Molino de Oborn y trajeron muchos Sacos de Harina y dividieron el Botín aquí en Triunfo.

El lunes siguiente se encontró en la abadía una carta anónima, dirigida al hermano de Toogood (que acababa de vender 10 *bushels* de trigo a 14 chelines 10 peniques —«verdaderamente un precio alto»— a un molinero): «Señor, si no traéis vuestro Trigo al Mercado, y lo vendéis a un precio razonable, serán destruidos vuestros graneros ...»

> Puesto que los motines son una Cosa muy nueva en Sherborne ... y puesto que las Parroquias vecinas parecían estar a punto de participar en este Deporte, pensé que no había Tiempo que perder, y que era conveniente aplastar este Mal de Raíz, para lo cual tomamos las siguientes Medidas.
>
> Habiendo convocado una Reunión en el Hospicio, se acordó que el señor Jeffrey y yo hiciéramos un Informe de todas las Familias del Pueblo más necesitadas, hecho esto, reunimos alrededor de 100 libras por Subscripciones y antes del Siguiente Día de Mercado, nuestro Juez de Paz y otros habitantes principales hicieron una Procesión a través de todo el Pueblo y publicaron por medio del Pregonero del Pueblo el siguiente Aviso:
>
> «Que se entregará a las Familias Pobres de este Pueblo una Cantidad de Trigo suficiente para su Mantenimiento todas las Semanas hasta la Cosecha al Precio de 8 chelines por *bushel* y que si cualquier persona después de este aviso público utilizara cualquier expresión amenazadora o cometiera cualquier motín o Des-

orden en este Pueblo, será el culpable condenado a Prisión en el acto».

Después contrataron la compra de trigo a 10 chelines y 12 peniques el *bushel,* suministrándolo a la «Lista de Pobres» a 8 chelines hasta la cosecha. (60 *bushels* a la semana en este período supondrían un subsidio de entre 100 y 200 libras.) «Por estos medios restauramos la Paz, y desilusionamos a muchos Sujetos vagos y desordenados de las Parroquias Vecinas, que aparecieron en el Mercado con los Sacos vacíos, esperando haber obtenido Grano sin Dinero.» John Toogood, escribiendo este relato para guía de sus hijos, concluía con el consejo:

> Si circunstancias como estas concurren en el futuro en vuestra Vida y alguno de vosotros está dedicado a los Negocios de la Agricultura, no dejéis que os tiente un ojo Codicioso a ser los primeros en aumentar el Precio del Grano, sino dejad mejor que vuestra Conducta muestre alguna Compasión y Caridad hacia la Condición del Pobre...

Es dentro de un contexto como este donde puede descubrirse la función del motín. Este pudo ser contraproducente a corto plazo, aunque no se haya demostrado todavía. Pero, repetimos, el motín era una calamidad social, que debía evitarse a cualquier coste Podia consistir éste en lograr un término medio entre un precio «económico» muy alto en el mercado y un precio «moral» tradicional determinado por la multitud. Este término podía alcanzarse por la intervención de los paternalistas, por la automoderación de agricultores y comerciantes, o conquistando una parte de la multitud por medio de la caridad y los subsidios. Como cantaba alegremente Hannah More, en el personaje del sentencioso Jack Anvil al intentar disuadir éste a Tom Hood de unirse al motín:

> Así, trabajaré todo el día, y el Domingo buscaré
> en la Iglesia cómo soportar todas las necesidades de la semana.
> Las gentes de bien, también, nos proporcionarán provisiones,
> Harán suscripciones —y renunciarán a sus bizcochos y pasteles.
>
> *Derry down*

Sí, *derry down* y ¡tra-lará-lará! Sin embargo, siendo como era el carácter de las gentes de bien, era más probable que un motín ruidoso en la parroquia vecina engrasara las ruedas de la caridad, que la imagen de Jack Anvil arrodillado en la iglesia. Como lo expresaron sucintamente las coplas colocadas *fuera* de las puertas de la iglesia en Kent en 1630:

> Cuanto antes nos levantemos
> Menos sufriremos.

VIII

Hemos estado examinando un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez. Normalmente no es útil examinarlo con relación a intenciones políticas claras y articuladas, a pesar de que éstas surgieran a veces por coincidencia casual. Pueden encontrarse a menudo frases de rebelión, normalmente destinadas (sospecho) a helar la sangre de los ricos con su efecto teatral. Se decía que los mineros de Newcastle, animados por el éxito de la toma del ayuntamiento, «eran partidarios de poner en práctica los antiguos principios niveladores»; al menos desgarraron los retratos de Carlos II y Jacobo II e hicieron pedazos sus marcos. En contraste, los barqueros de Henley (Oxon.) gritaron «Viva el Pretendiente», en 1743, y alguien en Woodbridge (Suffolk) clavó un aviso en el mercado, en 1766, que el magistrado local consideró «particularmente descarado y sedicioso y de alta y delicada significación»: «Deseamos —decía— que nuestro exilado Rey pueda venir o enviar algunos funcionarios». Es posible que esa misma intención amenazante tuvieran en el Sudoeste, en 1753, las amenazas de que «los Franceses estarán aquí pronto».

Más habituales son las amenazas generales de «nivelación», e imprecaciones contra los ricos. En Witney (1767) una carta aseguraba a los alguaciles de la ciudad que la gente no permitiría a «estos malditos pillos resollantes y cebados que Maten de Hambre a los Pobres de Manera tan Endemoniada para que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en el Orgullo y la extravagancia». Una carta dirigida al Gold Cross de Snow Hill en Birmingham (1766), firmada por «Kidderminster y Stourbridge», se acerca más al tipo de la copla

> ... tenemos un Ejército de más de tres mil todos dispuestos a luchar
> y maldito sea si no hacemos polvo el ejército del Rey
> Si resulta que el Rey y el Parlamento no lo remedian
> Convertiremos Inglaterra en Basura
> Y si incluso así no abaratan las cosas
> Maldito sea si no quemamos el Parlamento y lo arreglamos todo ...

En 1772, una carta de Colchester, dirigida a todos los agricultores, molineros, carniceros, tenderos y comerciantes de granos, advertía a todos los «Malditos Pillos» que tuvieran cuidado,

> porque estamos en noviembre y tenemos unas doscientas o trescientas bombas listas para los Molineros y para todos, y no habrá ni rey ni parlamento sólo una maraña de pólvora por toda la nación.

Se advirtió a los caballeros de Fareham (Hants.), en 1766, que se prepararan «para una guerra del Populacho o Civil» que «arrancaría a Jorge de su trono y derrumbaría las casas de los pillos y destruiría los sitiales de los Legisladores». «Es mejor Soportar un Yugo Extranjero que ser maltratados de esta forma», escribía un aldeano de cerca de Hereford al año siguiente. Y casos similares se encuentran en casi todos los lugares de Inglaterra. Es, principalmente, retórica, aunque una retórica que deshace la retórica de los historiadores respecto a la deferencia y solidaridad social en la Inglaterra de Jorge III.

Unicamente en 1795 y 1800-1801, cuando es frecuente encontrar un matiz jacobino en estas cartas y volantes, tenemos la impresión de que existe una corriente subterránea de motivaciones políticas articuladas. Un tajante ejemplo de ellas es cierta copla dirigida a «los que hacen los caldos y los Amasadores» que alarmó a un magistrado de Maldon (Essex):

> Queréis que se alimenten los pobres de bazofia y granos
> y bajo la guillotina querríamos ver vuestras cabezas
> porque creo que es una vergüenza atender a los pobres así
> y creo que algunas de vuestras cabezas serán un buen espectáculo.

Cientos y cientos de cartas como estas circularon en estos años. De Uley (Glos.) «no el Rey sino una Constitución abajo abajo abajo oh caed altos gorros y orgullosos sombreros por siempre abajo abajo ...».

En Lewes (Sussex) después de haber sido ejecutados varios hombres de la milicia por su participación en la fijación de precios, fue colocado un cartel: «¡A las Armas, soldados!».

> Levantaos y vengad vuestra causa
> Contra esos malditos bestias, Pitt y Jorge,
> Porque ya que no pueden mandaros a Francia
> A ser asesinados como Cerdos, o atravesados por una Lanza,
> Sois requeridos urgentemente para que volváis rápidamente
> y os maten como Cuervos, o colgados por turno ...

En Ramsbury (Wilts.), en 1800, se fijó un cartel en un árbol:

> Terminad con vuestro Lujurioso Gobierno tanto espiritual como temporal o os Moriréis de Hambre. Os han quitado el pan, Queso, Carne etc., etc., etc., etc., etc., y hasta vuestras vidas os han quitado a miles en sus Expediciones que la Familia Borbónica defienda su propia causa y volvamos nuestra vista, los verdaderos ingleses, hacia nosotros devolvamos a algunos a Hanover de donde salieron. Abajo con vuestra Constitución. Erigid una república o vosotros y vuestros hijos pasaréis hambre el Resto de vuestros días. Queridos Hermanos, reclinaréis vuestras cabezas y moriréis bajo estos Devoradores de Hombres y dejaréis a vuestros hijos bajo el peso del Gobierno de Pillos que os está devorando.
>
> Dios Salve a los Pobres y abajo Jorge III.

Pero estos años de crisis bélicas (1800-1801) necesitarían un estudio aparte. Estamos llegando al fin de una tradición, y la nueva apenas ha surgido. En estos años, la forma alternativa de presión económica —presión sobre los salarios— se hace más vigorosa; hay también algo más que retórica bajo el lenguaje sedicioso: organización obrera clandestina, juramentos, los sombríos United Englishmen («Ingleses unidos»). En 1812 los motines tradicionales de subsistencias coinciden con el ludismo.* En 1816, los trabajadores de East Anglia no solamente fijan los precios, sino que también exigen un salario mínimo y el fin del socorro Speenhamland. Se acercan estos motines a la revuelta de trabajadores, muy diferente, de 1830. La antigua forma

* Movimiento que tenía por objeto destruir maquinaria, que hizo su aparición en Inglaterra a fines de 1811, y cuyos componentes, formados en bandas, se llamaron *ludds*. (*N. del t.*)

de acción subsiste en los años 1840 e incluso más tarde, con raíces especialmente profundas en el Sudoeste. Pero en las nuevas zonas de la revolución industrial evoluciona gradualmente hacia otras formas de acción. La ruptura en los precios del trigo después de las guerras facilitó la transición. En las ciudades del Norte, la lucha contra los agiotistas de grano dio paso a la lucha contra las Leyes Cerealistas

Hay otra razón por la cual los años 1795 y 1800-1801 nos sitúan en un terreno histórico distinto. Las formas de acción que hemos examinado dependen de un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio especial entre la autoridad paternalista y la muchedumbre. Este equilibrio se dislocó con las guerras por dos motivos. En primer lugar, el antijacobinismo de la *gentry* produjo un nuevo temor hacia cualquier forma de actividad popular; los magistrados estaban dispuestos a ver señales de sedición en las acciones encaminadas a la fijación de precios, incluso cuando no existía tal sedición; el temor a la invasión levantó a los Voluntarios, dando de esta forma a los poderes civiles medios mucho más inmediatos para enfrentarse a la muchedumbre, no parlamentando y con concesiones, sino con la represión.[64] En segundo lugar, esta represión resultaba legitimizada, en opinión de las autoridades centrales y de muchas locales, por el triunfo de una nueva ideología de economía política.

El secretario del Interior, duque de Portland, sirvió como diputado temporal de este triunfo celestial. Hizo gala, en 1800-1801, de una firmeza completamente nueva, no solamente en su manera de tratar los desórdenes, sino en anular y reconvenir a las autoridades locales que todavía apoyaban el viejo paternalismo. En septiembre de 1800 tuvo lugar en Oxford un episodio significativo. Por un cierto asunto relacionado con la determinación del precio de la mantequilla en el mercado, la caballería hizo su aparición en la ciudad (a petición —se descubrió— del subsecretario). El secretario del Ayuntamiento, por indicación del alcalde y los magistrados, escribió al secretario de la Guerra, expresando su «sorpresa porque un cuerpo del ejército de soldados de caballería haya aparecido esta mañana temprano»:

> Tengo el placer de informarle que la población de Oxford no ha mostrado hasta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla y

64. J. R. Western, «The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Force, 1793-1801», *Eng. Hist. Rev.* LXXI (1956).

> haberlas vendido a un chelín la libra y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla pueda responder a tal descripción ...

«No obstante la extrema tensión de los tiempos», las autoridades de la ciudad eran de «la decidida opinión» de que no había «lugar en esta ciudad para la presencia del Ejército regular» especialmente porque los magistrados estaban desplegando la mayor actividad para reprimir «lo que ellos creen ser una de las causas principales de la carestía, los delitos de acaparamiento, monopolio y reventa ...»

La carta del secretario del Ayuntamiento fue enviada al duque de Portland, de quien recibió una grave reprimenda:

> Su Excelencia ... desea que informe al Alcalde y Magistrados, que, puesto que su situación oficial le permite apreciar de manera muy especial el alcance del daño público que se seguirá inevitablemente de la continuación de los sucesos tumultuosos que han tenido lugar en varias partes del Reino como consecuencia de la actual escasez de provisiones, se considera más inmediatamente obligado a ejercer su propio juicio y discreción en ordenar que se tomen las medidas adecuadas para la eliminación inmediata y efectiva de tan peligrosas acciones. Porque lamentando mucho Su Excelencia la causa de estos Motines, nada es más cierto que estos no pueden producir otro efecto que el de aumentar el mal más allá de todo posible cálculo. Su Excelencia, por tanto, no puede permitirse pasar en silencio la parte de su carta que afirma «que la población de Oxford no ha mostrado hosta el momento ninguna disposición al motín, excepto que el haber traído al mercado algunas cestas de mantequilla, y haberlas vendido a un chelín la libra, y dado cuenta del dinero al propietario de la mantequilla, pueda responder a tal descripción». Lejos de considerar esta circunstancia desde el punto de vista trivial en que aparece en su carta (incluso suponiendo que no esté conectada con otras de naturaleza similar y aún más peligrosas, que esperamos no sea el caso). Su Excelencia lo ve desde el punto de vista de un ataque violento e injustificado a la propiedad, preñado de las más fatales consecuencias para la Ciudad de Oxford y sus habitantes de cualquier clase; lo cual, Su Excelencia da por supuesto que el Alcalde y Magistrados debían haber pensado que era su obligado deber suprimir y castigar mediante el inmediato apresamiento y condena de los transgresores.

A lo largo de 1800 y 1801 el duque de Portland se ocupó de imponer las mismas doctrinas. El remedio contra los desórdenes era el ejército o los voluntarios; incluso las generosas suscripciones para conseguir grano barato debían ser desaconsejadas, porque agotaban las existencias; la persuasión ejercida sobre agricultores o comerciantes para reducir los precios era delito contra la economía política. En abril de 1801 escribía al conde Mount Edgcumbe,

> Su Señoría debe excusar la libertad que me tomo de no dejar pasar desapercibido el acuerdo al cual, según menciona, han llegado voluntariamente los Agricultores de Cornualles para proveer a los Mercado de Grano y otros Artículos de Provisión a Precios reducidos ...

El duque había recibido información de que los agricultores habían sido objeto de presiones por parte de las autoridades del condado:

> mi experiencia ... me obliga a decir que toda empresa de este tipo no puede ser justificada por la naturaleza de las cosas y tiene inevitablemente, y pronto, que aumentar y agravar la desgracia que pretende aliviar, y me atreveré incluso a afirmar que cuanto más general se haga más perjudiciales serán las consecuencias que a la fuerza la acompañarán, porque necesariamente impide el Empleo de Capital en la Agricultura ...

La «naturaleza de las cosas» que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una solidaridad simbólica entre las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y «el Empleo de Capital». Es, quizás, adecuado que el ideólogo que sintetizó un antijacobinismo histórico con la nueva economía política fuese quien firmase la sentencia de muerte de aquel paternalismo que, en sus más sustanciosos pasajes de retórica, había celebrado. «El *Pobre* Trabajador», exclamó Burke: «dejemos que la compasión se muestre en la acción»,

> pero que nadie se lamente por su condición. No es un alivio para sus míseras circunstancias; es sólo un insulto para su mísero entendimiento ... Paciencia, trabajo, sobriedad, frugalidad y religión le deben ser recomendados; todo lo demás es un *fraude* total.[65]

65. E. Burke, *Thoughts and Details on Scarcity, originally presented to the*

Contra un tono como este, el cartel de Ramsbury era la única respuesta posible.

IX

Espero que de este relato haya surgido un cuadro algo diferente del acostumbrado. He intentado describir, no un espasmo involuntario, sino un modelo de comportamiento del cual no tenía por qué avergonzarse un isleño de Trobriand.

Es difícil reimaginar los supuestos morales de otra configuración social. No nos es fácil concebir que pudo haber una época, dentro de una comunidad menor y más integrada, en que parecía «antinatural» que un hombre se beneficiara de las necesidades de otro, y cuando se daba por supuesto que, en momentos de escasez, los precios de estas «necesidades» debían permanecr al nivel acostumbrado, incluso aunque pudiera haber menos.

«La economía del municipio medieval —escribió R. H. Tawney— era tal, que el consumo ostentaba, en cierta medida, la misma primacía en la mentalidad pública, como árbitro indiscutido del esfuerzo económico, que el siglo XIX atribuía a los beneficios».[66] Estos supuestos se encontraban, naturalmente, fuertemente amenazados mucho antes del siglo XVIII. Pero en nuestras historias se abrevian con demasiada frecuencia las grandes transiciones. Abandonamos el acaparamiento y la doctrina del precio justo en el siglo XVII y empezamos la historia de la economía de libre mercado en el XIX. Pero la muerte de la antigua economía moral de abastecimiento tardó tanto en consumarse como la muerte de la intervención paternalista en la industria y el comercio. El consumidor defendió sus viejas nociones de derecho tan tenazmente como (quizás el mismo hombre en otro papel) defendió su situación profesional como artesano.

Estas nociones de derecho estaban claramente articuladas y llevaron durante mucho tiempo el *imprimatur* de la Iglesia. El Book of

---

Rt. Hon. William Pitt in ... November, 1795. Londres, 1800, p. 4. Indudablemente, este panfleto tuvo influencia sobre Pitt y Portland, y puede haber contribuido a las más duras disposiciones de 1800.

66. R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism,* Londres, 1926, p. 33.

Orders de 1630 consideraba el precepto moral y el ejemplo como una parte integral de las medidas de emergencia:

> que todas las buenas Medidas y Persuasiones sean utilizadas por los Justicias en sus distintas Divisiones, y por Admoniciones y Exhortaciones en Sermones en las Iglesias ... que los Pobres sean provistos de Grano a Precios convenientes y caritativos. Y además de esto, que las clases más ricas sean seriamente movidas por la caridad cristiana, a hacer que su grano sea vendido al Precio común del Mercado a las clases más pobres: Una acción piadosa, que será sin duda recompensada por Dios Todopoderoso.

Por lo menos uno de estos sermones, predicado en Bodmin y Fowey (Cornualles) (antes de reunirse el Quarter Session), en 1630, por el reverendo Charles Fitz-Geffrey, era todavía conocido por los lectores del siglo XVIII. Los acaparadores de trigo eran denunciados como

> esos que odian al Hombre, opuestos al bien Común, como si el mundo se hubiera hecho sólo para ellos, que se apropiarían de la tierra, y de sus frutos, exclusivamente para ellos ... como las Codornices engordan con Cicuta, que es un veneno para otras criaturas, así ellos se alimentan de la escasez ...

Son «enemigos de Dios y del Hombre, opuestos tanto a la Gracia como a la Naturaleza». Por lo que respecta al comerciante, que exporta grano en momentos de escasez, «el sabor del lucro le es dulce, a pesar de haberlo sacado hurgando en el charco de la más sucia profesión de Europa ...».[67]

Al avanzar el siglo XVII enmudeció este tipo de exhortación, especialmente entre los puritanos. En Baxter, una parte del precepto moral se diluye en una parte de casuística y otra de prudencia comercial: «debe ejercerse la caridad así como la justicia», si bien los productos podían ser retenidos en espera de la subida de precios, esto no debía hacerse «en perjuicio de la nación, como si ... el retenerlos fuera la causa de la escasez».[68] Las antiguas enseñanzas morales se dividieron, progresivamente, entre la *gentry* paternalista por un lado, y la plebe rebelde por otro. Hay un epitafio en la iglesia de Sto-

67. C. Fitz-Geffrey, *God's Blessing upon the Providers of Corne: and God's Curse upon the Hoarders*, Londres, 1631; repr. 1648, pp. 7, 8, 13.
68. Tawney, *op. cit.*, p. 222. Véase también C. Hill, *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Londres, 1964, esp. pp. 277-278.

neleigh (Warwicks.) dedicado a Humphrey How, portero de lady Leigh que murió en 1688:

> Aquí Yace un Fiel Amigo del Pobre
> Que repartió Abundantes Limosnas de la Despensa de su señor
> No Lloréis Pobre gente aunque haya Muerto Vuestro Servidor
> El Señor en persona Os Dará Pan a Diario
> Si el Mercado Sube no Protestéis Amargamente Contra Sus Precios
> El Precio es Siempre el Mismo a las Puertas de Stone Leigh.

Los antiguos preceptos resonaron a todo lo largo del siglo XVIII y ocasionalmente podían todavía oírse desde el púlpito:

> La Exacción de cualquier tipo es vil; pero en lo que se refiere al grano es del tipo más vil. Recae con más peso sobre los Pobres, es robarles por que lo son ... es asesinar abiertamente a *aquellos* que encuentran medio muertos y saquear el Barco naufragado... estos son los Asesinos acusados por el Hijo de *Sirach,* cuando dijo: *El Pan del Pobre es su vida: aquel que se lo robare es por ello un Hombre Sanguinario* ... Con justicia puede llamarse a tales opresores *Hombres Sanguinarios;* y con seguridad que de la Sangre de aquellos que mueren por su culpa se les tomará cuenta.

Se encontraban con más frecuencia en folletos o periódicos:

> Mantener alto el Precio del Sostén mismo de la vida en una Venta tan extravagante, que el Pobre ... no puede comprarlo es la mayor iniquidad de que cualquier hombre puede ser culpable; no es menos que el Asesinato, no, el más Cruel Asesinato.

A veces en hojas sueltas impresas y baladas:

> Idos ahora hombres ricos de corazón duro,
> Llorad y gritad en vuestra desgracia,
> Vuestro oro corrupto se levantará contra vosotros,
> Y será Testigo contra vuestras almas ...

y frecuentemente en cartas anónimas. «No hagáis del dinero vuestro dios», se advertía a los caballeros de Newbury en 1772:

> sino pensad en los pobres, vosotros grandes hombres pensáis ir al

> cielo o al infierno, pensad en el sermón que se predicó el 15 de marzo porque malditos seamos si no os obligamos pensáis matar de hambre a los pobres vosotros malditos hijos de puta ...

«¡Mujer Avariciosa!», decían los mineros de estaño dirigiéndose a una acaparadora de trigo de Cornualles, en 1795: «estamos ... decididos a reunirnos y marchar inmediatamente hasta llegar a tu Ídolo o tu Dios o tu Moisés, [?] a quien consideras como tal y destruirlo y lo mismo tu Casa ...».

Hoy no damos importancia a los mecanismos extorsionantes de una economía de mercado no regulado porque a la mayoría de nosotros nos causan sólo inconvenientes y perjuicios de poco bulto. En el siglo XVIII no era este el caso. Las escaseces eran verdaderas escaseces. Los precios altos significaban vientres hinchados y niños enfermos cuyo alimento consistía en un pan basto hecho con harina rancia. No se ha publicado todavía ningún testimonio que muestre algo parecido a la clásica *crise des subsistances* francesa en la Inglaterra del siglo XVIII: es verdad que la mortalidad de 1795 no se aproximó a la de Francia en el mismo año, pero hubo lo que la clase acomodada describió como una desgracia «verdaderamente penosa»; la subida de precios, escribió uno, «les ha despojado de las Ropas que cubrían sus hombros, les ha arrancado los zapatos y las medias de los pies, y arrebatado la comida de la boca». El levantamiento de los mineros del estaño en Cornualles fue precedido de escenas angustiosas: los hombres se desmayaban en el trabajo y tenían que ser llevados a sus casas por sus compañeros, que no estaban en mucho mejor estado. La escasez fue acompañada por una epidemia de «Fiebre Amarilla», muy probablemente la ictericia que acompaña a la inanición. En un año como este, el «buhonero» de Wordsworth deambulaba entre las cabañas y vio

> Las desgracias de aquella estación;
> Muchos ricos se hundían, como en un sueño, entre los pobres,
> Y muchos pobres dejaron de vivir
> Y sus lugares no les reconocieron ...

Ahora bien, si el mercado era el punto en el que los trabajadores sentían con mayor frecuencia que estaban expuestos a la explotación, era también el lugar —especialmente en distritos rurales o en distritos fabriles dispersos— donde podían llegar a organizarse con más

facilidad. La comercialización (o la «compra») se hace progresivamente más impersonal en una sociedad industrial madura. En la Inglaterra o la Francia del siglo XVIII (en regiones del sur de Italia, o de Haití, o de la India rural, o del África de hoy) el mercado permaneció como nexo social tanto como económico. Era el lugar donde se llevaban a cabo cientos de transacciones sociales y personales, donde se comunicaban las noticias, circulaban el rumor y la murmuración y se discutía de política (cuando se hacía) en las posadas o bodegas que rodeaban la plaza del mercado. Era el lugar donde la gente, por razón de su número, sentía por un momento que era fuerte.[69]

Las confrontaciones en el mercado, en una sociedad «preindustrial», son, por supuesto, más universales que cualquier experiencia nacional, y los preceptos morales elementales del «precio razonable» son igualmente universales. Se puede sugerir, en verdad, la supervivencia en Inglaterra de una imaginería pagana que alcanza niveles más oscuros que el simbolismo cristiano. Pocos rituales folklóricos han sobrevivido con tanto vigor hasta fines del siglo XVIII como toda la parafernalia hogareña durante la cosecha, con sus encantos, sus cenas, sus ferias y festivales; incluso en áreas fabriles el año transcurría todavía al ritmo de las estaciones y no al de los bancos. La escasez representa siempre para tales comunidades un profundo impacto psíquico que, cuando va acompañado del conocimiento de injusticias, y la sospecha de que la escasez es manipulada, el choque se convierte en furia.

Impresiona, al abrirse el nuevo siglo, el creciente simbolismo de la sangre, y su asimilación a la demanda de pan. En Nottingham, en 1812, las mujeres marcharon con una hogaza colocada en lo alto de un palo listada de rojo y atada con un crespón negro, representando el «hambre sangrienta, engalanada de arpillera». En Yeovil (Somerset), en 1816, apareció una carta anónima, «Sangre y Sangre y Sangre, tiene que haber una Revolución General ...», firmada con un tosco corazón sangrante. En los motines de East Anglia, en el mismo año, frases como «Tomaremos sangre antes de cenar». En Plymouth, «una *Hogaza* que ha sido *bañada en sangre,* con un cora-

69. Sidney Mintz, «Internal Market Systems as Mechanisms of Social Articulation», *Intermediate Societies, Social Mobility and Communication,* American Ethnological Society, 1959, y del mismo autor «Peasant Markets», *Scientific American,* CCIII (1960), pp. 112-122.

zón a su lado, fue encontrada en las calles». En los grandes motines de Merthyr, de 1831, se sacrificó un ternero y una hogaza empapada en su sangre, clavada en el asta de una bandera, sirvió como emblema de la revuelta.

Esta furia en relación con el grano es una culminación curiosa de la época de los adelantos agrícolas. En la década de 1790, la *gentry* misma estaba algo perpleja. Paralizados a veces por un exceso de alimentos nutritivos, los magistrados, de vez en cuando, abandonaban su industriosa compilación de archivos para los discípulos de sir Lewis Namier, y miraban desde las alturas de sus parques a los campos de cereales donde sus labriegos pasaban hambre. (Más de un magistrado escribió al Home Office, en coyuntura tan crítica, describiendo las medidas que tomaría contra los amotinados si no estuviera confinado en su casa por la gota.) El condado no estará seguro durante la cosecha, escribió el señor lugarteniente de Cambridgeshire, «sin algunos soldados, pues había oído que el Pueblo tenía la intención de llevarse el trigo sin pedirlo cuando estuviera maduro». Consideraba esto como «verdaderamente un asunto muy serio» y «en este campo abierto, muy fácil de que se haga, por lo menos a hurtadillas».[70]

«No pondrás freno al buey que trilla el grano.» El avance de la nueva economía política de libre mercado supuso también el desmoronamiento de la antigua economía moral de aprovisionamiento. Después de las guerras lo único que quedaba de ella era la caridad, y el Speenhamland. La economía «moral» de la muchedumbre tardó más tiempo en morir: es recogida en los primeros molinos harineros cooperativos, por algunos de los socialistas seguidores de Owen, y subsistió durante años en algún fondo de las entrañas de la Sociedad Cooperativa Mayorista (Cooperative Wholesale Society). Un síntoma de su final desaparición es que hayamos podido aceptar durante tanto tiempo un cuadro abreviado y «economista» del motín de subsistencias, como respuesta directa, espasmódica e irracional al hambre; un cuadro que es en sí mismo un producto de la economía

70. En 1795, cuando entregaba a los pobres pan negro subvencionado de su propia parroquia, el párroco Woodforde no dejó de cumplir con la obligación de su propia cena: 6 de marzo, «... para cenar Un Par de Pollos hervidos y Cabeza de Cerdo, muy buena sopa de Guisantes, un excelente filete de Vaca hervido, un prodigiosamente bueno, grande y muy gordo Pavo asado, Macarrones, Tarta de crema», etc.: James Woodforde, *Diary of a Country Parson*, ed. J. Beresford, World's Classics, Londres, 1963, pp. 483, 485.

política que redujo las reciprocidades humanas al nexo salarial. Más generosa, pero también más autoritaria, fue la afirmación del *sheriff* de Gloucestershire en 1766. Las masas de aquel año, escribió, habían cometido muchos actos de violencia,

> algunos de desenfreno y excesos; y en algunas ocasiones algunos actos de valor, prudencia, justicia y consecuencia con aquello que pretendían obtener.

EL ENTRAMADO HEREDITARIO: UN COMENTARIO *

Los ensayos presentados en el volumen del que, originalmente, formaba parte este capítulo nos han hablado mucho del tejido social de comunidades determinadas y de ciertas relaciones existentes en su interior, que ejemplifican las prácticas hereditarias. Hemos aprendido menos, quizá, sobre su desarrollo en el tiempo, ya que las intenciones de los sistemas hereditarios, como en otras cuestiones, ofrecen a menudo conclusiones muy diferentes a las proyectadas. Si diseccionamos los sistemas hereditarios en condiciones de estasis, el pensamiento puede llegar a aceptar una falacia que, en horas de vigilia, conocemos perfectamente como falsa, y es que aquello que se hereda permanece como constante histórica: «propiedad», «pertenencia» o, más sencillamente, «la tierra», tierra que, a fin de cuentas, pasaba en efecto de generación en generación, que podemos aún pisar, que puede aún hoy ser dedicada en gran medida al mismo tipo de cultivo, o madera, o ganado, que hace trescientos años.

Naturalmente sabemos que esta constancia es ilusoria. En términos de tierras lo que se transmite a través de los sistemas hereditarios es con mucha frecuencia no tanto la propiedad de las mismas,

* «The Grid of Inheritance: a Comment», en E. P. Thompson, Jack Goody y Joan Thirska, *Family and Inheritance,* Cambridge University Press, Londres, 1976, cap. 9, pp. 328-360. Estos comentarios están basados en trabajos, alguno de los cuales no ha sido publicado todavía: para las zonas de bosque de Berkshire y Hampshire del este, *Whigs and Hunters,* Londres, 1975, y para algún otro de los aspectos de las costumbres del siglo XVIII, «Common Right and Enclosure», *Customs in Common* (de próxima aparición). En cualquier caso, aquí se proponen muchos puntos como preguntas, que necesitan más investigación, más que como conclusiones.

como la propiedad en usufructo, o un lugar dentro de una compleja gradación de derechos coincidentes de aprovechamiento. Es la tenencia —y en ocasiones las funciones y roles que conlleva la misma— lo que se transmite. Quizá podamos dirigir algo de luz al pasado para iluminar lo que se transmitía, examinando algunos aspectos de la descomposición de ciertos tipos de tenencia en la Inglaterra del siglo XVIII.

Es difícil calcular la proporción de tierras gobernadas por *copyhold* * u otra clase de tenencia dependiente en los años que van de la Restauración a mediados del siglo XVIII, período que se acepta generalmente como clásico en la rápida decadencia del *yeoman*. Recordemos que hay que calcular dos cifras totales diferentes: acres y labradores. No es difícil encontrar, a comienzos del siglo XVIII, señoríos en los cuales las dimensiones medias de las tenencias dependientes eran pequeñas, de modo que la cantidad de acres en libre arrendamiento o tierra no sujeta a rentas señoriales dependientes superaba con mucho a la cantidad en *copyhold,* pero en el cual el número total de campesinos dependientes superaba al número de arrendadores libres o tenentes *at will.*** El hecho es importante, puesto que el historiador económico puede considerar que las claves del proceso expansivo agrario se encuentran en el sector «libre», mientras que el historiador social puede creer que los horizontes psicológicos y las expectativas de la mayoría de la comunidad agraria se encontraban aún en el sector dependiente.[1]

Sin intentar una estimación cuantitativa será suficiente, para este comentario, subrayar que la supervivencia de la tenencia dependiente hasta el siglo XVIII era muy considerable: en gran cantidad de señoríos particulares, en tierras de la Iglesia y pertenecientes a los

* Tenencia de tierras que forman parte de un señorío «a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del *manor*» por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial. (*N. de t.*)

** Se refiere a una propiedad tenida por el tiempo que desee el propietario o arrendador, y de la que el tenente puede ser expulsado en cualquier momento: tenencia «a voluntad». (*N. de t.*)

1. Puesto que mucha de la misma tierra en *copyhold* se subarrendaba en arrendamiento señorial, es muy posible que sea cierto que el arrendamiento en el siglo XVIII por rentas abusivas «hubiera en gran medida desplazado todos los demás tipos de tenencia» (Eric Kerridge, *Agrarian Problems in the Sixteenth-Century and After,* Londres, 1969, p. 46). Pero el número de tenentes dependientes ocupantes siguió siendo importante y no debemos perderlos de vista.

colegios, en tierras de la corona, zonas de bosque, etc.[2] Tengo también la impresión de que hubo, desde 1720 en adelante, cierta renovación de una meticulosa observancia judicial, y una considerable actividad en el campo del derecho consuetudinario. Todo ello no tenía nada que ver con una «reacción» no localizada o con sentimientos anticuarios. La costumbre establecida de los señoríos era examinada cuidadosamente bajo distintas perspectivas por intendentes y abogados, cuyos patronos veían la propiedad de modo diferente y más comercializable. Donde la costumbre impedía los arrendamientos abusivos, los derechos de aprovechamiento «marginales» —madera, derechos minerales, piedra, turba y turberas— adquirían incluso mayor importancia para el señor ansioso de aumentar sus ingresos. En general el progreso agrícola y el aumento de la economía de mercado significaron que los derechos de aprovechamiento establecidos por la costumbre tenían un equivalente en metálico de más valor que anteriormente, de poder arrancarlos de su contexto sociológico y tenencial.

A pesar de la consolidación legal de los derechos de *copyhold* a finales de los siglos XIV y XV, éstos no fueron por supuesto absolutos. Aun cuando el *copyhold* pudiera venderse, hipotecarse, legar en cualquier sentido (aunque no de acuerdo con la costumbre de todos los señoríos), podía aún ser confiscado por felonía y desperdicio, y en ocasiones se confiscaba bajo estos términos.[3] Las tenencias no aseguradas mediante testamento o línea hereditaria de descendencia clara podían, según la costumbre del señorío, volver a manos del señor. Donde predominaban las tenencias por vida, como en parte de la Inglaterra occidental, el siglo XVIII pudo presenciar

2. Utilizaré aquí el término «tenencia dependiente» en un sentido general (y sociológico) más que uno preciso (y legal). El *copyhold* no se tenía necesariamente de acuerdo con la costumbre del señorío, mientras que los arrendamientos *beneficial* [de o pertenecientes al usufructo de la propiedad: disfrute del usufructo (*N. de t.*)] no eran, según las leyes, tenencias dependientes establecidas por la costumbre, aunque los señoríos de la Iglesia y colegiados estaban de hecho sujetos con frecuencia a prácticas consuetudinarias. Véase Kerridge, *op. cit.*, cap. 2, para una lúcida discriminación entre formas de tenencia, que (sin embargo) otorga prioridad a las definiciones legales sobre las prácticas consuetudinarias.

3. Así, por ejemplo, el Court Baron de Uphaven (Wilts.), 20 de octubre de 1742; el *copyhold* de Rinaldo Monk de un *cottage* confiscado por el señor, habiendo sido aquél condenado por felonía y deshauciado: PRO, T.S. 19.3. La confiscación por desperdicio (a menudo arreglada mediante el pago de una multa) es más corriente.

una mayor inseguridad de las mismas. Estas tenencias eran *copyhold* (en el sentido de que se tenían por una copia del documento judicial), pero siguieron siendo tenencias *at will* y estando sujetas a cargas de acceso arbitrarias al comienzo de nuevas vidas.[4] Quizás este tipo de tenencia insegura estaba incrementándose.[5] Cuando las cargas eran verdaderamente arbitrarias podían imponer, de forma efectiva, la inseguridad de la tenencia: así en Whiston y Claines (Worcs.) se informó en 1825 que «los tenentes dependientes han sido *copyholders* por herencia hasta los últimos cien años. Pero durante muchos años los tenentes han estado sometidos a cargas a placer del señor; y algunos han dejado que su herencia se transmitiera por encima de sus cabezas, por faltarles capacidad para pagar tan grandes cargas como les exigían o para tratar de sus derechos con los señores».[6] En otros señoríos de Worcestershire hay una tensión evidente entre «costumbre» en el sentido de prácticas y expectativas, y «costumbre» como imposición en términos legales. En Hartlebury la costumbre es «conceder el tiempo de una vida en posesión y tres con derecho de sucesión, y alternar y cambiar a voluntad del señor; cuando tres vidas han pasado, el señor puede otorgar la propiedad a quien le plazca; aunque los tenentes tienen derecho a la primera oferta».[7]

4. En un *copyhold* hereditario, incluso las cargas no especificadas deben ser «razonables»; una definición que quedó establecida por la ley aproximadamente en las rentas «mejoradas» de dos años. Pero un *copyhold* a voluntad del señor no limitaba las cargas con esta racionalidad legal (R.B. Fisher, *A Practical Treatise on Copyhold Tenure,* Londres, 1794, pp. 81-82, 90). La renta mejorada de seis o siete años podía cobrarse en tales casos, «la única alternativa que tiene el tenente es pagar la carga, o dejar que la propiedad se pierda».

5. R. B. Fisher, que era intendente de Magdalen College afirmaba escribir a partir del conocimiento práctico de usos señoriales en numerosas partes del país: Coke había escrito sólo sobre «*copyholds* puros y auténticos» pero «en este momento existe una cierta especie bastarda ... una tenencia en *copyhold*», es decir, *copyhold* vitalicio que podía encontrarse «en múltiples señoríos del reino». Hasta qué punto era esta «especie bastarda» una creación reciente, hasta qué punto indicaba una degeneración del *copyhold* «puro» es algo que sólo podría saberse con muchos estudios locales (*ibid.*, pp. IV, 14-15, 90).

6. Charles Watkins, *A Treatise on Copyholds,* 1825⁴, II, pp. 549-550. Es difícil fechar las costumbres reunidas por el editor de Watkins para las 100 páginas del apéndice III de la 4.ª edición. Algunas de las costumbres citadas datan del siglo XVII o anteriormente, pero otras, incluyendo la mayor parte de las costumbres de Worcestershire, parecen haber sido enviadas por un corresponsal en un intento de describir prácticas contemporáneas o muy recientes.

7. *Ibid.,* II, p. 553. En Tebberton la costumbre según fue presentada en 1649 era: «el señor ha solido siempre otorgar el *copyhold* por tres vidas en

Pero, en general, las tenencias dependientes en el siglo XVIII parecen empezar a escasear mediante un proceso de desgaste más que por un ataque frontal de los terratenientes y el derecho. (Puesto que muchos de los mismos terratenientes sustanciales tenían intereses en *copyhold,* por compra o herencia, la forma de tenencia no era de ningún modo limítrofe con los intereses del *yeoman* o el agricultor.) Si el señor o su intendente veían alguna ventaja en recuperar la tierra, bien para ofrecerla nuevamente en arrendamiento señorial o anticipándose al cerramiento, tenían posibilidades de acelerar el proceso. Se podían imponer las cargas de acceso o renuncia con respecto a las rentas nuevas en lugar de las establecidas por la costumbre, y esto podía acortar la carrera del *copyholder* hacia el endeudamiento. El *copyholder* bien situado podía exigir igual seguridad de tenencia que el libre arrendador. Pero no podía en ningún caso pedir *mayor* seguridad. Ambos estaban igualmente sujetos a los caprichos de situaciones económicas o familiares que podían obligarles a hipotecar sus tierras y amontonar deudas sobre las cabezas de sus hijos. Y, cuando analizamos sistemas hereditarios, no debemos olvidar que una de sus funciones de importancia en ciertas sociedades campesinas y de pequeños tenentes, consistía precisamente en ser garante, a través de las generaciones, de la seguridad del interés del terrateniente o el prestamista sobre la deuda del labrador.

Se cree a menudo que la tenencia dependiente o consuetudinaria está definida, sólo en el aspecto legal, en el derecho de precedentes. Pero la costumbre también tuvo siempre una dimensión sociológica, así reconocida en el derecho por la reserva «de acuerdo con la costumbre del *manor*». Esto puede quizá percibirse mejor en el mundo

---

posesión y tres en reversión», siendo las cargas arbitrarias; pero el corresponsal de Watkins observa que «últimamente el señor ha concedido sólo dos vidas en posesión y dos en reversión, que no supone un ataque a la antigua costumbre, puesto que las concesiones se hacen enteramente a placer del señor». Un comentario sobre el caso de Broadwas quizá generalice la experiencia de inseguridad en un cierto número de señoríos de Worcestershire: «estas tenencias serviles son inconsistentes con la época actual; y causan mala voluntad hacia los señores, e intranquilidad a muchos hombres honrados» (*ibid.,* II, pp. 546, 564). Es interesante observar que el único ejemplo de malos tratos de un *copyholder* que Kerridge, después de sus amplias investigaciones, puede confirmar como al menos «una alegación que encontró cierto apoyo» se refiere a tenentes del Deán y del Cabildo de la catedral de Worcester que fueron forzados, a principios del siglo XVII, a aceptar arrendamientos por años en lugar de *copyholds* hereditarios (Kerridge, *op. cit.,* p. 83).

intermedio de tenencias de la Iglesia y colegiadas. Éstas no tenían la seguridad del *copyhold,* ni pueden considerarse tenencias *at will.* La definición no es legal sino de usos consuetudinarios. El historiador de las finanzas del St. John's College, Cambridge, comenta (sobre el siglo XVII y comienzos del XVIII):

> Por algún motivo, el Colegio parece durante mucho tiempo haber actuado sobre el supuesto de que estaba impedido de variar las rentas de sus propiedades. No es posible encontrar una explicación enteramente satisfactoria para este supuesto. En la medida en que se conoce no tiene base legal ninguna ...[8]

Pero sigue adelante para demostrar que los sucesivos tesoreros encontraron formas de superar sus inhibiciones desde el primer cuarto del siglo XVIII, y el incremento de los ingresos se obtuvo en primer lugar de las cargas.[9]

Los motivos de esta situación se encuentran menos en las leyes que en un cierto equilibrio de relaciones sociales. Desde 1576 (Ley de Sir Thomas Smith, bajo Isabel I), las tenencias de la Iglesia y los colegios estaban normalmente limitadas a tres vidas y veintiún años, generalmente renovadas cada siete años. Sin duda las tenencias eclesiásticas, así como los derechos exclusivos reales y señoriales en zonas de bosque, habían sufrido una gran sacudida durante el interregno. Después de la Restauración, la Iglesia examinó todas sus tenencias y aumentó considerablemente las cargas sobre aquellas que fueron confirmadas. Estos tenentes, y sus hijos, sin duda creyeron haber pagado la seguridad de un *copyhold*. Su tenencia, sostenían, se había «convertido en Hereditaria por antigua Costumbre, comprada casi a tan alto precio como las Tenencias Libres, por la

8. H. F. Howard, *An Account of the Finances of St. John's College, Cambridge, 1511-1926,* Cambridge, 1935, p. 47.

9. Véase también R. F. Scott, *Notes from the Records of St. John's College, Cambridge,* Segunda Serie, XIV (1899-1906), el cual calcula que la carga usual de «renuncias» y renovaciones en el siglo XVII era un año de renta bruta o ampliada: esto aumentó a lo largo del siglo XVIII a la de uno y cuarto, uno y medio, y después a la de dos años. Véase también W. S. Powell, en *Eagle,* St. John's College, XX, n.º 115 (marzo 1898). Hacia el siglo XIX, la carga era generalmente el 2,6 del valor bruto de arrendamiento: St. John's College, Cambridge, Calendario de Archivos, cajón 100 (70): declaración del tesorero mayor en Audit para 1893. Estoy en deuda con el *master* y los *fellows* del St. John's por haberme permitido consultar su calendario y archivos, y al bibliotecario y el archivero por su ayuda.

Confianza depositada en sus Señores de que Renovaran las Condiciones acostumbradas».[10] Pero la seguridad de tenencia no fue nunca sancionada por la ley. Las tenencias de la Iglesia y los colegios siguieron siendo arrendamientos *beneficial*, en las cuales el derecho de renovación a cambio de una carga «razonable» se asumía pero no estaba sancionado.

El que las cargas se hicieran menos «razonables» después de 1720 fue consecuencia del ascenso *whig*, y de la avaricia de los obispos *whig*.[11] La subida de las cargas encontró por supuesto resistencia: un intendente comunicaba (como lo hizo uno al St. John's College desde Windlesham, Surrey, en 1726) que «el *Homage* * declaró que mis peticiones eran muy extraordinarias».[12] En tales cuestiones, el *homage* podía con facilidad pasarse por alto. Pero desautorizar o

10. Anon., *Reasons for a Law to oblige Spiritual Persons and Bodies Politick to Renew their Leases for Customary and Reasonable Fines*, Londres, s. f. (*c.* 1736).

11. O así se presenta en *Whigs and Hunters*, cap. 4, *passim*. La Iglesia parece haber introducido nuevos cuadros para la estimación de las cargas, calculadas de acuerdo con el interés de la inversión de capital, la edad de la vida vigente, el número de años pasados desde la última renovación, etc., en algún momento entre 1715 y 1720. La reglamentación exigía el valor de la renta ampliada de un año y medio para la renovación de los arrendamientos de veintiún años, y así en proporción para más o menos años completos; y, en arrendamientos vitalicios, se insistirá en el valor de dos años por cada vida completa, y donde dos son nulas en proporción, o (preferiblemente) la conversión de un arrendamiento de tres vidas en uno de veintiún años. Estas tablas, conocidas como «Las Tablas de Sir Isaac Newton», crearon un gran resentimiento entre los tenentes: aumentaban las cargas, sustituían la negociación personal y flexible con un *standard* uniforme racionalizado, y sobre todo desestimaban la pretensión de los tenentes de haberse establecido por un largo tiempo en tenencias que eran en efecto «de costumbre», hereditarias y sujetas (como los *copyholds*) a una carga definida. Véase St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (38): «Reglas acordadas por la iglesia de Canterbury en su Audit 1720, según las tablas de sir I. Newton, permitiendo así a sus tenentes un 9 por ciento que ya les parece favor suficiente»; también C. Trimnell a W. Wake, 4 julio 1720, Christ Church College Library, Oxford, Arch. Wake Epist. XXI. Para el caso de los tenentes (algunos de los cuales tenían propiedades extensas), *Reasons for a Law...*; «Everard Fleetwood» (Samuel Burroughs), *An Enquiry into the Customary-Estates and Tenant-Rights of those who hold Lands of Church and other Foundations*, Londres, 1731. Para el caso de Iglesia y colegios, véase entre otros, Anon , *Tables for Renewing and Purchasing of Cathedral Churches and Colleges*, Londres, 1731.

* Cuerpo de tenentes que asisten a un tribunal señorial. El jurado de este tribunal. (*N. de t.*)

12. John Aldridge, 27 octubre 1726, St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (185). Para otras protestas por la subida de las cargas, todas de 1725, véase *ibid.*, cajón 109 (80), (84), (92), (99).

enajenarse a un *homage* no era una cuestión tan sencilla como puede parecer a nuestros ojos, ojos ya hace mucho tiempo acostumbrados a ver los derechos de propiedad invalidar funciones y necesidades. Éstos eran los labradores, pequeños y grandes, residentes en el lugar, y un distante propietario señorial corporativo creyó necesario trabajar en cierta colaboración con ellos.[13] El intendente de un colegio o una iglesia podía enfrentarse, en alguna cuestión de intereses antagónicos, con una conspiración de silencio entre los tenentes. En 1687 un informador escribía al tesorero del St. John's College sobre una propiedad:

> No logro enterarme qué vida sostiene; me han dicho algunos que una anciana de Suffolke y otros que dos ancianas tienen allí sus vidas. Posiblemente estén muertas y el asunto encubierto ...[14]

El tesorero no conseguía obtener información correcta sobre los asuntos de otros señoríos. Cuando intentó buscar la ayuda del beneficiado del colegio que vivía en Ipsden, pidiéndole que indagara en ciertas cuestiones en Northstoke (Oxon.) en 1683, el párroco entró en un paroxismo de alarma. Se producirían «sospechas y grandes suspicacias» si se sabía que mandaba informes al colegio: sus «afectos al colegio» ya le hacían sospechoso. Con respecto a cierta consulta:

> Es este un asunto de tan delicada naturaleza que si hubiera una sola sombra de sospecha quedo imposibilitado para servir, para siempre, pues es máxima de estas gentes el ser muy silen-

13. Esto fue reconocido por los propios defensores del colegio. Así, por ejemplo, *Tables for Renewing...*, p. 55, aceptó que los arrendamientos «por un considerable período de años», y razonablemente renovables, eran convenientes para ambas partes «porque los Hombres de Letras y los Cuerpos corporativos no pueden administrar sus Posesiones tan bien como Personas Laicas o solas, si las mantienen en sus propias Manos o las arriendan a rentas abusivas», especialmente cuando estas propiedades eran distantes. En tales circunstancias un buen tenente podía ser tan favorecido como si actuara como intendente del colegio: así Mr. John Barber fue registrado como tenente del *manor* de Broomhall en Sunninghill (Berks.) en 1719; estuvo en posesión mucho tiempo, y cuando se cortaron una gran cantidad de árboles en el *manor* en 1766 se decidió que «si la venta de la madera satisface nuestras expectativas [nos proponemos] hacerle un regalo de 50 guineas por el cuidado que ha tenido de ella». La venta excedió las expectativas y el regalo de Barber se incrementó a 100 libras: Archivos de St. John's College, «Old Dividend and Fine Book», p. 66; conclusion book, I, pp. 176, 178.

14. Howard, *Finances of St. John's College*, pp. 71-72.

ciosos con éstos ... y es virtud de ellos, ser vengativos cuando sus intereses se ven afectados ...

Incluso el escribir estas líneas hacía sudar al pobre hombre: «Deseo saber si mi carta ha llegado a salvo a sus manos; estaré sumido en el dolor hasta que así se me asegure ...».[15]

Un obispado rico, como Winchester, estaba mejor equipado de una burocracia de intendentes, guardabosques, etc., para tratar problemas como éstos. St. John's (y sin duda otros colegios) evitaron la cuestión en el siglo XVIII arrendando señoríos enteros a seglares prósperos. Pero, en el siglo XVII, el arrendamiento *beneficial* todavía conllevaba reciprocidades no económicas e incluso algunas responsabilidades paternalistas. En 1610, Joan Lingard, una viuda que sobrepasaba los 70 años, presentaba una petición al *master* de St. John's College sobre una cuestión delicada. Su tenencia (descrita como *copyhold*) venía por derecho de su primer marido. Pero, en el intervalo de veinte años desde la muerte de su marido, se había casado otras dos veces y había quedado viuda otras tantas. Su segundo y tercer maridos mantuvieron la tenencia de la tierra, pero por su derecho de viuda. No tenía progenie alguna de su primer marido y ahora deseaba ceder su *copyhold* a su hijo mayor, de su segundo marido: su hijo había convenido reservar para su aprovechamiento una heredad «conjuntamente con otros auxilios para mi mantenimiento durante mi vida ...».[16] Aquí se solicita la posesión en tenencia como procedente del derecho de la viuda: probablemente esto era contrario a la costumbre del señorío, y por este motivo se solicitaba permiso del *master* y los miembros.

En el caso de los arrendamientos *beneficial*, la renovación de la tenencia no era de derecho, pero parece haber sido difícil negarla. Todavía no tenemos más que una comprensión imperfecta de la tenacidad y fuerza de la costumbre local. En un contrato de arrendamiento de tres vidas o veintiún años había que hacer cesiones y pagar cargas por la renovación de años o vidas con regularidad. Si la renovación se hacía por más de siete años se elevaban las cargas proporcionalmente. El equilibrio entre la costumbre y la cortesía

15. Rev. T. Longland al tesorero mayor, 27 noviembre 1683, St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 86 (62).
16. Joan Lingard (una tenente de Staveley) al *master*, *ibid.*, cajón 94 (25). El colegio tenía ciertas propiedades provenientes de regalos o compras en las que se aplicaba el *copyhold* (más que los arrendamientos *beneficial*).

en esta cuestión está ilustrado en una carta al colegio de 1630 escrita por un antiguo estudiante de St. John's que solicitaba caridad para una pobre viuda, pariente suya. Era viuda de un tenente cuyo contrato de arrendamiento expiraba en un plazo de cuatro años, y dudaba de que el colegio lo renovara debido a su tardía solicitud. «Acaso por ventura —escribía su pariente— pensaréis que su marido y su hijo, ambos ahora con Dios, no tenían intención de suplicar a su Colegio para renovar su contrato considerando que se detractaron y dejaron que su contrato de arrendamiento se consumiera casi hasta la raíz.» Pero, explicaba, el marido había sufrido una larga enfermedad, había dejado deudas y seis niños pequeños; mientras que el hijo —séptimo en nacimiento— había disfrutado de un solo año de tenencia durante cuyo período había saldado las deudas de su padre, y luego él mismo había muerto, dejando a su vez una viuda y tres niños. La viuda bajo estas circunstancias no podía evidentemente pagar la elevada carga debida, en un punto tan próximo a la caducidad del arrendamiento. Se invocaba la caridad del *master* y los *fellows*, en nombre de «las promesas y oraciones de viudas y niños sin padre».[17]

Teóricamente podía permitirse que los arrendamientos *beneficial* acabaran sin renovación, y los propietarios eclesiásticos o colegiados podían volver a tomarlos en sus propias manos para arrendar nuevamente la tierra según su valor «rectificado» o de mercado. Esto ocurría en efecto ocasionalmente, cuando se trataba de pocos tenentes.[18] Pero acarreaba una pérdida inmediata de beneficios; había que examinar los contratos y vidas existentes, y mientras tanto no se percibían los ingresos procedentes de las cargas.[19] Todo ello requería un propietario activo y explotador, o uno rico que dispusiera de varios señoríos. También exigía una agricultura expansionista para

17. Robert Pain al *master*, 26 octubre 1630, *ibid.*, cajón 94 (52). El tenente en cuestión tenía tierras en Paxton Magna (Hunts.).

18. George Davies, 3 julio 1725, *ibid.*, cajón 109 (96), en relación a unos cuantos tenentes de Marfleet (Yorks.): «Soy de la opinión que será mejor para el colegio no renovar sino tomar las posesiones, al expirar, en sus propias manos».

19. El colegio no llegó finalmente a la decisión de terminar con el sistema de arrendamientos *beneficial* hasta 1851. Los miembros sufrieron la pérdida de ingresos de las cargas en los años 1850, pero se beneficiaron considerablemente del aumento de los ingresos por las rentas señoriales o económicas después de mediados los años 1860: «Statement of the Senior Bursar at Audit for 1893», *ibid.*, cajón 100 (70).

la cual se contara con nuevos tenentes apropiados, con capital disponible. Además, donde los derechos de usufructo se extendían a las tierras del común —y éstas incluían campos abiertos tenidos en posesión particular, pero sobre los cuales existían derechos de apacentamiento en la festividad de *Lammas,** etc.—, el tenente podía, si instruía a un buen abogado, evitar que el propietario señorial entrara en sus tierras hasta que hubiera caducado el contrato de arrendamiento. Pues la «herencia» con que aquí nos encontramos es la de derechos de aprovechamiento comunales, regidos por la costumbre del señorío y afirmados por la ley. Cuando el colegio decidió recuperar la posesión de un señorío en 1700, se le advirtió que no podía efectuarse hasta la muerte del último superviviente, «esto es, de las vidas que son ahora y la de la última viuda ...». El sargento Wright del Temple añadía: «Los Tenentes deben ahora escupirse las manos y vivir todo lo que puedan, y las propiedades les serán benéficas hasta el final de la última vida y el último estado de viudedad ...».[20] Sólo entonces podría el colegio lograr su proyectada racionalización, volviendo a arrendar la tierra bajo contratos «económicos» de veintiún años.

Hacia comienzos del siglo XVIII tenemos la impresión de que hubo un conflicto que se hacía progresivamente más profundo (si bien tapado y confuso), sobre la naturaleza misma de la propiedad territorial, una brecha cada vez más ancha entre las definiciones del derecho y la costumbre local —y por costumbre no sólo entiendo lo que dijera el *custumal,*** sino la realidad más densa de la práctica social—. En Berkshire y Hampshire en los años 1720, los conflictos surgidos con respecto a las turberas, pastos, derechos a cortar madera y las correrías de los ciervos sobre el cereal de los agricultores, contribuyeron a crear episodios de desórdenes armados.[21] Pero lo que me propongo en este comentario es sólo destacar que no sirve de mucho hablar de sistemas hereditarios a menos que tengamos siem-

* El 1 de agosto, un festival de recolección en la antigua Iglesia de Inglaterra. «Tierra de *Lammas*» era tierra de propiedad privada hasta el día de *Lammas,* pero desde ese momento sujeta a derechos comunales de pastoreo hasta la primavera. (*N. de t.*)

20. John Blackburne a Charles Head, 27 agosto 1700, *ibid.,* cajón 94 (284). Este *manor* había llegado a manos del colegio como regalo de la duquesa de Somerset (Howard, *Finances of St. John's College,* pp. 98-99).

** Colección de costumbres del señorío. (*N. de t.*)

21. Véase mi *Whigs and Hunters, passim.*

pre presente qué es lo que se hereda. Si nos referimos vagamente a la «tierra», surgen de inmediato en nuestro pensamiento imágenes anacrónicas de la herencia patrimonial, con sus antiquísimos olivos y sus pastos bien drenados, sus apriscos de ovejas pacientemente levantados o sus encinares en expansión. Pero, en muchos de los sistemas de explotación agraria que consideramos, la herencia de la tenencia no consistía tanto en el paso de la tierra de una generación a otra (aunque algún cercado o heredad pudiera así transmitirse) como en la herencia de derechos de aprovechamiento sobre la tierra (algunas veces heredada simplemente como garantía sobre una deuda), algunos de los cuales podían tenerse en privacidad, muchos de los cuales estaban sujetos al menos a cierto control y regulación comunal y señorial.

Hay que hacer aquí una matización de psicología social. El labrador, enfrentado con una docena de franjas diseminadas en diferentes campos, y con limitaciones impuestas en el común, no sentía furiosamente (suponemos) que *poseía* su tierra, que era *suya.* Lo que él heredaba era un lugar en la jerarquía de derechos de aprovechamiento; el derecho de enviar sus bestias, con un acompañante, a lo largo de las veredas; de trabar su caballo en las tierras sin arar, el derecho de soltar su ganado para los pastos de *Lammas*; y para el *cottager* el derecho de espigueo y de conseguir algo de forraje de bosque y apacentar ocasionalmente. Todo esto constituía un delicado equilibrio agrario. Dependía no sólo del derecho heredado, sino también del entramado heredado de costumbres y controles dentro del cual se ejercía este derecho. Este entramado de la costumbre era tan intrínseco a la herencia como es el bancario y de bolsa a la herencia de dinero. Es, en efecto, posible decir que el beneficiario heredaba tanto el derecho *como* la malla sobre la cual se hacía efectivo; en consecuencia debía también heredar un cierto tipo de psicología social y comunal de la propiedad: la propiedad no de su familia, sino de su familia-dentro-de-la-comunidad.

Por consiguiente, al lado de la lógica «cartesiana» de sistemas hereditarios diversos, debemos colocar la lógica complementaria de diferentes prácticas agrarias y tenencias, y estimar entonces el impacto de la lógica de mercado, de las prácticas agrarias capitalistas. Porque lo que demuestra mi dispersa ilustración de la forma de operar de algunos sistemas de tenencia, en el momento de descomposición, es: 1) la cosificación de los derechos de aprovechamiento

y su divorcio de la realidad de la práctica. Una anciana cuya muerte pueda ocultarse es una propiedad, aunque admitido que su valor es incierto. Los derechos de pastoreo, un caserío abandonado o una heredad que conlleva derechos comunales, el derecho de sucesión, todos podían comprarse o venderse, independientemente del usufructuario, exactamente igual que los palomares o las pocilgas pueden comprarse o venderse por los derechos de renta anual vinculados a ellos. 2) El entramado mismo que da validez al ejercicio de estos derechos se hace progresivamente más inseguro. La cosificación de los derechos de unos puede significar en la práctica la limitación de los derechos del resto de la comunidad. En casos extremos el dueño del señorío puede terminar con este entramado sin recurrir al cerramiento, aunque si sus tenentes dependientes conocen la ley, y tienen resistencia y bolsas llenas para recurrir a ella, el entramado sobrevivirá hasta que acabe la vida del último tenente o su viuda. Cuando el entramado se ve amenazado, el hombre menor (el *copyholder* o el arrendador libre con derechos comunales anejos) debe hacer un cálculo de ventajas. El cerramiento puede suponer derechos absolutos hereditarios de arrendamiento libre, así como la extinción de algún pequeño derecho establecido de los pobres con respecto a la tierra. Pero también puede amenazar el equilibrio entre agricultura y ganadería, con respecto al cual el antiguo entramado tenía muchas ventajas. Algunas de ellas eran las sancionadas por la práctica de la aldea, aunque no podían defenderse con la ley.[22] 3) Existe algún indicio de la ruptura, en el siglo XVII y comienzos del XVIII, del sistema hereditario agrario (concebido como un cuerpo de reglas protegidas por el derecho de precedentes) y de las tradiciones establecidas y las prácticas transmitidas de la comunidad agraria.

Esta ruptura es paralela a las líneas de resquebrajamiento socioeconómico que aparecían entre los derechos mayores y menores de aprovechamiento. Kerridge ha unido el avance del proceso capitalista a una mayor seguridad de tenencia:

> Afirmar que el capitalismo prosperó mediante expropiaciones

22. Así, se decía que los firmantes de una petición contra el cerramiento de campos del común en Hooknorton en 1773 estaban compuestos por «los más pequeños propietarios que tienen ahora la oportunidad de cometer transgresiones en las propiedades de sus vecinos con sus ovejas, lo cual no puede evitarse totalmente en un campo tan grande» (R. Bignall, 10 enero 1773, Bodleian Library, MS Oxford, Archd., Papers, Berks, b. 5).

> injustas es una difamación de mala fe. La seguridad de propiedad y tenencia respondía a la primera y más sentida necesidad del capitalismo. Donde reinaba la inseguridad era debido a la ausencia, no al advenimiento o la presencia, del capitalismo.[23]

Sin duda el juicio es cierto con respecto a las tenencias y los derechos más sustanciales. Pero, en la medida en que se definieron y garantizaron las prácticas más importantes, se denegaron las menores. Kerridge (y otros muchos) se adentran valientemente en una argumentación autoverificable cuyas premisas son impuestas por las conclusiones. Aquellos usos que fueron subsecuentemente sancionados y garantizados como derechos por la ley (como el *copyhold* hereditario) se consideran más auténticos y legales, y los que fueron denegados posteriormente por la ley se consideran pretendidos derechos o intromisiones ilícitas en los derechos de los demás. Y era sin embargo la ley misma la que sancionaba uno o rechazaba otro; pues era la ley la que servía de instrumento óptimo para imponer la cosificación del derecho y para rasgar los restos deshilachados del tejido comunal. En el comienzo del siglo XVII, el veredicto del caso Gateward simultáneamente confirmaba los derechos consuetudinarios de los *copyholders* y desechaba aquellos de categoría más incierta, «habitantes», «residentes»: si habían de admitirse las pretensiones de estos últimos sobre los derechos de aprovechamiento, ocurriría que «no se podía hacer progreso alguno en los baldíos».[24] Pero aún prevalecían en muchas regiones derechos indefinidos de «habitantes», hasta que la presión demográfica o las realidades del poder local tuvieron como resultado su extinción o una regulación más estricta mediante estatutos. En muchas zonas de bosque —entre ellas Windsor, el New Forest, el Forest of Dean— se reivindicaron ciertos amplios y mal definidos derechos a todo lo largo del siglo XVIII, que parecen haberse ejercido de forma efectiva.[25] Habría que saber en qué medida

23. Kerridge, *Agrarian Problems...*, p. 93.

24. 6 Co. Rep. 59/b. Como observara lord Eversley, debemos tener cuidado para no confundir una decisión legal de significado general con la adopción general en la práctica: «mientras que ... un común permanecía abierto y sin cerramiento, la decisión del caso Gateward no afectaba prácticamente a la posición de los habitantes ... [los cuales] continuaron ejerciendo el aprovechamiento acostumbrado de turberas, madera, o pastos» (Lord Eversley, *Commons, Forests and Footpaths*, ed. rev., Londres, 1910, pp. 10-12).

25. Para un caso no excepcional, véase las costumbres afirmadas en el *manor* de Warfield en el Windsor Forest durante la confección de la relación de 1735: todo «tenente y habitante» tiene derecho común de pastos en todos

dependía el poder conseguir este estado de cosas de factores peculiares de cada región o señorío.[26] Pero, cuando se apelaba a la ley, las decisiones se hacían todas en el mismo sentido: hacia la cosificación y la limitación.

El *copyhold* mismo, como propiedad alienable con un equivalente monetario efectivo, había sido extensamente afianzado en el siglo XVI, en parte porque muchos hombres de propiedades e intereses considerables participaban de este tipo de tenencia. Durante el siglo XVIII se hizo manifiestamente más conveniente para estos hombres hacerse con señoríos que supondrían, al producirse el cerramiento, valores considerables de derecho comunal. Pero, puesto que los derechos indefinidos de los pobres quedaban excluidos, lo que podría llamarse beneficios marginales del tejido comunal quedaron extinguidos. En la decisión de la Cancillería de 1741, una reivindicación indefinida de los «ocupantes» para disfrutar del derecho a las turberas fue denegada en la tradición del «caso Gateward»: se consideró que la pretensión era «un gran absurdo, pues un ocupante, que no es más que un tenente *at will,* no puede nunca tener derecho a tomar el suelo del señor».[27] Juicios similares se extendieron a otros derechos marginales. En 1788 la reclamación de «cabezas de familia pobres, necesitados e indigentes» en Whaddon (Bucks.) de recoger leña seca en los sotos de la localidad fue rechazada porque «no existe límite ... la descripción de los cabeza de familia pobres es en exceso vaga e incierta ...».[28] La famosa decisión contra el espigueo en el

---

los comunes y baldíos para todo tipo de bestia «tanto sin límite de número, como sin restricción de estación o época del año». También se reclamaron derechos a sacar limo y arena (cortar matorral, helecho y tojo «sin permiso, licencia o molestia alguna»). Sólo la parte de esta pretensión que se encuentra entre paréntesis recibió objeción del intendente como innovación con respecto a los viejos libros de relaciones (Berkshire Rec. Off. D/EN M 73/1). Para las prácticas en la generalidad del área, véase *Whigs and Hunters,* pp. 32, 239-240.

26. En los pobres terrenos del Windsor Forest (incluido en el Blackheath Country) y del New Forest dominaba el labrador familiar, «en gran medida en agricultura de subsistencia en una tierra que labradores trabajadores y caballeros consideran inútil para sus propósitos» (E. Kerridge, *The Farmers of Old England,* Londres, 1973, p. 81). En el caso del Forest of Dean, los Mineros Libres fueron muy afortunados de que sus antiguos usos *no* fueran cuestionados por la ley en el siglo XVIII puesto que casi con seguridad habrían sido anulados según el espíritu del caso Gateward (Lord Eversley, *op. cit.,* páginas 178-179).

27. Correspondencia del Deán y Cabildo de Ely a Warren, 2 Atk. 189-190.

28. Correspondencia Selby-Robinson, 2 T.R. 759.

mismo año no terminó por supuesto (con alguna excepción) con la *práctica* del espigueo. Lo que hizo fue acabar con la pretensión de los campesinos de practicar el espigueo *por derecho,* aun cuando ese derecho podía verse claramente definido en docenas de antiguos estatutos señoriales.[29] Así pues, de un plumazo, se decretó que un antiquísimo derecho de aprovechamiento no era operativo ante la ley; ¿podríamos quizás utilizar un concepto tan feo como que fue *descosificado*?

Estas leyes surgían de un espíritu baconiano y no cartesiano. Es un derecho que se resistió (como proclamara Blackstone con altanero chauvinismo)[30] a la influencia del derecho justiniano y al renacimiento del derecho romano en general. Sus precedentes son graduales: se desarrolló con precaución empírica. Pero, tras la evolución empírica, puede detectarse la lógica no menos cartesiana del desarrollo capitalista. La decisión de Coke en el «caso Gateward» se apoyaba menos sobre la lógica legal que sobre la lógica económica: «no puede hacerse ningún progreso en los baldíos». El juez buscaba reducir los derechos de aprovechamiento a un equivalente en objetos o metálico, introduciéndolos así en la moneda universal de las definiciones capitalistas de la propiedad. La propiedad debía hacerse palpable, librarse para el mercado de sus usos y sus circunstancias sociales, hacerse susceptible de setos y cercas, de ser poseída independientemente de cualquier entramado de costumbres o mutualidades. Con respecto a los derechos más importantes, e incluso entre los mayores y menores de estos derechos, la ley era imparcial: era sen-

29. Es cierto que el derecho estaba controlado y regulado (como todos los derechos del común) y a menudo limitado a categorías particulares de personas: los más jóvenes, los ancianos, los decrépitos, etc. (W. O. Ault, *Open-Field Farming in Medieval England,* Londres, 1972, pp. 29-32). Ault parece poner en cuestión a Blackstone por aceptar que el espigueo fuera un derecho de «los pobres» por «el derecho común y la costumbre de Inglaterra» (*Commentaries,* 1772, III, p. 212). Pero no habría preocupado a Blackstone de haberse enterado de que no hay referencia a este derecho en los estatutos del siglo XIII, «ni hay una sola mención de los pobres como practicantes del espigueo». La costumbre no descansaba sobre orígenes supuestos, sino que quedaba fijada en el derecho común mediante cuatro criterios: antigüedad, continuidad, certidumbre y razón, y «las costumbres deben construirse de acuerdo con su comprensión vulgar, pues las costumbres crecen, y son alimentadas y criadas entre gentes laicas» (S.C. [S. Carter], *Lex Custumaria: Or a Treatise of Copy-Hold Estates,* Londres, 1701, pp. 27-29). Según estos criterios, el espigueo de los pobres tenía mayor antigüedad, igual continuidad, certeza y racionalidad que la mayoría de las tenencias dependientes «de costumbre».

30. Blackstone, *op. cit.,* I, sección I.

sible a la propiedad de cualquier grado. Lo que se aborrecía era la praxis sociológica indefinida, la *coincidencia* de un conjunto de derechos de aprovechamiento, de prácticas *descosificadas.* Y este derecho inglés, siguiendo los pasos de los Pilgrim Fathers (Padres peregrinos) y de John Company, intentó cosificar y transcribir, en términos de posesión de una propiedad palpable, las costumbres y usos de grupos enteros de gentes que habían heredado entramados comunales de carácter totalmente distinto.

Las consecuencias en estos casos fueron de gran alcance. La incidencia sobre el problema de la herencia en Inglaterra fue más sutil. Cualquier sistema de herencia impartible en un sistema agrario que ha dejado de expandirse debe estar sujeto a un delicado equilibrio demográfico. Los beneficios marginales del entramado no son diferenciables de los derechos de tenencia transmitidos. Cierta laxitud en la definición de los derechos a pastos, espigueo, hacer fuego, etc., pueden colaborar en el mantenimiento de los hijos que no heredan la tenencia, el ganado o los implementos. Desaparecidos estos beneficios, la población sobrante puede quedar reducida a un proletariado desprovisto de tierras o expulsada como ratas de la comunidad. No es necesario proponer un modelo tipológico simple de un equilibrio «intercambiado»: un hijo heredero, una hija casada con un tenente o arrendador libre, quedando la mitad de un hijo o una hija para mantener. Lo que tenemos que hacer es más bien tomar la totalidad del contexto conjuntamente; las costumbres de herencia, la realidad de lo que en efecto se heredaba, el carácter de la economía, los estatutos señoriales o reglamentación de los campos, las leyes de pobres. Si en los siglos XV y XVI los hijos menores heredaban en ocasiones animales o implementos (pero, no la tierra), debemos suponer que esperaban cierto acceso a la tierra. Si, como creo yo, en los mismos siglos la reglamentación comunal agraria se apretó, excluyendo a aquellos que no poseían tierras de ciertos derechos de pastoreo no reconocidos pero practicados, entonces lo que el «ocupante» heredaba mejoró en el mismo grado en que se degradaba lo que quedaba al hermano menor. El *yeoman* se benefició, pero era menos fácil para su hermano arreglárselas como labrador o artesano con unas cuantas ovejas y una vaca en el común. Se hace entonces importante la herencia de capital, pues tanto la tierra como los derechos de pastoreo del común pueden aún arrendarse.

En ciertas zonas, como los bosques, los beneficios marginales

pueden ser lo suficientemente amplios como para proporcionar una subsistencia de varios tipos a muchos hermanos menores, e incluso a inmigrantes. Esto se da también en zonas donde los escasos ingresos agrarios pueden complementarse desarrollando industrias y oficios domésticos. Estas zonas, podría creerse, favorecían las prácticas de herencia partible, prácticas que no pueden deducirse del registro de la tenencia en un documento legal. Puede considerarse que el sucesor que recibe la tenencia (según la evidencia del testamento) actúa como fideicomisario de la viuda [31] o de los hijos cuyas porciones serán divididas «y repartidas por igual».[32] Pueden surgir formas mediante las cuales las vidas existentes [33] o con derecho o sucesión [34] registradas en el documento son ficticias. Las verdaderas prácticas hereditarias, como demuestran los testamentos, pueden ser completamente dispares con la costumbre repetida del señorío; e incluso en el caso de que la costumbre impusiera específicamente la indivisibilidad de la tenencia, se podía recurrir a subterfugios para evitar la costumbre.[35]

31. La forma puede observarse en el *manor* de Barrington-in-Thriplow: Benjamin Wedd es admitido (11 noviembre 1756) de acuerdo con el uso del testamento de su suegro muerto; en el testamento es encargado de pagar una anualidad de 60 libras a su suegra: St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 99 (214). Tales prácticas estaban, desde luego, muy extendidas.

32. La forma puede observarse en el testamento de William Cooke de East Hendred (Berks.), probat. 7 septiembre 1728, que dejó dos hijos y dos hijas. Después de pequeños legados monetarios, el remanente de su posesión fue dejado a sus hermanos Thomas y Edmund Cooke, como fideicomisario para dividirlo todo entre todos sus hijos «por partes iguales». Las vidas de sus hermanos «están en la copia del documento judicial por el cual tengo mi *copyhold*», pero los hermanos están obligados a dedicar todas las rentas y beneficios a los usos mencionados, y a distribuirlos entre los hijos «por partes iguales» (Bodleian Library, MS Wills Berks. 20, p. 48).

33. Esta forma se utilizaba especialmente en los *copyholds* vitalicios, con dos o tres vidas vigentes, otras en reversión: una o más de las vidas existentes se insertaban como fideicomisos de los tenentes reales, como seguridad de que la tenencia pasara a sus herederos; en alguna ocasión el tenente real, que pagaba las cargas de acceso, ni siquiera aparecía en el documento legal (R. B. Fisher, *op. cit.*, pp. 15-16).

34. La forma puede observarse en el testamento de Timothy Lyford de Drayton (Berks.) probat. 5 diciembre 1724: «mientras que mi hija Elizabeth Cowdrey es la primera reversión mencionada en mi propiedad de *copyhold* de Sutton Cortney, mi voluntad es que el dicho *copyhold* vuelva a manos del señor del *manor* para realizar una cierta obligación acordada al propósito para que mi hija Jane, esposa de John Chear, sea admitida como tenente desde ese momento y para su vida y tantas otras vidas como pueda acordar» (Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, p. 239).

35. Como en Knaresborough, donde «era posible ... que un hombre con

En Windsor Forest durante los primeros años del siglo XVIII existe cierta evidencia de que se practicaba la herencia partible.[36] Percy Hatch, un *yeoman* de Winkfield, que poseía unos 70 acres (la mayor parte de libre arrendamiento), intentó en 1727 beneficiar a sus cuatro hijos y a una hija casada.[37]

	Habitación	Tierra	Muebles	Dinero
1er hijo	Caserío y casa de labor «Sumertons»	27 1/2 acres y 4 lotes de tierra en el común	Horno Plancha de ropa Asador mayor Molino de malta	—
2.º hijo	Caserío y casa de labor «Berkshire House»	Alrededor de 14 acres	—	
3er hijo	—	11 acres	—	£30 [38]
4.º hijo	—	11 acres	Es albacea y tiene remanente de la propiedad	£20
Hija	—	—	La mejor cómoda	[38]

más de un hijo hiciera provisiones para los hijos menores transfiriendo el título de parte de su tierra a éstos durante su vida, recibiendo a cambio un interés vitalicio» (*A History of Harrogate and Knaresborough*, ed. Bernard Jennings, Huddersfield, 1970, pp. 80, 178-179).

36. Cuando digo «una cierta evidencia», quiero decir que una cierta evidencia ha llegado hasta mis manos mientras trabajaba en otras cuestiones. Puede haber (o no haber) una gran cantidad de evidencia. La impresión que ofrecen estas páginas no tiene el propósito de sustituir una investigación sistemática que no he llevado a cabo.

37. Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, pp. 338-339.

38. La hija estaba casada con un agricultor acomodado. El segundo hijo estaba encargado de pagar 60 libras al marido. Esta era posiblemente su dote, pero no está claro si este débito era parte o la totalidad de lo acordado.

En su testamento (véase *supra*), el hijo mayor está claramente favorecido, aunque los otros hijos recibieron una cantidad de dinero en compensación. El hijo segundo, a quien se encarga de la dote de su hermana, también está favorecido, pero entre el segundo, tercero y cuarto hay claramente una cierta noción de igualdad. Once acres de tierra mala pueden parecer escasos para subsistir, pero Winkfield, una extensa parroquia en el corazón del bosque, disfrutaba de amplios derechos de pasto, tanto para ovejas como para ganado vacuno,[39] considerables derechos (si bien disputados) en las turberas, acceso a la leña así como a los hornos de cocción de ladrillos (¿quizás esto explique el horno?), y tenía algo de industria derivada del bosque. Había varias ramas de la familia Hatch en la parroquia, la más antigua de las cuales «desde tiempo inmemorial ha tenido una propiedad excelente y buenos intereses en la misma ...».[40] No conocemos el grado de parentesco de Percy Hatch con esta rama más antigua, pero cierto grado de parentesco probablemente proporcionaba un cierto contexto social de respaldo en la lucha por la subsistencia del hijo menor, y sabemos por otros datos que los parroquianos de Winkfield defendían los derechos de su comunidad con la mayor energía.[41]

Gran parte de todo esto descansa en la deducción. Pero el que fuera en un contexto como este, donde el entramado hereditario comunal era fuerte y donde los derechos marginales eran indefinidos y amplios, en el que el *yeoman* podía arriesgarse a practicar la herencia partible sin condenar a sus hijos a la pobreza, puede poner algo más de carne sobre el hueso de la conjetura. Por debajo de un mínimo determinado sería ridículo continuar partiendo: los agricultores (según la evidencia de un estudio local) no tenían tendencia a dividir la tierra.[42] Pero, en el curso normal de sucesión, las

39. La hija de Percy Hatch estaba casada con William Lyford. Este podía ser el mismo William Lyford que fue presentado en el tribunal de Windsor Forest Swanimote en 1717 por *staffherding* en el bosque (PRO, LR, 3.3). «*Staffherding*» (acompañar a las ovejas al bosque con un pastor) constituía un delito, pues asustaba a los ciervos y lograba así los mejores pastos para las ovejas; si se les dejaba competir libremente, los ciervos imponían su propia prioridad.

40. Reverendo Will Waterson, Memorandum Book, I, Ranelagh School, Bracknell, Berks.

41. *Whigs and Hunters*, parte I, *passim*. Winkfield era el epicentro del «*Blacking*» del bosque en los años 1720.

42. J. A. Johnston, «The Probate Inventories and Wills of a Worcestershire Parish, 1676-1775», *Midland History*, I, n.º 1 (primavera 1971),

porciones no sólo serían divididas sino también —por matrimonio, muerte, legados de parientes sin hijos— reunidas: Percy Hatch tenía evidentemente dos propiedades distintas, una de las cuales («Sumerton») dejó intacta a su primogénito, y de la segunda («Berkshire House») separó porciones de tierra para su tercer y cuarto hijos.

Si ampliamos nuestro conocimiento de las regiones donde prevalecían tales prácticas «igualitarias», éstas pueden iluminar la relación de las costumbres hereditarias con la industrialización.[43] Pero en regiones de cultivo arable, en las cuales era difícil ampliar el aprovechamiento de la tierra, estas prácticas de «repetir por igual» habrían llevado al suicidio económico: la tenencia debía legarse como conjunto, con edificaciones, implementos y ganado. El *yeoman* se veía entonces ante un dilema. Kiernan no cree que el amor a la propiedad privada pueda considerarse una constante de la «naturaleza humana», y se podría estar de acuerdo con él. Pero al menos el deseo de garantizar las expectativas de los hijos —intentar proveerlos de un entramado que los sostuviera— ha tenido una larga existencia en la historia social. Es aquí donde son importantes los hallazgos de Spufford, pues parecen destacar que el *yeoman* quería transmitir a las generaciones venideras no sólo «tierra» (tenencias determinadas), sino también un status social a *todos* sus hijos. La nobleza y la *gentry* plasmaron con cuidado su propio entramado de transmisión mediante el mayorazgo y el contrato matrimonial. Este entramado no estaba al alcance del *yeoman*. Mercaderes y profesionales podían formar un

---

pp. 20-33. El autor percibe que los agricultores todos «mostraban inclinación a conservar sus posesiones intactas, dejando todas sus tierras al hijo mayor»; también «favorecían a sus parientes masculinos fuera de la familia inmediata». Ningún otro grupo social mostraba una rigidez tal de costumbres, ni una insistencia en la primogenitura: de 87 terratenientes, 36 dejaron su tierra intacta a un solo heredero, los restantes 51 dejaron su tierra a 122 nuevos propietarios. La parroquia en cuestión (Powick) está a sólo dos millas de Worcester: tierra rica con posibilidades de explotación de lácteos, frutales y algo de cría caballar. Posiblemente este fuera otro tipo de régimen en el cual la herencia partible era viable.

43. Bernard Jennings me informa que, en un extenso señorío de Wakefield, la práctica de herencia partible se continuó de forma análoga a los de Knaresborough (*supra,* nota 35). Sus investigaciones, con la colaboración de clases extramuros, han demostrado que existe una coincidencia entre esta práctica y la densidad de telares en distintos distritos del West Riding: es decir, donde las tenencias eran demasiado pequeñas para proporcionar la subsistencia esto se convirtió en un incentivo para el desarrollo de la industria doméstica (hilado y tejido), en primer lugar como ingresos suplementarios. Esperamos con interés la publicación de estos hallazgos.

entramado monetario. El pequeño labrador podía también hacer algo en este sentido, dejando en su testamento legados imponibles a su propiedad. En estos casos, el momento de la muerte era para el hombre menor uno de gran riesgo familiar financiero. M. K. Ashby, al estudiar la aldea de Bledington —una donde la presencia señorial era escasa y que tenía un número alto de arrendadores libres— dedica una atención minuciosa a los testamentos de los labradores. Ella observa dos puntos de cambio. A principios del siglo XVII, los testamentos de labradores y viudas indican aún «un mundo de vínculos y afectos familiares amplios, una valoración de las personas y también de objetos, bienes: los legados caritativos son frecuentes». Pero la propiedad mueble que se dona son cantidades pequeñas. «Después de 1675, la familia es reconocida como el grupo inmediato de padres e hijos, la caridad está ausente y el dinero cobra preeminencia, y en grandes cantidades.» El segundo cambio es una acentuación del primero: a principios del siglo XVIII, los agricultores «dejan sus propiedades cargadas con grandes legados monetarios a pagar por parte de aquellos que heredan la tierra ... El modelo que se adopta ... es el del poseedor de grandes propiedades, en el cual, por ejemplo, el cabeza de familia mantiene a la viuda, hija e hijos menores con los ingresos de la tierra».[44] Pero los desembolsos que deben hacer los herederos parecen en ocasiones poco realistas. Hay que hipotecar o incurrir en deudas para satisfacer los legados. Es posible que sea exactamente en esta práctica hereditaria donde haya que buscar el decreto de muerte del *yeoman* como clase. Intentaba proyectar hacia el exterior un entramado de legados con los cuales los hijos que no heredaban tierras o tenencias pudieran, sin embargo, mantener el status de *yeoman*. Al hacerlo retiraban un capital que podía servir para fertilizar su propia tierra. No todo él tenía que salir de la aldea: una parte se transmitiría, por medio de la parte correspondiente a la hija, a otra propiedad agrícola; es posible que algunos de los hermanos menores arrendaran la tierra o los derechos de pasto o se dedicaran a alguna artesanía local. Pero parece que la práctica de imponer legados al heredero (que tiene ciertas analogías con el *recall* francés) podría también haber sido una forma de desviar el capital del campo a la ciudad.

44. M. K. Ashby, *The Changing English Village: A History of Bledington*, Kineton, 1974, pp. 162-164, 194-195.

El intento de obligar al heredero a pagar grandes porciones —quizás aproximándose a una noción de «repartir por igual»— le llevó no sólo a endeudarse, sino también a un tipo diferente de deuda vecinal que se encuentra con frecuencia en la comunidad agraria tradicional. Este pequeño endeudamiento vecinal era en sí un tipo de «intercambio» que tenía a menudo dimensiones sociales así como económicas: se intercambiaban préstamos entre parientes y vecinos, en ocasiones como parte de una reciprocidad de servicios. La nueva hipoteca arrastraba al hombre de pocos medios a un mercado monetario más extenso y más despiadado, completamente ajeno a su conocimiento. Un propietario señorial enterado que deseara recuperar alguna tenencia podía sacar provecho de esta misma situación concediendo y terminando hipotecas sobre sus propios *copyholds*: por estos medios consiguió el St. Johns de Dogmersfield perder a una aldea en los años posteriores al South Sea Bubble y convertir gran parte de la misma en un coto de ciervos.[45] En este caso, parte de los tenentes parecen haber recurrido a incendiar premeditadamente, disparar sobre el ganado y derribar árboles. Pero, hasta donde puede saberse, fueron víctimas no de una expropiación forzada sino de un proceso económico «justo», de buenos abogados y de la deuda creada por el Bubble.

El viejo entramado comunal había sido consumido por la ley y el dinero mucho antes del cerramiento : el cerramiento de campos en el siglo XVIII registró el final más que el auge de este proceso. Las tenencias que hemos estado examinando pueden también considerarse como roles, funciones, como la posibilidad de acceso a los derechos de aprovechamiento, gobernados por reglas y expectativas comunales, así como por el derecho consuetudinario. Forman parte de un manojo indivisible, de un denso nexo socioeconómico. El intento de definirlos en la ley era en sí una abstracción de este nexo. El que una práctica resulte ofensiva para la comunidad o el *homage* no procura un motivo decisivo, ni legal ni monetario, para que la práctica no continúe. Pero la opinión puede ser más efectiva de lo que creemos : en partes de Irlanda, en el siglo XVIII y principios del XIX, no existía motivo legal alguno para que un señor no expulsara a sus tenentes y arrendara más provechosamente a otros. El único problema es que el intendente podía recibir un balazo y las chozas de los

45. *Whigs and Hunters*, pp. 106-108.

nuevos tenentes ser incendiadas. En Hampshire, en 1711, fueron más educados. Cuando el dogmático y racional intendente del obispo Trelawny, Dr. Heron, mostró un celo y una rapacidad excesivos en la recolección de *herriots* * a la muerte del tenente, fue expuesto a una increpación pública por parte del desolado hijo ante sus subalternos y forasteros. Esto no costó al intendente más que una cierta pérdida de aplomo, pero debió entenderlo como una señal de peligro, para que inhibiera sus acciones. Al no hacerlo, los tenentes y otros empleados episcopales cerraron filas frente a él y comenzó una agitación que forzó al obispo a sustituir a su intendente.[46]

Las pequeñas victorias de este tipo, en defensa de la práctica acostumbrada, se lograban aquí y allá. Pero la campaña en sí estaba perdida. (El siguiente intendente del obispo obtuvo prácticamente los mismos resultados con algo más de tacto y más cuidado en favorecer a sus empleados subordinados.) Pues, en el manojo indivisible de las prácticas comunales, el capitalismo introduce su propio estilo de herencia partible. Se divorciaban los usos de los usuarios, la propiedad del ejercicio de las funciones. Pero, una vez que se separa el manojo en parte, lo que hereda no es un equilibrio comunal sino las propiedades de hombres determinados y grupos sociales determinados. Le Roy Ladurie habla de la partición igual según el valor de la tenencia como «igualitaria» y, si con esto no queremos significar más que la división en partes iguales, no hay por qué oponerse al término. Pero él se propone llevar la idea más lejos : «esparciéndose progresivamente sobre el mundo rural, esta corriente de igualitarismo ... termina por sumergir todas las jerarquías de la sociedad ordenada». Sin embargo, nosotros hemos sugerido aquí que, en ciertas partes de Inglaterra, el deseo igualitario del *yeoman* de beneficiar en la medida de lo posible de igual forma a todos sus hijos, acabó, mediante la multiplicación de hipotecas, sumergiendo no la jerarquía de la sociedad ordenada sino al *yeomanry*

* Entrega de la mejor bestia viva o res muerta de un tenente muerto debida por costumbre legal al señor del cual arrendaba la tierra. (*N. de t.*)

46. *Ibid.*, pp. 125-133, y «Articles against Heron» y la respuesta de Heron (Hants. Rec. Off.). La respuesta de Heron se lamenta de que «en Waltham Court, sin previo aviso, el Hijo de la Viuda fue introducido en la Sala donde cenábamos (con ciertos clérigos y Extraños, conocidos por el Sr. Kerby, todos desconocidos para mí) para Desafiarme públicamente por apropiación indebida». Esta confrontación fue ideada por Kerby, el intendente, y rival de Heron.

como clase. Quizá debiéramos recordar unas líneas de William Blake:

> Is this thy soft Family Love
> Thy cruel Patriarchal pride
> Planting thy Family alone,
> Destroying all the World beside.*

Y añade Blake a esta insinuación de la misma lógica que hizo caer al *yeoman*:

> And he who make his law a curse
> By his own law shall surely die.**

Pues habían sido estos mismos *copyholders,* ansiosos de mantener su status en la jerarquía rural, los que habían tenido un papel activo en los siglos anteriores en romper el manojo comunal, en redactar estatutos más rigurosos que beneficiaran al tenente de tierras y perjudicaran a los que no lo eran, en limitar los derechos marginales del entramado, en sacar los derechos de aprovechamiento al mercado.[47] En su preocupación como clase social de proteger tan sólo a su familia, prepararon los medios para su propia destrucción.

Quizás otra característica de la sociedad tradicional de tenentes se perdió. *Free bench* *** o la propiedad de viudad, que existía en muchos señoríos hasta el siglo XVIII, permitía una considerable presencia femenina. La tenencia femenina, tanto como *free bench,* o por derecho propio de la mujer, no prueba desde luego que las funciones agrarias y otras concomitantes fueran siempre ejecutadas por los tenentes: podía tomarse un subtenente, o la propiedad podía dejarse al cuidado de un pariente masculino. Pero haríamos un juicio apresurado si diéramos por sentado que la mayoría de las tenencias femeninas lo eran sólo de forma ficticia. Esto no era con toda seguridad cierto en la cima social, que vio la formidable presencia de mujeres como Sarah,

* Es así tu tierno Amor Familiar / Tu cruel orgullo Patriarcal / que protege tan sólo a tu Familia, / y destruye el Mundo circundante.

** Y el que de una maldición hace su ley / Por su misma ley es seguro que muera.

47. Espero dar validez a estas generalizaciones en «Common Right and Enclosure», *Customs in Common* (de próxima aparición).

*** La propiedad en tierras de *copyhold* que la esposa, desposada virgen, recibe después de la muerte de su marido como viudedad, de acuerdo con las leyes del señorío. (*N. de t.*)

duquesa de Marlborough, o Ruperta Howe, que vigilaba el Alice Holt Forest. Y todos nos hemos topado con datos que indican que las mujeres de la clase *yeoman* desempeñaban su trabajo, a la cabeza de las unidades domésticas agrarias, con el mismo vigor. A comienzos del siglo XVIII, un intendente del St. John's entró en una larga e inconclusa negociación con una tenente enfurecedora, cuyas evasivas la dejaban siempre en posesión de todas las cuestiones que se debatían: «Prefiero —escribió— negociar con tres hombres que con una mujer».[48]

El entramado establecido permitía en efecto la presencia de la mujer, aunque generalmente —pero no necesariamente— a condición de viudez o soltería. Hubo siempre la idea —continua en el siglo XVIII— de que la continuidad de la tenencia familiar se consiguiera por línea masculina. El *free bench* se otorgaba casi siempre a condición de que no se volviera a casar, y también de llevar una vida casta; prohibición que no surgía tanto del puritanismo como del temor a la influencia de otros hijos, o a la malversación de la propiedad que podía realizar el padrastro. Cuando la viuda no perdía la tenencia en segundas nupcias, existe a veces cierto indicio de que el señor, su intendente, o el *homage* tenían cierto tipo de responsabilidades paternales de salvaguardar los derechos de los hijos. En 1635, un clérigo hizo una petición al St. John's en favor de los hijos de William Haddlesen. En este caso, el padre había legado su contrato de arrendamiento a los hijos, que no eran aún mayores de edad, y la viuda de Haddlesen «se había vuelto a casar muy desafortunadamente, tanto que, si el Colegio no se instituye como amigo de los niños y arrienda en depósito a alguien para su aprovechamiento (pues no se puede confiar en su madre), es probable que los niños estén perdidos ...».[49] (Podríamos preguntarnos si eran casos de segundas

48. St. John's College, Calendario de Archivos, cajón 109 (16). Pero la señora Allen, que había sobrevivido a dos maridos y había rechazado las deudas de ambos —«una mujer muy lista e interesada»—, puede ser atípica y puede ofrecer evidencia a favor de la opinión de Le Roy Ladurie; puesto que resulta haber sido una «descarada francesa», y «una francesa irresponsable con respecto a todo el mundo»: *ibid.*, cajón 109 (7), (13), (14).

49. Reverendo Richard Perrot al colegio, pidiendo en nombre de un tenente dependiente de Marfleet (Yorks.), 2 febrero 1635: *ibid.*, cajón 94 (289). El tribunal señorial de Farnham también tuvo un cuidado excepcional en la vigilancia de los intereses de los huérfanos. «Es un punto principal en el Tribunal de este Señorío y que debe recordarse» que, si un tenente dejaba un huérfano menor de edad, «entonces el pariente más próximo y más lejano de

nupcias como éste los que fueron el motivo preciso de cierta música escabrosa en Inglaterra y el *charivari* en Francia.)

Los señoríos tenían diferentes costumbres que dejaban margen para las flaquezas y para tratar circunstancias extraordinarias. Las costumbres «jocosas» de Enborne (Berks.) y Kilmersdon (Somerset) —y probablemente de otros lugares— no son tan ridículas como parecen. En Enborne, si la mujer «comete incontinencia, pierde el derecho a su propiedad de Viuda». Sin embargo, si después de esto asiste al primer tribunal celebrado en el *manor,* montada hacia atrás en un carnero negro, llevando la cola en la mano y dice las palabras siguientes, el intendente está obligado por la costumbre a readmitirla al *free bench*:

> Here I am,
> Riding upon a Black Ram,
> Like a Whore as I am;
> And for my Crincum Crancum,
> Have lost my Bincum Bancum;
> And for my Tail's game
> Am brought to this Worldly Shame,
>
> Therefore good Mr Steward let me have muy Lands again.*

En Kilmersdon, el recitado que se exigía era más breve y la transgresora sólo tenía que montar a lomos del carnero:

---

sus Tierras tendrá la Tutoría y será Guardián de este heredero hasta que llegue a la edad de 14 años», cuando puede ya elegir su propio tenente para trabajar la tierra. El tutor pagará los gastos y educación del menor, y rendirá cuentas al mismo por el resto. Pero si la persona asignada para tutor «es inepta por defecto de naturaleza o de otro origen», entonces el tribunal, con consentimiento del *homage,* podía nombrar otro tutor. Por «pariente más próximo y más lejano de sus tierras» yo entiendo el pariente más próximo que no estuviera al mismo tiempo en línea directa de herencia: por ejemplo, un tío o una tía por parte de la madre: Farnham Custom Roll, 1707, Dean and Chapter Archives, Winchester Cathedral Library. Comparar con la costumbre del cercano Woking: «Si un tenente *copyholder* muriera, siendo su heredero menor de edad, la custodia del cuerpo y la tierra de este heredero será encomendada por el señor al pariente más cercano del heredero al cual no pueda pasar la tierra, siendo el mismo persona capacitada ...» (Watkins, *op. cit.,* II, p. 559).

* Aquí estoy / a lomos de un carnero negro / como la puta que soy; / y por mi *crincum crancum,* / he perdido mi *bincum bancum;* / y por el juego de mi cola / me veo en este deshonor mundano, / buen señor intendente, devuélvame mis tierras por lo tanto.

For mine Arse's Fault I take this Pain,
Therefore, my Lord, give me my Land again.* [50]

En otras costumbres se establecen controles o ajustes más racionales.[51]

Un problema de las costumbres de los señoríos que se practicaban entre 1660 y 1800 es que sabemos bastante poco sobre la relación entre costumbre y práctica. Y esto se debe, primeramente, a que no nos hemos molestado en estudiarla. Los Webb observaban, en 1908, que no existía un estudio extenso de los tribunales señoriales en el período 1689-1835,[52] y la situación sigue siendo hoy muy parecida. (El avance reciente de la historia agraria se ha dirigido inevitablemente a los sectores de la economía en desarrollo y orientados al mercado, antes que a los establecidos por la costumbre.) En el caso de las costumbres del señorío que regulaban la herencia, éstas entraban en vigor sólo cuando el tenente moría intestado y sin haber efectuado una transmisión previa, y era corriente que ésta se permitiera en el lecho de muerte, en presencia de dos tenentes dependientes, legando así la herencia al heredero. Por tanto la práctica hereditaria y la costumbre oral pudieron haberse separado desde antiguo. Pero existe otra dificultad de tipo diferente: es posible que las costumbres normalmente presentadas en una relación (por ejemplo, al adve-

* Por culpa de mi culo recibo este dolor, / por ello, dadme otra vez mis tierras, señor.

50. De la obra de Thomas Blount, *Fragmenta Antiquitatis; Or Antient Tenures of Land, and Jocular Customs of Some Manors*, ed. de Josiah Beckwith, York, 1784, pp. 265-266. Una costumbre similar se decía que había existido en Torr (Devon).

51. En Balsall (Warwks.) la costumbre presentada en 1657 incluía esta salvedad: «si un heredero femenino, con posesión de *copyhold*, por falta de gracia cometiera fornicación o quedara embarazada, no perdía la propiedad, pero debía aparecer ante el tribunal del señor» y «y pagar una multa de cinco chelines»; si una viuda cometiera fornicación o adulterio «pierde su propiedad para toda su vida, hasta que acuerde con el señor una multa que se la devuelva» (Watkins, *op. cit.*, II, p. 576). Es dudoso si estas costumbres eran o no efectivas en el siglo XVIII, si no era en ocasiones extraordinarias; sin embargo, en 1809, lord Ellenborough, C. J. se pronunció a favor del demandante, expulsando así a una viuda de su tenencia (tenente de lord Lonsdale en Westmorland) que había roto con la costumbre de tenencia durante «su casta viudez» teniendo un hijo; pero un testigo sólo pudo citar un solo caso precedente en el señorío en los sesenta años anteriores (en 1753) y, en aquel caso, la viuda había muerto antes de que se tratara el caso (Correspondencia William Askew-Agnes Askew, 10 East. 520).

52. S. & B. Webb, *The Manor and the Borough*, Londres, 1908, p. 11.

nimiento de un nuevo señor) sólo representaran una pequeña parte de las prácticas establecidas del *manor,* no codificadas, pero aceptadas. Esta parte no codificada habría quedado custodiada por la memoria del intendente o del *homage,* con el derecho de precedentes elaborado en los documentos judiciales como referencia. Sólo cuando nos hallamos ante un cuerpo fuerte de *copyholders* cuyas costumbres se han hecho inciertas como resultado de un señor agresivo o absentista, encontramos el intento de codificar estas leyes de precedentes en toda su densa particularidad social.[53]

Probablemente la práctica de la propiedad de viuda o *free bench* se vea menos complicada por estas dificultades. Puesto que la viuda normalmente accedía a su *free bench* sin carga ninguna, esto constituía una prima en años a la tenencia existente. A menos que el marido tuviera un motivo determinado para hacer disposiciones alternativas, lo más probable es que dejara que el *free bench* se administrara de acuerdo con las costumbres del señorío; e incluso las más breves relaciones de costumbres del siglo XVIII cuidan normalmente de dejar clara la costumbre con respecto a este importante punto. La costumbre en este caso nos proporciona una cierta orientación sobre la práctica.

Quizá la costumbre del *manor* llegara incluso a influir sobre la práctica aun fuera del sector consuetudinario. La costumbre de Waltham St. Lawrence (Berks.) que operaba en 1735, concedía a la viuda *free bench* completo durante la viudez y lo que durara su vida en castidad. Si volviera a casarse o viviera sin castidad, retendría un tercio del valor relativo a la renta de la tenencia; esto es, se vuelve a un concepto anterior de bienes de viudedad.[54] Pero si hubiera tenido

53. Un excelente ejemplo de esto se encuentra en las costumbres de Farnham de 1707. Existía aquí un fuerte cuerpo de tenentes que prosperaban mediante el cultivo de lúpulo, y la seguridad de la tenencia de servicio, pero que sufrían por la inseguridad de ser un señorío eclesiástico (del obispo de Winchester). El *homage* sabía las costumbres con excepcional detalle y por las continuas disputas con sucesivos obispos y sus agentes: «cada nuevo señor trae consigo un nuevo procurador que para su ganancia personal rompe la costumbre y a menudo la destruye ...». Mrs. Elfrida Manning del Farnham Museum Society ha descubierto recientemente una relación de costumbres (*Custumal*) de Farnham casi idéntico de los años 1670.

54. Los bienes de viudedad en el derecho consuetudinario eran definidos como una porción, y la costumbre de que la esposa había de recibir la totalidad como *free bench* es contraria a la máxima del derecho consuetudinario: pero la costumbre de cada señorío se daba por buena y pasaba por encima de la ley consuetudinaria (S. Carter, *op. cit.,* p. 34). Así consta en un libro de texto

progenie *anteriormente* al matrimonio, no retenía ni el *free bench* ni la porción.[55] Waltham St. Lawrence se encuentra en la misma centena que Warfield, y es interesante saber que un *yeoman* de Warfield, en 1721, legó ocho acres de *tierra en libre arrendamiento* a su viuda a perpetuidad, a condición de que no se consumiera la madera ni se arara la tierra; de romperse estas condiciones «mi voluntad es que desde ese momento no retenga de la misma más que su viudedad o tercios».[56] En el cercano Binfield, en Windsor Forest, el mismo año, otro *yeoman* dejó todas sus tierras y heredades a su esposa «para la duración de su vida natural si se mantiene viuda, pero si ocurriera que vuelve a casarse ... entonces sólo debe tener y disfrutar de los Tercios desde entonces...».[57] Para algunos labradores de las zonas de bosque, la costumbre y la práctica con respecto al *free bench* parecen haber seguido líneas paralelas.

Las costumbres variaban de una región a otra y, en el interior de cada región, de un señorío a otro. Yo no puedo proporcionar más que una impresión fundamentada en una investigación limitada de dos o tres distritos. Aparentemente, hacia el siglo XVIII el *free bench* era una de las costumbres más firmes y generalizadas, aplicable tanto a los *copyholds* hereditarios como a las tenencias por vida; las diferencias entre los términos del derecho consuetudinario y el derecho común o entre la tenencia de tierras dependientes o pertenecientes al dominio señorial habrían generalmente caducado, y el *free bench* en general significaba la continuidad de la totalidad de la tenencia, no

---

de 1701. En la década de 1790 los términos *free bench* y bienes de viudedad (*dower*) eran usados a menudo indiscriminadamente, aunque diferían: «*El free bench* es la herencia de una mujer viuda en tierras adquiridas en propiedad por el difunto marido pero no durante el tiempo en que hubieran estado unidos en matrimonio, mientras que los bienes de viudedad son la herencia de la viuda en todas las tierras adquiridas por el marido mientras estuvo en vigor el vínculo matrimonial» (R. B. Fisher, *op. cit.*, p. 26, cit. 2 Atk. 525).

55. Relación y costumbres de Waltham St. Lawrence, noviembre 1735, Berks. Rec. Off. D/EN M 82/A/1.

56. Testamento de Richard Simmons, probat. 21 abril 1721, Bodleian Library, MS Wills Berks. 19, p. 100.

57. Testamento de Thomas Punter, probat. 21 abril 1721, *ibid.*, p. 97. Pero las costumbres de la zona de bosque cambiaban de parroquia a parroquia: en la vecina parroquia de Winkfield parece que la viuda podía contraer nuevas nupcias y su marido disfrutar de su propiedad por derecho de ella durante su vida, aunque sujeto a provisiones restrictivas contra el desperdicio: Rev. Will Waterson, Memorandum Book, pp. 362, 365. Escuela de Ranelagh, Bracknell, Berks.

una porción de sus beneficios. Las costumbres reunidas en el *Treatise on copyholds* de Watkins (ed. 1825) no ofrecen una muestra sistemática, conteniendo las que llegaban al alcance del editor o eran enviadas por corresponsales. La costumbre se registra a menudo en términos imprecisos: «la viuda tiene *free bench*», el señorío «no concede viudedad». Pero sea cual sea el valor de la colección, da información sobre el status de las viudas en unos 70 señoríos en términos que indican que la costumbre era aún más operativa, o al menos había sobrevivido, en el siglo XVIII.[58] De ellos, al menos 40 tienen *free bench* bien por vida o por la duración de la viudez; 10 no tienen «bienes de viudedad», 10 tienen bienes de un tercio y uno de la mitad. Los señoríos que tenían *free bench* pertenecen a 15 condados (estando Worcestershire muy representado). Los que carecen de «viudedad» o porción pertenecen a seis condados, entre ellos Norfolk con la más alta representación, mientras que en Middlesex y Surrey es probable que la costumbre del *free bench* fuera débil allí donde la práctica de formas alternativas de seguridad —la *jointure* o tenencia de marido y mujer de mancomún con derecho absoluto del sobreviviente— era fuerte.[59]

Donde estaba garantizado el *free bench,* la principal diferencia entre unos y otros señoríos residía en la cuestión de su continuación o no después de segundas nupcias. En Mayfield (Sussex), la antigua distinción entre tenencia de *bond-land* (tierra dependiente) y *assert-land* (tierra por derecho) había sobrevivido; en el primer caso, la viuda mantenía la tenencia mientras durara su viudez (*yard-land widow*); en el segundo, por vida (*assert-widow*).[60] En Littlecot (Wilts.), la viuda disfruta de plena viudedad y puede volver a casarse sin perder la tenencia, pero si es *segunda* esposa «sólo puede tener su viudez».[61] En Stoke Prior (Worcs.), la viuda disfruta de «una parte» de las tierras «y recibe sólo la renta del heredero si llegan a acordarlo», debiendo referir cualquier variación al *homage*.[62] En

58. He excluido de esta «muestra» algunas costumbres que evidentemente se remontan a los primeros años del siglo XVII o antes, pero otras pudieron perfectamente resultar obsoletas.

59. Watkins, *op. cit.*, II, pp. 477-576. El norte y el norte de los Midlands están muy poco representados en esta colección.

60. *Ibid.*, II, pp. 501-502.

61. *Ibid.*, II, p. 498.

62. *Ibid.*, II, pp. 552-553.

Balsall (Warws.) se concedía *free bench* a la viuda si era primera esposa, pero sólo una porción de un tercio de las rentas y beneficios si era segunda o tercera.[63] En Farnham, un señorío con un *homage* fuerte, celoso de sus privilegios, operaba la costumbre en 1707 con gran vigor y detalle, y se puede suponer que correspondía a la práctica en el sentido de que se conserva una cierta codificación de los precedentes que habían aparecido ante los tribunales. En éstos, una «renuncia» (*surrender*) * del marido (incluso a testamentar) impide la legación de viudedad a la esposa: una estipulación esencial si la tierra iba a ser enajenable. Pero el marido podía, renunciando ante el tribunal o renunciando a su derecho a testamentar, reservar, sin embargo, la vida de su esposa : es decir, proveerla de *free bench* con anterioridad a la siguiente reversión. Si renunciara sin hacer esta salvedad, entonces la viuda «no tendrá ni condiciones de por vida ni propiedad de viuda; pero si él muriera sin renunciar ella tendrá propiedad de viuda si vive sola y castamente».[64] Y, por esta disposición, «si aparece ante la siguiente sesión del tribunal posterior a la muerte de su marido y paga la mitad de la carga, se convierte en tenente de por vida, y puede volver a casarse sin perder el derecho a su propiedad».[65]

Estas diferentes costumbres reflejan distintas soluciones aportadas para enfocar el mismo problema insoluble. Por una parte se intenta proporcionar cierta seguridad a las viudas y quizás a los hijos menores de edad. Por otra, si el *copyhold* iba a ser verdaderamente enajenable no podía ofrecerse una seguridad absoluta. Además, en los casos en que se esperaba que la tenencia se transmitiera a los nietos, las segundas nupcias presentaban una amenaza a la línea sucesoria. También esto requería una esmerada matización, alguna vez registrada en la costumbre. Nuevamente, las costumbres de Farnham de 1707 revelan una compleja codificación y una regulación sociológica. Cuando un tenente tenía una hija de una primera esposa, y un hijo e hija de una segunda, la hija del segundo matrimonio tenía prioridad ante la del primero, incluso si el hijo (su hermano) hubiera muerto antes que el tenente y no hubiera tenido nunca acceso a la tenencia («aun

63. *Ibid.*, II, p. 575.
* Renunciar a una propiedad en favor del que la tiene en reversión o remanente; especialmente, renunciar a una propiedad en *copyhold* en favor del señor del *manor*. (*N de t.*)
64. Farnham Custom Roll, 1707, Biblioteca de la Catedral de Winchester.
65. Esta previsión es citada por Watkins, *op. cit.*, I, p. 552, e indica una cierta modificación y clarificación con respecto a las costumbres de 1707.

así, su hermana de madre heredará la tierra ... como heredera de su hermano ... a pesar de su hermana mayor de la primera mujer ...»).[66] Es difícil aplicar la lógica cartesiana a esta solución. Tiene toda la apariencia de ser un ejemplo de ley de precedentes, decidida por el tribunal y añadida después a la relación de costumbres. Lo que parece destacarse aquí es la transmisión de la tenencia con la menor fricción familiar posible: seguramente la hija primera habría abandonado ya las tierras, la segunda esposa (ahora viuda) permanecería allí probablemente con su hija: ésta parece, pues, el heredero más «natural».

En cualquier caso, no es una costumbre sexualmente igualitaria la que estamos examinando. Todavía no se ha descubierto ninguna costumbre «jocosa» según la cual un viejo viudo fornicador tuviera que someterse a la pena de cabalgar hasta el tribunal a lomos de una cabra. Pero sí tenemos un área aceptada de presencia femenina, y ésta pudo ser efectiva y creativa y sentida de forma palpable por la comunidad agraria dependiente en cualquier época determinada.[67] Kerridge, que parece en ocasiones sostener una teoría conspiratoria de la tenencia, según la cual los tenentes dependientes están en constante búsqueda de nuevos modos de explotar a sus señores, tiene dudas sobre la moralidad de la práctica del *free bench,* que era «susceptible de abuso en un modo relajado y vergonzante, como en el caso de un parroquiano de edad avanzada y enfermo que tomó una esposa joven solamente para que ella o un tercer interesado pudieran disfrutar de la tenencia durante su esperada viudedad».[68] Sin duda esto ocurría en alguna ocasión; [69] pero como observación general sobre el valor o las funciones del *free bench* el juicio es impropio. Es incluso posible que el habituarse a esta activa presencia femenina en

66. Farnham Custom Roll, 1707, *loc. cit.*

67. El efecto del *free bench* en el fortalecimiento de la presencia femenina en la comunidad agraria de la sociedad medieval tardía es analizado por Rodney Hilton, *The English Peasantry in the Later Middle Ages,* Londres, 1975, cap. VI, esp. pp. 91-101. Muchos de sus comentarios son apropiados quizá para los distritos que en el siglo XVIII mantenían una tradición de ocupación «de costumbre» por parte de los *yeomen*: para un ejemplo de tenencia femenina fuerte, véase Matthew Imber, *The Case, or an Abstract of the Custom of the Manor of Mardon in the Parish of Hursley,* Londres, 1707: en este señorío de Hampshire, cuyas costumbres eran municipales inglesas, más del 20 por ciento (11 de 52) de los *copyholders* eran mujeres.

68. Kerridge, *op. cit.,* p. 83.

69. Según la costumbre de Berkeley (Glos.) «el matrimonio *in extremis* no proporciona *free bench*»: Watkins, *op. cit.,* II, p. 479.

zonas de fuerte ocupación dependiente y de *yeoman* sirviera para modificar los papeles sexuales y las costumbres de herencia de forma más general, incluso fuera del sector dependiente.[70] Cuando he comparado los testamentos de *yeomen* y mercaderes de Berkshire con las costumbres de las parroquias de Berkshire en los años 1720 y 1730 no he observado indicio alguno en los primeros de parcialidad en contra de los parientes femeninos,[71] y, en alguna ocasión, una cierta parcialidad en el sentido opuesto.[72] Cuando en 1721 el

70. En la parroquia de Winkfield, el duque de Ranelagh fundó una escuela de caridad para 40 niños pobres. El reverendo Will Waterson, rector de Winkfield, fue también maestro de la escuela durante más de treinta años. Admitía en ella a las hijas así como a los hijos de los «pobres» de la parroquia, pero observaba: «Es muy deseable que las Muchachas no lleguen a aprender nada que no sea requisito para un criado corriente, y que fueran empleadas en Hilar y hacer su propia ropa y la de los Muchachos ... El trabajo refinado ... sólo sirve para hincharlas de arrogancia y vanidad, y para hacerles despreciar y rechazar los lugares para los cuales deben principalmente prepararse». Pero Waterson, que escribía hacia el final de su vida, había llegado a sentirse desilusionado y a la defensiva frente a la acusación de que «las escuelas de caridad son criaderos de Rebelión, y descalifican a los chicos pobres para las tareas del campo ... para las cuales están más solicitados». Para muchachos también observaba «el arado debe proporcionarles su trabajo, o no harán nada»; pero él parece haber ofrecido concienzudamente a los chicos de ambos sexos una instrucción elemental en letras y números: Waterson MS, Reading Ref. Lib. BOR/D: las partes citadas fueron quizás escritas a principios de los años 1740.

71. Entre los testamentos de *yeomen* y labradores de Berkshire de esta época se encuentra con frecuencia evidencia de cierta atención a los intereses de los herederos femeninos. Así Robert Dee de Winkfield, *yeoman* (probat. 10 abril 1730), dejó dos parcelas de tierra, una de 16 1/2 acres y la otra de 2 1/2 acres: la parcela mayor se legó a su nieto, juntamente con casa y muebles, la más pequeña a su nieta: pero (en compensación) el nieto debía recibir también 100 libras, la nieta 200. Entre tenentes libres, mercaderes, etc., existe una cierta evidencia de costumbres igualitarias de herencia: así Joseph Collier (probat. 12 julio 1737), un *yeoman* de Reading que poseía ciertas heredades y molinos: todos fueron legados a su hermano como fideicomiso para vender y distribuir «por partes iguales» entre seis hijos (cuatro hijas —todas casadas— y dos hijos); Mary Maynard (probat. 20 mayo 1736) viuda de un carretero de Reading —negocio que ella había continuado— la propiedad debía ser valorada y distribuida «por partes iguales» entre seis hijos (tres de cada sexo) al alcanzar cada uno de ellos la edad de 21 años: los dos hijos mayores (un hijo y una hija) debían actuar como albaceas, pero la hija perdía su función al casarse: Bodleian Library, MS Wills Berks. 20, p. 117; 21, p. 113, p. 72 verso.

72. Así el testamento de William Towsey, *yeoman,* de Letcombe Regis, probat. 22 agosto 1722, dejando a su hija Ann Hawks 50 libras «para su propio e independiente uso y disposición totalmente exentas del Poder y la intervención de su marido Thomas Hawks no obstante la Condición de Casamiento entre él y mi hija»: *ibid.,* 19, pp. 150-151.

reverendo Thomas Power, párroco de Easthampstead (Berks.) intentó persuadir a su recalcitrante esposa de que firmara la cesión de ciertos caseríos colgándola de la ventana por una pierna y amenazándola con cortar la cuerda, lejos de conseguir el aplauso de la vecindad fue víctima por parte de ciertos galanes de la localidad de música escabrosa y una ejecución fingida.[73] Pero esto es sin duda otro ejemplo de práctica «relajada y vergonzante».

También las tierras de libre arrendamiento podían por supuesto ser transmitidas a mujeres; y en efecto, se transmitían a viudas, hermanas, hijas y nietas. Pero si admitimos que entre 1660 y 1760 hubo un serio descenso en el número de *yeomen,* tanto libres como *copyholders,* se seguiría que también habría un descenso equivalente en la efectiva presencia femenina en el panorama agrario. En los casos en que las tierras salían de tenencia dependiente y se arrendaban otra vez *at will* (a voluntad), se arrendarían a hombres. Una tenencia *at will* no conllevaba la herencia de viudas: como máximo se permitía como un favor. Así se perdía la seguridad del entramado de la costumbre; y si el *yeoman* estaba a corta distancia de su decadencia secular, la *yeowoman* ya había sido informada de su desaparición.

Como última cuestión deseo volver a la diferencia entre la herencia familiar y la herencia de seguridad, status o poder de un grupo social, casta o clase. La primera depende generalmente de la segunda. Tenemos las prácticas hereditarias particulares de las familias, y el entramado formado por el derecho, la costumbre y las expectativas sobre el que operan estas prácticas. Y estos entramados difieren enormemente de un grupo social a otro. Lo que se está efectuando es la elaboración de reglas y prácticas mediante las cuales ciertos grupos sociales proyectan hacia el futuro disposiciones y (como desearían) garantías de seguridad para sus hijos. Cooper ha examinado el entra-

73. Véase *Whigs and Hunters,* pp. 71-72. Si, como yo creo, la señora Power había nacido Ann Ticknor, entonces tenía más de 80 acres así como graneros, huertos, casas, etc., en el bosque, de mancomún con su hermana: la tenencia de mancomún con derechos exclusivos de sucesión explica que la tierra no pudiera recaer sobre el reverendo Power como consecuencia de su ambicioso matrimonio. (Los *yeomen* eran perfectamente capaces de utilizar los medios de tenencia de mancomún con derecho sucesorio y el fideicomiso para salvaguardar los derechos de sus hijas.) Es reconfortante observar que la señora Power soportó los azares de su matrimonio y murió «sin cometer un solo acto para afectar su propiedad»: Extracto del título de Aaron Maynard a cuatro solares en Wokingham, Berks. Rec. Off. D/ER E 12.

mado de los grandes. La clase adinerada tenía uno diferente, aunque formaba una malla compacta con el de la tierra. Pero el siglo XVIII tenía también un tercer entramado complementario para las clases poseedoras: el de la influencia, promoción en los cargos, compra de destinos, reversión de sinecuras, puestos dentro de la Iglesia, y así sucesivamente. En este entramado de nepotismo e influencia, la posesión no lo era todo: había que complementarla con la continuidad de los intereses y las conexiones políticas apropiadas. Había que tener el puesto (o conseguirlo para el hijo) y mantener también la influencia para explotar la posición al máximo. Los padres se ocupaban de lo primero, el hijo debía entendérselas con lo segundo.

A todo lo largo del siglo XVIII, el entramado de intereses y promociones formó en todo momento un manojo de este tipo. Al lado de esta red, la pequeña *gentry* buscaba también asegurar el futuro de sus familias. Los papeles de los grandes protectores muestran la incesante actividad de los suplicantes en nombre de su parentela, en el intento de afirmar toda la estructura de Iglesia y Estado como una especie de garantía de su propia clase. Los reformadores de clase media, agrupados bajo la bandera de la «carrera abierta al talento», intentaban simultáneamente asegurar el futuro status de sus propios hijos sobre un entramado de cualificaciones educativas y exclusivismo profesional. Esto nos recuerda, además, que un grupo privilegiado podía —y puede aún— afirmar su propio entramado mientras intenta desgarrar el de otro. En el siglo XX, el zigzag de la política socialdemócrata y conservadora ha encendido con frecuencia rivalidades de este tipo. Pero, en los siglos XVIII y XIX, se llevaban a cabo luchas parecidas que quedarían ocultas si sólo tomáramos en consideración la herencia *post mortem*. Sabean parece, momentáneamente, haber permitido que se produjera esta ocultación cuando cita el caso de una aldea pobre del Sologne y concluye, a partir de los datos que le aporta, que «en ausencia de propiedad hay muy poca tendencia a desarrollar lazos extensos de parentesco». Desde luego si falta tierra y propiedad mueble, ninguna de las dos puede transmitirse por herencia, ni tienen tampoco los pobres la posibilidad de «acordar una buena boda». Por tanto la generalización de Sabean puede aplicarse a cualquier economía campesina pobre. Pero incluso para el bracero rural desprovisto de tierra, y sin duda para el proletariado urbano, el punto crítico de la transmisión familiar no se produce *post mortem,* sino en el momento de proveer a los hijos con un «comien-

zo en la vida». Si deseamos examinar la herencia y la familia en el siglo XVIII entre el artesanado urbano, debemos fijarnos no en los testamentos, sino en la reglamentación para el aprendizaje, las primas al mismo, y en los oficios en que se conservaba una fuerte tradición familiar, concediendo preferencia a hijos y parientes y limitando el número de aprendices.[74] Incluso entre los pobres rurales (sospechamos), el asunto de colocar al hijo en una buena propiedad, a la hija en el servicio de una buena casa, suponía grandes esfuerzos y ansiedades, y formaba parte del intento de transmitir a la generación venidera un status «respetable» en el debido lugar de las leyes de pobres. Y a comienzos del siglo XIX, recortando el aprendizaje, revocando el Estatuto de Artífices, los gobernantes de Inglaterra amenazaban el sistema hereditario del trabajador especializado; mientras que en 1834, al atacar todo el sistema de *out-relief,* amenazaron el único entramado de seguridad última conocida por los pobres.

Claro que no ha habido nunca ninguna garantía que asegurara a una familia en particular la inmunidad a la mutación. Siendo extraordinaria cierta continuidad en la aristocracia y las clases altas, son mucho más numerosos los casos de un giro descendente de la rueda de la fortuna. Como ha sostenido recientemente Raymond Williams, los muy literarios valores de la propiedad y el asiento territorial son los que, a menudo, defienden los nuevos ricos en su afán de ascender a los valores de esta posición. Penshurst, el tema del clásico poema de Ben Jonson sobre la vida en el campo, no levantado «ni con el dolor, ni con la opresión de hombre alguno», era en realidad un señorío que había prescrito por mandamiento judicial y proscripción unos cincuenta años antes de que escribiera Jonson.[75] Otros poetas consideran la familia y su fortuna como ilustración de mutabilidad:

> And what if my descendants lose the flower
> Through natural declension of the soul,
> Through too much business with the passing hour,
> Through too much play, or marriage with a fool?

74. Para un estudio de herencia ocupacional artesana, véase William H. Sewell, Jr., «Social Change and the Rise of Working-Class Politics in Nineteenth-Century Marseilles», *Past and Present,* n.º 65 (noviembre 1974).

75. Raymond Williams, *The Country and the City,* Londres, 1973, pp. 40-41.

May this laborious stair and this stark tower
Become a roofless ruin that the owl
May build in the cracked masonry and cry
Her desolation to the desolate sky.*

Para Yeats ninguna providencia podía detener la mutabilidad cíclica de todas las cosas:

The Primum Mobile that fashioned us
Has made the very owls in circles move...**

Yeats subestimó ciertas pervivencias, y particularmente la extraordinaria longevidad de ciertos terratenientes corporativos: esas viejas y sabias lechuzas, Merton College y St. John's College de Cambridge que han volado hasta nosotros directamente desde los siglos XII y XIII. Pero una simple observación (o una consulta breve a cualquier autoridad genealógica) confirma esta idea; como dicen las gentes de Yorkshire «from clogs to clogs in three generations» (de zuecos a zuecos en tres generaciones). Lo que esto pudiera ocultar es que independientemente de la elevación y la caída de las familias, los entramados hereditarios en sí han demostrado a menudo ser enormemente efectivos como vehículo de otro tipo de herencia corporativa: los medios por los cuales un grupo social ha extendido su tenencia histórica de status y privilegio. Todavía hoy nos preocupa, mientras administradores y abogados discurren nuevos *trusts,* nuevas compensaciones contra la inflación, creando sociedades de inversión con un apoyo en cada una de las cuatro esquinas del mundo capitalista. Pero hay que estar prevenido. Empezamos por examinar el sistema hereditario de determinadas familias pero, con el paso del tiempo, las fortunas familiares surgen y caen; lo que se hereda es la propiedad en sí, el recabo de los recursos de la sociedad futura, y es posible que el beneficiario sea, no un descendiente de una familia en particular, sino el descendiente histórico de la clase social a la que un día perteneció la familia.

* ¿Y si mis descendientes perdieran la flor / Por natural declive del alma, / Por el mucho ocuparse de la hora fugaz, / Por demasiado juego, o boda con un simple? / Que esta ornada escalera y esta torre cabal / Se conviertan en ruina sin techumbre donde el búho / Construya en la resquebrajada piedra y grite / Su desolación al cielo desolado.

** El *Primum Mobile* que nos ideó / Hizo que incluso el búho en círculos volara ...

EL DELITO DE ANONIMATO *

Te diré mi nombre,
pero no me lo permite mi simpleza.

Minero de carbón de Newcastle (1765)

I

La carta anónima de amenaza es una forma característica de protesta social en cualquier sociedad que haya traspasado un cierto umbral de alfabetización, en la cual las formas de defensa colectiva organizada sean débiles y las personas que puedan identificarse como organizadores de la protesta estén expuestas a una inmediata represalia. Los mismos medios pueden, igualmente, emplearse para el agravio personal y como instrumento de extorsión; su uso, para estos fines, no pertenece a una fase determinada de desarrollo social y continúa hoy día. No puede trazarse una línea clara de demarcación entre estos dos tipos de acción, a pesar de que la diferencia entre ellos (en ciertos contextos) es evidente. Ambos se examinarán en este ensayo. Desde el punto de vista del destinatario, en cualquier caso, el efecto de estas amenazas anónimas sobre su serenidad puede ser prácticamente el mismo. Recibir este tipo de cartas puede producir miedo y es perturbador; puede ocasionar estados de extrema ansiedad, insomnio, sospechas sobre amigos y vecinos y formas de paranoia comprensibles.

Este estudio se basa principalmente en datos del siglo XVIII. Será mejor comenzar por explicar la naturaleza y los límites de la

* «The Crime of Anonymity», en Douglas Hay, Peter Linebaugh y E. P. Thompson, *Albion's Fatal Tree*, Allen Lane, Penguin Books, Londres, 1975, pp. 255-308.

fuente de la cual se obtuvieron los datos centrales. *The London Gazette : Published by Authority* puede parecer una fuente inverosímil para el que trabaja en historia popular. La *Gazette,* que salía dos veces a la semana, era, sin duda, la publicación de más augusta autoridad. En sus páginas aparecían las proclamaciones de reyes y consejos privados, disposiciones de la Corte, comunicaciones de nombramientos navales y militares, promociones y comisiones, notas oficiales de Whitehall, el Almirantazgo, el War Office, la Fiscalía; listas de bancarrota; la prórroga o reunión del Parlamento.[1]

Así, en el n.° 10.752, de finales de agosto de 1767, encontramos noticias sobre la elección de pares escoceses como miembros de la Cámara de los Lores; una revista del rey de España a la guarnición de Madrid; los movimientos del nuncio papal; mientras que desde Berlín se anunciaba que «la Boda de la princesa Louisa-Henrietta Wilhelmina de Brandenburgo con el Príncipe Regente de Anhalt Dessau fue solemnemente celebrada en la Capilla Real de Charlottenbourg por el Reverendo Jr. Sack ... Después de lo cual la Obra de Teatro Francesa llamada Turcaret se representó en la Orangerie ...». Los jardines estaban iluminados y hubo baile, al que asistió el rey de Prusia, y que duró hasta la mañana siguiente. Inmediatamente a continuación, codo con codo con la princesa Louisa-Henrietta Wilhelmina, aparece una noticia algo diferente, dirigida a sir Richard Betenson de Sevenoaks, Kent:

> Sir: Su Bailío o Intendente propiamente es una especie de canalla para los Trabajadores y si no le despide Puede ser que Vea su Casa arder si las Piedras no Arden, maldito Hijo de Puta, te cortaremos el cuello de Oreja a oreja a menos que Dejes 50 libras bajo el Segundo Árbol de Staple Nashes desde su casa frente a las Puertas Grandes cerca de la Conejera el Miércoles próximo por la Mañana ...*

Esta era, por supuesto, como la precedente, una nota oficial, aunque no había sido incluida por el autor de la carta sino por el secreta-

1. Para una historia general de la *London Gazette* (citada en adelante *LG*), véase P. M. Handover, *A History of the London Gazette, 1665-1965,* 1965.

* En ésta, como en el resto de cartas anónimas, se ha respetado todo lo posible tanto la sintaxis como la puntuación originales, esperando que conserven algo de su carácter. Por otra parte, la ortografía original, que es en la mayoría de los casos una transcripción de sonidos simplemente, no se ha podido conservar. (*N. de t.*)

rio de Estado. Nos evitaremos muchas explicaciones si reproducimos por entero las palabras con que tales cartas se acompañaban:

Whitehall, 8 de agosto de 1767

> Habiendo sido humildemente informado el Rey, de que la siguiente carta amenazadora e incendiaria, fue recibida el [fecha] por Sir Richard Betenson ... y conteniendo las Palabras y Letras siguientes [se reproduce la carta, respetando su ortografía] Su Majestad, para el mejor descubrimiento y conducción ante la Justicia de las Personas Responsables de Escribir la mencionada Carta ... amenazadora, se complace por la presente en prometer Su gracioso Perdón a cualquiera de ellos (excepto la persona que en efecto escribió la dicha Carta) que delate a su Cómplice ... de forma que así él, ella, o ellos puedan ser aprehendidos y condenados.
>
> SHELBURNE
>
> Y para mayor estímulo, el dicho Sir Richard Betenson, Bart, promete por la presente una Recompensa de *Cien Libras* para cualquier Persona o Personas que efectúen tal Descubrimiento ... a ser pagadas por él después de la Condena de ... los Culpables.
>
> Rich. Betenson

El punto crítico en todo este asunto es que la *Gazette* sólo intervino cuando fue ofrecido un perdón oficial a cambio de la información que condujera a la condena; y la autoridad para hacerlo había que obtenerla del secretario de Estado.[2] En algunos casos, en que estaban implicados un funcionario público o propiedad pública, se ofrecía también una recompensa oficial. Mas generalmente, cuando se amenazaba a un ciudadano particular, él mismo reunía el dinero para la recompensa. Para hacer más fácil la detección del autor de la carta, éstas se publicaban a menudo por entero, con su ortografía original y sus feroces imprecaciones.

De ahí que las *London Gazettes* descansen, como tantas otras trampas de langosta bisemanales, en el fondo del mar de la Inglaterra de Namier, capturando a muchas criaturas curiosas que no rompen

2. Para la maquinaria de recompensas y perdones, véase Leon Radzinowicz, *A History of English Criminal Law and its Administration from 1750*, 4 vols., 1948-1968, esp. vol. II, secciones 4 y 5.

nunca, en circunstancias normales, la suave superficie de las aguas de la historiografía del siglo XVIII.[3] Parece útil repasar el periódico sistemáticamente desde 1750 a 1820, tanto para contar estas cartas como para examinar el carácter de las mismas. Es esta la evidencia central de este estudio, complementada con el uso de documentos de Estado (especialmente entre 1795 y 1802), la prensa provincial y otras fuentes.[4]

Por varias razones, el panorama se hace muy confuso después de 1811. Un recuento de los años 1750-1811 resulta en unas 284 cartas u hojas sueltas aparecidas en la *Gazette* (anónimas y escritas a mano), con una media aproximada de 4,7 al año.[5] En realidad la incidencia es mucho más irregular. Tomando solamente aquellas cartas que indican agravios de tipo social o económico de carácter general, y excluyendo aquellas que son evidentemente obra de chantajistas particulares, los años culminantes de cartas publicadas en la *Gazette* se muestran en el cuadro 1.

Cuadro 1. — *Cartas aparecidas en la Gazette*

Año	Cartas		Años	Cartas
1800	35	o	1800-1802	49
1766	17		1766-1767	27
1796	11		1795-1796	17
1767	10			
1801	7			
1802	7			
1771	6			
1792	6			
1795	6			

Se ha intentado, en ocasiones con débil evidencia, distribuir estas 284 cartas en asuntos de agravio «particular» o «social». Es posible

3. La *Gazette* es, por supuesto, una importante fuente no sólo para las imprecaciones, sino también para las acciones, puesto que las recompensas ofrecidas a cambio de información sobre asesinatos, contrabando, incendios premeditados, motines industriales, etc., también aparecen en sus páginas.

4. He contraído una gran deuda con E. E. Dodd por su ayuda en estudiar las *Gazettes* y con Malcolm Thomas, cuyo amplio conocimiento de los documentos del Home Office entre 1790 y 1803 ha estado a mi disposición. Pude disponer de su ayuda con la asistencia de una beca para la investigación de los motines de subsistencias de la Nuffield Foundation en 1968-1969.

5. No se pretende ofrecer una precisión decisiva. La mención de cartas aparecidas en la *Gazette,* que no dan información sobre el asunto o el contenido de las mismas, han sido omitidas de este cálculo.

que el intento sea desencaminado: como demuestra la carta a si Richard Betenson, una carta de chantaje privada puede indicar u agravio general («Su Bailío o Intendente ... es una especie de canall para los Trabajadores»); un comerciante chantajista arruinado pud ser a su vez víctima de otro tipo de extorsión y de igual mod puede la protesta social coexistir con el agravio personal. Por consi guiente no se ofrece una línea absoluta de definición entre el agravi «social» y de otros tipos. Pero la distinción puede ayudarnos en e progreso de nuestro análisis (cuadro 2).

Cuadro 2. — *Agravios*

Relativos a crímenes [6]	13	
Claramente chantaje o agravio particular . .	36	o 49 «particulares»
Agravios claramente sociales, económicos, políticos o comunitarios . . .	216	
Agravios probablemente sociales	19	o 235 «sociales»
Total	284	

He intentado también enumerar la naturaleza de la principal amenaza que contiene la carta (cuadro 3).[7]

Se observará que tomando los cuadros 1 y 2 conjuntamente, el asesinato era la amenaza más corriente en casos «particulares»: aproximadamente 71 por ciento de todas las amenazas, comparado con 34,5 por ciento en los casos «sociales». Pero si tomamos los cuadros 3 y 4, dando nuevamente cifras aproximadas, el incendio premeditado es un tipo de amenaza que se encuentra con mayor frecuencia en los casos «sociales»: 40 por ciento frente a 29 por ciento en los «particulares». Los demás tipos de amenaza perteneçen por entero al primero.

En el cuadro 4 dejamos a un lado (por el momento) los casos particulares y consideramos sólo los sociales, o supuestamente socia-

6. Por «relativos a crímenes» quiero decir intentos de influir sobre el curso de la justicia, amenazas a testigos, etc. Hay de hecho 21 de estas cartas, pero 8 de las mismas me ha parecido posible colocarlas en agravios «sociales».

7. En algunos casos una carta contiene distintas amenazas, o amenazas concernientes a varias personas: por ejemplo, asesinato al alcalde, destrucción de las propiedades al molinero, incendio al labrador: esto explica las discrepancias en las cifras entre los cuadros 2 y 3, 4 y 5.

Cuadro 3. — *Naturaleza de las amenazas*

	Social	Privado	Total
1 Asesinato	60	20	80
2. No explícita («te lo haremos», «sacaremos la sangre», etc.), implicando asesinato	25	9	34
3. Incendio premeditado *y* asesinato . . .	36	3	39
4. Incendio premeditado	68	9	77
5. Destrucción o voladura de edificios, ataque a maquinaria, etc.	16	—	16
6. Armarse, guerra civil, rebelión, traición, etcétera	31	—	31
7. Mutilación del destinatario	3	—	3
8. Mutilación de ganado, descortezar árboles o cortarlos, etc.	3	—	3
9. Otras	2	—	2
Totales	244	41	285

les. Partiendo de la insuficiente evidencia de las *Gazettes* pueden identificarse los destinatarios de las amenazas:

Cuadro 4. — *Destinatarios de las amenazas*

Gentry y nobleza	44
Maestros fabricantes, comerciantes, molineros . . .	41
Personas que detentan algún puesto oficial (excluidos alcaldes y los jueces de paz)	27
Alcaldes	23
Magistrados	18
Agricultores	17
Clero	11
Recaudadores de consumos	7
Esquiroles	2
Notas escritas a mano de carácter general («A todos los agricultores», «Caballeros de...», etc.) . .	39
Total	284

* Autoridades = 68.

En el último cuadro se ofrece la categorización más tentativa. Sin buscar el origen de cada caso en otras fuentes, es imposible, partiendo de la evidencia de una sola carta, obtener una noción exacta del agravio en cuestión; en cualquier caso, muchas cartas revelan más de un agravio. No obstante, el número de cuestiones capaces de provocar a los hombres a proferir amenazas asesinas o incendiarias, es en sí mismo interesante (cuadro 5).

Cuadro 5. — *Particularización de los agravios*

Agravio	Cartas
Precio del pan, grano, alimentos: Contra acaparadores y monopolistas	72
Industriales: máquinas, salarios, esquiroles, etc.	34
Intentos de ejercer presión sobre el curso de la justicia (algunos «sociales» otros «particulares»)	21
Relativos a política (política local, sedición; pero excluyendo la mayor parte de las cartas sobre subsistencias-más-sedición de los años 1800)	19
Agravios privados (por ejemplo, criados despedidos)	11
Cerramiento de campos, derechos del común	9
Contrabando	7
Pobres y leyes de pobres	5
Caza furtiva	5
Caminos de portazgo	4
Patrullas de reclutamiento	3
Voluntarios	2
Sorteo de milicia	2
Emolumentos de los criados (gratificaciones establecidas por la costumbre)	2
Licencia de cervecerías	2
Salarios de trabajadores rurales	2
Agravios identificables; sólo un caso de cada uno	25
TOTAL	225

Esta tabulación (basada en el agravio central de cada carta) induce también en ciertos puntos a conclusiones erróneas. Así, mientras que sólo dos de las cartas están enteramente dedicadas a los bajos salarios de los trabajadores rurales, muchas de las 72 cartas originadas por los altos precios de los alimentos también se quejan del nivel de los salarios del trabajador. Las 25 cartas que expresan cada una un agravio distinto varían desde la protesta agraria (contra los diez-

mos, en apoyo de medidas tradicionales, en defensa del espigueo, contra las máquinas de trilla), pasando por una serie de agravios políticos y religiosos (antipapistas, antimetodistas, nacionalismo galés) hasta un agravio contra un «maldito villano putero».

II

Estos cuadros dan un cierto indicio. Pero es necesario cualificar la impresión que ofrecen.

En primer lugar, el número de cartas aparecidas en las *Gazettes* no dan un índice constante del número real de cartas que se escribían. Indica simplemente el número de ocasiones en que las cartas se tomaron con suficiente seriedad, tanto por parte del destinatario como por el secretario de Estado, para ofrecer un perdón oficial. Y no era cosa fácil conseguirlo. En general sucedía sólo cuando: *a*) el receptor de la amenaza era una persona que tuviera parte en el gobierno, o *b*) se proporcionaban pruebas de que existía peligro de que se realizara la amenaza (o formaba parte de una serie de amenazas, una o más de las cuales habían sido ya llevadas a cabo, como en los casos de incendios provocados, motines o destrucción de maquinaria), o *c*) el carácter sedicioso del documento fuera muy alarmante para las autoridades.

En segundo lugar, las disposiciones bajo varios gobiernos, de distintos secretarios de Estado y sus subalternos, aumentaron la oscilación de estas variables. No todas las administraciones tenían la misma opinión sobre la utilidad de reproducir la cartas en la *Gazette*. Y sólo una minoría de los receptores de estas cartas se molestarían en emplear este método tentativo de control. La aparición de una carta en la *Gazette* implicaba demora, correspondencia con el gobierno, gastos de inserción (3 libras, 3 chelines en 1800) y también la oferta de una recompensa algo superior a la que en otro caso parecería necesaria. Los destinatarios de tales cartas podían más sencillamente poner un anuncio inmediatamente en la prensa local para recibir información y ofrecer una recompensa directamente a los delatores, aunque actuando en esta forma no podía, naturalmente, ofrecerse el perdón.[8] Finalmente, podemos preguntarnos hasta qué punto el siste-

8. Para ejemplos de anuncios locales, véase *Aris's Birmingham Gazette* (11 agosto 1766, 9 marzo 1767); *Reading Mercury* (10 marzo 1800).

ma bien comprobado de perdones y recompensas del siglo XVIII era de gran utilidad para tratar un delito que (como el incendio premeditado) podía llevarse a cabo secretamente por un solo individuo sin cómplices.

Se pueden observar algunas de estas variables en acción durante los años 1795-1805. En 1795 sólo aparecieron en la *Gazette* seis cartas de protesta social, pero en realidad entre los documentos del Home Office se conservan muchas más enviadas por corresponsales nerviosos. Es evidente que en este año el gobierno no quiso dar más publicidad a los sentimientos ofensivos y sediciosos de las cartas. En 1796 se publicaron en la *Gazette* unas cuantas más (once de protesta social), pero el duque de Portland todavía aconsejaba la prudencia. En noviembre escribía para decir que aceptaba que una hoja que le enviara el alcalde de Londres era del carácter más violento: «Pero, siempre que no parece producir ningún efecto, quizá su Señoría acordará conmigo, que es una prueba de que el buen sentido y la buena disposición generales de las gentes les lleva a tratarla precisamente en la manera que deseamos».[9] No se ganaría nada publicándola. Cuando le fue enviada una carta sediciosa de Yeovil, en 1799, el duque tampoco se inclinó «a darle notoriedad, mediante su publicación en la *Gazette*».[10]

En 1800, sin embargo, cuando la multiplicación de motines e incendios hizo evidente que no se podía confiar ya en «el buen sentido y la buena disposición generales de las gentes» y cuando se hicieron corrientes ciertas escalofriantes amenazas «jacobinas», no menos de 35 de estas cartas aparecieron en la *Gazette*. Ésta era todavía una pequeña proporción (desde luego inferior al 25 por ciento) de las cartas enviadas al Home Office.[11] Portland aconsejaba en general la vigilancia, el empleo de delatores y, sólo en el caso de que

9. PRO, HO 43.8, p. 144.
10. PRO, HO 43.11, p. 131.
11. No se puede proporcionar una cifra exacta. Los libros de correspondencia enviada del Home Office en 1800 muestran que se había acusado recibo de más de 80 de estas cartas; pero la búsqueda entre las cartas recibidas muestra unas 150 cartas recibidas en ese año. Puesto que ciertas cartas adjuntas se devolvían al remitente, otras eran enviadas a las oficinas de la *Gazette*, y otras aparecen en los papeles del War Office, 150 debe ser una subestimación de las que se llevaban directamente al gobierno. Además muchos corresponsales se referían en términos generales a la frecuencia de tales cartas, pero no enviaban más ejemplos.

tuviera probabilidades de éxito, publicar la carta.[12] Esta política se continuó a lo largo de 1800 y hasta 1801 en los casos que supuestamente afectaban al interés público.[13] Hacia 1804 el péndulo había oscilado otra vez hacia la prudencia extremada. En marzo de 1804, el secretario del Home Office contestaba a una petición: «Tengo dudas sobre la conveniencia de publicar en la *Gazette* ... el papel sedicioso ... Quizá fuera más apropiado insertar en el Periódico Regional el comienzo y final del párrafo original, identificándolo y señalándolo así suficientemente, sin promulgar los perniciosos sentimientos que contiene ...».[14] Otras autoridades habían llegado a un acuerdo similar en fecha algo anterior a esta. En octubre de 1800 las autoridades de Birmingham, que veían estos sentimientos perniciosos aparecer a diario por todas partes en hojas, carteles y letreros escritos en la pared, sólo pudieron permitirse la publicación en la *Gazette* de una proclama que comenzaba: «Puesto que ... varios papeles explosivos (uno de los cuales empieza con "Compatriotas" y otro con "Libertad") han sido lanzados en las calles y pegados en las paredes ...».[15] Después de estos años se confirmó la política de reticencia. Sólo tres o cuatro cartas aparecieron en la *Gazette* en 1811 y unas

12. En febrero se aconsejó a los magistrados de Birmingham que «emplearan algunos agentes discretos y de confianza, para observar, durante la noche, en los lugares más sospechosos»; J. King a los magistrados de Birmingham, 25 febrero 1800, PRO, HO 43.11, p. 374. Dos semanas más tarde Portland parece haberse puesto más nervioso: «Desearía que se pudiera hacer un ejemplo cuanto antes de esos escritos y de la distribución de hojas inflamatorias y amenazantes»: Portland al marqués de Townshend, 10 marzo 1800, HO 43.11.

13. Portland no aconsejaba la consistente publicación en la *Gazette*: para un ejemplo contrario en esta época, véase sus intercambios con W. Baker, MP (miembro del Parlamento) citados más adelante, p. 220. Y se resistió obstinadamente a publicar en la *Gazette* (o a ofrecer un perdón o una recompensa) en los casos en que las cartas eran de carácter más privado y escandaloso que público. A un destinatario (un magistrado) escribió que anunciarla «tendería a hacer públicas las maliciosas y sin fundamento sugerencias ... sin la menor posibilidad de llevar a sus autores hasta la justicia»: véase F. Adams, JP a Portland, 2 junio 1800, PRO, HO 42.50 y HO 43.11, pp. 511-512. No se podían ofrecer perdón y recompensa a menos que no estuvieran implicados los intereses de la generalidad del país: J. King a J. Taylor, 11 junio 1800, HO 43.11, pp. 518-519.

14. Éste era, sin embargo, un caso especial, siendo la carta en cuestión en galés, y habiendo sido proporcionada una traducción a la *Gazette*: claramente esto le habría proporcionado una publicidad superflua: Charles Yorke a C. W. W. Wynne, 5 marzo 1804, PRO, HO 43.14, pp. 434-435.

15. *Aris's Birmingham Gazette* (6 octubre 1800); y *ibid* (3 noviembre 1800), para una hoja que comenzaba: «Vive la Republic!».

cinco en 1812 y, sin embargo, ambos años vieron, como se comprueba en los documentos del Home Office, una fecunda y animada actividad epistolar. Desde entonces se hizo normal la publicación del hecho, pero no del contenido de la carta.

Por todo ello, las cifras sólo dan un índice confuso de la extensión de este tipo de actividad. Lo que pervive en las *Gazettes* es sólo lo que queda después de que pasara por la criba una cantidad mucho mayor. Y sin duda numerosas cartas de amenaza fueron recibidas por personas que no se molestaron nunca en informar a las autoridades: en 1800, el alcalde de Londres hizo referencia a tales cartas «de las cuales entre unas cosas y otras recibo muchas y no les presto atención».[16] De aquellas que se enviaban a la *Gazette,* la mayoría quedaban sin publicar. Y, además, está el número desconocido e incognoscible de cartas de chantaje o amenaza que nunca vieron la luz porque sus destinatarios las mantuvieron en secreto y se avinieron a las demandas que en ellas se hacían. Con toda certeza no se puede permitir que las cifras dadas anteriormente penetren en los intestinos de un computador como la cantidad de violencia premeditada de la Inglaterra preindustrial.

III

El chantaje personal, como el rapto y algunas formas de secuestro, parece ser un delito endémico que medra con la publicidad. Es quizá posible fechar con exactitud aceptable la primera vez en que este tipo de delito tuvo publicidad nacional.

En el verano y otoño de 1730 aparecieron cartas amenazantes, de forma muy espectacular, en Bristol. Se lanzaban en el interior de talleres y casas, y se tiraban en las calles, exigiendo en ellas pequeñas sumas de dinero bajo la amenaza de incendio. Parece posible que algún receptor timorato se aviniera a ello. En octubre, al señor George Packer, que se había negado varias veces a la demanda de pagar seis guineas, le fue incendiada su casa y parte de su astillero. Su familia tuvo suerte de escapar con vida. Pocos días después se daba parte de una serie de cartas amenazadoras desde muchos puntos del país. En noviembre se emitió una proclama en que se ofrecía el

16. PRO, HO 42.51, fols. 166-168.

perdón y una recompensa, de la muy considerable suma de 300 libras, a cambio de la información que pudiera producir una sola condena; los transgresores estaban expuestos a la pena de muerte por una cláusula del Black Act de 1723 (véase más adelante, p. 208). La proclama no parece más que haber dado mayor publicidad al delito. El incendio de la casa de Packer, observaba Boyer, «ha dado la idea a todo perdido Miserable en todo el País de aprovecharse de ello» y la práctica de enviar cartas incendiarias fue comparada al fuego con que amenazaban, por extenderse con igual velocidad y terror.[17] Algunas de las cartas eran claramente de extorsión: a un agricultor de Hammersmith, al cual se le pedían diez guineas y que colocó algunas monedas de medio penique en una trampa frustrada, le incendiaron los almiares y el granero.[18] Otras indican el empleo del mismo medio para expresar agravios personales: al señor Spragging, un mercader de balsa de Newark, se le advirtió:

> Spragging, recuerda que no eres más que Polvo,
> Y muy injusto con tu Vecino:
> No tienes escrúpulos para lo grande ni lo pequeño,
> Hasta que de una vez caiga sobre ti la Venganza.
> Pienso en lo pronto que te verás perdido;
> En llamas de Fuego arderán tus Balsas ...[19]

Los transgresores de Bristol no fueron nunca condenados.[20] Pero muchos de sus imitadores acabaron en la horca. Se logró condenar a algunas personas en Lincolnshire, Kent y Hertfordshire y se pagaron las recompensas de 300 libras.[21] Jeremiah Fitch, un ebanista, fue uno de estos transgresores. Había escrito a un rico agricultor, Goodman Jenkyns de Harpenden, una carta que comenzaba:

17. A. Boyer, *Political State of Great Britain,* 1730, XL, pp. 439, 497-499, 505-515, 590-593, 600; Samuel Seyer, *Memoirs Historical and Topographical of Bristol and its Neighbourhood,* Bristol, 1823, II, pp. 578-579; J. P. Malcolm, *Anecdotes of the Manners and Customs of London during the Eighteenth-Century,* 1810, I, pp. 145-146; *LG,* 17-21 noviembre 1730.

18. Boyer, *op. cit.,* 1731, XLI, p. 83.

19. *Ibid.,* XL, p. 508. Un barbero, antiguo cerero, fue llevado a la cárcel como sospechoso de ser el autor.

20. Muchos fueron juzgados en el Tribunal (*Assizes*) de Bristol en marzo de 1731, pero todos fueron absueltos por falta de pruebas. En 1738 los delitos parecen reaparecer en Bristol: Boyer, *op. cit.,* XLI, p. 309-310; 1738, LV, p. 179.

21. Véase la clasificación de pagas de recompensa en PRO, T 53.36, fols. 58-64, 65-67.

> Esta, con mis Respetos a usted y el deseo de que, con todo Cariño, me deposite 30 libras Bajo el Poste que hay al lado de la casa de Henry Hudson ... el Viernes por la noche a las ocho del Reloj, si no lo hace, le quemaré la Casa hasta las Cenizas Maldita sea su Sangre; y Maldito sea Señor, si vigila, o declara este secreto a nadie maldita sea mi Sangre si no le toca Morir...

Pero Goodman Jenkyns colocó, en efecto, una guardia de cuatro hombres y Fitch fue detectado.[22]

Los observadores contemporáneos indicaban que éste era «un crimen nuevo», aunque ello parece improbable.[23] El ejemplo de ejecución en varios distritos parece haber terminado con la epidemia, aunque el delito subsistió en la memoria de las gentes y un goteo de amenazas incendiarias similares continuó desde ese momento. Pero —como demuestra el caso de Fitch— era un delito que se iniciaba con facilidad, pero era muy difícil concluir con fortuna. El chantajista tenía que arreglárselas por todos los medios para obtener su demanda sin miedo a ser detectado. Las estratagemas propuestas por algunos de los que escribieron estas cartas inspiraron en 1730 a un satirista de Norwich:

> Si no pone Seis Nuevos Medios Peniques, en Patrón,
> En un Zapato Viejo (no queremos hacer Daño),
> Y lo coloca en la mismísima Piedra Cimera
> De la Torre alta de Christ Church, a Medianoche, solo ...[24]

Puesto que es probable que la víctima informara a la policía o esperara con sus amigos y criados en el lugar donde había de depositarse el dinero, el chantajista sólo podía conseguir su propósito en condiciones limitadas:

1) Si el chantajista estaba en efecto en posesión de información relativa a los antecedentes penales, actos sexuales impropios o cosas por el estilo, de la víctima; información que sería tremendamente perjudicial para la víctima en caso de hacerse pública. Éstas eran,

22. *Ibid.*, y Boyer, *op. cit.*, XLI, p. 310.
23. *Ibid.*, XL, p. 506. El chantaje abierto, acompañado de amenazas asesinas, era conocido con anterioridad, por supuesto: en efecto, se había colgado a hombres por este motivo en los años 1720 véase *infra*, pp. 212-213). Posiblemente la amenaza incendiaria se creía nueva.
24. *Ibid.*, XLI, pp. 90-91, reimpreso de la *Norwich Gazette*. La punta de la aguja de Christ Church estaba a 309 pies del suelo: el autor advertía además al destinatario que no colocara vigilancia en la veleta.

desde luego, las condiciones más ventajosas para el chantaje, y exactamente por el mismo motivo estos delitos raramente se descubren.[25]

2) Si el chantaje era parte de un sistema fraudulento de protección con medios efectivos y bien conocidos de represalia contra los que se negaran a aceptarlo.

3) Si podía aterrorizarse a la víctima lo suficiente para asegurarse su anuencia y su silencio, mediante la violencia misma de las amenazas físicas.

Este último punto nos ayuda a explicar la extremada violencia del estilo preferido por aquellos que escribían estas cartas. El problema puede observarse en una carta recibida por un caballero de Ayrshire en 1775:

> Hay seis de nosotros que habiendo sido reducidos a la Miseria por la Desgracia te hemos elegido para nuestro Auxilio, la Providencia te ha capacitado para ello y nosotros nos ocuparemos de que estés dispuesto a hacerlo. Por tanto depositarás 50 libras en moneda: debajo de la Piedra Ancha que hay al Final del Extremo Sur del Malecón de Piedra a la Derecha según vas de Slophouse a Ayr y que sea Oro o Plata y que ... quede allí una Semana ...

Pero evidentemente era probable que la víctima pusiera el lugar bajo vigilancia, por lo que el autor detalló sus propias disposiciones:

> Si eres tan necio como para intentar saber quienes somos estás perdido. Uno de nosotros cogerá el Dinero mientras tres permanecen en Vigilancia con un Par de Buenas Pistolas cada uno y dos quedan en la casa para Vengarse si molestas a los demás y con un Barril de Pólvora dispuesto para volar tu Casa — Así que ya ves que el Silencio es igualmente necesario para ambas Partes.[26]

25. Para un ejemplo de un asunto de ese estilo que no se hizo público, véase Universidad de Nottingham, Manvers Coll. B 92. En este caso, el vicario de Edwinstowe (Notts.), que en 1824 había despedido de su servicio a una tal Sra. Clark, parece haber sido chantajeado por algún allegado de dicha señora que escribió: «yo os vi a ti y a la Sra. Clark salir de la cocina y entrar juntos en el excusado y cuando habíais hecho aquello para lo que habíais entrado, salir». Pero puesto que el autor no pedía dinero sino simplemente «su respuesta», no pudo ser juzgado por felonía.

26. *LG,* n.º 11538 (febrero 1775). Cada *Gazette* está fechada para un período de tres o cuatro días, de modo que es más sencillo identificarlas por su número que por la fecha. La fecha que se da entre paréntesis indica el mes en que la carta fue enviada por primera vez, que era algunas veces unas semanas antes de que fuera publicada en la *Gazette.* Desde 1785 en adelante cada año de la *Gazette* estaba paginado consecutivamente: Handover, *op. cit.,* p. 59.

Esta sutil y muy bien escrita carta no logró quizá credibilidad: no era probable que los poseedores de al menos seis buenas pistolas y un barril de pólvora arriesgaran sus vidas por 50 libras. Un estilo más corriente es el que intenta arrasar por la fuerza misma del estilo. Un comerciante de vinos de Northampton recibió una petición de 800 libras «para el próximo Jueves» (en enero de 1763): «Si no haces lo que te ordenamos Te someteremos a las mayores Torturas ... Tú Villano de Perra Tú Ladrón te voy a volar los Sesos. Maldita sea tu Sangre Perro».[27] Otras cartas sugerían un conocimiento personal entre el autor y la víctima; quizás el chantajista había sido un mercader llevado a la ruina por las actividades del receptor. «He sido tu amigo Mucho y espero que no quedaré sin recompensa por ello Yo soy una Gran Amistad tuya que por la Necesidad es Llevada al mal Camino», fue informado un boticario de Holborn en 1760.[28] Este corresponsal sólo pedía una guinea. En 1763 se notificó solemnemente a George Bryant, un refinador de Deptford: «Señor para hacerle saber que estoy en gran Necesidad de un poco de Dinero o si no me veré obligado a Cerrar el Comercio o Dejar el Negocio ...» 100 libras serían suficientes para esta ocasión, de otro modo la casa del señor Bryant sería incendiada.[29] A un señor de Blackfriars se le dijo en 1764 que llevara 50 libras «Bajo los Pies de una Estatua de Piedra muy vieja con la nariz de la estatua rota que queda toda Directamente enfrente de la Entrada de la puerta norte de la abadía de westminster en la primera Nave». El precio de la negativa sería la «voladura de sesos» del señor; «Soy un mercader que conoces bien y te devolveré el dinero el 17 del mes próximo».[30] Cuando recordamos la desastrosa cárcel de deudores y la negativa caballeresca de muchos miembros de las clases más acomodadas a pagar las cuentas de los mercaderes, tendremos quizás un contexto en el que colocar algunas de estas colectas forzadas.

Excepto cuando el caso llega de hecho a los tribunales, poco puede sacarse de estas cartas. Hay ocasionalmente la insinuación de protección fraudulenta o una exacción general de dinero por parte de un grupo o «patrulla». El comercio de contrabando suponía re-

27. *LG*, n.º 10282 (enero 1763).
28. *LG*, n.º 9971 (enero 1760).
29. *LG*, n.º 10282 (enero 1763).
30. *LG*, n.º 10392 (febrero 1764).

pentinas necesidades de capital para la compra de mercancías de un barco arribado; también exigía la intimidación de delatores.[31]

Suky Boswell, criada de un oficial de impuestos de consumos de Eastbourne, recibió en 1771 una carta que no pudo haberle dejado dudas sobre su intención: «Suky Boswell teniendo unos pocos momentos libres pensé que no Podía ocuparme en cosa mejor que mandarte una Línea o dos ...». El delito de Boswell consistía en haber sido demasiado diligente en favor de su señor: «Haciendo vigilancia para tu señor esa noche ... se fue con los soldados». Y pasa al clímax: «Tengo que matarte y te voy a matar Maldita sea tu sangre te voy a Cortar el cuello de Oreja a Oreja Maldita Maldita y Doblemente Maldita te voy a asar el Hígado ... que Dios todopoderoso maldiga tu Alma Maldita seas Maldita seas ...».[32] Se advirtió a otro oficial de impuestos de Redcar en 1774, que se mantuviera alejado de las arenas: «Harías bien en ... tomar lo que te damos como hacen otros oficiales y si no lo haces juraremos que te dejas sobornar, será mejor que lo tomes por ello y no te condenes».[33]

Sin duda estas cartas, en el continuo conflicto entre contrabandistas y oficiales de impuestos de consumos, satisfacían su función. Podían haber sido efectivas en un contexto mucho más amplio que éste. Las etapas mediante las cuales podía ser un delincuente finalmente conducido a (o de) la horca estaban, como demuestra Douglas Hay, abiertas en varios puntos a la presión y la influencia. Pero, puesto que muchos de los procesos se iniciaban de forma privada, estaban en los mismos puntos abiertas a la presión de los amigos del acusado. Existen cartas anónimas que puntúan cada una de las etapas. Así, en primer lugar se lanzaban amenazas para intimidar al demandante antes de que hubiera comenzado ningún tipo de acción, o inmediatamente después con la esperanza de que la acción fuera abandonada.[34] Y hay también muchos ejemplos de demandantes excesivamente diligentes, celosos o avariciosos (tanto funcionarios

31. Un cirujano de Hackney recibió una carta que comenzaba: «Sr. Toulmin ésta procede de una sanguinaria confederación de contrabandistas que están cortos de fondos y han perdido tres caballos en los últimos quince días de modo buen señor que insistimos en que nos mande 20 guineas ...»: *LG*, n.º 12118 (septiembre 1780).

32. *LG*, n.º 11128 (marzo 1771).

33. *LG*, n.º 11521 (diciembre 1774).

34. Véase, por ejemplo, *LG*, n.º 12095 (junio 1780), n.º 12107 (agosto 1780).

públicos como personas particulares) que recibieron advertencias. El presidente de las Salas de Surrey incurrió en la hostilidad de los deudores albergados en el santuario de Southwark Mint, que se refirieron a él como «¡un viejo, enorme Monstruo Villano sin Paralelo! ¡Fruto de feroces Dragones, Infierno y Furia!».[35] Al recaudador de Impuestos de Consumos de Bristol se le ordenó que «no firmara más Órdenes de Prisión» y «P. S. No permita que el Sr. Lion aparezca en la picota».[36] Cuando en 1776 el alcalde y los jueces de Norwich lanzaron una campaña para procesar a los estafadores de hilaza se les advirtió que abandonaran los trámites o «con Seguridad sufriréis en vuestras personas».[37]

Siguieron amenazas a magistrados, jueces y especialmente a testigos: «por Cristo vivo y eterno que te mato como aparezcas en contra mía como testigo ...».[38] Si el acusado era condenado, podían sobrevenir amenazas dirigidas al fiscal (para asegurar el perdón) o a las autoridades (para liberar al reo). En 1810 un patrón de Londres recibió una nota: «He estado en el Campo. He recibido una carta de mi Amigo que les has desterrado a él y a otro por 10 libras de nitro. Si hubiera sabido que tú y tu Empleado les ibais a acusar les habría quitado de en medio a ellos, a ti y a tu Empleado. Estoy decidido a mataros a los dos ... si no Sacáis a los dos».[39] Si demandante o delator habían recibido dinero por sus actos podía esperarse que su persecución fuera aún más intensa. En 1775 un magistrado de Londres recibió esta carta:

> Señor sentimos ser tan importunos pero anoche se Condenó a Muerte a Jones en el *old Bayley* por motivo del Robo del general fitzroy que fue Descubierto por el Sr. Nickalls que dio la información ... Entonces el Sr. Nickalls tiene derecho a la Recompensa por esta circunstancia por eso el Sr. Nickalls puede estar seguro del todo que no vive más que la persona que está bajo Pena de muerte ... porque estamos Decididos a poner fin a los días de Nickalls si se queda en esta metrópolis porque lo hizo sólo por dinero.[40]

35. Véase *Commons' Journals,* XX, pp. 156-157 (febrero 1723).
36. *LG,* n.º 11793 (agosto 1776).
37. *LG,* n.º 11731 (diciembre 1776).
38. *LG,* n.º 16341 (enero 1810); véase también n.º 15017 (marzo 1798).
39. *LG,* n.º 16341 (febrero 1810).
40. *LG,* n.º 11569 (junio 1775).

Las amenazas como esta no conseguían probablemente más que apretar la cuerda alrededor del cuello del reo, puesto que, como ha demostrado Hay, el ejercicio de la prerrogativa de perdón estaba sostenido por una elaborada ideología que sólo permitía que el mismo surgiera desde arriba como acto de gracia hacia el suplicante debidamente respetuoso. Las amenazas en esta etapa sólo podían acelerar la ejecución y quizá por este motivo son escasas. Pero una vez acabados los trámites legales, podían recomenzar las amenazas. En casos menores, como delitos de caza, esto era corriente. Después que Rudston Calverley Rudston de Pocklington, había conseguido la condena de cuatro cazadores furtivos en 1793, se le dijo: «Rudston nuestra maldad es demasiado grande para soportarla por lo tanto si no te parece bien Devolver todo el dinero de los jóvenes otra vez quemaremos y destruiremos todo lo que tienes y después pagarás con la vida».[41] En asuntos de mayor envergadura, en que los reos habían sido ya ejecutados o desterrados, poco podía hacerse. Varias cartas exigen la bajada y enterramiento inmediatos del criminal ahorcado.[42] Y en algunas ocasiones se asediaba al demandante con amenazas de venganza. En 1776 un tal Girdwood, él mismo en cierto momento preso en Newgate, escribió al demandante de un amigo:

> Señor, siento enterarme de que un caballero como usted sea culpable de Tomar la Vida de MacAllester a cambio de dos o tres guineas; pero no lo olvidará uno que acaba de volver para vengar su causa ... Yo sigo los caminos, aunque he estado fuera de Londres; pero al recibir una carta de MacAllester antes de morir, para buscar venganza, he venido a la ciudad ...

Girdwood fue detectado, porque pasó la carta mediante una mujer que vendía provisiones a las puertas de la cárcel. Fue condenado, se rechazó la apelación y fue ejecutado.[43]

Incluso insignificantes chantajistas intentaban presentarse como parte de una «patrulla» o confederación; los que escribían por motivo de agravios más generales se presentaban como una confedera-

41. PRO, HO 42.27, fol. 722.
42. Por ejemplo, *LG*, n.° 9327 (octubre 1753). El arcediano Robert Oliver de Preston fue informado de que él «y todo Clérigo de este pueblo no eran Nada más que Herejes y Almas malditas si William Whittle ese hombre bueno es colgado en los próximos 10 días podéis estar bien Seguros de que volaréis a vuestra Perdición»: *LG*, n.° 10616 (abril 1766).
43. *R.* v. *Girdwood,* I Leach 142.

ción de treinta, noventa o varios miles, unidos por los más solemnes juramentos para vengar sus injurias. Cuando estaban implicados contrabandistas, o personas que hubieran participado en motines de subsistencias o agrupaciones de comercio ilegal, las amenazas eran verdaderamente peligrosas. Después de los motines de subsistencias de Norwich en 1776, de Halifax en 1770, de Staffordshire y Nottingham en 1800, se advirtió a las autoridades que liberaran o suspendieran las sentencias de sus prisioneros bajo pena de represalias. En Norwich dieciséis hombres «están juramentados por un terrible y grande Juramento» para quemar las casas de los grandes: «los 16 Hombres pues tienen 80 bolsas hechas de papel fuerte llenas de Brea y Azufre atadas con una mecha de nitro en la boca de ellas estas las embutiremos en Ventanas casas y en los montones de Leña la noche en que cualquiera de los Prisioneros sea Colgado ...» Pero se colgó a varios de los prisioneros. Los magistrados de Staffordshire recibieron una elocuente carta, en que se les amenazaba con la muerte y el incendio:

> pues Estamos decididos a que ellos no sean encerrados más por la misma causa que es sólo el pan y que Lucharemos hasta la última gota de nuestra sangre las cabezas de esta Nación en general villanos y causan el hambre entre los pobres mientras que ellos viven en la abundancia. Pan Pan Pan es el grito de los pobres Niños y habéis permitido que el precio pase de nuestro alcance — Queremos que se impriman hojas qué pensáis hacer en relación a esta carta porque estamos por la Guerra o la Paz.[44]

La única respuesta que recibió el autor fue, naturalmente, un anuncio en la *Gazette* en que se ofrecía el perdón a cambio de la información que sirviera para su detención y 170 libras de recompensa. Este tipo de notas se insertaban también en la prensa local y además circulaban con frecuencia como hojas sueltas o carteles de proclama. En asuntos de agravios sociales generales, esto daba publicidad a una curiosa especie de diálogo entre las autoridades y la multitud. La aparición en la *Gazette* era una forma muy solicitada de publicidad y muchos autores meditaban sus mejores florituras retóricas con el cuidado del escritor que manda su primera obra

44. Norwich, *LG*, n.º 10690 (diciembre 1766); véase también n.º 10671 (octubre 1766), y *R.* v. *Royce*, 4 Burr. 2073; Halifax, *LG*, n.º 11038 (abril 1770); Staffordshire y Nottingham, *LG*, n.º 1800, p. 475 (mayo 1800).

a la imprenta. En 1767 se dirigió lo siguiente al alcalde de Chester: «Dios Maldiga tu sangre, tu casa arderá muy pronto si no te ocupas mejor de los Mercados». «Pon esto en el Periódico.» [45] Una carta de Stourbridge del mismo año amenazando con tirar todas las cárceles y prisiones con la fuerza de más de 2.000 hombres armados, concluía: «Sr. Rabley queremos que ponga esto en la Gaceta de Birmingham ... si no lo haces Palabra que tiraremos tu casa».[46]

Algún autor tuvo suerte con respecto a este objetivo. Un ejemplo interesante de este diálogo puede verse en un episodio de la larga lucha por los precios que llevaron a cabo los tejedores de Spitalfields en los años 1760 y 1770. En los primeros hubo una larga campaña de notas amenazantes contra los tejedores o maestros que no colaboraban, de destrucciones de la seda en los telares, etc. En los años 1770 se procesó a muchos cortadores de seda en el Old Bailey bajo acusaciones capitales y fueron ejecutados.[47] En abril de 1771 el testigo principal de la Corona, un trazador llamado Daniel Clark, fue visto por dos tejedores de Shoreditch, asaltado, perseguido de un refugio a otro por una multitud cada vez mayor, arrastrado y golpeado a lo largo de varias calles de Shoreditch y Spitalfields, arrojado a un estanque en Hare Street Field y allí muerto a pedradas. Siguió a ello una campaña de anuncios y contraanuncios. El rey ofreció una recompensa de 100 libras por la información que condenara a los asaltantes de Clark. Como respuesta, David Wilmot, un activo magistrado de Bethnal Green, recibió una carta firmada por «Uno de diez Mil»: «Tú Bribón el Tipo que matamos el Martes juró para que mataran a mi más querido amigo si hubiera tenido mil Vidas se las habría quitado con gusto y si intentas ponerte de su parte como parece por tu Anuncio puedes estar seguro de que Tú y tu Familia no existiréis más de un Mes ...». Era evidente que el autor había estudiado los modelos de estas cartas que la *Gazette* publicaba de vez en cuando pues concluía: «No lo juraré como es costumbre en estas cartas pero si crees lo que es Verdad cree en mi palabra». Wilmot efectivamente publicó esta carta y ofreció una recompensa por la información que le llevara hasta el autor. Animado por todo

45. *LG*, n.° 10720 (abril 1767).
46. *LG*, n.° 10713 (marzo 1767); PRO, WO 1.873.
47. Para documentos ilustrativos del largo conflicto de los trabajadores de seda de Spitalfields, véase *Calendar of Home Office papers of the Reign of George III*, 1878, I, pp. 312-313; III, pp. 273-274; IV, pp. 39-43.

ello, el autor envió, cuatro días después, una carta tres veces más extensa, con una defensa más amplia de los que habían linchado a Clark, «ese detestable Objeto muerto de su venganza que estaba sediento de su sangre no por ningún motivo de Justicia sino simplemente por la Recompensa». «Ya estamos satisfechos habiendo acabado con ese Monstruo en Forma humana, por miedo al cual permanecieron muchas familias en Condiciones de morirse de hambre manteniéndolas alejadas de su principal Subsistencia por Miedo a que Informara contra ellas.» «Sabe esto entrometido villano» se advirtió al juez Wilmot, «que ni la mayor Recompensa de Gracia del Rey será el medio ni de Descubrirnos ni de Acobardar al escritor de estas Cartas y sus Compañeros en este Asunto, en proseguir con Venganza insaciable y profunda sus intenciones contra ti ... P. S. Ahora puedes solicitar del Rey una recompensa mayor y verás con qué Resultado».[48]

Está claro que, al menos entre la muchedumbre, los anuncios de la *Gazette* o la prensa local encontraban atentos lectores; y los individuos de esta muchedumbre veían en ellos una forma posible de expresar agravios y demandas. No se puede, en este nivel de análisis, sacar mucho más del género. El chantaje personal es un delito que aparece en cualquier sociedad no alfabetizada. Mientras que la predominancia de los procesos privados abrió, en el siglo XVIII, ciertos canales a la presión, mediante amenazas, sobre el demandante y los testigos, no puede demostrarse que esta presión fuera generalmente efectiva; y las amenazas dirigidas contra los tribunales o las autoridades eran probablemente contraproducentes. Las cartas de este tipo ofrecen un contrapunto patético e ineficaz al verdadero intercambio de influencias e intereses que discurría entre los poderosos. Es sólo en contextos conflictivos específicos —contrabando, agitación agraria, actividad sindical ilícita o protesta social masiva— donde estas cartas adquieren importancia. Y en estos casos pueden alguna vez ser consideradas como intrínsecas a las formas de organización protodemocráticas, profundamente características de las relaciones sociales y económicas del siglo XVIII.

48. *LG,* n.° 11136 y 11138 (abril 1771). La primera carta de Spitalfields en ser publicada en la *Gazette* es en el n.° 10354 (octubre 1763).

IV

En una sociedad prescriptiva que, en mito si no en realidad, descansaba sobre relaciones de paternalismo y deferencia, dominio y subordinación, existían muchas razones para que los hombres desearan permanecer en el anonimato. De ninguna manera era el anonimato el refugio de los pobres exclusivamente. Incluso el caballero, el profesional desde luego, podía desear la atención de la autoridad sin ofender a su influyente vecino. La investigación en los archivos del siglo XVIII nos proporciona una impresión de visión doble. Entre los papeles del patrimonio privado de la nobleza y la alta *gentry* encontramos cartas serviles de inspectores, comerciantes, abogados y solicitantes de favores. Pero en los documentos de Estado parece que entramos en contacto con una sociedad de seres furtivos y de delatores. A lo largo del siglo XVIII cierto porcentaje del correo del secretario de Estado era anónimo.

Incluso propuestas muy sofisticadas para el bien público —relativas a impuestos, regulación de mercados, leyes de pobres, impuestos sobre consumos— podían aparecer sin firma.[49] Porque también éstas podían implicar cierta crítica de alguna figura influyente local. Asuntos más delicados —en que se señalaba a un caballero que era papista o a un presunto jacobita o se descubría la corrupción en algún puesto oficial— llegaban por correo casi siempre sin firma. A menudo seguía un elaborado ritual con el fin de conseguir protección antes de descubrirse. El autor que prometía información sobre algún negocio fraudulento, firmaba la carta con iniciales; el secretario de Estado anunciaba entonces en la *Gazette* que si «R. S.» se decidía a aparecer en un lugar y hora determinados con más información se le prometía la impunidad y quizás una recompensa; después podía celebrarse la reunión. En la prensa y revistas públicas ocurrían también estas guerras de insinuación y asesinato en letra bajo seudónimo. El ciudadano inglés, nacido libre, se escurría de un lado a otro con una máscara y envuelto en una capa al estilo de Guy Fawkes.

Si así era entre los órdenes más altos, el anonimato constituía la esencia de cualquier forma primera de protesta industrial o social.

49. Un gran paquete de este tipo de comunicación anónima recibido por Robert Harley, duque de Oxford, en las primeras décadas del siglo XVIII, puede encontrarse en British Museum, Portland Loan 29.11.

La amenaza de victimización era constante; la protección que la comunidad podía ofrecer al rebelde conocido contra la vengatividad de los «influyentes» era escasa; las consecuencias de la victimización, sobre toda la vida de la víctima, eran totales. De ello que en numerosísimas ocasiones, a todo lo largo del siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX, la única protesta conocida es esta admonitoria y anónima «voz del pobre». En las primeras décadas del siglo XVIII se encuentran expresiones de jacobitismo popular (aunque ellas indujeran más a la balada o la tonada silbada que a la carta articulada) o de los virulentos «verdaderos azules» de Taunton: «A todo maldito Bribón partidario *wig* que no vote a Popham le cortaremos el cuello el próximo día de Navidad».[50] Hacia 1811 se encuentran prematuras cartas «Swing» como la de los obreros de Early Court cerca de Reading: «Sangre y Venganza contra Tu Vida y Tu Propiedad por quitarnos nuestro Trabajo con tu Máquina de Trillar ... si no la dejas ... te vamos a Trillar los Almiares con Fuego y Bañarte el Cuerpo en sangre. Cómo Mirará la Gente de Reading para ver Early Court toda en Llamas».[51] Entre ambas fechas hay muestras de todo tipo de agravios de la época: la patrulla de reclutamiento, el sorteo de milicia, tribunales locales corruptos, escándalos electorales, derechos consuetudinarios, la licenciación de cervecerías.

Las cartas son de dos tipos: las que están dirigidas a los ricos, autoridades o patronos, y las dirigidas a los compañeros de trabajo o a «la multitud». Hasta los años 1790 el primer grupo es por mucho el mayor, aunque quizá lo único que podamos decir es que éstas eran las que se conservaban con mayor frecuencia y más aparecían en la *Gazette,* ya que era menos probable que las amenazas garabateadas o los jeroglíficos que envolvían un ladrillo y eran lanzados al interior de talleres o empujados bajo las puertas de las casas de esquiroles se publicaran o se archivaran.[52] Después de 1790

50. *LG,* n.º 10724 (abril 1767).
51. *LG,* 1811, p. 1760 (septiembre 1811).
52. D. J. V. Jones en *Before Rebecca,* 1973, p. 99, cita excelentes ejemplos de éstos (algunas veces decorados con toros rojos esquemáticos, etc.), en el contexto del «Ganado Escocés» en el «dominio negro» de carbón y hierro del Sur de Gales; y comenta (p. 100) sobre su extrema efectividad en precipitar huelgas, intimidar esquiroles, y así sucesivamente. Prácticamente la misma efectividad prevalecía probablemente en los años 1760 en la industria sedera de Spitalfields y en la industria lanera del Oeste inglés hacia 1800. Estas advertencias (y ocasionalmente las dirigidas a la *gentry* o a los patronos) iban a veces acompañadas de horribles énfasis de manchones de sangre sobre el papel,

aumenta el segundo grupo: pero ahora encontramos con menos frecuencia la carta que la hoja suelta o el cartel. Y las del grupo primero pueden a su vez dividirse, habiendo sido unas dirigidas a los ricos o acomodados de la localidad y algunas veces clavadas a la puerta de la iglesia o la cruz del mercado, y otras a individuos en particular. La gran mayoría de ambos tipos adoptan un tono y una forma de tratamiento similares, y se distinguen por el pronombre plural «nosotros». Lo que hay en ellas no es más que raramente un agravio personal, sino el sentido compartido de injusticia de los pobres en general. Y el estilo parece imponer ciertos límites a los autores: intentan desde luego presentar no el agravio personal sino el colectivo. Es esto lo que presta un interés excepcional a estos documentos. Pocas veces puede demostrarse que una carta dada indique una protesta general y no la voz de un loco: uno queda reducido a juzgar por la «sensación» que da la carta, su estilo, la particularización del agravio, tanto como por las pruebas de actos colaterales —motín o destrucción de máquinas—. Tales pruebas van apareciendo con regularidad.

Con tantos agravios entre los que elegir, limitaremos nuestro estudio a tres contextos distintos: cartas referentes a conflictos industriales; las surgidas en contextos agrarios; y finalmente el grupo mayor de cartas y hojas, las que se refieren a precios y motines de subsistencias y que pasan, en 1795 y 1800, a la sedición «jacobina».

Las cartas del primer grupo surgen de muchos contextos, pero la mayoría pertenecen claramente al primer sindicalismo ilegal, con sus ejecuciones sumarias: la destrucción de las herramientas y los materiales de los esquiroles o de patronos que contrataban hombres sin aprendizaje, la intimidación de los contrincantes.[53] Al maestro carpintero de navío de Chatham se le dijo en 1764:

> Sr. Allen
> Canalla — porque no puedo llamarte Caballero te he escrito para que sepas que sin ti están mejor los Carpinteros y todo el

---

un pájaro muerto u otro animal en el umbral de la puerta, o incluso el corazón de un animal matado: véase por ejemplo, Yeovil, 1816, PRO, HO 42.150; E. P. Thompson, «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII), *supra*, pp. 132-133.

53. Las cartas pueden insertarse en el contexto definido con tanta claridad por E. J. Hobsbawm en «The Machine Breakers», *Past and Present*, n.º 1 (1952) y *Labouring Men*, 1963.

> Astillero en general muy pronto vas a Salir del Libro de la Vida ... Eres como el Rico que se negó a dar a Lázaro las migas que caían de su mesa ...[54]

En 1763 se amenazó a los maestros zapateros y calceteros de Londres para que satisfacieran las demandas que se hacían sobre los precios: «Malditos sois peores que asaltadores de caminos porque rebajáis los precios».[55] A finales de los años 1780 llegaban cartas como esta de zapateros de Londres, estampadores de calicó de Lancashire y tejedores de Glasgow, Manchester y Newbury.[56] «Un Buen Oficial Zapatero» se dirigió a un maestro en estos términos: «Maldito Insignificante Soberbio Arrogante Bribón todos los que Trabajan para ti te detestan ... Pero espero acabar Pronto con tu soberbia Eliminando la Vecindad donde vives ... y si puedo Empujaría tu maldita Insignificante Persona en medio de las Llamas ...».[57] En 1794 se pasó la siguiente nota bajo la puerta del vestíbulo de la Compañía de Tejedores de Mantas de Witney: «Esta es para informarles Señores que aquí hay un acuerdo hecho entre algunos Hombres que cualquiera que no dé a los oficiales tejedores los dos peniques ... Cuidaros o moriréis y vaya cosa por la que morir oprimir a los pobres».[58]

La destrucción de máquinas y el incendio industrial provocado casi siempre se acompañaban con cartas. Un grupo de éstas hacen su aparición en los años 1780 y 1790, procedentes de la industria algodonera de Lancashire, donde eran prominentes los estampadores de calicó.[59] La serie más vivaz procede, entre 1799 y 1803, de los tundidores y obreros de la confección, en su resistencia ludita a la introducción de las máquinas de tundir. Las amenazas se dirigen igualmente contra patronos y obreros que desafiaban las reglas de los tundidores: «Los Oficiales Tundidores de Bradford Trowbridge Melksham Chipinham Calne y Devizes: Han a Cordado Pagaros a los 4 que seguís trabajando ... si no abandonáis podéis esperar la Ley de los Tundidores; que es ser hecho Cuartos. Y vuestra Carne

54. *LG*, n.º 10398 (febrero 1764).
55. *LG*, n.os 10287 y 10288 (febrero 1763).
56. *LG*, 1786, p. 36 (enero 1786), p. 203 (abril 1786), y n.º 12846 (abril 1787).
57. *LG*, n.º 12854 (mayo 1787).
58. *LG*, n.º 13723 (octubre 1794).
59. Por ejemplo, *LG*, 1785, p. 586 (diciembre 1785); n.º 12720 (enero 1786); 1786, p. 203 (Tejedores de Glasgow, abril 1786); 1792, p. 191 (marzo 1792).

y Huesos Quemados y Vuestras Cenizas Llevadas por el Viento Os envio esto como amigo ...».[60] Las amenazas de este tipo (como en el ludismo, mejor documentado, de los Midlands y el Norte en 1811-1813)[61] infundían mayor terror por la repetición de acciones, generalmente contra la propiedad más que contra personas.[62]

En el contexto agrario, o en la pequeña ciudad mercado, las cartas empezaron pronto —los «Blacks» de los bosques de Berkshire y Hampshire ya las utilizaban en 1723— y, como medio de presión masiva, continuaron aún más tiempo: las cartas «Swing» de 1830 produjeron un clímax, pero hubo cartas similares que acompañaron incendios en East Anglia en los años 1840 y 1850. Estas constituyen algunos de los ejemplos más tristes del género, especialmente las escritas en el siglo XIX: el testimonio de hombres llevados a la violencia por las humillaciones de las leyes de pobres, los bajos salarios, el abuso de la caridad. Los ejemplos del XVIII son a menudo más complejos, haciendo referencia a derechos del común, cerramiento, espigueo, o costumbres locales. Unas cuantas hay que muestran el testimonio, cuidadosamente redactado, de las demandas de los pobres. No podemos demostrar que sean típicas; pero, puesto que se encuentran entre los únicos legados articulados que se conservan de millones de personas supuestamente sin posibilidad de expresión articulada, merecen una atención especial. Los mejores ejemplos, tales como las cartas de «los Conspiradores» de Cheshunt (1799) y la dirigida a los «Caballeros de Ashill» (1816),[63] tienen categoría de importantes documentos sociales.

En unas nueve de las cartas aparecidas en la *Gazette* dominan el

60. *LG*, 1802, p. 386 (abril 1802); véase también 1799, p. 507 (mayo 1799).

61. Buenos ejemplos de cartas luditas pueden encontrarse en W. B. Crump, *The Leeds Woollen Industry, 1780-1820*, Leeds, 1931, pp. 229-230 (el West Riding); J. Russell, «The Luddites», *Transactions of the Thoroton Society*, X (1906), pp. 53-62 (Nottingham); E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, 1968, esp. pp. 607-608, 620, 626, 639, 643-644, 658, 784. Véase también MSS, 126/46; PRO, HO 40.1; *Rex* v. *Adam Wagstaff*, *English Reports*, vol. 168, p. 865.

62. Véase, por ejemplo, *LG*, 1802, p. 1047 (septiembre 1802) en que se enumeran delitos cometidos en este distrito agitado en el verano de 1802, que incluyen incendios de almiares, interceptar los carros y cortar los paños, disparar pistolas en el interior de las casas, ataques armados a máquinas tundidoras, destrucción de maquinaria e incendio de edificios.

63. Para la carta Cheshunt, véase PRO, HO 42.46; para la carta Ashill, véase A. J. Peacock, *Bread or Blood*, 1965, pp. 65-66.

cerramiento de campos o los derechos del común. Durante la resistencia al cerramiento de Holland Fen cerca de Boston (Lincs) en 1769 se advirtió al promotor del mismo: «Sr. Barlow como ha sido uno de los Principales Ingenieros con respecto a hollandfen y ha utilizado su máximo poder para conseguir la Villana Ley del Parlamento para quitar a los pobres su Derecho por la Fuerza y el fraude ... este no es más que el Principio de los Males ...». Las cartas se entregaban con un tiro de pistola por la ventana, acompañadas de la destrucción de cercas, incendio de almiares y disparos contra el ganado. Una estaba firmada: «Una cerca abierta para Siempre».[64]

Cualquier resistencia continuada y a gran escala al cerramiento era probablemente acompañada por cartas. Pero, hasta el siglo XIX en que los trabajadores fueron reducidos en muchas áreas a un nivel general de pobreza, los agravios incluían a los pequeños propietarios o arrendadores, pequeños ganaderos y habitantes de la ciudad con intereses en el común de la localidad. Una extensa carta de Bicester de 1800 atacaba a la *gentry* por contribuir a los fondos de pobres, a los Voluntarios, agricultores, molineros, panaderos, tenderos y matarifes (de cerdos) y concluía con una protesta contra el cerramiento y la pérdida de la trilla de invierno: «estos Jueces y Caballeros han cerrado los Campos y son la causa del abandono de los desgranadores El Diablo les pondrá en Faldones del Infierno a Latigazos».[65] Una carta de Hungerford de 1763 denunciaba la incautación ilícita de un dinero que debía ir a los pobres procedente del arrendamiento de tierras del pueblo: «A quien queréis mantenéis vivo y a quien Queréis matáis de hambre y a quien queréis Engordáis y a quien Queréis lo destruís y ahora Vuestros Corazones se Llenan de Soberbia y Sabéis que no hay una Ley de pobres que no sea alterada Yo voy a hacerme Justicia ...».[66] En 1780 todavía escocía el agravio: los «Caballero Condestable y arrendadores libres» de Hungerford fueron nuevamente acusados de «quitarles los Derechos a los Pobres» y de no pagar por «Comunes muertos» (posiblemente los derechos «muertos» o no utilizados de apacentamiento en el común que debían cederse para la caridad).[67]

64. *LG*, n.º 10960 (julio 1769); n.º 10964 (julio 1769); n.º 11027 (marzo 1770).
65. *LG*, 1800, p. 347.
66. *LG*, n.º 10287 (enero 1763).
67. *LG*, n.º 12191 (mayo 1781).

Había otros centros que parecen haber tenido una larga tradición epistolar; o quizás existía entre los magistrados de los lugares y ciudades la costumbre de prestar atención a las cartas. En Petworth (Sussex) las manifestaciones contra los precios ocurrieron en 1790, y se colocaron copias de un elocuente manifiesto en verso en las puertas de la iglesia, el poste de flagelación y otros lugares.[68] En 1795 se advirtió a un molinero que su molino sería destruido porque «vosotros Molineros y Labradores estáis todos de acuerdo para matarnos de hambre a los pobres ... lo que podéis pensar de vosotros no lo sabemos».[69] Y durante los motines «Swing» de 1830, se advirtió a William Stovolt: «Caballero, cuide su ganado y su persona porque estamos resueltos a quemar la casa del Sr. S. y quizá todo Petworth porque como empecemos Dios sabe cuál será el final porque creemos que Petworth ha tenido lluvia bastante tiempo ...».[70]

«Cuando penetra el Espíritu de Motín en la Gente», observaba en 1739 un folletista, «Nadie sabe la Consecuencia. El *Populacho* tenía ya su *Máxima,* "Que *Adán* no hizo *Testamento;* que son Hijos suyos y deben Participar de las Posesiones de su Padre".» [71] Por lo tanto, en un episodio general cualquiera de disturbios agrarios o de motín de subsistencias, un cierto número de agravios suben a la superficie en estas cartas, apoyados en un sentimiento general de igualación. Esto se observa en los años de motines 1766, 1795 y 1800-1801; en las revueltas de East Anglia de 1816; en los motines «Swing» de 1830 y los incendios que siguieron en los años 1840. Se piensa generalmente que los motines «Rebecca» de los años 1840 estaban dirigidos principalmente contra los caminos de portazgo, pero la realidad es que Rebecca, en sus cartas, se proponía ajustar décadas enteras de cuentas particulares y generales. Éstas podían afectar a los derechos generales de tenencia [72] o a ofensas muy especiales cometidas por individuos: el haber estropeado un río salmonero, la negativa a mantener hijos ilegítimos o (en una denuncia

68. *LG,* 1790, p. 299 (mayo 1790).
69. *LG,* 1795, p. 192 (diciembre 1794).
70. Carta en QO/EW 51, East Sussex RO, citada en Monju Dutt, «The Agricultural Labourers' Revolt of 1830 in Kent, Surrey and Sussex», tesis doctoral, no publicada, Universidad de Londres, 1966, p. 375.
71. «Philalethes» [William Temple], *The Case as it now stands between the Clothiers, Weavers, and other Manufacturers, with regard to the late Riot in the County of Wilts,* 1739, p. 37.
72. PRO, HO 45.454 (i).

al vicario de Eglwyserow, Cardiganshire) el que «Alimenta sus ovejas en el patio de la iglesia con la hierba que crece de la putrefacción de cuerpos humanos estas ovejas luego son matadas para nuestro Mercado de Cardigan y nos han ... hecho caníbales sin nuestro conocimiento». Sus caballos pacían sobre las tumbas y las rompían; estaba usurpando tierra común y había tomado una capilla construida por los metodistas.[73]

Lo que distingue la carta agraria en Inglaterra, desde luego después de 1790 (y a veces antes), es el recurso siempre presente a la amenaza de incendio. La amenaza se cumplía con frecuencia: en efecto, la carta se encontraba a veces en la escena del fuego. El incendio premeditado es un delito tan tremendo e indiscriminatorio, para la opinión urbana, que los historiadores se han molestado escasamente en considerar esta táctica de protesta: primero se le retira la simpatía y luego la atención. Pero en una situación en que la *gentry* y los agricultores patronos tenían un control absoluto sobre la vida del trabajador y su familia, y en la cual (como en 1816 y 1830) las manifestaciones de protesta abiertas y no violentas eran tratadas con ejecuciones y destierros, es difícil pensar qué otras formas de protesta quedaban.[74] El incendio rural raramente era indiscriminado, casi nunca cobraba vidas humanas y muy pocas veces vidas del ganado. Estaba dirigido en primer lugar contra las hacinas de grano y el almiar, después contra las dependencias accesorias o el granero. Puesto que las hacinas de grano representaban una parte sustancial del capital del labrador, sus ganancias sobre el producto anual, era un punto de la mayor vulnerabilidad. Es posiblemente cierto que el incendio fuera un acto fútil y contraproducente, pero sólo se ha supuesto el caso, no se ha sometido a una prueba de eficacia.

Una carta muy «triste» del prior de una aldea de Hampshire aterrorizado con estos medios en 1729 (en circunstancias peculiares) proporciona una idea de la «deplorable condición» a que podían quedar reducidos los habitantes: «Nuestros agricultores, trabajadores y criados están todos agotados por la fatiga, el miedo, la vigilancia;

73. Carta recibida por E. Lloyd Hall, 25 agosto 1843, PRO, HO 45.454 (ii), fol. 468. Véase también, H. T. Evans, *Rebecca and her Daughters*, Cardiff, 1910, pp. 34-35, 68-69, 194-195.

74. Cf. Raymond Williams, *The Country and the City*, 1973, pp. 184-185; sobre cartas incendiarias comparar A. Abbiateci, «Les incendiaires dans la France du XVIIIe siècle», *Annales E. S. C.*, XXV, n.º 1 (enero-febrero 1970), pp. 229-248.

y tan pronto como vuelve la noche nos encontramos todos bajo el terrible miedo de que ardan nuestras casas y graneros ... se consuma nuestro grano ... y de que nosotros y nuestras familias perezcamos en las llamas».[75] Los ejemplos de comunidades o individuos que vivían bajo la sombra de esta clase de terror eran lo suficientemente numerosos en la Gran Bretaña del siglo XVIII y comienzos del XIX para que las amenazas tuvieran credibilidad. Los patronos rurales, mayorales y guardianes de pobres, administradores de la caridad, conservadores de la caza y guardas de la caza, no debieron ser ninguno indiferentes al contraterror de los pobres.

Cuando nos ocupamos del grupo mayor de cartas aparecidas en la *Gazette* —las que tratan sobre precios de alimentos y prácticas de mercado— se puede ofrecer una explicación funcional con mayor confianza. Hasta llegar a los años del ludismo, «Swing» y de Rebecca, sin duda el *annus mirabilis* de las cartas de amenaza fue 1800. Las más de 30 cartas sediciosas aparecidas en la *Gazette* en este año se encuentran en el extremo final de una tradición establecida, que aparece en cualquier año de motines extensos de subsistencias. Sólo una de estas cartas se publicó en la *Gazette* en 1756 (dirigida a un harinero de Newbury: «si no dejas de llevar la Harina a Bristol te vamos a golpear ... la Cabeza»),[76] once en 1766, siete en 1767, dos en 1772, sólo una en 1795 el año de un gran motín de subsistencias, ocho en 1796.

Muchas de ellas no eran tanto cartas como notas u hojas, que satisfacían el doble propósito de amenazar a los ricos y dar publicidad a los agravios e intenciones de amotinarse de la multitud. La tradición —un aviso clavado en la puerta de la iglesia— se remonta al menos a los primeros años del siglo XVIII.[77] Aunque los agravios contra molineros individuales, traficantes, etc., se mencionan a menudo, las notas están dirigidas o bien a los compañeros de trabajo de la localidad o a los ricos en general de la misma.

75. PRO, SP 36.14 (i), fol. 125. Véase E. P. Thompson, *Whigs and Hunters*, Allen Lane, 1975, cap. 10.

76. *LG*, n.º 9613 (agosto 1756). Estas cartas se estaban escribiendo con toda seguridad en los años de precios altos de 1740 y 1753: véase por ejemplo *Newcastle Journal* (28 junio 1740), en el que se informaba de la condena de un hombre en Swaffham Bulbeck (Cambridgeshire) por enviar cartas anónimas al molinero amenazando con quemar sus molinos si el precio de la harina no bajaba; y para un ejemplo en 1753 véase periódicos de Newcastle, Brit. Mus. Add. MSS 32,732, fol. 353.

77. *Calendar State Papers (Domestic)*, 1630, p. 387.

La producción de éstas era tan habitual (en épocas de escasez y altos precios), los agravios que se expresan son de tal autenticidad y tan a menudo acompañados por acciones de regulación de precios o «motín», y aparecen en tantos lugares del país, que sería ridículo sugerir que son obra de «locos». Ya he analizado su función en el modelo de motín de subsistencias, donde puede en ocasiones demostrarse que su aparición era una señal efectiva para que las autoridades intentaran contener los precios, regular los mercados, instituir subsidios o activar la caridad, en previsión del motín.[78] En este sentido podemos decir que la carta u hoja eran perfectamente entendidas por ambas partes del conflicto de mercado, como elemento interno de un código regular y ritualizado de comportamiento; si las autoridades no le prestaban atención lo hacían a su propio riesgo.

Es por ello por lo que hay que leer estas cartas bajo el criterio de este código. Su intención es seria, pero no puede tomarse literalmente. Si en alguna ocasión previa a 1760 la multitud utilizó amenazas jacobitas («estamos deseando que nuestro Rey exilado pudiera ... mandar algunos oficiales»),[79] no es necesario entender esto como indicio de una activa organización jacobita: es simplemente la amenaza que se consideraba más apta para poner en estado de pánico a las autoridades *whig*. Si se alardea ruidosamente de confederaciones, miles de hombres bajo juramento y demás («hay ... 3 mil todos listos para luchar y maldita sea si no reducimos a mierda el ejército del Rey»)[80] no tenemos por qué suponer que tal confederación, tanto armar y jurar son verdaderos. Este es un género literario anónimo: contrariamente a la carta agraria que llevaba a menudo a la ejecución de exactamente aquello con que se amenazaba (el incendio), este tipo de carta daba ocasión no a una insurrección, incendio o asesinatos masivos (como se prometía), sino a acciones controladas de fijación de precios, o acciones de represalia contra molineros o

78. Véase «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», *supra*, pp. 62-134, esp. el caso de Sherborne (Dorset) examinado en las pp. 120-121.
79. PRO, WO 1.873, fol. 495. Para el lugar de tales cartas dentro del «teatro» y «contrateatro» de la sociedad del siglo XVIII, véase mi «Patrician Society, Plebeian Culture», *Journal of Social History*, VII, n.º 4 (verano 1974), pp. 382-405.
80. Carta adjunta en PRO, WO 1.873, fols. 505-510; *LG*, n.º 10713 (marzo 1767).

traficantes, en las cuales raramente había incendios o derramamiento de sangre.

Este es, sin duda, parte del interés y alguna vez del humor torvo y consciente de estas cartas. Sus autores, evidentemente, se deshacían la cabeza y pulían su estilo con la esperanza de producir el máximo terror en el alma de los grandes —grandes que con frecuencia conocían bien y a los cuales acataban humildemente en las calles a la luz del día—. La carta de Middleton de 1762 y la de los mineros de Clee Hill (Shropshire)[81] nos dan la pauta, como lo hace también un papel de 1767 «lanzado últimamente dentro de la Casa de una Persona de Kidderminster»:

> Esta es para dar Aviso a regatones y acaparadores de grano que ha habido algunos en particular vigilando vuestros Movimientos y Habrá dentro de una semana algunos Hombres Venidos de las Minas de carbón por la Noche para Hacer arder fuegos en todos los aposentos de los acaparadores de grano pero la mejor manera de salvaros poned al Pregonero a trabajar y vended todas vuestras existencias a los Pobres a una Tasa Razonable ...[82]

Lo que pedían no era de ninguna manera utópico: esta medida precisamente, subvencionar el grano, era una respuesta acostumbrada de las autoridades a la escasez. Esta carta era muy probablemente un producto colectivo, ya que papeles similares «han sido recientemente colocados en muchos lugares» de Kidderminster.

Hasta los años 1790 las cartas, aunque tenían con frecuencia un tono igualador, estaban dirigidas contra los agravios de mercado y precios, especiales de la época, haciendo a menudo referencia a determinados traficantes o molineros. Las cartas de Norwich y Swansea de 1766 y de Carlisle de 1783 constituyen buenos ejemplos.[83] Norwich tenía corresponsales activos y elocuentes. Una áspera carta de octubre de 1766 fue seguida de otras composiciones floridas, en que el autor se presentaba como uno de «un grupo selecto» conjurados para quemar la ciudad:

> La Ciudad habría sido una llama anoche ... pero yo empleé toda la Elocuencia de que Dispongo y obtuve permiso para escri-

81. *LG*, n.º 10242 (abril 1762), y n.º 10681 (noviembre 1766).
82. *LG*, n.º 10710 (marzo 1767).
83. *LG*, n.º 10681 (noviembre 1766), y n.º 10671 (octubre 1766), y para Carlisle, véase «La economía “moral”...», *supra*, p. 91.

> biros la cual es la última vez que puedo interceder en vuestro favor ... Si pensáis en salvar la Ciudad y vuestras personas alterad Inmediatamente el Sábado por la Mañana el precio de la mayoría de los Comestibles para empezar —en el interim haré todo lo que me atreva para persuadirles cosa imposible sin esta Alteración ...[84]

Es cuestionable que el autor de esta carta juzgara adecuadamente la psicología de sus destinatarios. Pero queda poca duda de que los autores de la carta fijada en el poste de la picota del mercado de Salisbury en 1767 juzgaron acertadamente la mentalidad de los receptores.

Caballeros labradores

Labradores tomad
cuenta esta vez
antes de que sea
demasiado tarde

Antes de
Navidades
algunos de
vosotros
seréis tan
Pobres como
nosotros si
no Vendéis
más Barato

Esta es para que sepáis que Nosotros
hemos robado una Oveja, Para lo cual
la razón fue porque vosotros vendíais
el Trigo tan caro y si no Bajáis
el precio de vuestro Trigo Vendremos
de noche y haremos arder vuestros
Graneros y Hacinas caballeros
Labradores vamos en Serio
ahora y Ello lo veréis para
vuestra desgracia pronto.[85]

Las cartas de 1795 y posteriores continuaron enumerando agravios determinados y amenazando a hombres identificables. Pero las amenazas sediciosas e igualadoras se hacen más generales y, aunque conservan su carácter teatral, insinúan la existencia de una cultura subterránea más seria de painitas y «jacobinos»: el escribir en paredes y pavimentos, conocido en Londres al menos desde la época de Wilkes, se convirtió en un medio de propaganda mucho más serio durante las guerras francesas. James Bisset, un reformador de Bir-

84. *LG*, n.º 10671 (octubre 1766), y n.º 10690 (diciembre 1766).
85. *LG*, n.º 10784 (noviembre 1767).

mingham, observaba en sus memorias que el primer cartel que vio en las paredes de la ciudad fue en los años 1780, dirigido contra el brutal azotamiento de soldados de la milicia de Wiltshire. El mismo compuso un poema sobre la escritura en las paredes, confeccionado con «verdaderos memorándums anotados en la época». En 1791 (en el momento de los motines de Priestley) se veía «Iglesia y Rey», «¡Fuera Paine!» y «Malditos Jacobinos». Pero hacia mediados de los años 1790:

> Cuando el comercio estaba totalmente arruinado y todo muerto
> Las paredes rebosaban horror, se leía «sangre o pan».
> Empezaron a volverse las tornas con celeridad:
> Se borró «Iglesia y Rey» y se trazaron horcas,
> En lugar de «Fuera foxitas», «Fuera Priestley», «Fuera Paine»
> Escribieron después «Fuera Portland», fuera los malditos canallas
> del grano;
> Nuevas inscripciones se vieron a diario en las casas:
> «Fuera regatones», «No más guerra» y «Maldito Pitt»
> también recuerdo,
> «Fuera Rey, Lores y Comunes», «Hogazas grandes», «Revolución»,
> «Fuera Impuestos», «Fuera Diezmos», y sin embargo
> «Constitución Libre».[86]

En los años «clandestinos» posteriores a 1795 se organizó la escritura de un cierto número de hojas idénticas en algunos centros extensos de reforma y los spenceanos adoptaron la forma de propaganda que les ofrecían los carteles escritos sobre la pared.[87] Pero las cartas sediciosas esparcidas por todo el país en 1800 fueron casi con seguridad obra de painitas independientes, apoyados por una oleada de motines de subsistencias y sentimientos antibélicos. Procedente de Hitchin: «Salid con coraje y resolución si permitís a esos Villanos estaréis siempre presos en estas cadenas ... que venga el repartidor de sopa con doctrinas y buenas palabras sobre mantener la casa lim-

86. James Bisset, «Reminiscences» (Birmingham Reference Library, MS 263924), pp. 74, 153-154. Compárese W. Villers y otros (magistrados de Staffordshire en la vecindad de Birmingham) a Portland, 3 octubre 1800, PRO, HO 42.52, fols. 364-365: «Se hacen inscripciones constantemente sobre las paredes de los edificios públicos incitando a la revuelta. La Proclama del Rey fijada juntamente con las Hojas en que se ofrecían recompensas por el descubrimiento de los autores de los papeles sediciosos han sido manchados con una especie de pintura que se parece a la Sangre ...».
87. Véase Thompson, *The Making of the English Working Class*, p. 177.

pia y a la Esposa sonriente mandadle a su casa ...».[88] De Clare (Suffolk): «Caballeros ... si no dais más salario a los hombres por el tiempo que hacen maldita sea si no hacemos una francia de ello».[89] De Wakefield: «Maldita sea tu Alma Metodista que te acabaremos tú Condestable malditos sean tus ojos ... si no nos asignas una hogaza de un cuarto cuida tu vida maldito sea el Rey Jorge tercero y Billy Pitt ... malditas sean vuestras Patatas de engaño ... Que Inglaterra caiga como rocío sobre el suelo y florezcan siempre los jacobinos ...».[90] Está claro que estas composiciones, por el tono alarmante de las cartas con que las acompañaban los magistrados al mandarlas al secretario del Interior, con frecuencia habían conseguido su propósito. Cuando un clérigo de Ramsbury (Wiltshire) tuvo que copiar un papel que se había fijado a un árbol en el centro de la parroquia y estaba firmado «Dios salve a los pobres y abajo Jorge III» no pudo evitar que le temblaran las manos: «Es tal señor el Contenido del Papel, que siento escalofríos de horror al transcribirlo».[91]

Fue contra estos papeles escalofriantes contra los que Hannah More y sus amigos tomaron la pluma. La nota sediciosa que hizo su aparición en los años 1790 no se extinguió nunca: reviviría en todo contexto en el cual la agitación abierta produjera el peligro de persecución y victimización, especialmente en los años del ludismo, en 1816-1820, y en contextos de protesta agraria. Si la carta u hoja anónima se hicieron infrecuentes en otros contextos después de 1830, fue debido a que habían sido desplazados por la prensa radical y cartista.

V

Durante la mayor parte del período que nos ocupa el escribir tales cartas constituía un delito capital. No sólo era un crimen, sino un crimen extraordinariamente serio, y la publicación de cartas en la *Gazette* (con su séquito de perdones y recompensas) era índice de la gravedad con que se consideraban. Estas cartas eran normalmente descritas como «incendiarias», porque generalmente amenazaban con

88. *LG,* 1800, p. 202 (febrero 1800).
89. *LG,* 1800, p. 1308 (noviembre 1800).
90. *LG,* 1800, p. 1454 (diciembre 1800).
91. Rev. Edward Meyrick a Portland, 12 junio 1800 (y adjunta) PRO, HO 42.50. Para la carta, véase «La economía "moral"...», *supra,* p. 124.

el incendio. Los que las escribían, enviaban, circulaban o eran cómplices de cualquiera de estas acciones arriesgaban sus vidas.

El escribir cartas amenazadoras puede constituir por supuesto un delito de derecho común (como la conspiración) o entrar en los límites del libelo sedicioso o la difamación.[92] Este delito parece haber atraído una especial atención de la legislación en el Black Act (1723) por el cual una persona cualquiera «que envíe a sabiendas una carta sin nombre» (o con nombre ficticio) «pidiendo dinero, caza, u otro objeto de valor cualquiera» era culpable de felonía sin exclusión del clero.[93] Los términos en que se redactó esta ley parecen haber creado cierta confusión: ¿eran culpables los transgresores que amenazaban pero no pedían dinero o caza? [94] Hacia 1754 (27 George II *c.* 15) se amplió la definición. Se habían producido motines de grano en 1753, y en el preámbulo de la nueva ley se declaraba: «Puesto que diversas cartas han sido enviadas a muchos de los súbditos de Su Majestad amenazando sus vidas o con quemar sus casas, no pidiendo las mencionadas cartas dinero, caza u objetos de valor, que están sujetos a la pena de la mencionada ley ...» (el Black Act), los autores de las cartas que amenazaban con el asesinato o el incendio de «casas, dependencias accesorias, graneros, almiares de cereal o grano, heno o paja», incurrían igualmente en culpabilidad. En 1757 se aprobó otra ley, dirigida contra los chantajistas que amenazaran con acusar a una persona cualquiera de haber cometido ofensas con fines de extorsionar dinero: pero la pena por este delito era sólo un destierro de siete años, hasta 1823, cuando la pena capital que conllevaban las tres primeras leyes fue reducida a una pena máxima de destierro por vida. Esto supuso un cambio afortunado para los escritores de cartas «Swing» de 1830.[95]

92. Véase 11 Mod. Rep. 137, para *R.* v. *Woodward* (1707) y el juicio de Holt, C. J.: «toda extorsión es una auténtica transgresión».
93. 9 George I *c.* 22.
94. Bajo 12 George I *c.* 34 (1727), los trabajadores que escribían cartas amenazantes a los maestros en la industria lanera estaban expuestos a un destierro de siete años: esta ley fue extendida hacia 22 George II *c.* 27 a los trabajadores de las industrias de fieltro, sombreros, seda, mohair, piel, cáñamo, lino, hilo, algodón, fustán, hierro y curtidos.
95. Para la situación de la ley antes de la derogación, véase E. H. Hyde, *Treatise of Pleas of the Crown,* 1803, II, pp. 1104-1126; para la posición en el momento de derogación, véase Radzinowicz, *op. cit.,* vol. I, p. 641, y *The Charge of ... Baron Vaughan ... at the Special Commission at Winchester,* diciembre 1830, pp. 13-14.

No dispongo de cifras que indiquen el número de prendimientos y condenas por estos delitos en el siglo XVIII. Existen algunas para comienzos del XIX, y éstas inducen a pensar que las condenas eran escasas y que había un grado extraordinariamente alto de absoluciones. Así de 1810 a 1818 —años de industriosidad epistolar, que incluyen el ludismo, los disturbios de 1816 de East Anglia, la agitación radical de la postguerra— tenemos:

	1810	1811	1812	1813	1814	1815	1816	1817	1818[96]
Apresamientos . . .	3	—	5	2	1	2	2	1	1
Absoluciones	2	—	2	—	—	1	1	1	1
Condenas	1	—	3	2	1	2	1	—	—

Las cifras son muy similares a lo largo de los diez próximos años: 1820 vio seis apresamientos y dos condenas (ambas penas de muerte) y 1824 (el año después de que terminara la pena de muerte) vio siete apresamientos y, nuevamente, dos condenas. Ningún otro año presenció tantos apresamientos. El aumento de éstos después de 1828 es significativo:

	1828	1829	1830	1831	1832	1833	1834	1835	1836	1837[97]
Apresamientos . . .	3	4	4	62	6	12	11	15	7	3
Absoluciones sin recurso . . .	2	2	3	38	2	5	6	10	7	1
Condenas	1	2	1	24	4	7	5	5	—	2

Mientras que no puede ofrecerse una cifra precisa, no existe evidencia alguna en ningún año del siglo XVIII que con respecto a apresamiento o condenas tenga un grado siquiera aproximado al de 1831 —las consecuencias de la «Última Revuelta Laboral»—. Es este un delito cuya incidencia rebasa toda cuantificación: ha de permanecer como una «cifra oscura».[98]

96. *Parliamentary Papers* (*PP*), 1819, VIII, pp. 125 ss.

97. *PP*, 1826-1827, XIX, pp. 187 ss.; 1831-1832, XIX; 1835, XLV. E. J. Hobsbawm y George Rudé, *Captain Swing*, 1969, encuentran (en 1830-1831) 42 nombres de hombres y mujeres juzgados procedentes de 22 distritos por escribir cartas «Swing». Solamente fueron condenados 13, de los cuales seis fueron desterrados (p. 241).

98. En 1723, cuando se aprobó el Black Act, se enviaron mensajes amenazadores con frecuencia, en los agitados distritos de Berkshire y Hampshire:

Lo que queda es un caso u otro que la investigación ha descubierto (o descubrirá) en los archivos de los tribunales o la prensa. La alta proporción de delitos con relación a los apresamientos se debe a la extremada dificultad para detectar a los transgresores; una dificultad mucho más acusada en casos de protesta social que en casos de chantaje, puesto que el chantajista era vulnerable, en el momento en que intentaba recoger el botín. Y la alta proporción de absoluciones con respecto a las condenas indica la dificultad para probar el delito.

Incluso en 1830 no existían «expertos en grafología» acreditados. El juez Alderson, famoso por la forma en que dirigió la Comisión Especial de Winchester en el invierno de 1830-1831, se vio no obstante en gran dificultad para instruir al jurado con justeza en un caso en el que un abogado, Henry Pollexfen, fue acusado de escribir una carta amenazadora a un magistrado: «Las pruebas en relación a la letra eran en general muy vagas e insatisfactorias y no existe una cuestión sobre la que los hombres puedan con más facilidad engañarse». Él indicó que eran necesarias más y más firmes pruebas, tales como el hallazgo de dos mitades equiparables de una hoja de papel.[99]

Se juzgó inocente al acusado en este caso. Y nos preguntamos si el juez Alderson recordaría sus propias advertencias cuando, dos semanas más tarde, en Salisbury, condenó a un próspero labrador, Isaac Looker, al destierro perpetuo por escribir a un labrador vecino: «Si vas a jurar en contra de un hombre y ponerlo en prisión, verás tu granja totalmente quemada, y tu maldita cabeza cortada». Hubo testigos que juraron que Isaac Looker había declarado en la taberna que los trabajadores tenían razón en moverse en pro del aumento de salarios y la reducción de diezmos y rentas, y que no eran ellos sino los magistrados y soldados los que creaban disturbios. Si se dejaba en paz a la gente, harían pacíficamente lo que tuvieran que hacer. Este tipo de prueba debió llenar los espíritus de los

---

pero yo sólo he encontrado evidencia de dos juicios (véase *Whigs and Hunters, passim*). Yo he examinado tanto la prensa como los documentos de los tribunales de Assize en otros períodos tope de escritura de cartas (por ejemplo, 1766-1767, 1800) y no he encontrado apenas juicios. Pero el derecho de precedentes proporciona evidencia de un continuo goteo de acusaciones: véase East, *op. cit.*, pp. 1104-1126: por ejemplo el caso de Jepson y Springett (Essex, 1798), el caso de John Heming (Warwickshire, 1799).

99. *The Times* (24 diciembre 1830).

jueces y el jurado especial con una fuerte sospecha de la culpabilidad de Looker. Se demostró entonces que, en efecto, la carta coincidía exactamente con media hoja encontrada en el escritorio de Looker, y que la filigrana había sido cortada. Muchos de los testigos de la acusación afirmaron con toda convicción que se trataba de la letra de Looker, aunque los testigos de la defensa lo negaron. El jurado juzgó culpable al acusado. Alderson no hizo esfuerzos por ocultar que también ésta era su inclinación. Las vehementes protestas de inocencia de Isaac Looker no encontraron más que esta observación: «Todos sabemos que un hombre que puede ser culpable de un delito tal como este por el que has sido condenado, no vacilará en negarlo como lo haces tú ahora. Yo prefiero guiarme por las pruebas que se han ofrecido en tu caso antes que por las más solemnes declaraciones incluso en el patíbulo». La mención del patíbulo produjo una oleada de nostalgia en el espíritu del juez; de haber sido todavía posible aplicar la pena de muerte a este delito, dijo al labrador, tenía pocas dudas de que habría recurrido a ella. Al desterrar a Looker a perpetuidad añadió: «Serás enviado a una región donde encontrarás pocos peores que tú».

Agotado por este ejercicio de retórica disciplinaria, el juez se retiró para tomar un refrigerio. En el intervalo, el hijo de 18 años del labrador, Edward, apareció y confesó haber escrito él la carta. Su padre no estaba en casa en ese día y no sabía nada de ello. Dos de sus primos estaban por entonces encarcelados esperando juicio por su participación en los disturbios «Swing»: «Oí decir a las gentes que saldrían mis primos si se escribían cartas amenazantes». Ligeramente molesto, el juez Alderson sometió inmediatamente a juicio a Isaac Looker *otra vez* o por escribir las cartas o por ayudar e inducir a su hijo. Pero el caso no se sostenía y fue absuelto. Esta vez todos los expertos en escritura podían ver que la carta estaba sin duda escrita con mejor pulso del que el viejo labrador podía tener. Edward, su hijo, fue entonces condenado a siete años de destierro.[100]

Este episodio sirve para destacar la dificultad que había para lograr la condena, una dificultad quizás incrementada por la repugnancia de los jurados del siglo XVIII a enviar a un hombre a la muerte por escribir unas cuantas líneas en papel. Puesto que había pocas con-

100. J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, edición de 1920, pp. 271-272; *The Times* (7 enero 1831).

denas, se sigue que existe poca información sobre los autores de las cartas. Se efectuaron varios ejemplos de ejecución poco tiempo después de la aprobación del Black Act. Los casos son patéticos: torpes aficionados probando su fortuna con el chantaje. El primero en ser ejecutado por ese delito fue probablemente Bryan Smith, un católico irlandés, en Tyburn, 1725. Un amigo suyo estaba bajo pena de destierro por el robo de una cuchara de plata de una taberna : al pedir un *gill* * de vino del Rin y un poco de azúcar, se le trajo éste con una cuchara de plata, que se había llevado. Smith escribió al demandante amenazando su vida si su amigo era desterrado. Ocurrió que el destierro fue efectivamente suspendido. Un testigo declaró: «No había manera de persuadir a Smith de que su carta no había sido la causa de ello. Se puso extrañamente orgulloso, y mucho admiraba su ingenio y su invención, como si nadie más que él pudiera haber hecho lo mismo». Se animó a probar suerte una segunda vez. Se buscó un cómplice, un sastre con el cual pretendió tener una deuda de 27 libras. Después escribió al barón Antonio López Suaffo una carta amenazando con el asesinato y el incendio, firmada «John Brown» en la que pedía a Suaffo que pagara su deuda al sastre. Fue una artimaña tonta. El sastre fue por supuesto arrestado y detenido en Newgate hasta que dio pruebas contra Smith. Estas fueron corroboradas por «la letra, ortografía, imprecaciones y trabucaciones irlandesas» de la carta. Smith fue uno de los primeros en adoptar la moda de ir en el carro que le llevaba a Tyburn con la mortaja puesta, lo cual resultó ser un error mayor que todos los que había cometido previamente. Mientras el verdugo se ocupaba de sus compañeros de sufrimiento, Smith sacó la cabeza del lazo y saltó por encima del carro entre la multitud; saltando con la mortaja de aquí para allá como un fantasma de pantomima fue fácilmente recapturado.[101]

Jepthah Big, colgado en Tyburn en 1729, había probado su suerte con medios igualmente torpes de extorsión y con igual falta de éxito. Según el juez ordinario de Newgate tenía 25 años, era aprendiz fabricante de cajas de pistola, sin trabajo (dado, por supuesto, en los términos rituales acostumbrados, a «beber, blasfemar, putear, etc.»), cuyos padres le habían dado una buena educación en lectura y escritura. Su salida de Tyburn no fue mucho más decorosa que la de

* Medida de líquidos equivalente a 1/8 de litro (*N. de t.*)

101. *Select Trials for Murder & c at the Old Bailey*, 1734-1735, II, pp. 31-34; el *Account* del Ordinario, 30 abril 1725.

Smith, pues se agarró a la cuerda y quedó colgando de sus manos un minuto o dos después de que retiraran la carreta. Esto pudo proveer de impresiones fuertes a la multitud. Tanto Smith como Big parecen haberse lamentado de que no sabían que su delito fuera capital, aunque Big admitió que había oído hablar de dos o tres que habían sufrido por la misma ley.[102] Y, en otros momentos, otros sufrirían por ella.[103]

¿Qué clase de hombre escribía las cartas de protesta social? Hasta los años 1830 y 1840 las condenas son tan escasas que tanto sus causas como sus personajes permanecen en la oscuridad. Quisiéramos ofrecer, como tipo de una clase determinada de escritor de cartas, a William Tillotson, juzgado culpable de sedición en 1804. Tillotson era un hombre mayor que, según el informe de la Corona, había, gran parte de su vida

> vagabundeado por el país a peleas de gallos, *rush bearings* * y diversiones de esta clase, pretendiendo reunir pieles de liebre y conejo y vender baratijas, anillos, y otros pequeños artículos de este tipo generalmente vendidos por buhoneros ... Siempre ha sido merecidamente considerado como una persona blasfema, sediciosa y desafecta, y sospechoso de obtener sus medios de vida y disipación en otros modos que los que pretende profesar.

Tillotson, procedente de Colne (Lancashire), pasó el día después del 6 de agosto de 1803 bebiendo en una posada de Grindleton, situada en los bosques de Clitheroe en el límite entre Yorkshire y Lancashire, y «borracho toda o gran parte del día, cantando y hablando de la forma más blasfema, sediciosa y licenciosa que pueda imaginarse». La expectante imaginación encuentra que sus bromas obscenas y sedientas de sangre estaban dirigidas contra el rey Jorge, el señor Pitt y la *gentry* del país en general.[104]

102. *Select Trials for Murder...*, II, pp. 292-295.

103. Para las condenas en 1730-1731, véase *supra*, p. 183-184; para el caso de Girdler, *supra*, p. 190. Peter Linebaugh observa un chantajista menos principiante en Robert Brownjohn, durante diez años marinero, que se jactaba de haber enviado con éxito cierto número de cartas de extorsión; fue ejecutado en 1738: el *Account* del Ordinario, 8 marzo 1738 y *The Proceedings*, 13-16 enero 1738.

* Ceremonia anual de los distritos del Norte en la que se llevan juncos y guirnaldas a la iglesia y se esparcen sobre el suelo o se decoran las paredes con ellos. (*N. de t.*)

104. Informe de la Corona en PRO, TS 11.1070.5025.

Pero este anciano traidor —esta escandalosa antítesis del noble y moralista buhonero de la «Excursion» de Wordsworth— no era, en la medida en que los datos nos permiten conocerlo, un escritor de cartas. Pertenece a una tradición más antigua, oral, de sedición, cuya expresión tomaba la forma de juegos de palabras rimadas, canciones, poesías, profecías y cantinelas complicadas.[105] Un candidato más apto como «tipo» puede ser Charles Alderson, un oficial talabartero de Lowestoft, que en efecto escribió tres cartas sediciosas a un magistrado en 1793. Las dos primeras cartas están llenas de hostilidad apasionada contra la guerra con la Francia revolucionaria. Alderson pretendía haber descubierto un arma secreta que derrotaría al ejército del duque de York y forzaría a Gran Bretaña a firmar la paz; estaba dispuesto a revelar su secreto al magistrado si podía tener la seguridad de la colaboración de éste. Al no recibir esta seguridad escribió otra carta, en los términos habituales, amenazando con esperarle algún día para castigarle.

Habiendo sido identificado, Alderson fue llevado por el destinatario ante el Quarter Session (tribunal inferior que se reúne trimestralmente) de Beccles. Pero el magistrado amenazado se negó a querellarse contra él, debido a que Alderson tenía una «imaginación perturbada». Sus compañeros magistrados, sin embargo, no iban a permitir que el talabartero se fuera tan fácilmente y le encarcelaron nuevamente, esta vez por sedición. No podían de ninguna manera tolerar la indulgencia hacia un hombre que había escrito: «Yo estoy ... del todo convencido que la vida de cualquier hombre del mundo incluso el más oprimido africano tiene y debe tener más valor en consideración de ellos que todos los ingresos del Rey Jorge tercero y de toda su

105. Véase Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic,* 1971, esp. cap. 13: «Ancient Prophecies». Este es el tipo de «cantinela» que continuó hasta bien entrado el siglo XIX, como atestigua Mayhew. Su adaptación a fines sediciosos puede quedar ilustrada en un caso de Bath, en 1797, en que algunos jornaleros zapateros y un jornalero herrero se vieron en dificultades por haber repartido hojas inflamatorias en cervecerías, acompañado por la «parole» (cantinela verbal): «había un Plano [refiriéndose al rey] entre Dos Agudos, que eran Pitt y Dundas, y el Villano fue apresado, porque había perdido todo su Dinero en el Banco de Venecia»: véase J. Jeffreys a Portland, 11 agosto 1797, en PRO, HO 42.41. Véase también una hoja de Birmingham encabezada: «A las Armas Compatriotas, A las Armas» (septiembre 1800) y que continuaba: «Let the deep Pitt be made Level and all his bandette Beheaded ...» («Llenemos el profundo pozo [Pitt se utiliza aquí jugando con la palabra *pit* —pozo— y utilizándolo en este sentido] y pierdan todos sus bandidos la cabeza»): HO 42.52, fol. 363.

familia ...». Se trajo a un antiguo patrón suyo para que testificara que Alderson no mostraba señales de locura, excepto que «solía pasar gran parte de su tiempo y particularmente los Domingos en la lectura de viejos Libros de Historia».[106] Es esta una querella peligrosa, que justifica ampliamente el encarcelamiento de un hombre.

Alderson no es del todo atípico : su erudición, sus citas de Pope, sus intentos de escribir con un estilo literario distinguido, pueden comprobarse en otras cartas; y éstas se hacen bastante más frecuentes en los años de ludismo y de la postguerra, cuando los excéntricos entusiastas y los tipos raros se dedicaron a escribir elaboradas amenazas epistolares.[107] Aunque sus composiciones eran más breves, puede identificarse a uno de estos hombres de 1830: Joseph Saville, un fabricante de trenzado de paja que traqueteaba por Cambridgeshire en un birlocho en el cual se encontraron entre 600 y 700 cartas de agitación. Era éste un hombre que solía distribuir trabajo entre los *cottagers,* y sin duda entregó también algún trabajo de copia. Estas cartas eran necesariamente breves:

> Oh vosotros Clérigos de la iglesia de Inglaterra, que os
> ahogáis con un hilo
> y os tragáis un camello, desdichados desdichados desdichados seais,
> algún día tendréis vuestra recompensa Swing
>
> Si no os comportáis mejor y dais al Pobre lo suyo
> os haré una visita o no me llamo Swing
>
> Vosotros clero, Víboras, amáis el Diezmo, el Comino y
> la Menta; sois devoradores de hombres y no salvadores de almas
> sino dirigentes Ciegos de los Ciegos, dos veces muertos, arrancados
> por la Raíz Swing

Saville fue descrito como una especie de vociferador metodista y él no hizo ningún intento por negar que había distribuido las cartas. Lo que sí negó, enérgicamente, fue que tuviera interés alguno en la política. Los funcionarios de su parroquia vinieron lealmente a su defensa en los periódicos locales, deplorando su «locura» pero describiéndole como autor de una Sociedad para Enfermos y una Escuela Dominical:

106. Informe de la Corona en PRO, TS 11.460.1544.
107. Véase, por ejemplo, *Salisbury Herald,* citado en *London Dispatch* (6 enero 1839); y PRO, HO 40.1.

> Hacia Navidad proporciona una buena cena a las viudas pobres; ha dado una gran cantidad de patatas a los pobres; ha puesto los medios para distribuir unos cientos de *bushels* de carbón en invierno ... para beneficio de aquéllos; ha sido uno de los primeros en bajar la renta de sus tenentes; es un efusivo defensor y protector de Sociedades Bíblicas y Misioneras ...

Saville alegó en su defensa que había actuado sencillamente según las palabras de las Escrituras, especialmente aquellas como las que comenzaban: «Desdichados Escribas y Fariseos ...». No fue ni el primero ni el último en aparecer ante un tribunal cristiano por tomar los textos cristianos demasiado literalmente, aunque, como escriba de algún tipo que era, podía haber sospechado que también a él le vendrían desdichas. No obstante, tuvo la gran fortuna de no aparecer ante el juez Alderson, de haber tenido el leal apoyo de su parroquia (era difícilmente posible tener un carácter mejor que el que le adjudicaron) y de haber sido juzgado en una región en que los disturbios habían sido comparativamente poco importantes. Se le impuso una multa de 50 libras y se le encarceló doce meses.[108]

Era esta sin duda una sentencia suave. Otros autores «Swing» recibieron destierros (de siete a catorce años o por vida); las mismas sentencias se impusieron en East Anglia en los años 1840 e incluso hacia los años 1850 (aunque entonces hay ya más indicios de clemencia) podían esperarse dos años de trabajos forzados.[109] Estas sentencias recaían, generalmente, en trabajadores —jóvenes como Edward Looker— o, en ocasiones, en hombres que tuvieran alguna ocupación subalterna.[110] Hacia los años 1830 es demostrable que en

108. «F. Singleton» (de hecho A. J. Peacock), «Captain Swing in East Anglia», *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, n.º 8 (primavera 1964), pp. 13-15; *Suffolk Herald*, citado en *The Times* (23 diciembre 1830).

109. He tenido la ventaja de ver dos excelentes estudios que tratan ambos sobre cartas amenazantes relacionadas con incendios en East Anglia: A. J. Peacock, «Village Radicalism in East Anglia, 1800-1850», en J. P. D. Dunbadin, ed. *Rural Discontent in Nineteenth-Century Britain*, 1974, y otro de Julian Harber sobre el incendiarismo en Suffolk en los años 1840 (sin publicar). William Cornish de Gelderstone, que se declaró culpable de haber enviado una carta amenazante a un labrador que utilizaba maquinaria en 1853, fue otorgado clemencia, que había solicitado la acusación, y recibió sólo dos años de trabajos forzados: *Norfolk Chronicle* (23 julio 1853).

110. Hobsbawm y Rudé (*op. cit.*, pp. 131-132, 241) identifican entre los escritores «Swing» acusados cuatro trabajadores, un jardinero, dos maestros de escuela, un empleado de fiscal y un jornalero sastre del cual se decía que era un predicador «vociferante». (El sastre fue desterrado, pero los maestros de

la Inglaterra rural el avance intelectual y el del incendiarismo iban de la mano. Cuando la epidemia de cartas «Swing» estaba en su apogeo, un periódico de York informaba que «se ha detectado a unos muchachos de la escuela Skidby como autores de las cartas a los labradores del lugar».[111] Thomas Brown, un obrero de 17 años, desterrado a perpetuidad por el tribunal de Lewes por el delito, declaró que el viejo y el joven Miller (ambos trabajadores) le habían inducido a ello, puesto que ellos no sabían escribir.[112] Para los analfabetos, el hecho de la escritura parece algunas veces tener poderes mágicos.[113]

Todavía nos hemos aproximado muy poco a los autores de cartas de protesta social y rebelión del siglo XVIII. Pero cuando aparece un rostro, cosa ya muy rara, no parece ser el de un perturbado; es simplemente el de un miembro de una comunidad trabajadora que padecía de agravios comunes, quizás un poco destacado del resto por sus aptitudes literarias. Thomas Bannister, un agricultor *yeoman* de Windsor Forest, que metió unas cartas furiosamente amenazadoras en un agujero de la puerta del establo de un vecino una mañana de enero de 1724 temprano —una acción acompañada de ruptura de ventanas, corte de correas de carreta, ruptura de cercas y mutila-

---

escuela y el empleado fueron perdonados: *The Times*, n.º 22, 24 diciembre 1830.) Los escritores de cartas de Peacock eran en su mayoría jóvenes obreros: Josiah How, un trabajador de 17 años de Huntingdonshire, que ganaba 5 chelines, 1 penique a la semana, amenazó a su patrón con incendio en 1835 si no «se comportaba mejor» con sus trabajadores, y en 1844 Edmund Botwright, de 22 años, dejó una carta en el escenario del incendio: «Vosotros malditos labradores no podríais vivir si no fuera por los pobres, son ellos los que os mantienen vivos, malditos bribones». Harber identifica a Samuel Stow, un obrero de 31 años (y cazador furtivo) de Polestead, Suffolk, desterrado por diez años (en 1845) por una carta amenazadora. Hobsbawm y Rudé (*op. cit.*, p. 241) identifican cinco mujeres encausadas por el delito en 1830-1831; yo sólo he encontrado dos casos de transgresores femeninos juzgados en el siglo XVIII.

111. *The Times* (21 diciembre 1830). Durante la «Guerra del Pequeño Inglés» de Cardiganshire contra el cerramiento en los años 1820, las autoridades sospechaban que el autor de cartas anónimas era James Morris, «anteriormente Clérigo de la Iglesia Establecida, pero privado de esa dignidad, por mala conducta; tiene una Escuela para la educación de Niños en la Vecindad, y vagabundea de una Cabaña a Otra para buscarse el Sustento: es uno de los más difíciles Transgresores»: D. J. V. Jones, «More Light on "Rhyfel y Sais Bach"», *Ceredigion*, IV (1965), pp. 88-89.

112. *The Times* (22 diciembre 1830); J. L. y B. Hammond, *op. cit.*, p. 286.

113. Véase J. R. Godoy, ed., *Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, 1968, pp. 13-17.

ción del ganado— parece haber sido un *yeoman* típico de la región, de familia establecida allí desde antiguo; y su vecino parece haberle ofendido al ofrecer pruebas que llevaron a la condena de otros hombres de la localidad.[114]

En alguna ocasión la correspondencia de las autoridades señala a un posible autor, aunque las pruebas no fueran lo suficientemente firmes como para condenarlo. En el momento más tenso del antijacobinismo este tipo de fuente debe ser utilizada con extremo cuidado. Como pudo comprobar Wordsworth en Alfoxden y William Blake en Felpham, cualquier forastero, especialmente si se encerraba a menudo con libros y papel, podía con facilidad ser sospechoso de revolucionario o espía francés. En 1795 el alcalde de Hastings escribió a Portland asegurándole que era imposible que las hojas sediciosas y cartas de amenaza que circulaban en la ciudad pudieran ser obra de la mano de un ciudadano de Hastings, los cuales «se habían distinguido siempre» por su afección al rey y a la Constitución. Pero se alegraba de poder señalar al verdadero autor, un tal señor Leigh, un forastero recientemente establecido en un alojamiento de la ciudad. Este hombre, «de mediana estatura, pelo moreno sin empolvar atado detrás en una trenza, chaleco y casaca negros, calzón de nanquín» y un «aspecto triste», pudo quizá no haber sido un conspirador, pero fue desde luego objeto de una conspiración. El alcalde, oficiales de la milicia, patrón del alojamiento, la criada, todos vigilaban sus más mínimos movimientos. Se observaban con cuidado las direcciones de sus cartas y cuando pidió a la muchacha de 18 años de su albergue que le enviara una carta, «La muchacha ... viendo que una de sus cartas estaba dirigida a *Lord Stanhope* tuvo la curiosidad de abrir una esquina, pero sólo pudo leer la siguiente porción de una línea: "Nuevas, ya sabe que estoy aquí con ese propósito" ...». El patrón del alojamiento se quedó con la carta siguiente con ánimo de examinarla. El hombre «se ocupa generalmente en leer *Los derechos del hombre* de Paine, las *Profecías* de Brother ... su conversación es indecente en extremo cuando habla del Rey o del Gobierno y ... se ha tomado infinitas molestias para mezclarse con los soldados ... dándoles dinero para beber, etc.». El alcalde añadía, con aparente autocontradicción, que el patrón del albergue «guarda una vasta cantidad de su escritura que se parece con exactitud a las cartas

114. PRO, Assi 5.44 (ii); *Whigs and Hunters*, cap. 3.

de amenaza que he recibido, pero como él puede con facilidad disimular su letra natural, y pocas veces escribe dos veces de igual modo, no tengo la posibilidad de detenerle con probabilidad de condenarle». Admitía la falta de pruebas, pero no tenía «la más fugaz duda de que fuera el Hombre». Mientras escribía este ensayo de detección criminal llegó un aviso para el alcalde en el que se le notificaba que el forastero estaba a punto de marcharse de Hastings, y a pie. Sin duda por sus propios motivos.[115]

Nosotros podemos tener vacilaciones para condenar a este extraño en su ausencia. Pero un magistrado subalterno de Gloucestershire tomó de hecho una serie de medidas de detección que fueron más concienzudas. Todo el episodio, que ilustra el tipo de «diálogo» que existía entre las autoridades y la multitud por este medio, merece un recuento detallado. El 16 de julio de 1795, un caballero de Uley, Gloucestershire, encontró la siguiente nota en su jardín:

> Acuérdate de los pobres en desgracia por culpa de los precios altos de tus provisiones si no las consecuencias serán fatales para muchos en todas las parroquias de alrededor cómo crees que puede un hombre mantener a la familia con el cuarto de harina a un chelín y aquí hay un hombre de esta parroquia que dice que los pobres no estuvieron mejor nunca como están ahora un golpe fatal le caiga a él y a su casa y toda su propiedad ya somos 500 conjurados a ser leales hasta el fin y tenemos 510.000 balas de cañón preparadas y podemos tener pólvora con decirlo y todo lo que hace falta para el propósito de que no haya Rey sino constitución abajo abajo abajo oh vosotros fatales copetes y sombreros altivos que siempre seréis tumbados por nosotros.

Otro caballero recibió una nota similar el mismo día y otra nota más se encontró en otra casa pocos días después. Los tres caballeros se entrevistaron con el magistrado y acordaron mantener las cartas en secreto mientras se llevaban a cabo pesquisas. Pero se comprobó que esto era imposible, puesto que dos de las notas habían sido encontradas por obreros de una fábrica textil, que habían esparcido su contenido por doquier. El juez de paz (el reverendo William

115. Edward Milward, alcalde de Hastings, a Portland, 1 mayo 1795, PRO, HO 42.34. La carta tiene una anotación: «Leigh es miembro del LCS [London Corresponding Society] y estaba distribuyendo las publicaciones de Eaton, etc., etc.». Véase también HO 43.6, pp. 344, 402, y HO 42.52, fols. 304-305.

Lloyd Baker) emitió entonces una declaración pública en el sentido de que «algunas gestiones que teníamos la intención de llevar a cabo para auxilio de los pobres serán suspendidas durante una semana» a consecuencia de las cartas. Es este un buen momento de la lucha de «apariencias» en el equilibiro entre paternalismo y deferencia: es decir, estas «gestiones» para la ayuda caritativa no se habían aún realizado —y fueron quizá sugeridas por las cartas y el miedo a la revuelta—, pero de ningún modo podía parecer que hubieran sido aceleradas como respuesta a la coacción. El reverendo Baker entendía el juego de amenazas y contraamenazas perfectamente bien. Vivía en un distrito en el cual más de una casa de pañeros había sido totalmente quemada, y su propia casa tenía una campana de alarma que, en días tranquilos, podía ser oída por 6.000 personas.[116]

Al llegar a este punto se distribuyeron en Uley alimentos subvencionados entre los pobres. Pero el descontento corresponsal no estaba satisfecho aún y poco tiempo después dejó otro comunicado cerca del taller donde «distribuimos las provisiones». En él se alegaba que el pan subvencionado de los señores a 1 chelín las 5 1/2 libras, no podía compararse con el pan que proporcionaba un panadero de la parroquia a 13 peniques las 6 libras de pan «blanco como la nieve». Tampoco quedaba muy bien parado si se comparaba con Cambridge, donde los pobres reciben un *bushel* de trigo por 10 chelines: «Tropa sedienta de sangre ... recordad a Dives y a Lázaro».

Los señores hicieron caso omiso de este ejemplo de ingratitud y continuaron como antes, terminando su subvención el 3 de septiembre : «teníamos grandes motivos para imaginar que todos estaban contentos con lo que se había hecho hasta el quince de septiembre en que se encontró la siguiente nota ...»:

> La miseria de la gente industriosa por la carestía de las provisiones está pidiendo una junta inmediata por tanto se desea una reunión el próximo Lunes por la mañana 21 a las nueve de la mañana en *hampton coman* para deliberar qué pasos tomar para una alteración inmediata. Sed tan amables de darlo a conocer a más. Con ello no os retraséis o si no moriremos todos de hambre inmediatamente.

116. Para Baker, véase E. Moir, *Local Government in Gloucestershire, 1775-1800: A Study of the Justices of the Peace,* Bristol and Gloucestershire Archaelogical Society Records, vol. VIII, 1969, pp. 145, 150-151.

Se alertó a las tropas y un magistrado vecino de Minchinhampton Common se dirigió al dicho campo en este día. No vio nada; pero se había cambiado la hora y por la tarde se reunieron unas 300 personas, aunque sin dirigente o plan concertado alguno. Volvieron a reunirse, en menor cantidad, el 5 de octubre y nuevamente fueron vigilados por las tropas.

Baker y sus amigos llevaron entonces a cabo una investigación sistemática. Algunas personas de Uley que habían estado en las reuniones fueron interrogadas. La búsqueda se cerró sobre tres hombres que habían sido particularmente activos en el reclutamiento de público. Las sospechas recayeron sobre uno de ellos, y el curso de las pruebas parece haber sido algo más convincente en este caso que en el del forastero de Hastings. Se sabía que este hombre había asistido a las reuniones y había pedido la asistencia de otros; las habladurías de taberna «entre las gentes de clase baja» le señalaban como autor; se reunieron muestras de su letra («unas pocas cuentas») y se comprobaron cuidadosamente con la de la nota «teniendo algunas de las letras formas muy especiales». El sospechoso era un sastre que había nacido y vivido toda su vida en Uley : «un individuo oscuro» y aquellos con los que se relacionaba eran «todos igualmente oscuros».

Pero, aun cuando las pruebas pudieran convencer a un jurado, Baker y sus compañeros magistrados no estaban seguros de cómo proceder. Al principio pensaron dar al sastre una severa reprimenda y advertirle de que era vigilado, puesto que «temíamos que por su delito no estaba sujeto al castigo que nosotros desearíamos». Esto se debía, probablemente, a que las cartas no estaban dirigidas a ninguna persona en particular y no exigían dinero o amenazaban con el incendio o el asesinato de una persona, aunque había prevenido a algunas personas no mencionadas : «esperad perder la cabeza sin más» y otras, que hacían referencia a armas y combates, eran claramente sediciosas. El hecho de las dos reuniones terminó por decidir a los magistrados a presentar todo el caso ante Portland para pedirle su opinión. En su respuesta Portland alabó a los magistrados por su vigilancia, pero recomendó precaución:

> La persona en cuestión está en una situación de vida tan baja, y sus esfuerzos parecen haber producido tan escaso efecto en la Región que me inclino a pensar que quizá fuera la mejor manera de evitar conflictos en el futuro hacerle saber que los Magistrados

> están bien enterados de sus intentos y que contemplan la posibilidad de proceder contra él, lo cual posiblemente le induzca a abandonar la Región ...[117]

En cualquier caso, debían disuadirle de repetir la práctica y, si lo hiciera, entonces debían tomar «medidas adecuadas» para llevarlo ante la justicia. Cuáles debían ser esas medidas adecuadas es algo que no indicó el secretario del Interior, probablemente la acusación de sedición sería la que tuviera mayores posibilidades de prosperar.[118]

Este caso nos muestra todo el proceso del «diálogo» en acción e ilustra la función de las cartas. Muestra también que los magistrados con cierta capacidad de decisión tardaban muchas semanas en informar al gobierno de estas cartas, si es que lo hacían, si creían que podían ocuparse del asunto por sí solos. Finalmente, puede indicar una razón más para que las numerosas cartas de 1795 no fueran publicadas y se mantuvieran alejadas de la *Gazette.* El gobierno adoptaba aún la posición tradicional de que la amenaza seria de carácter político o sedicioso no podía proceder de «oscuros individuos» y «bajas» situaciones de vida, sino de hombres en lugares más altos. Un extraño con libros, un maletín, una casaca negra y calzón de nanquín tenía más probabilidades de atraer la atención que el sastre de la aldea de Gloucestershire; la información de que Wordsworth y su hermana estaba explorando las «vistas» de la costa de Somerset fue suficiente para que se enviara a toda prisa a un agente del gobierno a Stowey. Si la composición anónima del ser oscuro no iba acompañada de actos de incendio premeditado, disparos o revuelta, entonces hasta una fecha tan tardía como 1795 el gobierno estaba dispuesto a dejarlas pasar. En 1800, cuando se hizo manifiesta la existencia de una cultura popular, painita y subterránea, el mismo Portland cambió de posición.

Hay otro caso de escritor de cartas bastante bien documentado, aunque en éste no sea de ninguna manera tan probable que el autor hubiera sido correctamente identificado. En la parroquia de Stogursey de Somerset estuvo en actividad uno de estos escritores entre

117. El endose de Portland de la carta de Baker es más breve: «Si el Escritor de la Hoja puede ser lo suficientemente *asustado* para que abandone la región entonces la mejor manera de evitar disturbios casi parece ser... [el resto ininteligible]».

118. Baker a Portland, s. f. [octubre 1795], PRO HO 42.36; Portland a Baker, 22 octubre 1795, HO 43.7, pp. 219-220.

1794 y 1800. En 1794 se fijaron seis hojas en favor de los pobres de seis parroquias, exigiendo en ellas un avance de los salarios; si no se hacía, 360 hombres «tomarán las armas». En 1795 una nota similar se introdujo por debajo de la puerta de una habitación del mercado donde los señores de la localidad supervisaban la venta de cebada subvencionada. Lo que tiene esta carta de especial es que, aunque es correcta y tiene fuerza, muestra una ortografía irregular («deturmed» en lugar de «determined», «genearel» en lugar de «general») y, sin embargo, termina con cuatro líneas bien escritas de verso latino. Las sospechas recayeron sobre un tal Joseph Brown, trabajador de la parroquia, del cual se sabía que era hombre que podía leer y escribir. Había servido brevemente en los voluntarios de Somerset como sargento y uno de sus oficiales, un teniente cirujano, pretendió haber reconocido su letra al confrontarla con las listas de los enfermos confeccionadas por Brown durante su servicio voluntario. Se extendió un sumario contra Brown, que existe en borrador, pero el caso estaba exclusivamente montado sobre la letra. Además, mientras que se citaba la carta completa en el sumario, se omitían las líneas en latín; esto podría indicar que no se encontraron pruebas de que Brown supiera latín y que, incluso si había participado en la carta, debía tener un cómplice con aficiones clásicas.[119] Desgraciadamente Coleridge había marchado de Nether Stowey (a unas tres millas de Stogursey) dos años antes, de modo que no podemos atribuirle a él el latín. Pero había con seguridad otros aspirantes a los honores literarios en las aldeas de Somerset, hecho que quedó ilustrado en la hoja fijada en la ciudad-mercado de Wellington (Somerset) en 1801:

> Levantad pues vuestros tristes corazones
> No muráis de hambre por decreto de Pitt
> Montad la sagrada Guillotina
> Y proclamad — ¡Libertad francesa! [120]

Cientos de composiciones de este estilo no llegaron nunca a al-

119. Existen informaciones y borradores de encausamientos en una copia transcrita de «papeles relativos a los motines de Stogursey de 1794-1801 en posesión de Lord St. Audries». Esta transcripción está conservada por el vicario de Stogursey, con quien estoy en deuda por su permiso para citar del mismo.

120. *Ibid.*

canzar el Home Ofice. No obstante, sigue produciendo cierta perplejidad enterarse de lo que el gobierno creía estar haciendo en 1800 al reproducir, y darles por tanto mayor publicidad, en la *Gazette* tantos ejemplos de sedición. Porque Portland informó a un corresponsal que : «Debo admitir que no recuerdo ningún caso en que se efectuara descubrimiento alguno por la oferta de recompensa o perdón, como tampoco de que las amenazas contenidas en cartas incendiarias fueran llevadas a cabo». Estaba, sin embargo, «persuadido ... de que publicarlas ... operaba en forma preventiva».[121] Estos datos son en un sentido importantes : confirman la impresión de que se seguían muy pocos procesamientos con éxito en estos años. Pero en otro sentido Portland, que escribía confidencialmente a un amigo, estaba haciendo una afirmación que inducía directamente al error. Puede ser cierto que pocas veces sucediera el asesinato a estas amenazas. Pero los desórdenes e incendios directamente asociados a las cartas de amenaza pasaban por sus manos todos los meses.

De hecho, este mismo corresponsal, W. Baker, miembro parlamentario regional de Hertfordshire, estaba en condiciones de contradecir la afirmación de Portland. El 15 de julio de 1800, se incendiaron graneros, cobertizos y parte del grano pertenecientes a Robert Young de Holwells, cerca de Bishop's Hatfield, Hertfordshire. El delito apareció en la *Gazette* el 19 de julio. El mismo día, el labrador Young recibió una carta firmada «Dr. Steady» que comenzaba:

> Siento que tu grano fuera destruido era a lo que yo me oponía pero el próximo paso no será destruir tu Grano sino que puedes decir a todos los Labradores que se contengan como tú lo has hecho o sus vidas se fatigarán poco tiempo si no venden el grano mucho más barato inmediatamente y lo mismo las vidas de ese maldito grupo de Vendedores y acaparadores de Mark Lane que mantienen el precio alto como lo han hecho pronto serán arruinados.
>
> Somos más de 1.000 en Harford Essex y Londres ... tenemos muchos amigos en Armas que no sospecháis, pero estoy obligado a asistir a su Noche de Junta pero no en una casa pública ...

Esta carta fue enviada desde Londres y podía, claro está, proceder de cualquiera que hubiera tomado la dirección de Young de la *Gazette*.

121. Baker a Portland, 17 agosto 1800, PRO, HO 42.50; Portland a Baker, 24 agosto 1800, HO 43.12, p. 78.

Baker mandó la carta a Portland y le insistió para que se publicara. Portland, como ya vimos, se resistía. Pero el 11 de septiembre el labrador sufrió el incendio de otro montón de avena en su patio. El labrador Young, informaba Baker, está «muy afectado por la agitación de su espíritu», menos, parece, por motivo de sus pérdidas, que estaban aseguradas, que por la hostilidad que le rodeaba y la reputación de avaricia que se había creado. Se habían «hecho circular con mucha malicia» rumores sobre la cantidad de grano que guardaba, rumores que «él está dispuesto a contradecir de la manera más solemne y formalizada». «El pobre hombre ... está tan afectado ... que su vida se ha hecho verdaderamente desgraciada.»[122]

En este caso los incendiarios y el autor no eran necesariamente cómplices. Pero en estos mismos meses Portland debió enterarse de algunos casos en que ambos tenían que estar directamente conectados. Así, en Whiteparish, Wiltshire, se encontró esta carta en febrero de 1800:

> El que lo encuentre
> ábralo y
> léalo y lleve las
> nuevas por todo
> White-Parish
>
> Si todos los labradores de White-Parish no bajan
> mucho el Trigo sus Graneros serán quemados y ellos
> estarán en el centro de ellos, es inútil ofrecer
> recompensas porque no tengo a nadie más que a mí Amén.

Bajo la carta seguía en la *Gazette* otro anuncio (con la firma de Portland): «Y puesto que las Amenazas que hay más arriba (en Parte) han sido Ejecutadas por alguna mala Persona o Personas desconocidas, en el Incendio premeditado de la noche del ... 12 del Corriente de dos Graneros, un Establo, una Cantidad de Heno y Paja, una ternera cebada ...» y otros artículos de la hacienda de un caballero de Whiteparish, se publicó la acostumbrada oferta de perdón y recompensa.[123] Estas cartas no podían nunca tomarse simplemente

122. *LG,* 1800, pp. 814, 1120-1121; Baker a Portland, 12, 18 septiembre 1800, PRO, HO 42.51.

123. *LG,* 1800, p. 202 (febrero 1800); G. J. Fort a W. Hussey, Esq., MP, 19 febrero 1800, PRO, HO 42.49. Otro caso que se había presentado a Portland fue el de graneros, etc. incendiados en Odiham (Hants.), en las tierras

como gestos teatrales. Como escribiera el joven Thomas Brown a lord Sheffield en 1830, «Escribo mal, pero incendio bien Señor».[124]

VI

Si los autores de las cartas eran variados, es esperable que los estilos de las cartas lo sean también. La generalización no nos sirve de mucho. La ortografía de las cartas es interesante, aunque en ocasiones fuera deliberadamente simulada. Con frecuencia son detectables el dialectismo o la cadencia del lenguaje regional —del West Country, irlandés, de East Anglia—. Eran escritas por hombres que conocían el alfabeto, pero cuya escritura estaba más orientada al oído que a los criterios de memoria y vista. Hay cartas trabajadas tan toscamente en los años 1820 o 1830 como en los 1760, aunque al llegar al siglo XIX hay más cartas que indican la presencia de «intelectuales» en el movimiento: maestros de escuela, mercaderes, dependientes, artesanos con un estante de libros.

Quizá fuera posible encontrar datos en las cartas para hacer una nota a pie de página en una historia de la literatura popular. Claramente, la llegada de una forma masiva de agitación que incluye avisos colocados en la plaza del mercado, hojas sueltas y carteles escritos en las paredes supone un público masivo gran parte del cual sabría leer. Una revisión rápida de las cartas indica que es está produciendo un movimiento de salida de las ciudades más grandes (en los años 1760, Londres, Tauton, Tiverton, Plymouth, Chester, Nottingham, Norwich, etc.) hacia la aldea o la pequeña ciudad mercado (en los años 1790, Whiteparish, varias aldeas de Essex, Newport [Isla de

---

de un tenente de sir H. P. St. John Mildmay, seguidos una semana después por una furiosa carta en que se pretendía la responsabilidad y amenazaba con más acciones: el vicario de Odiham sospechaba (sobre la evidencia de la letra) «de un hombre de muy buen carácter — empleado por la mayoría de los labradores, y suficientemente opulento como para no sentir la presión de la actual escasez con gran severidad»: *LG,* 1800, p. 248; las cartas de Mildmay y del reverendo J. W. Beadon en HO 42.49. Otros ejemplos de cartas directamente asociadas con incendios o motines incluyen los de Wedmore (Somerset) 2 abril, Lewes, 17 abril, Nottingham, 25 abril 1800 (todas en HO 42.49); Wimborne (Dorset), 19 junio, distrito de Taunton, 31 julio 1800 (HO 42.50); Blandford, 9 septiembre 1800 (HO 42.51); Haverfordwest (HO 42.53) y otras.

124. J. L. y B. Hammond, *op. cit.,* p. 286.

Wight], Petworth, Odiham, Bideford, Stogursey, Uley, Crediton y otras). Pero hemos advertido una carta de los mineros de Clee Hill en 1767; otra de ls mineros del Nordeste en 1765, y los agricultores *yeomen* de Berkshire las emplearon en los años 1720. Escocia reivindica su fama de progreso en la educación proporcionando algunos de los ejemplos más antiguos de composiciones literarias muy pulidas; y la astucia del lado presbiteriano de la cultura escocesa se asoma incluso entre las escasamente eclesiásticas imprecaciones, como cuando se advirtió al teniente coronel John Crawfurd de Crawfurdland, Ayrshire, que no «perjudicara al País con los Consejos de una Puta abominable y una mujer Adúltera».[125] Hasta la aparición de una Rebecca a menudo muy culta, las composiciones galesas habituales no mostraban ningún progreso educacional con respecto al inglés (aunque es posible que las cartas escritas en galés ofrezcan evidencia distinta).[126] A juzgar por los datos que ofrece la *Gazette,* hasta 1790 el Norte y la parte norte de los Midlands eran zonas atrasadas en comparación con el Sur y el área sur de los Midlands, el Este y especialmente el Oeste.

Aunque la mayor parte de los autores dejaban que el oído guiara su ortografía, muchos caían también en el estilo formal y mimético exigido por el género epistolar. Se advertía al destinatario que el autor se proponía quemar, no su «casa», sino su «aposento», el dinero del chantaje debía depositarse en el agujero de un árbol en tal día del «presente», los asesinos juraban actuar a «la primera oportunidad». Frases como estas, al elevar el estilo, querían de algún modo elevar la amenaza. Así también las florituras literarias que sin duda producían gran satisfacción a sus autores. Un señor de Devon recibió en 1779 una carta en la que se le describía como: «Un Espalda Estrecha, Piojoso, falso, Pequeño Perjuro, Pequeño Bribón. No te hago más caso que a la Hoja de un Aspen que se Marchita y desaparece ...».[127] Los floreos literarios de los painitas de los años 1790 caían con demasiada frecuencia en el cliché con sus «hijos de la libertad», «grilletes monárquicos» o la advertencia, suavizada por el alto estilo, de una carta enviada al alcalde de Plymouth (1729): «teme ponerte al alcance de una Daga bien afilada».[128]

125. *LG,* n.º 12084 (abril 1780).
126. Véase una de las primeras cartas nacionalistas galesas en *LG,* n.º 11368 (julio 1773).
127. *LG,* n.º 11956 (enero 1779).
128. *LG,* 1792, p. 953 (diciembre 1792).

Las cartas más refinadas pertenecen probablemente a los últimos años de la tradición, al menos en las ciudades, de 1800 a los años 1830. Un maestro de algodón de Manchester recibió en 1812 una que comenzaba: «Señor, Empezamos con el Lenguaje del antiguo Profeta, al decir que la Destrucción está Próxima, y ¿por qué? porque nosotros los Hiladores de Algodón de esta Ciudad hemos servido para levantarnos del Estiércol a la Independencia».[129] Pero los escritores de este estilo pueden en ocasiones ser igualados por sus antecesores del siglo XVIII, como aquel de Norwigh que en 1766, después de amenazar con arrasar la ciudad a sangre y a fuego, terminaba con una «noble Sentencia de Horacio» en latín.[130] También en la forma, algunas de las cartas seguían las fórmulas de la autoridad o la administración. Cierta cantidad de notas escritas a mano, fijadas en plazas de mercado adoptaban los «Comoquiera ques» y finezas de las proclamas oficiales. Otras incluían formalidades epistolares conmovedoras. Una carta (Ayrshire, 1775) que continuaba para expresar las amenazas chantajistas más horripilantes empezaba: «Señor, Es esta quizá la Carta más interesante que ha recibido nunca ya que su Vida depende de que se avenga a lo que se pide».[131] El alcalde de Nottingham recibió una carta en 1800 compuesta con una atención impecable a las formas:

> Señor,
>
> Si los Hombres que fueron cogidos el Sábado pasado no son puestos en libertad mañana por la noche, el Matadero, la Lonja y toda la Plaza serán incendiados, si tiene un Ejército de Condestables no podrán evitarlo porque los tablones engrasados arderán bien —

129. Carta al Sr. Kirby, maestro de algodón, Ancoats, adjunta en Holt, 22 febrero 1812, PRO, HO 42.120.

130. *LG*, n.º 10671 (octubre 1766). En 1840, un cartista de Gloucester envió una carta al marqués de Normanby que debió proporcionar al autor gran satisfacción: la carta amenazaba con represalias contra todos los implicados en el juicio de John Frost y sus compañeros insurgentes en Monmouth: «Estad seguros habrá un glorioso *cor-de-main-come-e-fo* será una verdadera *Chef-d'œuvre* con *ec-la*, podéis estar seguros todos estáis en lista y marcados — no están los pobres sufriendo lo imposible por sus malditas leyes de pobres y no vais a casar a vuestro rapaz Vic con una rata alemana para darle 100.000 al año ... Si os enfrentáis a nosotros será ésta una época sobre la que aquellos de vosotros que logréis escapar diréis que es *Sui-gen-e-vis*. ¿Puede Srta. Vic creer que logrará consumar su estado *cannubialis* derramando la sangre de esas pobres criaturas en Monmouth ...?»: PRO, HO 40.57, fol. 13.

131. *LG*, n.º 11538 (enero 1775).

Esperando que considere todo esto.

Quedo su humilde Servidor
Will. Johnston.[132]

Hasta Ned Ludd, el capitán Swing y Rebecca, no había preferencia por ningún seudónimo. Los que se elegían variaban desde el «Probono Público» a EL MONSTRUO. Cuando se solicitó del primer magistrado de Tewkesbury que convocara una junta en 1795 para hacer una petición de paz, so pena de que le atravesaran los sesos con una bala, los firmantes eran: «Venganza, Fuerza, Maldad, Determinación».[133] Los mineros de estaño de Polgooth, Cornualles, firmaron su carta: «Capitanes Audaces, Fuerza, Soberbia y sin miedo».[134] En Sussex una queja por ser las medidas pequeñas (1793) estaba firmada: «del viejo diablo que os llevará a todos si no cambiáis».[135] Escalofriantes amenazas se colocaron en una aldea de Somerset sobre la firma:

Tira fuerte Tira Diablo
El diablo lleve a Ambos
Ahora Bebamos
Almas joviales [136]

Se dirigieron cartas a agricultores y traficantes en dos aldeas de Northamptonshire en 1800 en estos términos: «Si no Bajáis el grano destruiremos vuestros campos con Fuego ... destruiremos todas vuestras ovejas y ... arrancaremos todos vuestros nabos ...». En el sobre, al lado del nombre del destinatario se había escrito : «Walentine».[137] Una carta escrita en Newport (isla de Wight) contra la patrulla de reclutamiento en 1793, se firmaba simplemente «estamos por los derechos de Tom Paine, Regatón».[138]

No cabe duda que algunos de estos escritores disfrutaban con sus extravagancias estilísticas. Meses, quizás años, de resentimiento

132. *LG*, 1800, p. 475 (mayo 1800).
133. *LG*, n.º 13805 (julio 1795).
134. *LG*, 1796, p. 45 (diciembre 1795).
135. PRO, HO 42.27.
136. *LG*, 1800, p. 1093 (septiembre 1800).
137. *LG*, 1800, p. 1455 (diciembre 1800).
138. *LG*, 1793, p. 292 (marzo 1793).

contenido y de supuesta deferencia se descargaban en unas cuantas líneas. De Bideford (1812): «Tu esqueleto si es que se encuentra se dará a los Perros si es que tiene algo húmedo que los Animales puedan devorar».[139] Se trataba posiblemente del mismo autor que había advertido a un molinero de Bideford diez años antes de que «el Diablo te molerá la cabeza en polvo como muele el Grano el molino».[140] Una carta de Dumfries de 1771, que constituye un excelente ejemplo de «proclama» popular, advertía a acaparadores, monopolistas y traficantes (y los que «ayuden o asistan a alguien que haya acaparado», etc.):

> Para el gran Daño y Perjuicio del País, en particular de los Pobres, para Violación de las leyes de Dios y la Naturaleza, por ésta se da Aviso Público, de que desde esta Fecha, desistan de tan pecaminosas Prácticas, bajo Pena de ver sus Casas totalmente quemadas, y castigados en sus Personas en Proporción al Puesto que tengan, así si Magistrado con Mutilación, y si Mercader con que le corten las Orejas ante la Cruz.[141]

Un escritor de Bridgnorth advertía, menos solemnemente, a agricultores y molineros: «les cortaremos las Orejas y les rajaremos la Nariz como marca para que el país los conozca».[142]

El mejor estilo literario que la mayoría de los autores aspiraba a lograr no era el de John Locke ni siquiera Tom Paine, sino el de la Biblia. La abundancia de referencias bíblicas se ha debido ya reflejar a lo largo de este ensayo. El Antiguo Testamento se prestaba fácilmente a la imprecación; y si los autores apelaban a la moral, como generalmente hacían, era con estas referencias a textos y estilo bíblicos. Los autores recordaban a Dives y a Lázaro, comparaban patronos y capataces a Herodes, o recordaban los sermones predicados en la iglesia. Un lugar corriente para fijar sus notas era la puerta de la iglesia; otras cartas se enviaban al clero con la petición de que se leyeran en la iglesia. En una aldea de Suffolk en 1800 se clavó en la puerta de la iglesia lo que parecen ser unos versículos:

139. PRO, HO 42.121, citado en Thompson, *op. cit.*, p. 68.
140. *LG*, n.º 15540 (diciembre 1802).
141. *LG*, n.º 11133 (marzo 1771).
142. *LG*, n.º 15327 (enero 1801).

... el primero que mezcle el grano perderá la cabeza,
Pues vuestra intención es matarnos de hambre ...
Pero el señor ha [¿Elevado?] tanto nuestro Valor
Que antes de morir lucharemos hasta la muerte
Porque pobres contra ricos en todo el territorio
Conquistarán a los ricos y los tendrán en su Poder.
Por tanto arrepentíos de vuestros pecados no lo toméis a mal
Es vuestra Crueldad la Causa de todo esto
El día ha sido señalado en que veréis
Que los pobres compartirán todo esto.

A ser leído en la Iglesia por el Cura después del sermón.[143]

Su lectura, entre las diversas amonestaciones y avisos parroquiales, debía despertar preocupación. Así también una carta enviada a varias parroquias de Essex en 1800 concluía:

Quemaremos y destruiremos todo lo que Encontremos especialmente los grandes terratenientes y los hombres más severos de cada parroquia para los pobres ...

Nos portaremos bien con los clérigos que lean esto en la Iglesia si no es hombre muerto de noche o de día por algún medio destruiremos al rey y su familia y también el Parlamento.[144]

Lo que sorprende de esta carta es que sabemos que al menos en un caso (un local de reunión disidente) se acató la petición.[145]

La mayor parte de las referencias bíblicas se aprecian como eco o alusión. En alguna ocasión se pide la ayuda del Dios de las Batallas, como en Exeter (1801): «Sangre y Fuego es la palabra, y por Dios Todopoderoso no escaparán a nuestra venganza, hemos clamado en vano a los Hombres, ahora apelamos a Dios ...».[146] Con más fre-

143. *LG,* 1801, p. 56 (diciembre 1800).
144. *LG,* 1800, p. 814 (julio 1800). Estas cartas fueron encontradas en las parroquias de Finchingfield, Old Samford, New Samford y Great Bardfield.
145. El eclesiástico se excusó de leerlo por «miedo personal»: véase Thos Ruggles a Portland, 24 junio 1800, PRO, HO 42.50. Cuando la carta apareció en la *Gazette,* Ruggles pidió copias extra del diario para colocarlo en las puertas de las iglesias de aldeas desafectas: se creía que la *Gazette* oficial sería más efectiva que las advertencias de las autoridades locales: Ruggles Portland, 6 julio 1800, *ibid.*
146. *LG,* n.º 15349 (marzo 1801).

cuencia se apela a un código moral de caridad, con sus raíces en los Evangelios. Un señor, probablemente harinero, de High Wycombe fue advertido en 1800 de que era probable que fuera

> enviado al infierno antes de la hora que Dios te ha señalado vivir con todos los lujos de la Vida y tu pobre vecino Vestido con Harapos y muriendo de hambre por falta de alimentos sus Hijos Llorando por Pan y no tenerlo para dárselo tienes que Leer el Capítulo 12 de Lucas y el Capítulo 8 de Amós. Pero tú eres tan Ajeno a los Evangelios como a aquel que los envió ...[147]

Hay pocas cartas que hagan referencias tan explícitas: puede suponerse que en el siglo XVII habrían sido más frecuentes las citas de los textos. Tampoco parece, por la evidencia de que hoy se dispone, que fuera a menudo empleado este modo de expresión por los escritores grandilocuentes o milenarios, aunque, si se recibían este tipo de cartas, los magistrados pudieron hacer caso omiso de ellas como producto de locos. La expresión de fe en un más allá en el que los ricos ardan en el infierno y los pobres encuentren su recompensa, aparece con más frecuencia. El cirujano del *Sandwich* que se había presentado como testigo contra Richard Parker, el amotinador de navío de 1797, fue notificado de que:

> El Sr. Parker ... está esperamos donde los villanos infernales como tú no podréis nunca entrar porque el infierno se hizo para malvados tan ruines y abominables y los que son ... como tú son vasijas de ira hechas para eterna destrucción oh cómo amargará vuestras almas por toda la Eternidad Ver al Bendito Parker lleno de Gozo y felicidad y Gloria en la dichosa presencia de Dios y Cristo y los Ángeles Santos, cuando estéis vosotros en compañía de diablos y Almas condenadas, y llenos de ira, Miseria y Dolor por los siglos de los siglos.[148]

Otro recurso estilístico interesante: se habrá observado ya que cierto número de cartas caen, en algún momento, en el verso de rima tosca o la copla. En algunos casos —dirigidas a un público amplio más que a un individuo— es esto el máximo en refinamiento de estilo. En otros casos —los ejemplos de Wellington (Somerset)

147. *LG*, n.º 15302 (octubre 1800).
148. *LG*, n.º 14033 (agosto 1797).

o Maldon[149]— nos encontramos ante una auténtica propaganda por medio de la poesía. Pero en otros sospechamos estar en presencia de ejemplos tardíos de una tradición mnemotécnica más antigua. Lo siguiente se encontró en la puerta de una iglesia de Kent en 1603:

> De pobres hay más
> Que van de puerta en portón
> Vosotros que estáis establecidos
> Ved de no deshonrar vuestra profesión.[150]

Estos versos tienen una calidad mágica como las adivinanzas rimadas de Merlin, las de Mother Shipton, y «la última profecía de una vaca de Cumberland»:

> Dos duros inviernos, una húmeda primavera
> Un verano sangriento y el rey fuera.

circulaban a lo largo del siglo XVIII, estaban aún vivos en los años 1790 y nos recuerdan a las adivinanzas del bufón de *El rey Lear*. Los escritos de Joanna Southcott constituyen un final adulterado de esta tradición y tienen la cualidad del encantamiento incluso con mal verso. Una amenaza rimada al pie de una carta evocaba una cierta fuerza mágica adicional:

> Creerás que es difícil cuando esto leas
> Más con tu Vida pagarás de veras.

O, al final de una carta incendiaria enviada a un cervecero de Newbury en 1810:

> Con la campana empezaremos y así
> Continuaremos hasta que todo al infierno mandemos.[151]

VII

La carta anónima de amenaza fue un componente intrínseco de la protesta social e individual en la compleja sociedad de industria fabril y progreso agrícola capitalista que los especialistas persisten en

149. PRO, WO 40.17.
150. *Calendar State Papers (Domestic)*, 1630, p. 387.
151. *LG*, 1810, p. 632 (abril 1810).

llamar sociedad «preindustrial». En su aspecto rural acompañaba algunas veces, puntuaba e iluminaba los motivos del incendio premeditado, ruptura de cercas, desjarretar del ganado y así sucesivamente. En minas, talleres, astilleros e industria textil acompañaba la organización sindical ilícita y la ruptura de máquinas.[152] En años de precios altos su función de obstaculizar ciertas prácticas de tráfico y mercado y estimular la caridad o los alimentos subvencionados es clara. En tales circunstancias jugaban algunas veces el papel de canal de «negociación» dentro del equilibrio paternalista-plebeyo.

Estas generalizaciones no nos llevan muy lejos. Ni tampoco llegaríamos lejos si limitáramos nuestro examen a las formas de una fase subsiguiente de organización —la huelga o la pequeña imprenta—, ya que cada una de ellas tiene multitud de funciones y expresa multitud de voces. Para continuar el estudio debemos reordenar cada carta o grupo de cartas según la especificidad de su propio contexto.

Al final, la forma como tal puede ligarse sólo mediante dos temas unificadores. Primero, el acto de enviar la carta, con el fin que sea, constituye un delito; a ojos de la ley todo estilo literario, culto o semianalfabeto, y todo agravio, estaban reducidos a un nivel común. Y sus autores eran delincuentes, sobre los cuales pendía la amenaza del patíbulo o el destierro. En segundo lugar, estas cartas constituyen, en muchos casos —y a lo largo de muchas décadas—, la *única* expresión literaria de todas las personas con pocas posibilidades de expresión que ha sobrevivido. La «oscura figura» del delito mismo queda empequeñecida por la figura aún más oscura de la conciencia plebeya a lo largo de la mayor parte del siglo XVIII y, en zonas rurales, hasta bien avanzado el siglo XIX. ¿Cuáles eran los sentimientos de los de abajo en una sociedad cuya ideología manifiesta era el paternalismo?

De no haberse escrito nunca estas cartas podríamos suponer, aunque sería difícilmente demostrable, que entre 1750 y 1810 Inglaterra fue siempre un país de moderado consenso, dentro del cual los órdenes inferiores mostraban su gratitud hacia el humanitario pa-

152. Tan tardíamente como 1869 o 1870 John Wilson, el pocero primitivo metodista que llegaría a ser miembro del parlamento y dirigente de los mineros de Durham, creyó necesario llevar a cabo una propaganda clandestina anónima en su intento de organizar la zona minera de Haswell. «Empezaron a aparecer notas misteriosas en las poleas y los carros ... escritas en pedazos de papel de unas tres pulgadas cuadradas»; pero de acuerdo con lo que Wilson recordaba sus notas incitaban a la organización («Levantaos y Afirmad vuestra Hombría») y no incluían amenazas: John Wilson, *Memories of a Labour Leader,* 1910, p. 223.

ternalismo con la debida medida de deferencia; o, si no exactamente así, una sociedad entonces en la cual hasta los años 1790 la *gentry* llegó a tener una hegemonía tan abrumadora que el orden impuesto parecía tan indisputable como la bóveda del cielo. Al menos ha sido posible demostrar que aquí y allá se encontraba algo que no era precisamente deferencia. «Lord Buckingham», observó en 1793 el escritor de una hoja suelta de Norwich, «que murió el otro día tenía Treinta Mil Libras, al año por tener el Culo en la Cámara de los Lores y no hacer nada».[153] Esta afirmación debería quizás incluirse en una nota a pie de página de la *Historia del Parlamento.* También los historiadores de regimientos militares pasan algunas veces por alto ciertos aspectos de su estudio que eran aparentes a los observadores de la época: «No tememos a los Soldados», decía un autor de Exeter (1801), «ni a los Voluntarios (vulgarmente llamados los Perros de Presa del Labrador)».[154]

O, si retrocedemos a fechas más tempranas del siglo con expectativas condicionadas por mucha de la historiografía del siglo XVIII, sólo con dificultad podremos reconocer en «esa zorra vieja de Clifton» a lady Clifton de Clifton Hall, Nottingham.[155] Ni las expectativas sobre el funcionamiento imparcial de la ley nos habrán preparado para un informe como el de Southall Court of Requests (Tribunal de Instancias) (1757): «Porque estos Comisarios *Prespetrenc* no tienen la menor idea de Conciencia porque juran que un Cuervo negro es blanco por una moneda de Seis Peniques».[156] O, en otro caso, un aldeano de Hampshire envió una carta en 1798 a Henry Chichley Plowden, que puede modificar las opiniones ortodoxas sobre los modos en que la riqueza comercial, de vuelta en Inglaterra, fertilizaba las revueltas agrarias e industriales: «Eres un maldito Villano y Maldita y Villanamente has hecho tu Dinero y Maldito y Villano eres por no pagar donde lo debes crees que puedes hacer como en las Indias pero o mucho me equivoco o no lo harás porque mataste miles de pobrecillos para coger sus riquezas y ahora haces un dios de ellas».[157]

Sabemos ya lo suficiente sobre las acciones de la multitud del

153. *LG,* 1793, p. 926 (octubre 1793).
154. *LG,* n.º 15349 (marzo 1801). Véase también *LG,* 1800, p. 248.
155. *LG,* n.º 10366 (noviembre 1763).
156. *LG,* n.º 9754 (octubre 1757). Por «Prespetrenc» yo entiendo «Presbyterians».
157. *LG,* 1798, p. 76 (enero 1798).

siglo XVIII para desconfiar de la más bien confortable historiografía dominante hasta época reciente. De acuerdo con estas explicaciones, el caballero inglés que vivía en el campo estaba «próximo a la vida sencilla de la gente sencilla» y «nunca lejos de un humanitarismo normal» : y «el honor, la dignidad, la consideración, cortesía y caballerosidad eran todas virtudes esenciales del carácter del caballero y todas se derivaban parcialmente de la naturaleza de la vida del campo».[158] Un escritor de Witney (1767) mostraba la vida del campo con colores diferentes : «No permitáis que esos malditos resollantes barrigudos Bribones maten de Hambre a la gente de tan Infernal Manera con el propósito de que ellos puedan dedicarse a la caza, las carreras de caballos, etc., y para mantener a sus familias en la Arrogancia».[159] Y en 1800 un habitante de Henley-on-Thames, que había tenido la suerte de ver a los voluntarios en acción contra la multitud, ofreció a los historiadores un armazón alternativo de análisis : «Vosotros caballeros como gustáis de Llamaros — Aunque en ello os Equivocáis — porque sois un montón de los más Condenables Canallas que Nunca Existió».[160]

Sin duda un autor que había sido atropellado por los *yeomen* escribía desde una posición de parcialidad. Pero las voces permanecen en el interior de nuestro oído. Y nos impulsan a una última, e importante, reflexión. La vehemencia misma del estilo no debe inducirnos erróneamente al extremo opuesto, según el cual la Inglaterra plebeya del siglo XVIII se vería compuesta de revolucionarios impotentes, unos pocos de los cuales se expresaban de forma articulada (en la *Gazette*), mientras los restantes rumiaban aisladamente su cólera. Pues las imprecaciones y la vehemencia son el otro lado de la moneda de la deferencia. Son aquellos que provienen de una cultura religiosa en la cual el juramento y la blasfemia entrañan los mayores poderes mágicos. Y son aquellos que no pueden expresar sus agravios abiertamente, que no pueden formar sus propias organizaciones o circular sus propios folletos y su prensa, cuyas voces irrumpen anónimamente con fuerza desmedida.

Pero no debemos dejarnos confundir con esto. *Si surgía la oportunidad,* las voces insurrectas podían ser seguidas por acciones de

158. R. J. White, *Waterloo to Peterloo,* 1957, pp. 40-41; F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth-Century,* 1963, p. 16.
159. *LG,* n.º 10779 (noviembre 1767).
160. *LG,* 1800, pp. 346-347 (marzo 1800).

insurrección. Podía ocurrir, desde luego, que los revolucionarios salieran a las calles, como en París hacia 1791, empleando estas voces. Pero, *sin esa oportunidad,* las voces podían volver, con extraordinaria celeridad, al silencio o la abyecta dependencia. Esto se nota en muchas de las cartas, especialmente en las que se escribieron anteriormente a la influencia de Tom Paine. Puede observarse en el tono oscilante de una carta de los *commoners* de Cheshunt en 1799: «Nosotros como aves rapaces esperaremos secretamente para que corra la sangre» de los que preparaban el cerramiento «cuyos nombres y lugares de habitación son como heridas putrefactas para nuestra nariz»; por otra parte, si en lugar de cerrar el mismo caballero hubiera efectuado una regulación justa de los derechos del común, entonces «en lugar de ser despreciable sería tu Nombre como un Ungüento Odorífero vertido sobre nosotros».

> Dejamos a tu consideración si quieres que te eliminemos de la tierra de los vivos o si quieres tener el corazón de los pobres y todo si se lo pides porque si procedes a cerrar nuestra sangre hervirá como un caldero y si vas a regularlo entonces ... llegaremos y entregaremos nuestros corazones y nuestras voces a ello y a ti para siempre ...[161]

Y, nuevamente, tras todo esto, hay una resignación a la inevitabilidad del orden social establecido: los pobres, por la amenaza o incluso por la violencia, recuerdan a los ricos ciertas obligaciones hipotéticas. Lo que muestran las cartas no es la falta de deferencia en este tipo de sociedad, sino ciertos aspectos de su carácter y sus límites. Esta deferencia no tiene calidad interior: estos escritores no aman a sus amos, pero, finalmente, tienen que resignarse al hecho de que probablemente seguirán siendo sus amos mientras dure su vida. Así ocurre en instituciones menores que profesan valores paternalistas; el suboficial puede despreciar u odiar a sus oficiales, el criado de la gran casa o del *college* despreciar a aquellos a quienes sirve, pero la dependencia exige que se paguen ciertas deudas de conducta y lenguaje.[162]

161. *LG,* 1799, p. 267; PRO, HO 42.46.

162. Es precisamente en una relación de dependencia amo-criado, en la que los contactos personales son frecuentes y se sufren injusticias personales contra las cuales la protesta es fútil, donde los sentimientos de resentimiento u odio pueden ser más violentos y más personales. Incluso los mercaderes que prosperaban, cuya prosperidad dependía de que supieran ocultar sus sentimientos ante sus clientes, arrogantes y malgastadores de tiempo, pueden sufrir estos sentimientos: Francis Place habla de esto en su autobiografía, que pone

De aquí que el historiador que se enfrenta con cartas como éstas y vuelve después a la prensa permitida o los periódicos de los grandes, tenga la impresión de visión doble. En la superficie todo es consenso, deferencia, conformidad; los dependientes solicitan el favor abyectamente; todo está en su lugar; ni una palabra contra la ilustre casa de Hannover o la Gloriosa Constitución rompe las apacibles aguas de la ilusión. Y entonces, desde un nivel oscuro y anónimo, salta ante la vista fugazmente la injuria jacobita o igualadora. No debemos tomar ni la reverencia ni la imprecación como indicación de la verdad final; ambos podían fluir del mismo espíritu, según permitieran las circunstancias y el cálculo de ventajas. Ahora parece, nos dice Richard Cobb, que la mitad de los ayudas de cámara del París prerrevolucionario, que seguían a los nobles servilmente a través de los elegantes *salons,* alimentaban en sus fantasías visiones de guillotinas cayendo sobre los blancos y empolvados cuellos que les rodeaban.[163] Pero, de no haberse levantado nunca la guillotina, las fantasías de estos criados permanecerían desconocidos. Y los historiadores podrían escribir sobre la deferencia, incluso el consenso, del *ancien régime*. La deferencia de la Inglaterra del siglo XVIII pudo ser algo similar.

---

quizá más calor en este punto que en cualquier otro de derechos políticos generales: «Yo sabía ... que el camino más beneficioso a seguir era el de bailar atendiendo a gentes tontas, hacerme aceptable a petimetres, satisfacer sus caprichos, no tener opiniones propias ... Sabía bien que para poder ganar dinero tenía que consentir en someterme a muchas indignidades, a la insolencia, a la tiranía y la injusticia. No tenía opción entre esto y ser un mendigo, y estaba decidido a no ser un mendigo ... En pocas palabras, un hombre para ser un buen sastre, tiene que ser o un filósofo o un miserable esclavo tembloroso cuyos sentimientos no hubieran sido nunca elevados a la altura de la hombría»: *The Autobiography of Francis Place,* ed. Mary Thale, Cambridge, 1972, pp. 216-217.

163. El director administrativo de la Oficina de Fuegos del Distrito (que contaba con una gran experiencia) también observó que las personas dependientes más íntimas de los poderosos eran los más dados a cometer incendios premeditados y a escribir cartas incendiarias. Aconsejó a sus empleados, durante el episodio «Swing»: «Los *criados de la víctima,* gente empleada por él e incluso de su confianza, viviendo en sus tierras, y cerca del lugar incendiado, son frecuentemente capaces de cometer estos actos. Un desprecio, una negativa, una supuesta rudeza, ni siquiera, incluso la gratificación de sentimientos de envidia y malicia, son motivos suficientes para cierta clase de gente para cometer estos actos. Algunos de los intentos más decididos de quemar una casa que tenemos registrados han sido cometidos por criadas». La circular iba encabezada «Para el Descubrimiento de un Incendiario en la Región», 24 diciembre 1830, PRO, HO 40.25, citado en Radzinowicz, *op. cit.,* II, pp. 450-454.

TIEMPO, DISCIPLINA DE TRABAJO Y CAPITALISMO INDUSTRIAL *

> Tess ... ascendió por el oscuro y tortuoso callejón o calle que no estaba pensado para avanzar con rapidez; una calle hecha antes de que tuvieran valor las pulgadas de terreno y cuando los relojes de una sola manecilla dividían el día suficientemente.
>
> THOMAS HARDY

I

Es un lugar común que los años que van de 1300 a 1650 vieron importantes cambios en la percepción del tiempo, en la cultura intelectual de Europa occidental.[1] En los *Cuentos de Canterbury,* el gallo todavía aparece en su papel inmemorial de reloj de la naturaleza: Chauntecleer.

> Caste up his eyen to the brighte sonne,
> That in the signe of Taurus hadde yronne
> Twenty degrees and oon, and somwhat moore,

* «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», *Past and Present,* n.º 38 (diciembre 1967), pp. 56-97. (Copyright mundial: Past and Present Society, Corpus Christi College, Oxford).

1. Lewis Mumford hace afirmaciones sugerentes en *Technics and Civilization,* Londres, 1934, esp. pp. 12-18, 196-199; véase también S. de Grazia, *Of Time, Work, and Leisure,* Nueva York, 1962; Carlo M. Cipolla, *Clocks and Culture, 1300-1700,* Londres, 1967, y Edward T. Hall, *The Silent Language,* Nueva York, 1959.

He knew by kynde, and by noon oother loore
That it was pryme, and crew with blisful stevene ...*

Pero a pesar de que «Conocía por instinto cada grado ascendente del círculo equinoccial» el contraste entre el tiempo «de la naturaleza» y del reloj se destaca en la imagen:

Wel sikerer was his crowyng in his logge
Than is a clokke, or an abbey orlogge.**

Es este un reloj muy antiguo: Chaucer (contrariamente a Chauntecleer) vivía en Londres y conocía las horas de la corte, la organización urbana y ese «tiempo del comerciante» que Jacques Le Goff, en un estimulante artículo de *Annales,* ha contrastado con el tiempo de la Iglesia medieval.[2]

No me interesa polemizar sobre la medida en que el cambio se debió a la difusión de los relojes desde el siglo XIV en adelante o en qué medida era esto en sí mismo síntoma de una nueva disciplina puritana y exactitud burguesa. Como quiera que lo consideremos, el cambio se ha producido con toda certeza. El reloj sube al escenario isabelino, convirtiendo el último soliloquio de Fausto en un diálogo con el tiempo: «aún se mueven los astros, el tiempo corre, el reloj va a sonar». El tiempo sideral, presente desde que empezara la literatura, se ha trasladado, en un solo movimiento, de los cielos al hogar. La mortalidad y el amor se sienten con más intensidad mientras «el lento avanzar de la manecilla en movimiento» [3] cruza la esfera. Cuando el reloj se lleva alrededor del cuello descansa próximo a los latidos menos regulares del corazón. Las convencionales imágenes isabelinas del tiempo como tirano devorador, mutilador y

* Levantó los ojos hacia el resplandeciente sol (que había recorrido en el signo de Tauro poco más de veintiún grados), y conoció, por instinto, y por aprendizaje alguno, que era la hora de prima. En consecuencia cantó con voz jovial ... (Trad. de Juan G. de Luaces, Barcelona, 1946).

** Era más grata su voz que el órgano que sonaba en la iglesia los días de misa, y su cantar mucho más infalible que un reloj de abadía. (*Ibid.*)

2. J. le Goff, «Au Moyen Âge: Temps de l'Église et temps du marchand», *Annales ESC,* XV (1960); y del mismo autor, «Le temps du travail dans la "crise" du XIVe siècle: du temps médiéval au temps moderne», *Le Moyen Âge,* LXIX (1963).

3. M. Drayton, «Of his Ladies not Comming to London», *Works,* ed. J. W. Hebel, Oxford, 1932, III, p. 204.

sangriento, como segador de guadaña, son ya antiguas, pero tienen una nueva inminencia e insistencia.[4]

Con el avanzar del siglo XVII la imagen del mecanismo de relojería se extiende, hasta que, con Newton, ha absorbido el universo. Y hacia mediados del siglo XVIII (si hemos de creer a Sterne) el reloj ha penetrado en niveles más íntimos. Porque el padre de Tristram Shandy —«en todo lo que hacía era ... de lo más metódico»—, «se había impuesto como norma durante muchos años de su vida dar cuerda a un gran reloj que se encontraba tras la escalera de la casa, la noche de cada domingo de mes durante todo el año». «Probablemente llegó gradualmente a programar con idéntica frecuencia algunas otras pequeñas obligaciones conyugales», y esto permitió a Tristram fechar su concepción con toda exactitud. También provocó *The Clockmaker's Outcry against the Author*:

> Las instrucciones que había recibido para la confección de varios relojes para el país han sido revocadas; porque ninguna dama recatada se atreve hoy a decir una palabra con respecto a dar cuerda al reloj, sin exponerse a las furtivas miradas y las bromas maliciosas de la familia ... Más aún, la expresión corriente de las mujeres de la vida es, «Señor, ¿quiere que de cuerda a su reloj?».

Virtuosas matronas (se lamentaba el «relojero») están relegando sus relojes a los cuartos trasteros porque «estimulan los actos de carnalidad».[5]

Pero no es probable que este grueso impresionismo haga progresar la cuestión que nos ocupa: ¿hasta qué punto, y en qué formas, afectó este cambio en el sentido del tiempo a la disciplina de trabajo, y hasta qué punto influyó en la percepción interior del tiempo de la gente trabajadora? Si la transición a la sociedad industrial madura supuso una severa reestructuración de los hábitos de trabajo —nuevas disciplinas, nuevos incentivos y una nueva naturaleza humana sobre la que pudieran actuar estos incentivos de manera efectiva—, ¿hasta qué punto está todo esto en relación con los cambios en la representación interna del tiempo?

4. El cambio se examina en Cipolla, *op. cit.;* Erwin Sturzl, *Der Zeitbegriff in der Elisabethanischen Literatur* (Wiener Beitrage zur Englischen Philologie, LXIX) Viena-Stuttgart, 1965; Alberto Tenenti, *Il Senso della Morte e l'amore della vita nel rinascimento,* Milán, 1957.

5. Anónimo, *The Clockmaker's Outcry against the Author of ... Tristram Shandy,* Londres, 1760, pp. 42-43.

II

Es sabido que entre pueblos primitivos la medida del tiempo está generalmente relacionada con los procesos habituales del ciclo de trabajo o tareas domésticas. Evans-Pritchard ha analizado el sentido del tiempo de los «nuer»:

> El horario diario es el del ganado, la ronda de las tareas pastorales, y el paso del tiempo a través de un día es, para un nuer, primordialmente la sucesión de dichas tareas y sus relaciones mutuas.

Entre los «nandi» se desarrolló una definición ocupacional del tiempo que no solamente cubría todas las horas, sino también las medias horas del día —a las 5.30 de la mañana los bueyes han ido al lugar de apacentamiento, a las 6 se ha soltado a las ovejas, a las 6.30 el sol ha crecido, a las 7.30 las cabras han ido a pastar, etc.—, una economía extraordinariamente bien regulada. De forma similar se desarrollan los términos en que se miden los intervalos de tiempo. En Madagascar una forma de medir el tiempo es «una cocción de arroz» (alrededor de media hora) o «la fritura de una langosta» (un momento). A los nativos de Cross River se les oyó decir que «el hombre murió en menos tiempo que tarda el maíz en quedar completamente tostado» (menos de quince minutos).[6]

No es difícil encontrar ejemplos de esto más próximos a nosotros en tiempo cultural. Así, en el Chile del siglo XVII, el tiempo se medía con frecuencia en «credos» : en 1647 se describió la duración de un terremoto como el período de dos credos; mientras que se determinaba el tiempo de cocción de un huevo por la duración de un «avemaría» en voz alta. En época reciente, en Birmania, los monjes

6. E. E. Evans-Pritchard, *The Nuer*, Oxford, 1940, pp. 100-104 [hay tradución castellana: *Los Nuer*, Barcelona, 1977, pp. 116-120]; M. P. Nilsson, *Primitive Time Reckoning*, Lund, 1920, pp. 32-33, 42; P. A. Sorokin y R. K. Merton, «Social Time: A Methodological and Functional Analysis», *American Journal of Sociology*, XLII (1937); A. I. Hallowell, «Temporal Orientation in Western Civilization and in a Pre-Literate Society», *American Anthropology*, Nueva Serie, XXXIX (1937). Otras fuentes para la noción primitiva del tiempo se citan en H. G. Alexander, *Time as Dimension and History*, Alburquerque, 1945, p. 26, y Beate R. Salz, «The Human Element in Industrialization», *Economic Development and Cultural Change*, IV (1955), esp. pp. 94-114.

se levantaban al amanecer «cuando hay suficiente luz para ver las venas de las manos».[7] El *Oxford English Dictionary* ofrece algunos ejemplos ingleses: «pater noster wyle», «miserere whyle» (1450); y (en el *New English Dictionary* pero no en el *Oxford English Dictionary*) «tiempo de orinar», una medida un tanto arbitraria.

Pierre Bourdieu ha explorado más de cerca las actitudes ante el tiempo del campesino kabileño (en Argelia) en años recientes: «Una actitud de sumisión y de impasible indiferencia al paso del tiempo que nadie sueña siquiera en dominar, utilizar o ganar ... La prisa se considera una falta de decoro combinada con una ambición diabólica». El reloj se conoce a veces como «el molino del diablo»; no hay horas precisas de comer; «la noción de una cita exacta es desconocida; sólo aceptan encontrarse "en el próximo mercado"». Hay una canción popular que dice:

> It is useless to pursue the world. No one will ever overtake it.* [8]

Synge, en su bien observado relato sobre las islas Aran, nos ofrece un ejemplo clásico:

> Mientras paseo con Michael alguien se me acerca a menudo para preguntarme la hora. Poca de esta gente, sin embargo, está lo suficientemente acostumbrada al tiempo moderno para comprender más que de una forma imprecisa la convención de las horas y cuando se la digo es por mi reloj por lo que no quedan satisfechos y preguntan cuánto les queda hasta el atardecer.[9]
>
> El conocimiento general del tiempo en esta isla depende, curiosamente, de la dirección del viento. Prácticamente todas las chozas se construyen ... con dos puertas, una frente a la otra, de las cuales la más protegida se mantiene abierta todo el día para que

7. E. P. Salas, «L'évolution de la notion du temps et les horlogers à l'époque coloniale au Chili», *Annales ESC*, XXI (1966), p. 146; *Cultural Patterns and Technical Change*, ed. M. Mead, UNESCO, Nueva York, 1953, p. 75.

* Es inútil perseguir el mundo. Nadie lo alcanzará.

8. P. Bourdieu, «The Attitude of the Algerian Peasant toward Time», en *Mediterranean Countrymen*, ed. J. Pitt-Rivers, París, 1963, pp. 55-72.

9. *Ibid.*, p. 179: «Los hispanoamericanos no regulan sus vidas por el reloj como hacen los anglosajones. Tanto la población rural como la urbana, al serles preguntado cuándo piensan hacer alguna cosa, da respuestas como: "Ahora mismo, a las dos o las cuatro"».

> dé luz al interior. Si sopla viento norteño se abre la puerta sur y la sombra de la jamba de la puerta indica la hora en su movimiento sobre el suelo de la cocina; tan pronto como el viento cambia, viniendo del sur, se abre la otra puerta, y las gentes, a las que jamás se les ha ocurrido utilizar ni siquiera una esfera primitiva, se encuentran perdidas ...
>
> Cuando el viento es del norte la anciana prepara mis comidas con cierta regularidad; pero en los demás días me hace con frecuencia el té a las tres en lugar de las seis ...[10]

Naturalmente, una indiferencia tal ante las horas del reloj sólo podía ser posible en una comunidad de pequeños agricultores y pescadores con un armazón mínimo de comercialización y administración, y en la cual las tareas cotidianas (que pueden variar desde pescar a labrar la tierra, construir, remendar las redes, bardar, hacer una cuna o un ataúd) parecen revelarse ante los ojos del labrador por la lógica de la necesidad.[11] Pero esta exposición nos servirá para destacar los condicionamientos esenciales en las distintas notaciones del tiempo que proporcionan las diferentes situaciones de trabajo y su relación con los ritmos «naturales». Está claro que los cazadores deben utilizar ciertas horas de la noche para colocar sus trampas. Los pueblos pescadores y marineros tienen que integrar sus vidas con las mareas. Una petición de Sunderland de 1800 incluye las palabras «considerando que es este un puerto de mar en el cual mucha gente se ve obligada a permanecer levantada toda la noche para atender a las mareas y a sus asuntos en el río».[12] La frase operativa es «atender las mareas» : la organización del tiempo social en el puerto se

10. J. M. Synge, *Plays, Poems, and Prose,* Everyman ed., Londres, 1941, p. 257.

11. El suceso más importante en la relación de las islas con una economía externa durante la época de Synge fue la llegada del barco de vapor, cuyas horas podían verse muy afectadas por la marea y el tiempo. Véase Synge, *The Aran Islands,* Dublín, 1907, pp. 115-116.

12. PRO, WO 40.17. Es interesante observar otros ejemplos en que se reconoce que las horas de las tareas marinas estaban en pugna con las rutinas urbanas: el Tribunal del Almirantazgo estaba siempre abierto, «pues que los forasteros y mercaderes, y hombres de mar, tienen que aprovechar la oportunidad de mareas y vientos, y no pueden, sin ruina y gran perjuicio, asistir a las solemnidades de los tribunales y alegatos dilatorios» (E. Vansittart Neale, *Feasts and Fasts,* Londres, 1845, p. 249), mientras que en algunas legislaciones sabatarias se hacía una excepción para los pescadores que divisaban un banco de peces cerca de la costa en día de descanso.

ajusta a los ritmos del mar; y esto parece natural y comprensible al pescador o el marinero : la compulsión pertenece a la naturaleza.

De manera similar, el trabajar de amanecer a anochecer puede parecer «natural» en una comunidad agrícola, especialmente durante los meses de cosecha : la naturaleza exige que se recolecte el grano antes de que comiencen las tormentas. Y se pueden observar ritmos de trabajo igualmente «naturales» relacionados con otras ocupaciones rurales e industriales : hay que ocuparse de las ovejas mientras crían y guardarlas de los depredadores; hay que ordeñar las vacas; ha de vigilarse el fuego del carbón y no permitir que llegue a quemar la turba (y los carboneros han de dormir a su lado); una vez que se comienza la producción de hierro, no se puede permitir que fallen los hornos.

La notación del tiempo que surge de estos contextos ha sido descrita como «orientación al quehacer». Es quizá la orientación más efectiva en las sociedades campesinas, y es importante en las industrias locales pequeñas y domésticas. No ha perdido de ninguna manera toda su relevancia en ciertas zonas rurales de la Inglaterra actual. Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer. El primero es que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de lo que es una necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre «trabajo» y «vida». Las relaciones sociales y el trabajo están entremezclados —la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las necesarias labores— y no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el «pasar el tiempo». En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud hacia el trabajo le parece antieconómica y carente de apremio.[13]

Una diferenciación tan clara supone, desde luego, como referente, al campesino o artesano independientes. Pero la cuestión de la orien-

13. Henri Lefebvre (*Critique de la vie quotidienne*, París, 1958, II, pp. 52-56) prefiere la distinción entre «tiempo cíclico» —que surge del cambio en las ocupaciones agrícolas de temporada— y «tiempo lineal» de la organización urbana e industrial. Más sugestiva es la distinción de Lucien Febvre entre «Le temps vécu et le temps-mesure», *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle,* París, 1947, p. 431. Un examen un tanto esquemático de la organización de tareas en las economías primitivas se encuentra en Stanley H. Udy, *Organisation of Work,* New Haven, 1959, cap. 2.

tación al quehacer se hace mucho más compleja en el caso de que el trabajo sea contratado. La economía familiar del pequeño agricultor puede estar en términos generales orientada al quehacer; pero dentro de ella puede existir una división del trabajo y una distribución de papeles, así como la disciplina de la relación patrón-empleado entre el campesino y sus hijos. Incluso en este caso empieza el tiempo a convertirse en dinero, dinero del patrón. Tan pronto como se utilizan verdaderos braceros se destaca el cambio de orientación al quehacer a trabajo regulado. Es cierto que la regulación del trabajo puede hacerse sin reloj ninguno, y de hecho precede a la difusión del reloj. Pero, a mediados del siglo XVII, los campesinos acomodados calculaban sus expectativas sobre el trabajo contratado (como lo hizo Henry Best) en «jornadas»: «el Cunnigarth, con sus tierras bajas, supone cuatro largas jornadas regulares», etc.; [14] y lo que Best hizo en sus propias tierras, intentó presentarlo Markham de forma general:

> Un hombre ... puede segar de Cereal, como Cebada y Avena, si es grueso, leñoso y abatido hasta el suelo, trabajando bien, y no cortando las cabezas de las espigas, y dejando la caña aún en crecimiento, acre y medio al día: pero si el cereal es bueno, grueso y bien erguido, puede entonces segar dos acres o dos acres y medio al día; pero si el cereal es corto y fino, puede entoncer segar tres, y a veces cuatro acres al día y no trabajar en exceso ...[15]

El cálculo es difícil y depende de muchas variables. Evidentemente una forma directa de medir el tiempo era más conveniente.[16]

Esta forma de medir el tiempo encarna una relación simple. Los que son contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de

14. *Rural Economy in Yorkshire in 1641 ... Farming and Account Books of Henry Best,* ed. C. B. Robinson (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 38-39.

15. G. M., *The Inrichment of the Weald of Kent,* Londres, 1660 [10], cap. XII: «Un cálculo general de los hombres, y de los trabajos de las reses: lo que cada uno puede realizar sin perjuicio cotidianamente», pp. 112-118.

16. El cálculo salarial todavía implicaba, por supuesto, la jornada estatuida de amanecer a atardecer, definida, tan tarde como 1725, en una relación de Lancashire: «Trabajarán desde las cinco de la mañana hasta entre siete y ocho de la noche, desde mediados de marzo a mediados de septiembre», y desde ese momento «desde la primavera del día hasta la noche», con dos medias horas para beber y una hora para comer y (en verano solamente) media hora de sueño: «por lo demás, por cada hora de ausencia se descontará un penique»: *Annals of Agriculture,* Londres, XXV (1796).

sus patronos y su «propio» tiempo. Y el patrón debe *utilizar* el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste : no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda : no pasa sino que se gasta.

Este contraste puede observarse en cierta medida, en las actitudes hacia dinero y trabajo, en dos pasajes del poema de Stephen Duck, «The Thresher's Labour». El primero describe una situación laboral que nosotros consideramos como normal en los siglos XIX y XX:

From the strong Planks our Crab-Tree Staves rebound,
And echoing Barns return the rattling Sound.
Now in the Air our knotty Weapons Fly;
And now with equal Force descend from high:
Down one, one up, so well they keep the Time,
That *Cyclops* Hammers could not truer chime ...
In briny Streams our Sweat descends apace,
Drops from our Locks, or trickles down our Face.
No intermission in our Works we know;
The noisy Threshall must for ever go.
Their Master absent, others safely play;
The sleeping Threshall doth itself betray.
Nor yet the tedious Labour to beguile,
And make the passing Minutes sweetly smile,
Can we, like Shepherds, tez a merry Tale?
The Voice is lost, drown'd by the noisy Flail ...

Week after Week we this dull Task pursue,
Unless when winnowing Days produce a new;
A new indeed, but frequently a worse,
The Threshall yields but to the Master's Curse:
He counts the Bushels, counts how much a Day,
Then swears we 've idled half our Time away.
Why look ye, Rogues! D'ye think that this will do?
Your Neighbours thresh as much again as you.*

* Rebotan las duelas de manzano silvestre de nuestros tablones, / Y el eco de los graneros devuelve el golpeteo. / Vuelan al aire nuestras nudosas armas; / Y con igual fuerza descienden después desde la altura: / Abajo, arriba, tan bien marcan el tiempo, / que los martillos de los cíclopes no pudieron repicar con más fidelidad ... / Desciende rítmicamente nuestro sudor en salados arroyos, / Cayendo de nuestras guedejas o resbalando por la cara. / No conocemos interrupción en nuestro quehacer; / La ruidosa trilla siempre ha de seguir. / Ausente el patrón, otros se solazan sin temor; / El trillador dormido se traiciona. / Ni siquiera para engañar la tediosa labor, / Y que con

Esto parece describir la monotonía, la alienación del placer en el trabajo, y el antagonismo de intereses que se atribuye generalmente al sistema fabril. El segundo pasaje describe la recolección:

At length in Rows stands up the well-dry'd Corn,
A grateful Scene, and ready for the Barn.
Our well-pleas'd Master views the Sight with joy,
And we for carrying all our Force employ.
Confusion soon o'er all the Field appears,
And stunning Clamours fill the Workmens Ears;
The Bells, and clashing Whips, alternate sound,
And rattling Waggons thunder o'er the Ground.
The Wheat got in, the Pease, and other Grain,
Share the same Fate, and soon leave bare the Plain;
In noisy Triumph the last Load moves on,
And loud Huzza's proclaim the Harvest done.*

Es esta, por supuesto, una pieza establecida y obligatoria de la poesía agraria del siglo XVIII. Y también es cierto que se mantenía la moral del jornalero con las altas ganancias de la recolección. Pero sería un error considerar la situación de recolección en términos de respuesta directa a estímulos económicos. Es también un momento en el que los viejos ritmos colectivos rompen sobre los nuevos, y puede exhibirse una buena cantidad de folklore y hábitos rurales como evidencia que confirma la satisfacción psíquica y las funciones rituales —por ejemplo, el momentáneo olvido de diferencias sociales— del

---

dulzura sonrían los minutos que pasan, / Podemos, como pastores, contar alegres historias. / La voz se pierde, ahogada por el estrepitoso golpear ... // Semana tras semana nos esforzamos en este duro quehacer, / Hasta que los días de aventar traen algo nuevo; / Nuevo sí, muchas veces peor, / El trillador sólo se rinde ante la maldición de su patrón: / Cuenta los sacos, cuenta las medidas del día, / Y luego jura que hemos malgastado la mitad de la jornada. / ¡Pero, pillos! ¿Pensáis que esto es bastante? / Vuestros vecinos trillan dos veces más.

* Por fin descansa en filas el grano bien secado, / Grata escena, listo para los graneros. / Bien contento mira el patrón la escena con regocijo, / Y nosotros empleamos toda nuestra fuerza para transportarlo. / Pronto reina la confusión sobre los campos, / Y llenan los oídos del trabajador clamores que le aturden; / Las campanas, y el restallar de los látigos alternan su sonido, / Y retumban sobre el suelo los carros traqueteantes. / Metido el trigo, los guisantes y otros granos, / Comparten la misma suerte y pronto dejan la llanura pelada; / En clamoroso triunfo arranca la última carga, / Y fuertes hurras proclaman el final de la cosecha.

hogar de la cosecha. «¡Qué pocos saben hoy —escribe M. K. Ashby— lo que era participar en una cosecha hace noventa años! Aunque los desheredados no obtuvieron gran parte de los frutos, compartían, sin embargo, el éxito, la profunda dedicación y gozo de éste.»[17]

III

No está de ningún modo claro hasta qué punto estaba extendida la posibilidad de disponer de relojes precisos en la época de la revolución industrial. Desde el siglo XIV en adelante se erigieron relojes en iglesias y lugares públicos; la mayoría de las parroquias inglesas deben haber poseído un reloj de iglesia hacia finales del siglo XVI.[18] Pero la precisión de estos relojes es una cuestión polémica y se mantuvo el uso de relojes de sol (en parte para poner los demás en hora) en los siglos XVII, XVIII y XIX.[19]

Continuaron haciéndose donativos caritativos en el siglo XVII (algunas veces extendidos como «tierras de reloj», «tierras de ding-dong» o «tierras de campana de toque de queda») para que se tocaran las campanas al alba y se diera el toque de queda.[20] Así, Richard Palmer de Wokingham (Berks) cedió en 1664 la administración de unas tierras para que se pagara al sacristán el toque de la campana grande todas las mañanas a las cuatro, o lo más aproximado posible a estas horas, desde el 10 de septiembre al 11 de marzo todos los años

17. M. K. Ashby, *Joseph Ashby of Tysoe*, Cambridge, 1961, p. 24.

18. Para la primera evolución de los relojes, véase Carlo M. Cipolla, *Clocks and Culture, passim;* A. P. Usher, *A History of Mechanical Inventions*, ed. rev., Harvard, 1962, cap. VII; Charles Singer y otros, eds., *A History of Technology*, Oxford, 1956, III, cap. XXIV; R. W. Symonds, *A History of English Clocks*, Penguin, 1947, pp. 10-16, 33; E. L. Edwards, *Weight-driven Chamber Clocks of the Middle Ages and Renaissance*, Altrincham, 1965.

19. M. Gatty, *The Book of Sun-diales*, ed. rev. Londres, 1900. Para un ejemplo de un tratado que explica en detalle la forma de determinar las horas con el reloj de sol, véase John Smith, *Horological Dialogues*, Londres, 1675. Para ejemplos de mercedes concedidas para relojes de sol, véase C. J. C. Beeson, *Clockmaking in Oxfordshire*, Banbury Hist. Assn., 1962, pp. 76-78; A. J. Hawkes, *The Clockmakers and Watchmakers of Wigan, 1650-1850*, Wigan, 1950, p. 27.

20. Puesto que muchos de los primeros relojes de iglesia no daban las horas, estaban complementados con un campanero.

> no sólo para que todos los que vivan a distancia que puedan oír su sonido sean así inducidos a un oportuno marchar a descansar por la noche y un temprano madrugar por la mañana para las labores y deberes de sus muchos quehaceres (cosas comúnmente atendidas y premiadas con frugalidad y pericia) ...

sino también para que los forasteros y otras personas que oyeran la campana en las noches de invierno «pudieran enterarse de la hora de la noche, y recibir cierta orientación sobre el camino apropiado». Estos «fines racionales», creía, «no podían sino ser muy del agrado de las gentes discretas, siendo lo mismo hecho y bien visto en la mayoría de las ciudades y mercados, y otros muchos lugares del reino ...». La campana recordaría también a los hombres su carácter pasajero, la resurrección y el juicio.[21] El sonido servía mejor que la vista, especialmente en distritos industriales en vías de desarrollo. En los distritos textiles del West Riding, en los Potteries (y probablemente en otros distritos), se utilizaba aún el cuerno para despertar a la gente por la mañana.[22] El labrador levantaba en ocasiones a sus propios braceros yendo a sus cabañas; y sin duda el aldabonazo de aviso empezó con las primeras fábricas.

Un gran avance en la precisión de los relojes domésticos se logró con la aplicación del péndulo en 1658. Los relojes de pared empezaron a difundirse más desde los años 1660, pero los que tenían minutero (y agujas para las horas) se generalizaron bastante más tarde.[23] En cuanto a aparatos más transportables, el reloj de bolsillo era de precisión dudosa hasta que se hicieron ciertos progresos en el escape

21. *Charity Commissioners Reports* (1837-1838), XXXII, parte I, p. 224; véase también H. Edwards, *A Collection of Old English Customs,* Londres, 1842, esp. pp. 223-227; S. O. Addy, *Household Tales,* Londres, 1895, pp. 129-130; *County Folk-Lore, East Riding of Yorkshire,* ed. Mrs. Gutch, Londres, 1912, pp. 150-151; *Leicestershire and Rutland,* ed. C. J. Bilson, Londres, 1895, pp. 120-121; C. J. C. Beeson, *op. cit.,* p. 36; A. Gatty, *The Bell,* Londres, 1848, p. 20; P. H. Ditchfield, *Old English Customs,* Londres, 1896, pp. 232-241.

22. H. Heaton, *The Yorkshire Woollen and Worsted Industries,* Oxford, 1965, p. 347. Wedgwood parece haber sido el primero en sustituir el cornetín por la campana en los Alfares: E. Meteyard, *Life of Josiah Wedgwood,* Londres, 1865, I, pp. 329-330.

23. W. I. Milham, *Time and Timekeepers,* Londres, 1923, pp. 142-149; F. J. Britten, *Old Clocks and Watches and Their Makers,* Londres, 1932[6], p. 543; E. Bruton, *The Longcase Clock,* Londres, 1946, cap. IX.

y se aplicó el muelle de equilibrio espiral después de 1674.[24] Aún se preferían los adornos y la riqueza en el diseño a la mera funcionalidad. Un diarista de Sussex anotó en 1688:

> compré ... un reloj de plata, que me costó tres libras ... este reloj da la hora del día, el mes del año, la fase de la luna, y la marea y reflujo de las aguas; y marcha treinta horas habiéndole dado cuerda sólo una vez.[25]

El profesor Cipolla sugiere la fecha de 1680 como el momento en que adquirió precedencia la fabricación de relojes ingleses sobre sus competidores europeos.[26] La fabricación de relojes había surgido de las destrezas del herrero,[27] y todavía puede observarse esta afinidad en los cientos de relojeros independientes que trabajan para encargos locales en sus propios talleres, dispersos a través de las ciudades-mercado e incluso grandes pueblos de Inglaterra, Escocia y Gales en el siglo XVIII.[28] Mientras que muchos de ellos no aspiraban más que al simple reloj de campo de caja larga y cuerda para un día, había artesanos de verdadero genio entre ellos. Así por ejemplo John Harrison, relojero y antiguo carpintero de Barton-on-Humber (Lincolnshire), perfeccionó un cronómetro marino, y en 1730 declaraba haber

> logrado llevar un reloj más cercano a la verdad, de lo que realmente puede imaginarse, si se considera el vasto número de segundos de tiempo que hay en un mes; en cuyo espacio de tiempo no oscila

24. Milham, *op. cit.*, pp. 214-226; C. Clutton y G. Daniels, *Watches*, Londres, 1965; F. A. B. Ward, *Handbook of the Collections illustrating Time Measurement*, Londres, 1947, p. 29; Cipolla, *op. cit.*, p. 139.

25. Edward Turner, «Extracts from the Diary of Richard Stapley», *Sussex Archaelogical Collection*, II (1899), p. 113.

26. Véase el admirable examen de los orígenes de la industria inglesa en Cipolla, *op. cit.*, pp. 65-69.

27. En fecha tan tardía como 1697 en Londres la Compañía de Herreros disputaba el monopolio a los relojeros (fundada en 1631), basándose en que «es bien sabido que son los originales y verdaderos fabricantes de relojes, etc. y que tienen por ello completa pericia y conocimiento ... »: S. E. Atkins y W. H. Overall, *Some Account of the Worshipful Company of Clockmakers of the City of London*, Londres, 1881, p. 118. Para un herrero-relojero de aldea, véase J. A. Daniell, «The Making of Clocks and Watches in Leicestershire and Rutland», *Trans. Leics. Archaeol. Soc.*, XXVII (1951), p. 32.

28. Se encuentran listas de estos relojeros en F. J. Britten, *op. cit.*; John Smith, *Old Scottish Clockmakers*, Edimburgo, 1921, y I. C. Peate, *Clock and Watch Makers in Wales*, Cardiff, 1945.

> más de un segundo ... estoy seguro de poder llevarlo a la excelencia de dos o tres segundos al año.[29]

Y John Tibbot, un relojero de Newtown (Mon.) había perfeccionado un reloj en 1810 que (decía él) pocas veces oscilaba más de un segundo en dos años.[30] Entre estos extremos se encontraban todos los numerosos, perspicaces y muy hábiles artesanos que jugaron un papel de importancia crítica en la innovación técnica de las primeras fases de la revolución industrial. En realidad este hecho no quedaría oculto para ser descubierto por el historiador: se presentó con energía en ciertas peticiones de los relojeros contra la estimación fiscal en febrero de 1798. Por ejemplo la petición de Carlisle:

> las industrias del algodón y la lana están enteramente endeudadas por el estado de perfección que la maquinaria que allí emplean ha conseguido, al reloj y los relojeros, grandes cantidades de los cuales han estado, desde hace muchos años ... empleados en la invención y construcción así como supervisión de estas maquinarias ...[31]

La fabricación relojera en pequeñas localidades sobrevivió hasta el siglo XIX, aunque desde los primeros años de este siglo se hizo corriente que el relojero local comprara las piezas fabricadas en serie en Birmingham, montándolas en su propio taller. En contraste, la fabricación de relojes de bolsillo, desde los primeros años del siglo XVIII, se concentró en unos cuantos centros, de los cuales los más importantes eran Londres, Coventry, Prescot y Liverpool.[32] Desde

29. Papeles de la Compañía de Relojeros, Archivo Gremial de Londres, 6026/1. Véase (para el cronómetro de Harrison) F. A. B. Ward, *op. cit.*, p. 32.
30. I. C. Peate, «John Tibbot, Clock and Watch Maker», *Montgomeryshire Collections,* XLVIII, parte 2, Welshpool, 1944, p. 178.
31. *Commons Journals,* LIII, p. 251. Los testigos de Lancashire y Derby dieron testimonios similares: *ibid.*, pp. 331, 335.
32. Los centros comerciales de fabricación de relojes de pared y de bolsillo que suplicaban contra el impuesto en 1798 fueron: Londres, Bristol, Coventry, Leicester, Prescot, Newcastle, Edimburgo, Liverpool, Carlisle y Derby: *Commons Journals,* LIII, pp. 158, 167, 174, 178, 230, 232, 239, 247, 251, 316. Se afirmaba que sólo en Londres había 20.000 personas dedicadas a este oficio, 7.000 de ellos en Clerkenwell. Pero en Bristol sólo había de 150 a 200. Para Londres, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth-Century,* Londres, 1925, pp. 173-176; Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 269; *Morning Chronicle* (19 diciembre 1797); *Commons Journals,* LIII, p. 158. Para Bristol, *ibid.*, p. 332. Para Lancashire, *Vict. County Hist. Lancs.*, Londres, 1908, II, pp. 366-367. La historia de la industria relojera de Coventry en el siglo XVIII no parece haberse escrito.

los comienzos se produjo una minuciosa subdivisión del trabajo en esta industria, facilitando la producción a gran escala y la reducción de los precios: la producción anual de esta industria en su punto más alto (1796) fue calculada entre 120.000 y 191.678, una parte sustancial de la cual se destinaba al mercado de exportación.[33] El poco afortunado intento de Pitt de cobrar impuestos sobre todo tipo de relojes, aunque sólo duró de julio de 1797 a marzo de 1798, marcó un momento decisivo en el destino de la industria. Ya en 1796 se lamentaba ésta de la competencia de los relojes de bolsillo franceses y suizos; las quejas continuaron incrementándose en los primeros años del siglo XIX. La Compañía de Relojeros declaró en 1813 que el contrabando de relojes de oro baratos había alcanzado proporciones alarmantes, y que aquéllos eran vendidos en joyerías, mercerías, sombrererías, tiendas de juguetería francesa, perfumerías, etc., «casi exclusivamente para el uso de *las clases altas de la sociedad*». Al mismo tiempo algunos artículos baratos de contrabando, vendidos por casas de empeño o viajantes de comercio, debían estar llegando hasta clases más pobres.[34]

Está claro que había abundantes relojes de todo tipo hacia 1800. Pero no está claro a quién pertenecieran. El doctor Dorothy George, que escribía a mediados del siglo XVIII, sugiere que «el trabajador, como el artesano, poseían con frecuencia relojes de plata», pero esta afirmación es imprecisa en cuanto a la fecha y sólo está ligeramente documentada.[35] El precio medio de los relojes sencillos de pared de

33. El cálculo más bajo fue dado por un testigo ante el comité para las peticiones de los relojeros (1798): *Commons Journals,* LIII, 328: estimación del consumo anual interior 50.000, exportación 70.000. Véase también un cálculo similar (relojes de pared y de bolsillo) para 1813, Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 276. El cálculo más alto es el de las cubiertas de relojes de bolsillo con la marca de Goldsmiths Hall —cubiertas de plata, 185.102 en 1796, bajando a 91.346 en 1816— y se encuentra en el *Report of the Select Committee on the Petitions of Watchmakers, PP,* 1817, VI, y 1818, IX, pp. 1, 12.

34. Atkins y Overall, *op. cit.*, pp. 302, 308: calculan (¿excesivamente?) 25.000 relojes de bolsillo de oro y 10.000 de plata importados, en su mayoría ilegalmente, al año; y Anónimo, *Observations on the Art and Trade of Clock and Watchmaking,* Londres, 1812, pp. 16-20.

35. M. D. George, *op. cit.*, p. 70. Se utilizaban, desde luego, varios medios para determinar las horas sin el reloj: los grabados del cardador de lana (en *The Book of English Trades,* Londres, 1818, p. 438) le muestra con un reloj de arena en su banca; los trilladores medían el tiempo siguiendo el movimiento de la luz que entraba por la puerta sobre el suelo del granero; y los mineros de estaño de Cornualles la medían en los subterráneos con velas (información provista por el señor J. G. Rule).

caja larga fabricados localmente en Wrexham entre 1755 y 1774, oscilaba entre 2 libras y 2 libras 15 chelines; una lista de precios de Leicester, de relojes nuevos sin caja, de 1795, varía de 3 libras a 5 libras. Un reloj bien hecho no costaría menos con toda seguridad.[36] En vista de ello, ningún jornalero cuyos presupuestos fueron registrados por Eden o David Davies podía siquiera soñar con semejantes precios, pudiendo sólo hacerlo los artesanos urbanos mejor pagados. El registro del tiempo (sospechamos) pertenecía a mediados de siglo todavía a la gente acomodada, patronos, agricultores y comerciantes; y es posible que la complejidad de los diseños y la preferencia por metales preciosos, fueran formas intencionadas de acentuar el simbolismo de status.

Pero también parece que la situación empezaba a cambiar en las últimas décadas del siglo. La polémica provocada por el intento de cobrar impuestos sobre todo tipo de relojes en 1797-1798 ofrece una evidencia parcial. Fue quizás el más impopular y con toda certeza el más desafortunado de los impuestos de Pitt:

> Si tu dinero se lleva — aún te quedan los pantalones;
> Y los faldones de la camisa, si tus pantalones logra;
> Y la piel, si la camisa; y si los zapatos, los pies desnudos.
> Pero, no penséis en los IMPUESTOS — *¡Hemos vencido a la flota holandesa!* [37]

Los impuestos consistían en 2 chelines, 6 peniques por los relojes de bolsillo de plata o metal; 10 chelines por los de oro, y 5 chelines por relojes de otro tipo. En los debates que se produjeron sobre este impuesto, las intervenciones de los ministros sólo sobresalieron por sus contradicciones. Pitt declaró que esperaba que el impuesto produjera 200.000 libras al año:

> De hecho, creía él, puesto que el número de casas que pagaban impuestos era de 700.000 y ya que en todo hogar había probablemente una persona que llevara reloj, sólo el impuesto sobre los relojes de bolsillo produciría esta suma.

36. I. C. Peate, «Two Montgomeryshire Craftsmen», *Montgomeryshire Collections,* XLVIII, parte 1, Welshpool, 1944, p. 5; J. A. Daniell, *op. cit.,* p. 39. El precio medio de los relojes exportados en 1792 era de 4 libras: *PP,* 1818, IX, p. 1.

37. «A Loyal Song», *Morning Chronicle* (18 diciembre 1797).

Simultáneamente, como respuesta a las críticas, los ministros mantuvieron que la posesión de relojes era una señal de lujo. El ministro del Tesoro tenía una doble opinión : los relojes «eran desde luego artículos prácticos, pero eran también artículos de lujo ... generalmente en propiedad de personas que podrían muy bien pagar ...». «Se proponía, no obstante, eximir los relojes de tipo más modesto ... que generalmente poseían las clases más pobres.» [38] El ministro consideraba claramente este impuesto como una especie de Bolsa de la Fortuna; su cálculo sobrepasaba más de tres veces al del mismo Piloto del reino:

Tabla de estimación

Artículos	Impuesto	Estimación del ministro	Lo cual significaría, en relojes
Relojes de bolsillo de plata y oro . . .	2 chel., 6 pen.	£ 100.000	800.000
Relojes de oro	10 chel., 0 pen.	£ 200.000	400.000
Otros relojes	5 chel., 0 pen.	£ 3 o 400.000	*c.* 1.400.000

Brillándole los ojos ante la perspectiva de un aumento de ingresos, Pitt revisó sus definiciones : podría poseerse *un solo* reloj de bolsillo (o perro) como artículo de conveniencia, lo que sobrepasara esto serían «pruebas de abundancia».[39]

Desgraciadamente para los cuantificadores del crecimiento económico, se olvidó una cuestión : era imposible cobrar este impuesto.[40] Se ordenó a todas las comunidades domésticas, bajo horribles penas, que enviaran listas de los relojes que existían en sus hogares. La estimación sería trimestral:

38. Las exenciones en la Ley (37 George III, *c.* 108, cl. XXI, XXII y XXIV) eran: *a*) un reloj de cualquier tipo para un residente cualquiera de la casa exento de impuesto de «ventana» o «casa» (por ejemplo, un *cottager*); *b*) los relojes «hechos de manera, o fijados en madera, y los cuales relojes son generalmente vendidos por sus respectivos fabricantes a un precio que no exceda la suma de 20 chelines ...»; *c*) los criados agrícolas.

39. *Morning Chronicle* (1 julio 1797); *Craftsman* (8 julio 1797); *Parliamentary History*, XXXIII, *passim.*

40. En el año que terminó el 5 de abril 1798 (tres semanas después de la revocación), el impuesto había logrado 2.600 libras: *PP*, CIII, *Accounts and Papers (1797-1798)*, XIV, pp. 933 (2) y 933 (3).

> El Sr. Pitt tiene ideas muy apropiadas para el resto de las finanzas del país. Se ha dispuesto que el impuesto de *media corona* se cobre *trimestralmente.* Esto es grande y digno. Da cierto aire de enjundia a un hombre el pagar *siete peniques y medio* en pro de *la religión, la propiedad* y *el orden social.*[41]

La verdad es que esta gabela se consideraba una locura, que establecía un sistema de espionaje y como un golpe contra la clase media.[42] Los propietarios de relojes de oro fundieron las cubiertas y las convirtieron en plata o metal.[43] Los centros de fabricación cayeron en la crisis y en la depresión.[44] Al revocar la ley en marzo de 1798, Pitt dijo tristemente que este impuesto *habría* sido mucho más productivo de lo que originalmente se calculó; pero no está claro si era su propio cálculo (200.000 libras) o el del ministro del Tesoro (700.000) en el que estaba pensando.[45]

Permanecemos (pero en la mejor de las compañías) en la ignorancia. Había muchas maquinarias de medir el tiempo hacia 1790 : el énfasis se iba trasladando del «lujo» a la «conveniencia»; incluso los *cottagers* podían poseer relojes de madera que costarían por debajo de los 20 chelines. En realidad, se está produciendo una difusión general de relojes (como era de esperar) en el momento exacto en que la revolución industrial exigía una mayor sincronización del trabajo.

Aunque estaban apareciendo algunos ejemplares muy baratos —y de malísima calidad—, los precios de los que eran eficaces permanecieron durante muchas décadas fuera del alcance del artesano.[46]

41. *Morning Chronicle* (26 julio 1797).
42. Puede percibirse un índice en la pesada colección de cuentas vencidas y no pagadas. Impuestos aplicados, julio de 1797: ingresos en el año que terminaba en enero 1798, 300 libras. Impuestos anulados, marzo de 1798: vencidos y no pagados, año que terminaba en enero de 1799, 35.420 libras; en el año que terminaba en enero de 1800, 14.966. *PP,* CIX, *Accounts and Papers (1799-1800),* LI, pp. 1009 (2) y 1013 (2).
43. *Morning Chronicle* (16 marzo 1798); *Commons Journals,* LIII, p. 328.
44. Véase las peticiones, citadas *supra,* nota 32; *Commons Journals,* LIII, pp. 327-333; *Morning Chronicle* (13 marzo 1798). Se decía que dos tercios de los relojeros de Coventry estaban sin empleo: *ibid.* (8 diciembre 1797).
45. *Craftsman* (17 marzo 1798). Lo único que consiguió la ley fue hacer existir —en tabernas y lugares públicos— la «Ley del Reloj Parlamentario».
46. Algunos relojes importados aparecían con precios tan bajos como 5 chelines en 1813: Atkins y Overall, *op. cit.,* p. 292. Véase también *supra,* nota 38. El precio de un reloj de bolsillo inglés de plata de buen funcionamiento se determinó en 1817 (*Committee on Petitions of Watchmakers, PP,*

Pero no debemos dejar que las preferencias económicas normales nos induzcan al error. El pequeño instrumento que regulaba los nuevos ritmos de la vida industrial era también una de las más urgentes entre las nuevas necesidades que el capitalismo industrial había creado para dar energía a su avance. Un reloj de cualquier tipo no sólo era útil; concedía prestigio a su dueño y había quien estaba dispuesto a estirar sus recursos para hacerse con uno. Había fuentes varias, ocasiones varias. Durante muchos años un goteo de relojes sólidos pero baratos se infiltró pasando del ratero al receptor, al prestamista y a la taberna.[47] Incluso a los jornaleros, una o dos veces en su vida, podía inesperadamente caerles la suerte del cielo trayéndoles un reloj : el botín en la milicia,[48] las ganancias de cosecha, o el salario anual de un criado.[49] En algunos lugares del país se crearon Clubs de Relojes, de alquiler o adquisición colectiva.[50] Además, el reloj era el banco del pobre, una inversión de sus ahorros; en épocas

---

1817, VI) en 2 a 3 guineas; hacia los años 1830 un reloj de metal de buen funcionamiento podía conseguirse por 1 libra: D. Lardner, *Cabinet Cyclopaedia,* Londres, 1834, III, p. 297.

47. Muchos relojes debieron cambiar de dueño en los bajos fondos de Londres: la legislación de 1754 (27 George II, *c.* 7) estaba dirigida a los receptores de relojes robados. Los rateros continuaron naturalmente su oficio imperturbables; véase, por ejemplo, *Minutes of Select Committee to Inquire into the State of the Police of the Metropolis,* 1816, p. 437: «por ejemplo los relojes; se puede uno deshacer de ellos con la misma facilidad que cualquier otra cosa ... Tuvo que ser un muy buen reloj de plata patentado el que se pagara a 2 libras; y de oro a 5 o 6 libras». Los receptores de relojes robados en Glasgow, se decía, los vendían en grandes cantidades en los distritos rurales de Irlanda (1834): véase J. E. Handley, *The Irish in Scotland, 1798-1845,* Cork, 1934, p. 253.

48. «Siendo Winchester uno de los lugares de reunión de la milicia voluntaria, ha sido escenario de desórdenes, disipación y absurda extravagancia. Se cree que nueve décimos de las primas pagadas a estos hombres, que suman al menos 20.000 libras, se gastaron todos en el momento, en las casas públicas, sombrererías, relojerías, etc. Con el mayor desenfreno se llegaron a comer billetes de Banco entre rebanadas de pan y mantequilla»: *Monthly Magazine* (septiembre 1799).

49. Algunos testigos que aparecieron ante el Comité Selecto de 1817 se lamentaron de que mercancías de calidad inferior (conocidos en ocasiones como «relojes de judío») se elogiaban con exageración en ferias rurales y eran vendidos a los crédulos en falsas subastas: *PP,* 1817, VI, pp. 15-16.

50. Benjamin Smith, *Twenty-four Letters from Labourers in America to their Friends in England,* Londres, 1829, p. 48: se refiere a ciertas partes de Sussex, veinte personas formaban un club (como el Cow Club), pagaban 5 chelines cada uno durante veinte semanas sucesivas en cada una de las cuales se sorteaba un reloj de 5 libras.

malas podía venderse o empeñarse.[51] «Este relojillo que ves —dijo un cajista *cockney* en los años 1820— no me costó más de un billete de cinco cuando lo compré, y lo he empeñado más de veinte veces, y le he sacado en total más de cuarenta libras. Es un ángel de la guarda para uno, es un buen reloj, cuando estás apretado.»[52]

Como quiera que un grupo de trabajadores determinado pasara a una fase de progreso en sus *standards* de vida, la adquisición de relojes era una de las primeras cosas que percibían los observadores. En el bien conocido informe de Radcliffe sobre la edad dorada de los tejedores manuales de Lancashire en los años 1790, los hombres tenían «todos un reloj de bolsillo» y las casas estaban «bien amuebladas con relojes de elegante caoba o caja elaborada».[53] En Manchester, cincuenta años después, el mismo fenómeno llamó la atención de un periodista:

> Ningún obrero de Manchester carecerá de uno, un minuto más de lo necesario. Se ven, aquí y allá, en las casas de mejor clase, relojes antiguos de los de esfera metálica y ocho días; pero el artículo más común, con mucha diferencia, es el pequeño artefacto holandés, con su activo péndulo balanceándose abierta y cándidamente ante el mundo entero.[54]

Treinta años después, era la doble cadena de oro del reloj lo que constituía el símbolo del dirigente obrero Lib-Lab; * y por cincuenta años de servicio disciplinado en su trabajo, el patrón ilustrado regalaba a su empleado un reloj de oro grabado.

IV

Volvamos al quehacer desde el reloj. La atención que en la labor se presta al tiempo depende en gran medida de la necesidad de sincro-

51. *PP*, 1817, VI, pp. 19, 22.
52. [C. M. Smith], *The Working Man's Way in the World*, Londres, 1853, pp. 67-68.
53. W. Radcliffe, *The Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 167.
54. *Morning Chronicle* (25 octubre 1849). Pero en 1843 J. R. Porter (*The Progress of the Nation*, III, p. 5) todavía consideraba la posesión de un reloj como «una indicación cierta de prosperidad y de respetabilidad personal por parte del hombre trabajador».

* Liberal-laborista: laborista que aceptaba los principios de la economía liberal. (*N. de ed.*)

nización del trabajo. Pero mientras que la industria de manufactura se mantuvo en una escala doméstica o de pequeño taller, sin una intrincada subdivisión de la producción, el grado de sincronización que se requería era leve, y prevalecía la orientación al quehacer.[55] El sistema de trabajo a domicilio exigía mucho traer y llevar y mucho esperar los materiales. El mal tiempo no sólo interrumpía las labores agrícolas, la construcción y el transporte, sino también el tejer, cuando había que extender las piezas acabadas sobre los tendedores para secar. Al aproximarnos a una labor cualquiera, quedamos sorprendidos por la multiplicidad de tareas subsidiarias que el mismo trabajador o grupo familiar debe hacer en una cabaña o taller. Incluso en talleres mayores los hombres trabajaban en ocasiones en labores distintas en sus propias bancas o telares, y —excepto en el caso de que el miedo a la malversación de los materiales impusiera una rígida supervisión— podía permitirse cierta flexibilidad en las entradas y salidas.

De ahí la característica irregularidad de las normas de trabajo anterior al advenimiento de las industrias mecánicas a gran escala. Dentro de los requerimientos generales para la labor de una semana o quince días —la pieza de tela, determinado número de clavos o de pares de zapatos—, podía alargarse o acortarse la jornada. Es más, en los comienzos del desarrollo de la industria fabril y de la minería, sobrevivieron muchos oficios mixtos: los mineros del estaño de Cornualles que también participaban en la pesca del arenque; los mineros de plomo del Norte que eran también pequeños agricultores; los artesanos de aldea que se ocupaban de trabajos varios, en la construcción, acarreo o carpintería; los trabajadores domésticos que dejaban su ocupación durante la recolección; el pequeño agricultor-tejedor de los Peninos.

55. Para algunos de los problemas analizados aquí y en la sección siguiente, véase especialmente Keith Thomas, «Work and Leisure in Pre-Industrial Societies», *Past and Present*, n.º 29 (diciembre 1964). También C. Hill, «The Uses of Sabbatarianism», en *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*, Londres, 1964; E. S. Furniss, *The Position of the Laborer in a System of Nationalism*, Boston, 1920; reimpr. Nueva York, 1965; D. C. Coleman, «Labour in the English Economy of the Seventeenth-Century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª Serie, VIII (1955-1956); S. Pollard, «Factory Discipline in the Industrial Revolution», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª Serie, XVI (1963-1964); T. S. Ashton, *An Economic History of England in the Eighteenth-Century*, Londres, 1955, cap. VII; W. E. Moore, *Industrialization and Labor*, Nueva York, 1951, y B. F. Hoselitz y W. E. Moore, *Industrialization and Society*, UNESCO, 1963.

Es en la naturaleza de este tipo de trabajo donde no puede sobrevivir una planificación del tiempo precisa y representativa. Algunos extractos del diario de un tejedor-agricultor metódico de 1782-1783 nos puede proporcionar un índice de la variedad de sus labores. En octubre de 1782 estaba todavía ocupado en la recolección y la trilla, al mismo tiempo que en su telar. En días de lluvia podía tejer de 8 1/2 a 9 yardas; el 14 de octubre llevó la pieza acabada, y por tanto sólo pudo tejer 4 3/4 yardas; el 23 trabajó hasta las 3 de la mañana, tejió 2 yardas antes de que el sol se pusiera, remendó una chaqueta al final de la tarde. El 24 de diciembre, «tejí 2 yardas antes de las 11. Estuve amontonando el carbón, limpiando el tejado y las paredes de la cocina y amontonando el estiércol hasta las 10 de la noche». Además de cosechar y trillar, batir la manteca y trabajar en el jardín, encontramos estas anotaciones:

> 18 enero 1783: Fui empleado para preparar el establo de un Ternero y Llevar las copas de tres Árboles de Plátano que crecían en el Callejón y fueron en este día cortados y vendidos a john Blagbrough.
>
> 21 enero: Tejí 2 3/4 yardas habiendo parido la Vaca necesitaba mucho cuidado. (Al día siguiente fue andando hasta Halifax para comprar una medicina para la vaca.)

El 25 de enero tejió 2 yardas, caminó hasta una aldea próxima e hizo «varios trabajos en el torno y el patio y escribí una carta por la noche». Otras ocupaciones incluían faenar con un caballo y un carro, recoger cerezas, trabajar en la presa de un molino, asistir a una reunión baptista y a un ajusticiamiento público por horca.[56]

Esta irregularidad general debe inscribirse en el ciclo irregular

56. MS: diarios de Cornelius Ashworth de Wheatley, en Halifax Ref. Lib.; véase también T. W. Hanson, «The Diary of a Grandfather», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916. M. Sturge Henderson, *Three Centuries in North Oxfordshire*, Oxford, 1902, p. 133-146, 103; cita párrafos similares (tejer, matanza de cerdos, cortar leña, acudir al mercado) de un diario de un tejedor de Charlbury, 1784, etc., pero me ha sido imposible encontrar el original. Es interesante comparar presupuestos de tiempo de economías campesinas más primitivas, por ejemplo, Sol Tax, *Penny Capitalism — A Guatemalan Indian Economy*, Washington, 1953, pp. 104-105; George M. Forster, *A Primitive Mexican Economy*, Nueva York, 1942, pp. 35-38; M. J. Herskovits, *The Economic Life of Primitive Peoples*, Nueva York, 1940, pp. 72-79; Raymond Firth, *Malay Fishermen*, Londres, 1946, pp. 93-97.

de la semana de trabajo (e incluso del año de trabajo) que provocaba tantos lamentos de moralistas y mercantilistas en los siglos XVII y XVIII. Unos versos impresos en 1639 nos ofrecen una versión satírica:

> Ya sabes hermano que el Lunes es Domingo;
> El Martes otro igual;
> Los Miércoles a la Iglesia has de ir y rezar;
> El Jueves es media vacación;
> El Viernes muy tarde para empezar a hilar;
> El Sábado es nuevamente media vacación.[57]

John Houghton, nos da una versión indignada en 1681:

> Cuando los calceteros de bastidor o medias de seda recibían precios altos por su trabajo, se observó que raramente trabajaban en Lunes o Martes sino que pasaban la mayor parte del tiempo en la taberna o los bolos ... Con los tejedores es corriente que estén borrachos el Lunes, tengan dolor de cabeza el Martes y las herramientas estropeadas el Miércoles. En cuanto a los zapateros, antes se dejarían colgar que no recordar a San Crispín el Lunes ... y así permanecen normalmente mientras tienen un penique de dinero o el valor de un penique en crédito.[58]

La norma de trabajo era una en que se alternaban los golpes de trabajo intenso con la ociosidad, donde quiera que los hombres controlaran sus propias vidas con respecto a su trabajo. (El modelo persiste entre los que trabajan independientemente —artistas, escritores, pequeños agricultores y quizá también estudiantes— hoy, y ha suscitado la cuestión de que no sea un ritmo de trabajo humano «natural»). En lunes y martes, según la tradición, los telares manuales repetían lentamente *Tiempo de so-bra, Tiempo de so-bra* (*Plen-ty of Time*), en jueves y viernes, *Que-da un día, Que-da un día* (*A day t'lat*).[59] La tentación de ahorrarse unas horas por la maña-

57. *Divers Crab-Tree Lectures,* 1639, p. 126, citado en John Brand, *Observations on Popular Antiquities,* Londres, 1813, I, pp. 459-460. H. Bourne, *Antiquitates Vulgares,* Newcastle, 1725, pp. 115 ss. declara que los sábados por la tarde en lugares del campo y aldeas «Terminan las Labores del Arado, y se Extienden por toda la Aldea Refrigerios y Descanso».

58. J. Houghton, *Collection of Letters,* Londres, ed. de 1683, p. 177, citado en Furniss, *op. cit.,* p. 121.

59. T. W. Hanson, *op. cit.,* p. 234.

na, prolongaba el trabajo hasta la noche, horas iluminadas por velas.[60] De pocos oficios se dice que no hagan honor a San Lunes : zapateros, sastres, carboneros, trabajadores de imprenta, alfareros, tejedores, calceteros, cuchilleros, todos los *cockneys*. A pesar del pleno empleo de muchos oficios en Londres durante las guerras napoleónicas, un testigo se lamentaba de que «vemos que se guarda San Lunes tan religiosamente en esta gran ciudad ... generalmente seguido por un San Martes también».[61] Si hemos de creer a «Los Cuchilleros Joviales», una canción de Sheffield de finales del siglo XVIII, su observancia no carecía de tensiones domésticas:

Cómo en un buen San Lunes,
Sentado al fuego de la herrería,
Contando lo hecho ese Domingo,
Y conspirando en alegre regocijo,
  Pronto oigo levantarse la trampilla,
  En la escalera está mi esposa:
  «Maldito seas, Jack, te voy a desempolvar los ojos,
  Llevas una agraviante vida de borracho;
  Estás aquí en lugar de trabajar;
  Con la jarra en las rodillas;
  Maldito seas, que siempre estás ocioso.
  Y yo trabajo como una esclava para ti».

La esposa continúa hablando «con movimiento más rápido / que mi taladro a ritmo de Viernes», expresando la efectiva demanda del consumidor:

«Ve, mira mi corsé,
Mira qué par de zapatos;
Vestido y enaguas medio podridos,
No hay ni un punto entero en mis medias ...»

e informa de una huelga general:

«Tu sabes que detesto la pendencia y la pelea,
Pero no tengo ni jabón ni té;

60. J. Clayton, *Friendly Advice to the Poor*, Manchester, 1755, p. 36.
61. *Report of the Trial of Alexander Wadsworth against Peter Laurie*, Londres, 1811, p. 21. La queja está particularmente dirigida contra los fabricantes de sillas de montar.

Por Dios, Jack, que olvides el barril,
O nunca más yacerás conmigo.»[62]

Parece ser que, de hecho, San Lunes era venerado casi universalmente dondequiera que existieran industrias de pequeña escala, domésticas y a domicilio; se observaba generalmente en las minas, y alguna vez continuó en industrias fabriles y pesadas.[63] Se perpetuó en Inglaterra hasta el siglo XIX —y en realidad hasta el XX—[64] por razones complejas de índole económica y social. En algunos oficios, los pequeños patronos aceptaron la institución y emplearon los lunes para tomar o entregar trabajo. En Sheffield, donde los cuchilleros habían adorado tenazmente al santo durante siglos, se había convertido en «un hábito y costumbre establecidos» que observaban incluso las fábricas de acero (1874):

> Esta inactividad del Lunes es, en algunos casos, obligada por el hecho de que el Lunes es el día que se dedica a reparar la maquinaría de las grandes siderurgías.[65]

62. *The Songs of Joseph Mather*, Sheffield, 1862, pp. 88-90. El tema parece haber sido muy popular entre los escritores de baladas. Un ejemplo de Birmingham, «Día de Borrachera, o San Lunes» (el cual debo al señor Charles Parker) dice: «San Lunes produce los peores males, / Pues cuando se ha consumido el dinero, / Las ropas de los niños se van en humo, / Lo cual causa descontento; / Y cuando por la noche se tambalea él hasta su casa / No sabe qué decir, / Un simple es más hombre que él / En un día de borrachera».

63. Era observado por los tejedores mexicanos en 1800: véase Jan Bazant, «Evolution of the Textile Industry of Puebla, 1544-1845», *Comparative Studies in Society and History*, VIII (1964), p. 65. Relatos de mucho valor sobre la costumbres de Francia en los años 1850 y 1860 se encuentran en George Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire*, París, 1946, pp. 242-248, y P. Pierrard, *La vie ouvrière à Lille sous le Second Empire*, París, 1965, pp. 165-166. Edward Young que dirigió una investigación sobre las condiciones de trabajo en Europa, con la ayuda de estudios norteamericanos, habla de esta costumbre en Francia, Bélgica, Prusia, Estocolmo, etc. en los años 1870: E. Young, *Labour in Europe and America*, Washington, 1875, pp. 576, 661, 674, 685, etc.

64. Especialmente en las minas. Un viejo minero de Yorkshire me dice que en su juventud era costumbre, en las buenas mañanas de lunes, echar una moneda al aire para decidir si se iba o no a trabajar. También se me ha dicho que todavía se honra a San Lunes (1967) en su pureza prístina entre unos cuantos toneleros de Burton-on-Trent.

65. E. Young, *op. cit.*, pp. 408-409 (informe del cónsul norteamericano). De modo similar, en algunos distritos mineros, el «Lunes de Paga» se admitía entre los patronos, y sólo se mantenían abiertas las minas para posibles reparaciones: los lunes sólo «se realiza trabajo pasivo»: *Report of the Select Committee on the Scarcity and Dearness of Coal, PP*, 1873, X, QQ 177, 201-217.

Donde la costumbre se encontraba profundamente establecida, el lunes era el día apartado para el mercado y los asuntos personales. También, como sugiere Duveau sobre los obreros franceses, «le dimanche est le jour de la famille, le lundi celui de l'amitié»; y con del avance del siglo XIX, su celebración era una especie de privilegio de status de los artesanos mejor pagados.[66]

Es, de hecho, en el relato de «Un Viejo Alfarero» publicado en fecha tan tardía como 1903 donde encontramos las observaciones más perspicaces sobre los ritmos de trabajo irregulares que continuaron en los alfares más antiguos hasta mediados de siglo. Los alfareros (en los años 1830 y 1840) «sentían una devota veneración por San Lunes». A pesar de que la costumbre de contratación anual prevaleció, los ingresos semanales reales se hacían en trabajo a destajo, empleando los alfareros especializados a niños y trabajando con poca vigilancia, a su propio ritmo. Niños y mujeres trabajan los lunes y martes, pero reinaba un «sentimiento de fiesta» y la jornada era más corta que de costumbre, ya que los alfareros estaban ausentes gran parte del tiempo, bebiéndose lo ganado la semana previa. Los niños, no obstante, debían preparar material para el alfarero (por ejemplo, las asas de los cacharros que él modelaría) y todos sufrían por la cantidad excepcional de horas (catorce y algunas veces dieciséis al día) que se trabajaban de miércoles a sábado:

> He estado pensando que si no fuera por el alivio del comienzo de la semana para mujeres y niños en todos los alfares, no podría mantenerse la tensión mortal de los últimos cuatro días.

«Un Viejo Alfarero», predicador metodista laico de opiniones liberal-radicales, veía estas costumbres (que deploraba) como consecuencia de la falta de mecanización de los alfares; y argüía que esta misma indisciplina del trabajo cotidiano influía sobre toda la vida y la organización obrera de los mismos. «Las máquinas significaban disciplina en las labores industriales»:

66. Duveau, *op. cit.*, p. 247. «Un Oficial Mecánico» (T. Wright) dedica todo un capítulo a «San Lunes» en su *Some Habits and Customs of the Working Classes* (Londres, 1867, esp. pp. 112-116), bajo la impresión errónea de que la costumbre era «relativamente reciente» y consecuencia de que el uso del vapor como energía había creado «un cuerpo numeroso de trabajadores muy especializados y muy bien pagados», ¡y especialmente los mecánicos!

> Si se hubiera encendido un motor de vapor todos los Lunes a las seis de la mañana, los trabajadores habrían estado disciplinados en el hábito de la industriosidad regular y continua ... He observado, también, que las máquinas parecen inducir hábitos de cálculo. Los Alfareros eran lamentablemente deficientes a este respecto; vivían como niños, sin ninguna previsión calculada para el trabajo o sus resultados. En alguno de los condados del norte este hábito de calcular les ha hecho intensamente prudentes en muchos modos manifiestos. Su gran sociedad cooperativa no habría nunca llegado a alcanzar un desarrollo tan inmenso y fructífero si no fuera por la previsión inducida por el uso de la máquina. Una máquina que funcionara tantas horas a la semana produciría tanta cantidad de hilaza o tejido. Los minutos se consideraban factores de estos resultados, mientras que en los Alfares las horas, e incluso a veces los días, no se veían como tales factores. Quedaban siempre las mañanas y las noches de los últimos días de la semana, y se confiaba en compensar con ellos las pérdidas producidas por el abandono del principio de la semana.[67]

Este ritmo de trabajo irregular se asocia generalmente al abundante beber del fin de semana: San Lunes es uno de los blancos de muchos tratados victorianos de abstinencia. Pero incluso el más sobrio y autodisciplinado artesano podía sentir la necesidad de alternar en este modo. «No sé cómo describir la enfermiza repugnancia que se adueña a veces del hombre trabajador y le incapacita por completo durante un período de tiempo más o menos largo para ejercer sus ocupaciones corrientes», escribía Francis Place en 1829; a ello añadía una nota a pie de página de testimonio personal:

> Durante casi seis años, mientras trabajaba, cuando tenía trabajo que hacer, de doce a dieciocho horas al día, cuando no podía ya, por el motivo mencionado, continuar trabajando, solía esca-

67. «An Old Potter», *When I was a Child*, Londres, 1903, pp. 16, 47-49, 52-54, 57-58, 71, 74-75, 81, 185-186, 191. W. Sokol, de la Universidad de Wisconsin, ha dirigido mi atención hacia una serie de casos aparecidos en el *Staffordshire Potteries Telegraph* en 1853-1854 en que los patronos consiguieron multar o llevar a la cárcel a trabajadores que abandonaban su trabajo, a menudo en lunes y martes. Estas acciones se realizaban so pretexto de incumplimento de contrato (contratación anual), para lo cual véase Daphne Simon, «Master and Servant», en *Democracy and the Labour Movement*, ed. J. Saville, Londres, 1954. A pesar de esta campaña de procesos, la costumbre de observar San Lunes todavía aparece anotada en el *Report of the Children's Employment Commission, PP*, 1863, XVIII, pp. XXVII-XXVIII.

> parme y dirigirme tan rápidamente como podía a Highgate, Hampstead, Muswell-hill o Norwood, y así «volver a mis vómitos» ... Este es el caso de todo trabajador que he conocido; y en proporción a lo perdido que sea el caso del hombre ocurrirán estos ataques con mayor frecuencia y serán de más larga duración.[68]

Podemos, finalmente, constatar que la irregularidad de días y semanas de trabajo se insertaba, hasta las primeras décadas del siglo XIX, dentro de la más amplia irregularidad del año de trabajo, salpicado por sus tradicionales fiestas y ferias. Todavía, a pesar del triunfo del domingo sobre los antiguos días de santos en el siglo XVII,[69] se adherían las gentes tenazmente a sus verbenas y festejos tradicionales, e incluso pudieron llegar a aumentar éstos tanto en fuerza como en extensión.[70] Pero un análisis de este problema, y de las necesidades psíquicas que satisfacían estas fiestas, debe quedar para otra ocasión.

¿Hasta qué punto puede extenderse esta problemática de la industria fabril a los trabajadores rurales? Aparentemente su caso supondría un implacable trabajo diario y semanal: el jornalero rural no gozaba de San Lunes. Pero es necesaria una minuciosa discriminación de las distintas situaciones laborales. La aldea del siglo XVIII (y del XIX) tenía sus propios artesanos independientes, así como muchos empleados en tareas de carácter irregular.[71] Además, en el campo no cerrado, el argumento clásico contra el campo abierto y del común se basaba en su ineficacia y en el despilfarro de tiempo que suponía para el pequeño agricultor o el *cottager*:

68. F. Place, *Improvement of the Working People,* 1834, pp. 13-15: Brit. Mus., Add. MS, 27825. Véase también John Wade, *History of the Middle and Working Classes,* Londres, 1835³, pp. 124-125.
69. Véase C. Hill, *op. cit.*
70. Clayton (*op. cit.*, p. 13) sostiene que «la costumbre popular ha establecido tantos días de Fiesta, que muy pocos entre nuestros compañeros de trabajo fabril están firmemente y regularmente empleados más allá de dos terceras partes de su tiempo». Véase también Furniss, *op. cit.*, pp. 44-45, y el resumen de mi trabajo en el *Bulletin of the Society for the Study of Labour History,* n.º 9 (1964).
71. «Tenemos cuatro o cinco pequeños labradores ... tenemos un albañil, un carpintero, un herrero y un molinero, todos los cuales ... tienen la frecuente costumbre de beber a la salud del Rey ... Su trabajo es desigual; algunas veces están llenos de encargos y a veces no tienen ninguno; generalmente tienen muchas horas de ocio, porque... la parte más dura [de su trabajo] recae sobre algunos hombres que contratan ...»: «Un Labrador» describiendo su propia aldea (véase *infra,* nota 77) en 1798.

si les ofreces trabajo, te responden que deben ir a cuidar sus ovejas, cortar sus tojos, sacar su propia vaca del corral del concejo, o, quizá, dicen que deben llevar el caballo a herrar, para poder llevarlo a una carrera o a un juego de cricket. (Arbuthnot, 1773)

En su deambular tras el ganado, adquiere hábitos de indolencia. Un cuarto, la mitad, y ocasionalmente días enteros se pierden imperceptiblemente. La jornada de trabajo se hace insoportable ... (Informe sobre Somerset, 1795)

Cuando un trabajador se ve en posesión de más tierra de la que él y su familia pueden cultivar en los atardeceres ... el labriego ya no puede depender de él para un trabajo constante ... (*Commercial and Agricultural Magazine,* 1800)[72]

A esto debemos añadir las frecuentes quejas de los reformadores agrícolas con respecto al tiempo perdido, tanto en ferias de temporada como (antes de la aparición del almacén de aldea) en los días de mercado.[73]

El mozo agrícola o el jornalero asalariado fijo, que trabajaba sin descanso las horas estatuidas completas o más, que no poseía derecho a las tierras del común o parcela alguna y que (si no residía dentro) vivía en un *cottage* vinculado, estaba sin duda sujeto a una intensa disciplina laboral, tanto en el siglo XVII como en el XIX. La jornada de un trabajador de arado (residente) fue descrita con entusiasmo por Markham en 1636:

el que ara ha de levantarse antes de las cuatro de la mañana, y después de dar gracias a Dios por el descanso y una oración por el éxito de su trabajo, se dirigirá al establo ...

Después de limpiar el establo, cepillar a los caballos, darles de comer y preparar sus aparejos, puede desayunar (6-6.30 de la mañana), debe arar hasta las 2 o 3 de la tarde; tomar media hora para el almuerzo; mirar por los caballos, etc. hasta las 6.30, cuando puede entrar a cenar:

72. Citado en J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer,* Londres, 1920, p. 13; E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class,* Londres, 1963, p. 220.
73. Véase, por ejemplo, *Annals of Agriculture,* XXVI (1796), p. 370 n.

> y después de cenar, debe o bien arreglar sus zapatos y los de su Familia al lado del fuego, o sacudir y batir el Cáñamo o el Lino, o coger y sellar Manzanas o Manzanas silvestres para Sidra o Agrazada, o si no moler la malta en el molino de mano, o coger juncos para velas, o hacer alguna tarea agrícola dentro de casa hasta que lleguen las ocho ...

Entonces debe otra vez ocuparse de su ganado y («dando gracias a Dios por los beneficios recibidos en ese día») puede retirarse.[74]

Con todo, podemos permitirnos cierto escepticismo. Existen dificultades evidentes en la naturaleza de esta ocupación. Arar no es una tarea para todo el año. Las horas y las labores fluctúan con el tiempo. Los caballos (ya que no los hombres) deben descansar. Hay también una dificultad de control: el informe de Robert Loder indica que los criados (cuando no eran vistos) no siempre se empleaban en dar gracias a Dios de rodillas por sus beneficios: «los hombres pueden trabajar si hay placer y así pueden holgar».[75] El agricultor mismo tenía que trabajar muchas horas si había de mantener siempre activos a sus jornaleros.[76] Y el mozo podía hacer valer su derecho anual de marcharse si no le complacía su empleo.

De modo que el cerramiento de campos y el progreso agrícola estaban, en cierto sentido, relacionados con un gobierno eficaz del tiempo de la mano de obra. El cerramiento y un progresivo excedente de mano de obra a finales del siglo XVIII endurecieron la situación de los que estaban en empleo fijo; se enfrentaron con las alternativas de empleo parcial y leyes de pobres, o la sumisión a una más exigente disciplina de trabajo. No es una cuestión de técnicas, sino de un mayor sentido de la economía del tiempo entre los patronos-capitalistas reformadores. Esto queda patente en un debate entre los defensores de la mano de obra asalariada con empleo fijo y los defensores del «trabajo contratado» (es decir, trabajadores contratados

74. G. Markham, *The Inrichment of the Weald of Kent*, Londres, 1660 [10], pp. 115-117.

75. En el intento de explicar la deficiencia de sus existencias de trigo en 1617, Loder escribe: «Cuál sea la causa de ello no lo sé, pero fue en aquel año en que R. Pearce y Alce eran criados míos, entonces con gran afecto (como parecía de forma demasiado evidente) si se lo dio a los caballos ... o cómo desapareció, sólo Dios lo sabe». *Robert Loder's Farm Accounts*, ed. G. E. Fussell (Camden Soc., 3.ª ser., LIII), 1936, pp. 59, 127.

76. Para una relación de la jornada de un agricultor activo, véase William Howitt, *Rural Life of England*, Londres, 1862, pp. 110-111.

para determinadas labores a destajo). En los años 1790, sir Mordaunt Martin censuraba el recurrir a trabajo contratado,

> que las gentes acuerdan, para ahorrarse el esfuerzo de vigilar a sus trabajadores: la consecuencia es que el trabajo se hace mal, el trabajador se jacta en la taberna del tiempo que desperdicia «apoyado contra la pared» y produce el descontento de los hombres con salarios modestos.

«Un Agricultor» respondió con el argumento de que el trabajo contratado y el trabajo fijo asalariado se podían combinar juiciosamente:

> Dos trabajadores se comprometen a cortar una porción de hierba a dos chelines o media corona el acre; yo envío con las hoces dos de mis mozos domésticos al campo; puedo estar seguro de que sus compañeros les harán trabajar; y así obtengo ... las mismas horas adicionales de trabajo de mis mozos, que las que voluntariamente dedican a éste mis criados contratados.[77]

En el siglo XIX la polémica se resolvió en gran parte a favor del trabajo asalariado semanal, complementado por labores necesarias cuando lo requería la ocasión. La jornada de los trabajadores de Wiltshire, según fue descrita por Richard Jeffries en los años 1870, era poco menos prolongada que la descrita por Markham. Quizá, resistiéndose a tan intenso faenar, se diferenciara en la «torpeza de su caminar» y «la mortecina lentitud que parece impregnar todo lo que hacen».[78]

El trabajo más arduo y prolongado de la economía rural era el de la mujer del trabajador. Una parte de aquél —especialmente el cuidado de los niños— era el más orientado al quehacer. Otra parte estaba en los campos, de los cuales tenía que volver para ocuparte de nuevas tareas domésticas. Como protestara Mary Collier en una penetrante réplica a Stephen Duck:

> ... cuando de vuelta en Casa estamos,
> ¡Ay! sabemos que nuestro Trabajo no ha hecho más que empezar;

77. Sir Mordaunt Martin en *Bath and West and Southern Counties Society, Letters and Papers*, Bath, 1795, VII, p. 109; «A Farmer», «Observations on Taken-Work and Labour», *Monthly Magazine* (septiembre 1798, mayo 1799).
78. J. R. Jefferies, *The Toilers of the Field*, Londres, 1892, pp. 84-88, 211-212.

Tantas cosas requieren nuestro Cuidado,
Diez manos que tuviéramos, podriámos emplear.
Los Niños en la Cama, con el mayor Cuidado
Todo lo necesario para vuestro retorno preparamos;
Vosotros cenáis, y sin tardanza a la Cama vais,
Y descansáis hasta el siguiente Día;
Mientras nosotras, ¡ay! poco Sueño podemos disfrutar,
Pues nuestros madrugadores Hijos lloran y gritan ...

En toda Labor tenemos nuestra debida Parte;
Y desde el Día que empieza el Cosechar,
Hasta cortar y guardar el Grano,
Nuestras cotidianas labores y tareas así extremamos,
Que casi nunca *Tiempo para soñar tenemos.*[79]

Una forma tal de trabajar era sólo soportable porque parte del mismo, los niños y la casa, se revelaba como necesario e inevitable, más que como una imposición externa. Esto es hoy día todavía cierto y, no obstante las horas de escuela y televisión, los ritmos de trabajo de la mujer en el hogar no están enteramente adaptados a las medidas del reloj. La madre de niños pequeños tiene un sentido imperfecto del tiempo y observa otras mareas humanas. Todavía no ha salido del todo de las convenciones de la sociedad «preindustrial».

V

He colocado «preindustrial» entre comillas y hay para ello una razón. Es cierto que la transición a la sociedad industrial madura exige un análisis en términos sociológicos así como económicos. Conceptos tales como «preferencia temporal» y «la curva ascendente de la oferta de mano de obra», son, con excesiva frecuencia, complicados intentos para encontrar términos económicos que describan problemas sociológicos. Pero, de igual modo, el intento de proporcionar modelos simples para un solo proceso, supuestamente neutro y tecnológicamente orientado, conocido como «industrialización» (tan popular hoy día en círculos sociológicos bien establecidos

79. Mary Collier, ahora lavandera, de Petersfield en Hampshire, *The Woman's Labour: An Epistle to Mr. Stephen Duck; in Answer to his late Poem, called The Thresher's Labour,* Londres, 1739, pp. 10-11.

de los Estados Unidos)[80] es también dudoso. No es solamente que las industrias fabriles altamente desarrolladas y técnicamente alerta (y la forma de vida que propugnaban) de Francia e Inglaterra en el siglo XVIII puedan ser descritas como «preindustriales» sólo mediante una violencia semántica. (Y una descripción tal deja el camino abierto a interminables analogías falsas entre sociedades en niveles económicos enormemente diferentes.) Es también que no hubo nunca un solo tipo de «transición». La tensión de ésta recae sobre la totalidad de la cultura : la resistencia al cambio y el ascenso al mismo surge de la cultura entera. Y ésta incluye un sistema de poder, relaciones de propiedad, instituciones religiosas, etc. Y el no prestar atención a todos ellos simplemente desvirtúa los fenómenos y trivializa el análisis. Sobre todo la transición no es a la «industrialización» *tout court* sino al capitalismo industrial o (en el siglo XX) a sistemas alternativos cuyos rasgos son aún inciertos. Lo que aquí examinamos no sólo son los cambios producidos en las técnicas de manufactura que exigían una mayor sincronización del trabajo y mayor exactitud en la observación de las horas en *todas* las sociedades, sino también la vivencia de estos cambios en la sociedad del naciente capitalismo industrial. Estamos tratando simultáneamente el sentido del tiempo en su condicionamiento sociológico y la medida del tiempo como medio de explotación laboral.

Existen motivos para que la transición fuera particularmente prolongada y estuviera plagada de conflictos en Inglaterra : entre los que se estudian con frecuencia, se encuentra el que la de Inglaterra fuera la primera revolución industrial y no hubiera ni cadillacs, ni siderurgias, ni televisiones para servir como prueba manifiesta del propósito de la operación. Además, los preliminares de la revolución industrial fueron tan largos que, en los distritos fabriles de comienzos del siglo XVIII, se había desarrollado una cultura popular vigorosa y libre, que los propagandistas de la disciplina veían con consternación. Josiah Tucker, deán de Gloucester, declaraba en 1745 que «las clases *más bajas* de gente» estaban totalmente degeneradas. Los extranjeros (sermoneaba) se encontraban con que «la gente *llana* de nuestras *populosas ciudades* son los infelices más llenos de *abandono* y más *licenciosos* de la tierra»:

80. Véase los ejemplos *infra,* notas 126 y 127, y la valiosa crítica de André Gunder Frank, «Sociology of Development and Underdevelopment of Sociology», *Catalyst,* Buffalo (verano 1967).

> Tanta brutalidad e insolencia, tanto libertinaje y extravagancia, tanta ociosidad, irreligiosidad, maldecir y blasfemar, y desprecio por toda regla y autoridad ... Nuestras gentes están *borrachas con la copa de la libertad*.[81]

Los ritmos irregulares de trabajo descritos en la sección anterior nos ayudan a entender la severidad de las doctrinas mercantilistas por lo que respecta a la necesidad de mantener bajos los salarios como prevención contra la inactividad, y hasta la segunda mitad del siglo XVIII no parecen comenzar a ser generalmente efectivos los estímulos salariales «normales» del capitalismo.[82] Los enfrentamientos debidos a la disciplina ya han sido examinados por otros.[83] Lo que me propongo hacer aquí es tratar brevemente diferentes puntos relacionados con la disciplina del tiempo más particularmente. El primero se encuentra en el extraordinario *Law Book of the Crowley Iron Works*. Aquí, en los comienzos mismos de la unidad a gran escala de la industria fabril, el viejo autócrata, Crowley, creyó necesario pensar un código completo, civil y penal, cuya extensión sobrepasaba las 100.000 palabras, para gobernar y regular a la refractaria mano de obra. Los preámbulos de las Órdenes 40 (vigilante de fábrica) y 103 (monitor) dan el tono general de vigilancia moralmente virtuosa. De la Orden 40:

> Habiendo sido por mucha gente que trabajan por jornada con la connivencia de los oficiales horriblemente engañado y habiendo pagado por mucho más tiempo de lo que debo en conciencia y siendo tal la bajeza y traición de varios empleados que han ocultado la pereza y negligencia de los que cobran por jornada ...

Y de la Orden 103:

> Algunos han pretendido tener un cierto derecho a holgar, confiando en su presteza y habilidad para hacer lo suficiente en menos tiempo que los demás. Otros han sido tan necios como para creer

81. J. Tucker, *Six Sermons*, Bristol, 1772, pp. 70-71.
82. El cambio se vislumbra quizá también en la ideología de los patronos más ilustrados: véase A. W. Coats, «Changing Attitudes to Labour in the Mid-Eighteenth-Century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª Ser., XI (1958-1959).
83. Véase Pollard, *op. cit.*; N. McKendrick, «Josiah Wedgwood and Factory Discipline», *Hist. Journal*, IV (1961); véase también Thompson, *op. cit.*, pp. 356-374.

que basta su simple presencia sin emplearse en ningún asunto ... Otros tan descarados como para glorificar su villanía y reprender a los demás por su diligencia ...

Con el fin de que la pereza y la villanía sean detectados y los justos y diligentes premiados, yo he creído prudente crear un control del tiempo por un Monitor, y ordeno y por esta declaro que de 5 a 8 y de 7 a 10 son 15 horas, de las cuales se toma 1 1/2 para el desayuno, almuerzo, etc. Habrá por tanto trece horas y media de servicio neto ...

Este servicio había de ser calculado «después de todas las deducciones por encontrarse en tabernas, cervecerías, casas de café, desayuno, almuerzo, jugar, dormir, fumar, cantar, leer las noticias de historia, pelear, contender, disputar o cualquier cosa ajena a mis asuntos, en cualquier caso, holgazanear».

Se ordenó al monitor y al vigilante de fábrica que mantuvieran una hoja de horas para cada jornalero, anotadas al minuto, con «Venida» y «Escapada». En la Orden del monitor, sección 31 (una añadidura posterior) se declara:

Y debido a que he sido informado de que varios empleados fijos han sido tan injustos como para regirse por los relojes más adelantados y tocar la campana antes de la hora para marcharse de sus labores, y por los relojes más atrasados y tocar la campana después de la hora para volver a su trabajo, y habiéndolo permitido a sabiendas esos dos negros traidores Fowell y Skellerne, se ordena por tanto que ninguna persona de las aquí referidas se rija por reloj, campana, reloj de bolsillo o de sol otros que el del Monitor cuyo reloj no se alterará nunca excepto por el vigilante del reloj...

Se ordenó al vigilante de la fábrica que mantuvieran una vigilancia «tan cerrada que no estuviera al alcance de nadie alterar esto». Sus deberes estaban también definidos en la secciones 8:

Todas las mañanas a las 5 el Vigilante ha de tocar la campana para el comienzo del trabajo, a las ocho para el desayuno, media hora después para trabajar otra vez, a las doce para el almuerzo, a la una para trabajar y a las ocho para dejar el trabajo y cerrar.

Su libro con la relación de las horas debía ser entregado todos los martes con la siguiente declaración jurada:

> Esta relación de horas se ha hecho sin favor o afecto, mala voluntad ni odio, y creo de verdad que las personas arriba mencionadas han trabajado al servicio de John Crowley las horas arriba consignadas.[84]

Entramos aquí, ya en 1700, en el conocido panorama del capitalismo industrial disciplinado, con las hojas de horas, el vigilante del tiempo, los informadores y las multas. Unos setenta años después se impuso la misma disciplina en las primeras fábricas de algodón (aunque la maquinaria misma era un buen suplente del vigilante de las horas). Careciendo del auxilio de las máquinas para regular el ritmo de trabajo en los alfares, el supuestamente formidable disciplinario Josiah Wedgwood, se vio forzado a imponer disciplina a los alfareros en términos sorprendentemente moderados. Las obligaciones del oficial de fábrica eran:

> Estar en la fábrica a primera hora de la mañana y dirigir a las personas a sus labores cuando vengan, — estimular a los que vienen a la hora regularmente, haciéndoles saber que su regularidad es debidamente observada, y distinguiéndoles con repetidas muestras de aprobación, de la parte de la gente trabajadora menos ordenada, con regalos u otras señales apropiadas a su edad, etc.
>
> Aquellos que lleguen más tarde de la hora señalada deben ser observados y si después de repetidas muestras de desaprobación no vienen a la hora debida, debe mantenerse una relación del tiempo en que son deficientes, y quitar una cierta cantidad de su salario cuando llegue el momento si son asalariados y si trabajan a destajo deben después de frecuentes llamadas de atención, ser enviados otra vez a la hora del desayuno.[85]

Más tarde estas reglas se endurecieron algo:

84. La Orden 103 se reproduce completa en *The Law Book of the Crowley Ironworks,* ed. M. W. Flinn (Surtees Soc., CLXVII), 1957. Véase también la Ley 16, «Cuentas». La Orden 40 está en el «Libro de Derecho», Brit. Mus., Add. MS, 34555.

85. MS, instrucciones, *c.* 1780, en Wedgwood MSS (Barlaston), 26.19114.

> Cualquier trabajador que se empeñe en pasar por la portería después de la hora permitida por el Patrón pierde 2/-peniques.[86]

y McKendrick ha expuesto cómo luchó Wedgwood con el problema de Etruria e introdujo el primer sistema conocido de fichar.[87] Pero parecería que, una vez desaparecida la fuerte presencia de Josiah, los incorregibles alfareros habrían vuelto a muchas de sus antiguas costumbres.

Es demasiado fácil, sin embargo, considerar todo esto simplemente como un problema de disciplina de taller o fábrica, pudiendo estudiar brevemente el intento de imponer un «ahorro de tiempo» en los distritos de manufactura domésticos y su efecto sobre la vida social y económica. Prácticamente todo lo que los patronos *deseaban* imponer puede encontrarse en las páginas de un solo folleto, *Friendly Advice to the Poor* del reverendo J. Clayton, «escrito y publicado a petición de los antiguos y actuales Funcionarios de la Ciudad de Manchester» en 1755. «Si el *haragán se mete las manos* en el pecho, en vez de aplicarlas al trabajo, si pasa el tiempo Deambulando, debilita su constitución con la Holgazanería, y embota su espíritu con la Indolencia...» no puede esperar más que la pobreza como recompensa. El trabajador no debe perder el tiempo ociosamente en el mercado o malgastarlo cuando compra. Clayton se lamentaba de que «las Iglesias y las Calles [están] llenas de un Número de Espectadores» en bodas y funerales, «que a pesar de la Miseria de su Condición Hambrienta ... no tienen escrúpulos en malgastar las mejores Horas del Día, simplemente mirando ...». La costumbre del té es «esa vergonzante devoradora de Tiempo y Dinero». También lo son las vigilias y las fiestas y los festejos anuales de sociedades de auxilio mutuo. Y también «ese perezoso pasar la mañana en Cama»:

86. «Algunas regulaciones y reglas confeccionadas para esta manufactura hace más de treinta años», fechado *c.* 1810, en Wedgwood MSS (Keele University), 4045.5.

87. Se conserva un reloj «de vigilancia» en Barlaston, pero estos relojes (fabricados por John Whitehurst de Derby desde aproximadamente 1750) servían solamente para asegurar el patrullamiento regular, la asistencia de los vigilantes nocturnos, etc. Los primeros sistemas de fichaje con impresión se fabricaron en EE.UU. por Bundy en 1885. F. A. B. Ward, *op. cit.*, p. 49; véase también de T. Thomson, *Annals of Philosophy*, VI (1815), pp. 418-419; VII (1816), p. 160; Charles Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufacturers*, Londres, 1835, pp. 28, 40; E. Bruton, *op. cit.*, pp. 95-96.

> La necesidad de levantarse temprano reduciría al pobre a la necesidad de marchar pronto a la Cama; y evitaría así el Peligro de las diversiones de Medianoche.

Madrugar también «introduciría una Regularidad exacta en sus Familias; un maravilloso Orden en su Economía».

El catálogo nos es conocido, y podría haber sido tomado de Baxter en el siglo anterior. Si hemos de fiarnos de *Early Days* de Bamford, Clayton no consiguió que muchos de los tejedores abjuraran de su antigua forma de vida. No obstante, el largo coro del amanecer de los moralistas es el preludio a un ataque bastante vivo a las costumbres, deportes y fiestas populares que se realizó en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX.

Se disponía de aún otra institución no industrial que podía emplearse para inculcar la «economía del tiempo» : la escuela. Clayton se lamentaba de que las calles de Manchester estuvieran llenas de «niños harapientos sin nada qué hacer; que no sólo pierden el Tiempo, sino que aprenden costumbres de juego», etc. Alababa las escuelas de caridad porque enseñaban Industriosidad, Frugalidad, Orden y Regularidad : «los Escolares están obligados a levantarse temprano y observar las Horas con gran Puntualidad».[88] William Temple, al defender en 1770 que se enviara a los niños pobres a los cuatro años de edad a talleres donde pudieran ser empleados en alguna manufactura y recibieran dos horas de instrucción al día, fue explícito en cuanto a la influencia cívicamente educadora del método:

> Es considerablemente útil que estén, de una forma u otra, constantemente ocupados al menos doce horas al día, puedan o no ganarse la vida; ya que por estos medios esperamos que la generación próxima esté tan habituada al constante empleo que se convertirá a la larga en algo agradable y entretenido ...[89]

Powell, en 1772, también consideró la educación como un entrenamiento en el «hábito de la industriosidad»; cuando el niño llegara a los seis o siete años debía estar «acostumbrado, para no decir naturalizado al Trabajo y la Fatiga».[90] El reverendo William Turner, escribiendo en Newcastle en 1786, recomendaba las escuelas Raikes

88. Clayton, *loc. cit.*, pp. 19, 42-43.
89. Citado en Furniss, *op. cit.*, p. 114.
90. Anónimo [Powell], *A View of Real Grievances*, Londres, 1772, p. 90.

como un «espectáculo de orden y regularidad», y citaba a un fabricante de cáñamo y lino de Gloucester que había declarado que las escuelas habían operado un cambio extraordinario : «se han ... hecho más tratables y obedientes, y menos pendencieros y vengativos».[91] Las exhortaciones a la puntualidad y regularidad están inscritas en los reglamentos de todas las primeras escuelas:

> Toda escolar debe estar en el aula los Domingos, a las nueve de la mañana, y a la una y media por la tarde, o perderá su puesto el próximo Domingo y se irá la última.[92]

Una vez dentro del recinto de la escuela, el niño entraba en un nuevo universo de tiempo disciplinado. En las escuelas dominicales metodistas de York, los maestros eran multados por impuntualidad. La primera regla que debía aprender un escolar era:

> Tengo que estar presente en la Escuela ... pocos minutos antes de las nueve y media en punto ...

Una vez allí, se encontraban bajo una reglamentación militar:

> El Superintendente tocará nuevamente, — entonces, con un movimiento de su mano, toda la Escuela se levantará de sus asientos inmediatamente; — con un segundo movimiento los Escolares darán media vuelta; — con un tercero se dirigirán, lenta y silenciosamente, al lugar señalado para repetir sus lecciones, — pronunciará entonces la palabra «Comenzad» ...[93]

La embestida, desde tan varias direcciones, a los antiguos hábitos de trabajo de las gentes no quedó, desde luego, sin oposición. En la primera etapa, encontramos simple resistencia.[94] Pero en la siguiente, mientras se impone la nueva disciplina de tiempo, empiezan a

91. W. Turner, *Sunday Schools Recommended* Newcastle, 1786, pp. 23, 42.
92. *Rules for the Methodist School of Industry at Pocklington, for the instruction of Poor Girls in Reading, Sewing, Knitting, and Marking,* York, 1819, p. 12.
93. *Rules for the Government, Superintendence, and Teaching of the Wesleyan Methodist Sunday Schools, York,* York, 1933. También Harold Silver, *The Concept of Popular Education,* Londres, 1965, pp. 32-42; David Owen, *English Philanthrophy, 1660-1960,* Cambridge, Mass., 1965, pp. 23-27.
94. La mejor exposición de los problemas de los patronos se encuentra en S. Pollard, *The Genesis of Modern Management,* Londres, 1965, cap. V: «La adaptación de la mano de obra».

luchar los trabajadores, no contra las horas, sino sobre ellas. La evidencia no es del todo clara. Pero en los oficios artesanos mejor organizados, especialmente en Londres, no hay duda de que se acortaron progresivamente las horas en el siglo XVIII con el avance del asociacionismo. Lipson cita el caso de los sastres de Londres cuyos horarios se acortaron en 1721 y nuevamente en 1768 : en ambas ocasiones se acortaron también los intervalos a mitad del día que se permitían para almorzar y beber, el día se comprimió.[95] Hacia finales del siglo XVIII existen algunos indicios de que algunos de los oficios más favorecidos habían conseguido algo parecido a la jornada de diez horas.

Esta situación sólo podía mantenerse en oficios excepcionales y con un mercado de mano de obra favorable. La referencia en una octavilla de 1827 al «sistema inglés de trabajar de 6 de la mañana a 6 de la tarde» [96] puede ser un indicio más seguro de las expectativas generales con respecto a la jornada de trabajo de los obreros industriales y artesanos fuera de Londres en los años 1820. En los oficios deshonrosos e industrias a domicilio la jornada (cuando había trabajo) estaba probablemente avanzando en dirección opuesta.

Era precisamente en las industrias —las fábricas textiles y talleres mecánicos— en que la nueva disciplina de tiempo se imponía más rigurosamente, donde la contienda sobre las horas se hizo más intensa. Al principio algunos de los peores patronos intentaron expropiar a los trabajadores de todo conocimiento del tiempo. «Yo trabajé en la fábrica del Sr. Braid», declaró un testigo:

> Allí trabajábamos mientras pudiéramos ver en el verano, y no sé decir a qué hora parábamos. Nadie sino el patrón y su hijo tenía reloj, y no sabíamos la hora. Había un hombre que tenía reloj ... Se lo quitaron y lo pusieron bajo custodia del patrón porque había dicho a los hombres la hora ...[97]

95. E. Lipson, *The Economic History of England*, Londres, 1956 [6], III, pp. 404-406. Véase, por ejemplo, J. L. Ferri, *Londres et les Anglais* París, An XII, I, pp. 163-164. Algunos de los datos en cuanto a las horas se analizan en G. Langenfelt, *The Historic Origin of the Eight Hours Day*, Estocolmo, 1954.

96. *A Letter on the Present State of the Labouring Classes in America*, por un inteligente emigrante de Filadelfia, Bury, 1827.

97. Alfred [S. Kydd], *History of the Factory Movement ...*, Londres, 1857, I, p. 283, citado en P. Mantoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth-Century*, Londres, 1948, p. 427.

Un testigo de Dundee ofrece prácticamente la misma evidencia:

> en realidad no había horas regulares: patronos y administradores hacían con nosotros lo que querían. A menudo se adelantaban los relojes de las fábricas por la mañana y se atrasaban por la tarde; y en lugar de ser instrumentos para medir el tiempo, se utilizaban como capotes para el engaño y la opresión. Aunque esto se sabía entre los hombres, todos tenían miedo de hablar, y entonces los trabajadores temían llevar relojes consigo, pues no era cosa rara que despidieran a cualquiera que presumiera de saber demasiado sobre la ciencia de la horología.[98]

Se utilizaban mezquinas estratagemas para acortar la hora del almuerzo y alargar la jornada. «Todo fabricante quiere convertirse en un caballero de inmediato», dijo un testigo ante el Comité de Sadler:

> y quiere recortar todas las esquinas posibles, de modo que la campana suene para salir cuando ha pasado medio minuto de la hora, y para entrar alrededor de dos minutos antes de la hora ... Si el reloj está como antes, el minutero tiene un peso, de modo que tan pronto como pasa del punto de gravedad, salta tres minutos de una vez, así que quedan veintisiete minutos en lugar de treinta.[99]

Un cartel de huelga de Todmorden de la misma época aproximadamente lo decía más abiertamente : «si ese pedazo de sudor asqueroso, "el viejo operario de máquinas de Robertshaw" no se ocupa de sus cosas, y nos deja en paz, vamos a preguntarle dentro de poco cuánto hace desde la última vez que recibió un cuarto de pinta de cerveza por pasarse diez minutos de la hora».[100] Los patronos enseñaron a la primera generación de obreros industriales la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités de jornada corta en el movimiento por las diez horas; la tercera hizo huelgas para conseguir horas extra y jornada y media. Habían aceptado las categorías de sus

98. Anónimo, *Chapters in the Life of a Dundee Factory Boy*, Dundee, 1887, p. 10.
99. *PP*, 1831-1832, XV, pp. 177-178. Véase también el ejemplo de la Comisión de Fábrica (1833) en Mantoux, *op. cit.*, p. 427.
100. El cartel está en mi poder.

patronos y aprendido a luchar con ellas. Habían aprendido la lección de que el tiempo es oro demasiado bien.[101]

VI

Hemos visto hasta ahora algo sobre las presiones externas que imponían la disciplina. Pero, ¿qué hay sobre la interiorización de la misma? ¿Hasta qué punto era impuesta y hasta qué punto asumida? Quizá debiéramos dar la vuelta otra vez al problema e insertarlo en la evolución de la ética puritana. No se puede pretender que hubiera nada radicalmente nuevo en predicar la industriosidad o en la crítica moral de la ociosidad. Pero hay quizás una insistencia nueva, un acento más firme, cuando los moralistas que habían aceptado esta nueva disciplina para sí la prescriben para la gente que trabajaba. Mucho antes de que el reloj de bolsillo estuviera al alcance del artesano, Baxter y sus compañeros ofrecían su propio reloj moral interior a cada hombre.[102] Así, Baxter, en su *A Christian Directory,* practica muchas variaciones del tema de la Redención del Tiempo : «utilizad cada uno de los minutos como la cosa más preciosa. Y empleadlos todos en el deber». Las imágenes del tiempo como moneda están fuertemente destacadas, pero parece que Baxter tuviera ante los ojos de su pensamiento a un público de mercaderes y comerciantes:

> Recordad lo recompensadora que es la Redención del Tiempo ... en el mercado, o en comerciar; en la labranza o en cualquier ocupación remuneradora, solemos decir que el hombre se hace rico cuando ha hecho uso de su Tiempo.[103]

101. Para un examen de la fase siguiente, en que los obreros habían aprendido «las reglas del juego», véase E. J. Hobsbawm, *Labouring Men,* Londres, 1964, cap. XVII: «Costumbres, salarios y volumen de trabajo».

102. John Preston utilizó la imagen de la maquinaria de relojería en 1628: «En este curioso mecanismo de relojería de la religión, cada perno y cada rueda que se estropea perturba a la totalidad»: *Sermons Preached before His Majestie,* Londres, 1630, p. 18. Cf. R. Baxter, *A Christian Directory,* Londres, 1673, I, p. 285: «Un cristiano prudente y bien formado debe tener sus asuntos en un orden tal, que cada deber corriente tenga su lugar, y todos deben estar ... como las piezas de un Reloj o de cualquier otra máquina, que deben estar agrupadas en conjunción, en su debido lugar».

103. *Ibid.,* I, pp. 274-275, 277.

Oliver Heywood, en el *Youth's Monitor* (1689), se dirige al mismo público:

> Observad las horas de intercambio, atended a los mercados; hay épocas especiales que os serán favorables para despachar vuestros negocios con facilidad y fortuna; hay momentos críticos, en los cuales, si recaen vuestras acciones, pueden poneros en el buen camino con celeridad: las épocas de hacer o recibir bienes no duran siempre; la feria no continúa todo el año ...[104]

La retórica de la moral pasa ligera entre dos polos. Por una parte, apostrofa sobre la brevedad de la existencia mortal, cuando se compara con la certeza del Juicio. Por ejemplo *Meetness for Heaven* (1690), de Heywood:

> El tiempo no perdura, sino que vuela rápido; pero lo que es perenne depende de él. En este mundo ganamos o perdemos la felicidad eterna. El gran peso de la eternidad pende del fino y espinoso hilo de la vida ... Esta es nuestra jornada, nuestra hora de mercado ... Oh Señores, dormid ahora y despertad en el infierno del cual no hay redención.

O, otra vez en el *Youth's Monitor* : el tiempo «es una mercancía demasiado preciosa para subestimarla ... es esta la cadena dorada de la cual pende la eternidad entera; la pérdida de tiempo es insoportable, porque es irrecuperable».[105] O del *Directory* de Baxter:

> Oh, ¿dónde está la cabeza de esos hombres, y de qué metal están sus duros corazones hechos, que pueden holgar y jugarse ese Tiempo, ese poco Tiempo, ese único Tiempo, que se les concede para la eterna salvación de sus almas? [106]

Por otra parte, tenemos las más abiertas y mundanas admoniciones sobre el buen gobierno del tiempo. Por ejemplo Baxter, en *The Poor Man's Family Book,* aconseja: «Que tus horas de sueño sean sólo tantas como exige tu salud; Pues no se debe perder un tiempo precioso en innecesaria inercia» : «vístete rápidamente»; «dedícate a

104.. *The Whole Works of the Rev. Oliver Heywood,* Idle, 1826, V, p. 575.

105. *Ibid.,* V, pp. 286-287, 574; véase también p. 562.

106. Baxter, *op. cit.,* I, p. 276.

tus labores con diligencia constante».[107] Ambas tradiciones fueron entregadas, por medio del *Serious Call* de Law, a John Wesley. El nombre mismo de «metodistas» subraya este buen gobierno del tiempo. También en Wesley hay dos extremos : el hurgar en el nervio de la mortalidad y la homilía práctica. Era el primero (y no los terrores del infierno) el que a veces daba ribetes histéricos a sus sermones, y transportaba a los convertidos a una repentina conciencia de sus pecados. Continuó también las imágenes del tiempo como moneda, pero menos explícitamente como mercader o mercado:

> Cuida que andes con circunspección, dice el Apóstol ... redimiendo el tiempo; dejando todo el tiempo que puedas para los mejores propósitos; rescatando cada fugaz momento de las manos del pecado y Satán, de las manos de la pereza, la comodidad, el placer, las cosas de este mundo ...

Wesley, que nunca hizo una excepción consigo mismo, y que se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana hasta los 80 años (ordenó que los muchachos de Kingswood School hicieran lo mismo), publicó en 1786 como folleto su sermón *The Duty and Advantage of Early Rising*: «Al *empaparse* ... tanto tiempo entre las tibias sábanas, la carne se recuece, como si dijéramos, y se hace blanda y floja. Los nervios, mientras tanto, quedan muy trastornados». Esto nos recuerda la voz de Sluggard de Isaac Watts. Dondequiera que Watts dirigiera la mirada en la naturaleza, a «la atareada avejita» o al sol saliendo «a su debida hora», sacaba la misma lección para el hombre degenerado.[108] Al lado de los metodistas, los evangelistas adoptaron el mismo tema. Hannah More contribuyó unas líneas imperecederas en «Early Rising»:

> Pereza, silenciosa asesina, no más
> Tengas mi mente aprisionada;
> Ni me dejes perder una hora más
> Contigo, Sueño felón.[109]

107. R. Baxter, *The Poor Man's Family Book,* Londres, 1697⁶, pp. 290-291.

108. *Poetical Works of Isaac Watts, DD,* Cooke's Pocket ed., Londres, [1802], pp. 224, 227, 232. El tema no es nuevo, por supuesto: el párroco de Chaucer dijo: «Dormir mucho en calma es un gran engendrador de lujuria».

109. H. More, *Works,* Londres, 1830, II, p. 42. Véase también p. 35: «Tiempo».

En uno de sus folletos, *The Two Wealthy Farmers*, consigue introducir la imagen del tiempo como moneda en el mercado de trabajo:

> Cuando llamo a mis obreros los Sábados por la noche para pagarles, a menudo me hace pensar en el grande y general día de rendir cuentas, cuando yo, y tú, y todos nosotros, seremos llamados a un grande y terrible reconsiderar ... Cuando veo que uno de mis hombres ha malogrado parte del salario que debía recibir, porque ha estado holgazaneando en la feria; otro que ha perdido un día por un golpe de la bebida ... no puedo evitar el decirme, ha llegado la Noche; ha llegado la noche del Sábado. Ni el arrepentimiento ni la diligencia de estos pobres hombres pueden ahora hacer buena una semana de mal trabajo. Esta semana se ha perdido en la eternidad.[110]

Mucho tiempo antes de la época de Hannah More, sin embargo, el tema del celoso gobierno del tiempo había dejado de ser una tradición particular de puritanos, wesleyanos o evangélicos. Fue Benjamin Franklin, que tuvo de por vida un interés técnico en los relojes y que contaba entre sus amigos a John Whitehurst de Derby, inventor del reloj registrador, el que dio su expresión secular menos ambigua:

> Puesto que nuestro Tiempo está reducido a un Patrón, y los Metales Preciosos del Día acuñados en Horas, los Industriosos saben emplear cada Pieza de Tiempo en verdadero Beneficio de sus diferentes Profesiones: y el que es pródigo con sus Horas es, en realidad, un Malgastador de Dinero. Yo recuerdo a una Mujer notable, que era muy sensible al Valor intrínseco del *Tiempo*. Su marido hacía Zapatos y era un excelente Artesano, pero no se ocupaba del paso de los minutos. En vano le inculcaba ella *que el Tiempo es Dinero*. El tenía demasiado Ingenio para comprenderla, y esto fue su Ruina. Cuando estaba en la Taberna con sus ociosos Compañeros, si uno observaba que el Reloj había dado las Once, *¿Y qué es eso,* decía él, *para nosotros?* Si ella le mandaba aviso con el Chico, de que habían dado las Doce, *Dile que esté tranquila, que no pueden ser más*. Si que había dado la una, *Ruégale que se consuele, que no puede ser menos*.[111]

110. *Ibid.*, III, p. 167.
111. *Poor Richard's Almanac* (enero 1751), en *The Papers of Benjamin Franklin,* ed. L. W. Labaree y W. J. Bell, New Haven, 1961, IV, pp. 86-87.

Este recuerdo procede directamente de Londres (sospechamos) donde Franklin trabajó como impresor en los años 1720, si bien no siguiendo nunca, nos asegura en su *Autobiografía,* el ejemplo de sus compañeros de trabajo en observar San Lunes. Es en cierto sentido apropiado que el ideólogo que proporcionara a Weber su texto central como ilustración de la ética capitalista [112] perteneciera, no al Viejo Mundo, sino al Nuevo, el mundo que inventaría el reloj registrador, sería pionero en el estudio de tiempo-y-movimiento, y llegaría a su apogeo con Henry Ford.[113]

VII

Los nuevos hábitos de trabajo se formaron, y la nueva disciplina de tiempo se impuso, en todos estos modos : la división del trabajo, la vigilancia del mismo, multas, campanas y relojes, estímulos en metálico. En algunos casos tardó muchas generaciones (como en el caso de los alfares) y puede dudarse de la medida en que fue plenamente conseguido : los ritmos irregulares de trabajo se perpetuaron (e incluso institucionalizaron) hasta el presente siglo, notablemente en Londres y en los grandes puertos.[114]

A lo largo del siglo XIX se continuó dirigiendo a los obreros la propaganda de la economía del tiempo, degradándose la retórica, deteriorándose cada vez más los apóstrofes a la eternidad, haciéndose las homilías cada vez más pobres y banales. En tratados y folletos de comienzos de la época victoriana dirigidos a las masas, ahoga la

112. Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism,* Londres, 1930, pp. 48-50 y *passim.*

113. Ford empezó su carrera arreglando relojes: puesto que había diferencias entre las horas locales y las horas establecidas por los ferrocarriles, confeccionó un reloj, con dos esferas, que marcaba ambas horas; un principio ominoso: H. Ford, *My Life and Work,* Londres, 1923, p. 24.

114. Existe una abundante literatura portuaria del siglo XIX que ilustra esto. Sin embargo, en época reciente el trabajador temporero de los puertos ha dejado de ser un «accidente» del mercado laboral (como lo veía Mayhew) y se destaca por su preferencia por las altas ganancias sobre la seguridad: véase K. J. W. Alexander, «Casual Labour and Labour Casualties», *Trans. Inst. of Engineers and Shipbuilders in Scotland,* Glasgow, 1964. No he tratado en este trabajo los horarios ocupacionales introducidos por la sociedad industrial, sobre todo los trabajadores de turno nocturno (minas, ferrocarriles, etc.): véase las observaciones del «Journeyman Engineer» [T. Wright], *The Great Unwashed,* Londres, 1868, pp. 188-200; M. A. Pollock, ed., *Working Days,* Londres, 1926, pp. 17-28; Tom Nairn, *New Left Review,* n.º 34 (1965), p. 38.

cantidad del material. Pero la eternidad se ha convertido en uno de esos interminables relatos de muertes pías (o pecadores heridos por el rayo), mientras que las homilías se han convertido en pequeños retazos smilesianos sobre el humilde que progresó por el madrugar y la diligencia. Las clases ociosas empezaron a descubrir el «problema» (del cual tanto oímos hoy) del ocio de las masas. Una considerable proporción de trabajadores manuales (descubrió con alarma un moralista) después de terminar su trabajo tenían

> muchas horas del día para pasarlas como mejor creyeran, Y ¿de qué manera ... gastan este tiempo precioso aquellos cuyo pensamiento no está cultivado? ... Los vemos a menudo simplemente aniquilando estas porciones de tiempo. Durante una hora, o varias seguidas, ... se sientan en un banco o se tumban sobre la orilla del río o en un altozano ... abandonados a una completa ociosidad o letargo ... o agrupados en la carretera dispuestos a encontrar en lo que pase ocasión para una grosera jocosidad; lanzando alguna impertinencia o expresando alguna procacidad insultante, a expensas de las personas que pasan ...[115]

Esto era, claramente, peor que el Bingo : nula productividad combinada con descaro. En una sociedad capitalista madura hay que consumir, comercializar, *utilizar* todo el tiempo, es insultante que la mano de obra simplemente «pase el rato».

Pero ¿hasta qué punto tuvo realmente éxito esta propaganda? ¿En qué medida nos está permitido hablar de una reestructuración radical de la naturaleza social del hombre y de sus hábitos de trabajo? En otro lugar he dado algunas razones para suponer que esta disciplina se había interiorizado realmente, y considerar las sectas metodistas de principios del XIX como una expresión de la crisis psíquica que acarreó.[116] Así como el nuevo sentido del tiempo de mercaderes y alta burguesía del Renacimiento parece encontrar una forma de expresión en una intensa conciencia de la moral, así, podemos sostener, la extensión de este sentido a la gente obrera durante la revolución industrial (junto con los riesgos y alta moralidad de la época) puede ayudarnos a explicar el énfasis obsesivo en la muerte de sermones y tratados que eran consumidos por la clase trabaja-

115. John Foster, *An Essay on the Evils of Popular Ignorance,* Londres, 1821, pp. 180-185.
116. Thompson, *op. cit.,* caps. XI y XII.

dora. O (desde un punto de vista positivo) se puede observar que, mientras se desarrolla la revolución industrial, los incentivos salariales y las fuerzas de consumo en expansión —las recompensas palpables del consumo productivo del tiempo y la evidencia de nuevas posiciones «predictivas» ante el futuro— [117] son claramente efectivas. Hacia los años 1830 y 1840 era generalmente observado que el obrero industrial inglés se distinguía de su compañero irlandés, no por su mayor capacidad para el trabajo intenso, sino por su regularidad, su metódica administración de energía, y quizá también por la represión, no de los placeres, pero sí de la capacidad para descansar a las antiguas y desinhibidas usanzas.

No existe medio alguno para cuantificar el sentido del tiempo de uno o un millón de obreros. Pero es posible proporcionar una comprobante de tipo comparativo. Porque lo que el moralista mercantilista decía con respecto a la falta de respuesta del pobre inglés del siglo XVIII a incentivos y disciplinas, es con frecuencia repetido por observadores y teóricos del desarrollo económico, con respecto a las gentes de países en vías de desarrollo hoy día. Así por ejemplo, se consideraba a los peones mexicanos en los primeros años de este siglo como «gente indolente e infantil». El minero mexicano tenía la costumbre de volver a su aldea para sembrar y cosechar el grano:

> Su falta de iniciativa; incapacidad para ahorrar, ausencias cada vez que celebran una de sus excesivas fiestas, disposición para trabajar sólo tres o cuatro días a la semana si con eso paga sus necesidades, insaciable deseo del alcohol — se señalaban como prueba de su inferioridad natural.

No respondía al estímulo directo del jornal, y (como el minero inglés de carbón o estaño del siglo XVIII) respondía mejor a sistemas de contratación y subcontratación:

> Cuando se le da un contrato y la seguridad de que obtendrá tanto dinero por tonelada que saque de la mina, y que no importa cuánto tiempo tarde en sacarlo, o cuántas veces se siente a contemplar la vida, trabajará con un vigor extraordinario.[118]

117. Véase el importante estudio sobre actitudes anticipatorias y predictivas y su influencia en el comportamiento económico y social, en P. Bourdieu, *op. cit.*

118. Citado en M. D. Bernstein, *The Mexican Mining Industry, 1890-1950,* Nueva York, 1964, cap. VII; véase también M. Mead, *op. cit.,* pp. 179-182.

Al hacer ciertas generalizaciones fundadas en otro estudio de las condiciones de trabajo mexicanas, observa Wilbert Moore: «El trabajo está casi siempre orientado al quehacer en las sociedades no industriales ... y ... puede ser conveniente vincular los salarios a las tareas y no directamente a las horas, en áreas de reciente desarrollo».[119]

El problema reaparece en formas variadas en la literatura de la «industrialización». Para el ingeniero del desarrollo económico puede ser un problema de absentismo: ¿cómo debe tratar la Compañía al obrero impenitente de la plantación del Camerún que declara: «¿Cómo el hombre poder trabajar así, algún día, algún día, sin ponerse a falta? ¿No ser ir a morir?». («¿Cómo puede un hombre trabajar así, día tras día, sin faltar? ¿No se morirá?») [120]

> ... todas las costumbres de la vida africana hacen que un nivel alto y sostenido de esfuerzo en una jornada de extensión dada sea una carga mayor, tanto física como psíquica, que en Europa.[121]

> Los compromisos de tiempo en el Oriente Medio y América Latina se tratan con frecuencia con cierta ligereza para criterios europeos; los nuevos obreros industriales sólo se acostumbran gradualmente a los horarios regulares, asistencia regular y un ritmo de trabajo regular; no siempre se puede confiar en los horarios para el transporte y entrega de materiales ...[122]

Puede creerse que el problema consiste en adaptar los ritmos estacionales rurales, con sus festejos y fiestas religiosas, a las necesidades de la producción industrial:

> El trabajo anual de la fábrica es necesariamente acorde con las demandas de los obreros, en lugar del ideal desde el punto de vista de la más eficiente producción. Numerosos intentos por parte de la

119. W. E. Moore, *Industrialization and Labor*, Ithaca, 1951, p. 30, y pp. 44-47, 114-122.
120. F. A. Wells y W. A. Warmington, *Studies in Industrialization: Nigeria and the Cameroons*, Londres, 1962, p. 128.
121. *Ibid.*, p. 170. Véase también pp. 183, 198, 214.
122. Edwin J. Cohn, «Social and Cultural Factors affecting the Emergence of Innovations», en *Social Aspects of Economic Development*, Economic and Social Studies Conference Board, Estambul, 1964, pp. 105-106.

> administración para alterar el sistema de trabajo han sido nulos. La fábrica vuelve a un plan aceptable al cantelano.[123]

O se puede considerar, como ocurrió en los primeros años de las fábricas de algodón de Bombay, que consiste en conservar la mano de obra al precio de perpetuar métodos ineficaces de producción —horarios flexibles, descansos y horas de comida irregulares, etc.—. Más generalmente, en países donde el vínculo entre el nuevo proletariado industrial y sus familiares (y quizá tierras arrendadas o derecho a alguna tierra) de la aldea sea mucho más próximo —y se mantenga mucho más tiempo— que en la experiencia inglesa, parece cuestión de disciplinar una mano de obra que sólo se siente parcial y temporalmente «comprometida» con la forma de vida industrial.[124]

La evidencia abunda, y, por el método de contrastar, nos recuerda hasta qué punto nos hemos acostumbrado a diferentes disciplinas. Las sociedades industriales maduras de todo tipo se distinguen porque administran el tiempo y por una clara división entre «trabajo» y «vida».[125] Pero, habiendo llevado hasta este punto el problema, podemos permitirnos moralizar algo por nuestra cuenta, al estilo del

123. Manning Nash, «The Recruitment of Wage Labor and the Development of New Skills», *Annals of the American Academy,* CCCV (1956), pp. 27-28. Véase también Manning Nash, «The Reaction of a Civil-Religious Hierarchy to a Factory in Guatemala», *Human Organization,* XIII (1955), pp. 26-28, y B. Salz, *op. cit.* (*supra,* nota 6), pp. 94-114.

124. W. E. Moore y A. S. Feldman, eds., *Labor Commitment and Social Change in Developing Areas,* Nueva York, 1960. Entre los trabajos útiles sobre adaptación y absentismo se incluyen W. Elkan, *An African Labour Force,* Kampala, 1956, esp. los caps. II y III; y F. H. Harbison y I. A. Ibrahim, «Some Labor Problems of Industrialization in Egypt», *Annals of the American Academy,* CCCV (1956), pp. 114-129. M. D. Morris (*The Emergence of an Industrial Labor Force in India,* Berkeley, 1965) desestima la seriedad del problema de disciplina, absentismo, fluctuaciones de temporada en el empleo, etc., en las fábricas de algodón de Bombay a finales del siglo XIX, pero en muchos puntos sus afirmaciones parecen contradecir sus propios datos: véase pp. 85, 97, 102; véase también C. A. Myers, *Labour Problems in the Industrialization of India,* Cambridge, Mass., 1958, cap. III, y S. D. Mehta, «Professor Morris on Textile Labour Supply», *Indian Economic Journal,* I, n.º 3 (1954), pp. 333-340. El trabajo del profesor Morris, «The Recruitment of an Industrial Labor Force in India, with British and American Comparisons», *Comparative Studies in Society and History,* II (1960), desvirtúa y malinterpreta los datos ingleses. Hay estudios útiles de una mano de obra sólo parcialmente «comprometida» en G. V. Rimlinger, «Autocracy and the early Russian Factory System», *Jour. Econ. Hist.,* XX (1960), y T. V. Von Laue, «Russian Peasants in the Factory», *ibid.,* XXI (1961).

125. Véase G. Friedmann, «Leisure and Technological Civilization», *Int. Soc. Science Jour.,* XII (1960), pp. 509-521.

siglo XVIII. De lo que se trata no es del «nivel de vida». Si los teóricos del desarrollo así lo desean, aceptaremos que la antigua cultura popular era en muchos sentidos pasiva, intelectualmente vacía, falta de aceleramiento, y, simple y llanamente, pobre. Sin disciplinar el tiempo no podríamos tener la insistente energía del hombre industrial; y llegue esta disciplina en forma de metodismo, stalinismo, o nacionalismo, llegará al mundo desarrollado.

Lo que necesita decirse no es que una forma de vida es mejor que otra, sino que es un punto de un problema mucho más profundo; que el testimonio histórico no es sencillamente uno de cambio tecnológico neutral e inevitable, sino también de explotación y resistencia a la explotación; y que los valores son susceptibles de ser perdidos y encontrados. Los trabajos de sociología de la industrialización, que se multiplican con rapidez, son como un paisaje estragado por diez años de sequía moral : hay que pasar muchos miles de palabras que conforman resecas abstracciones ahistóricas, entre cada oasis de realidad humana. Hay demasiados empresarios del desarrollo occidentales que parecen sentirse enteramente satisfechos de los beneficios que, con respecto a la reforma del carácter, ofrecen con sus manos a sus retrasados hermanos. La «estructuración de la mano de obra» nos dicen Kerr y Siegel:

> supone el establecimiento de reglas para las horas de trabajo y no trabajo, para los métodos y cantidades a pagar, para el movimiento de entrada y salida al trabajo y de una posición a otra. Supone reglas relacionadas con el mantenimiento de la continuidad en el proceso laboral ... el intento de minimizar la revuelta individual u organizada, la provisión de una visión del mundo, de orientación ideológica, de creencias ...[126]

Wilbert Moore ha llegado a confeccionar una lista de la compra de «los omnipresentes valores y las guías normativas de alta relevancia para la meta del desarrollo social»; «estos cambios de actitud y creencias son "necesarios" para lograr un rápido desarrollo económico y social»:

> Impersonalidad: juicio por méritos y actos, no por procedencia social o cualidad sin importancia.

126. C. Kerr y A. Siegel, «The Structuring of the Labor Force in Industrial Society: New Dimensions and New Questions», *Industrial and Labor Relations Review,* II (1955), p. 163.

> Especificidad de las relaciones en términos tanto de contexto como de límites de interacción.
> Racionalidad y resolución de problemas.
> Puntualidad.
> Reconocimiento de interdependencia individualmente limitada pero sistemáticamente vinculada.
> Disciplina, deferencia ante la autoridad establecida.
> Respeto al derecho de propiedad ...

Estos, junto con «resultados y aspiración de ascenso», nos tranquiliza Moore, no se

> indican como lista exhaustiva de los méritos del hombre moderno ... El «hombre completo» también amará a su familia, venerará a Dios, y expresará sus habilidades estéticas. Pero mantendrá cada uno de estos aspectos «en su sitio».[127]

No ha de sorprender que las «provisiones de orientación ideológica» de los Baxter del siglo XX sean bien acogidas en la Fundación Ford. Que aparezcan también a menudo en publicaciones patrocinadas por la UNESCO es menos fácilmente explicable.

VIII

Es un problema por el que tienen que pasar, y superar, los pueblos del mundo en vías de desarrollo. Esperemos que recelen de los modelos hechos, manipulativos, que presentan a las masas trabajadoras simplemente como mano de obra inerte. Y en cierto sentido, también, en el ámbito de los países industriales avanzados, ha dejado de ser un problema situado en el pasado. Porque hemos llegado a un punto en que los sociólogos están disertando sobre el «problema» del ocio. Y parte del problema es cómo llegó a convertirse en tal. El puritanismo, en su matrimonio de conveniencia con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo; que enseñó a los niños, incluso en su infancia, a progresar a cada luminosa hora, y que saturó las cabezas de los

127. E. de Vries y J. M. Echevarría, eds., *Social Aspects of Economic Development in Latin America,* UNESCO, 1963, p. 237. Véase también mi crítica de W. E. Moore, *Man, Time and Society*, Nueva York, 1963, en *Peace News* (26 junio 1964).

hombres con la ecuación, el tiempo es oro [128] Una forma constante de revuelta en el mundo occidental industrial y capitalista, sea bohemia o *beatnik*, ha tomado con frecuencia la forma de una ignorancia absoluta de la urgencia de los respetables valores del tiempo. Y surge una interesante pregunta : si el puritanismo fue parte necesaria de la ética laboral que permitió al mundo industrializado salir de las economías de pobreza del pasado, ¿empezará a descomponerse la valoración puritana del tiempo al aflojarse las presiones de la pobreza? ¿Está ya en descomposición? ¿Empezarán los hombres a perder ese inquieto sentido de urgencia, ese deseo de consumir el tiempo con resolución, que lleva la mayoría de la gente con la misma naturalidad que un reloj de pulsera?

Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado el problema no consiste en «cómo podrán los hombres *consumir* todas estas unidades de tiempo libre adicionales», sino «qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir». Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces se convierte en cuestión de cómo hacer ese tiempo *útil* o cómo explotarlo para las industrias del ocio. Pero si la idea de finalidad en el uso del tiempo se hace menos compulsiva, los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la revolución industrial : cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida. Y de aquí surgiría una dialéctica novel en la cual una parte de las antiguas y agresivas energías y disciplinas emigrarán a las naciones de reciente industrialización, mientras las viejas naciones industrializadas se esfuerzan en descubrir modos de experiencia olvidados antes de que comience la historia escrita:

> los nuer carecen de una expresión equivalente al «tiempo» de nuestra lengua y, por esta razón, a diferencia de nosotros no pueden hablar del tiempo como si fuera algo real, que pasa, que puede desperdiciarse, aprovecharse, etc. No creo que experimenten nunca la misma sensación de lucha contra el tiempo o de tener que coordinar las actividades con un paso abstracto del tiempo,

128. Hay comentarios sugerentes sobre esta ecuación en Lewis Mumford y S. de Grazia, citado *supra*, nota 1; Paul Diesing, *Reason in Society*, Urbana, 1962, pp. 24-28; Hans Meyerhoff, *Time in Literature*, University of California, 1955, pp. 106-119.

> porque sus puntos de referencia son principalmente las propias actividades, que suelen ser de carácter pausado. Los acontecimientos siguen un orden lógico, pero no hay sistema abstracto que los controle, al no haber puntos de referencia autónomos a los que tengan que adaptarse con precisión. Los nuer son afortunados.[129]

Desde luego ninguna cultura reaparece con la misma forma. Si el hombre ha de satisfacer las exigencias tanto de una industria automatizada muy sincronizada, como de zonas mucho más extensas de «tiempo libre», debe de alguna manera combinar en una nueva síntesis elementos de lo antiguo y lo nuevo, encontrando imágenes no surgidas ni en las estaciones ni en el mercado sino de acontecimientos humanos. La puntualidad en el trabajo expresaría el respeto hacia los compañeros de trabajo. Y el pasar el tiempo sin finalidad sería un tipo de comportamiento visto con aprobación por nuestra cultura.

Difícilmente puede lograr la aprobación de aquellos que ven la historia de la «industrialización» en términos aparentemente neutros pero que están, en realidad, cargados de valoración, como una progresiva racionalización al servicio del desarrollo económico. Este argumento es por lo menos tan viejo como la revolución industrial. Dickens vio el lema de Thomas Gradgrind («dispuesto a pesar y medir cualquier parcela de naturaleza humana, y decir exactamente cuánto suma») como el «mortal reloj estadístico» de su observatorio «que medía cada segundo con un golpe como el de una llamada en la tapa de un féretro». Pero el racionalismo ha desarrollado nuevas dimensiones sociológicas desde la época de Gradgrind. Fue Werner Sombart quien —utilizando la imagen preferida del relojero— sustituyó al Dios del materialismo mecánico por un empresario:

> Si el moderno racionalismo económico es como el mecanismo de un reloj, tiene que haber alguien que le de cuerda.[130]

Las universidades occidentales están hoy repletas de artesanos relojeros, ansiosos de patentar nuevas claves. Pero pocos todavía han llegado tan lejos como Thomas Wedgwood, hijo de Josiah, que diseñó un plan para introducir las horas y la disciplina del tiempo de Etruria en los talleres mismos de la conciencia formativa del niño:

129. E. Evans-Pritchard, *op. cit.*, p. 103.
130. «Capitalism», *Encyclopaedia of the Social Sciences,* Nueva York, ed. de 1953, III, p. 205.

> Mi objetivo es alto — He estado esforzándome por dar con un golpe maestro que se anticipe un siglo o dos al progreso del ritmo amplio del avance humano. Prácticamente todo paso previo de su avance puede adscribirse a la influencia de personajes superiores. Ahora bien, yo opino que en la educación de los más grandes de estos personajes, no se ha procurado que más de una hora de cada diez contribuya a la formación de esas cualidades de las que ha dependido esta influencia. Supongamos que poseemos una relación detallada de los veinte primeros años de la vida de algún extraordinario genio; ¡que caos de percepciones! ... ¡Cuántas horas, días, meses, se han gastado pródigamente en ocupaciones improductivas! ¡Qué multitud de impresiones a medio formar y conceptos abortivos mezclados en una masa de confusión ...
>
> En las cabezas mejor reguladas de la actualidad ¿no hubo y hay algunas horas del día pasadas en ensimismamiento, el pensamiento sin gobierno, sin guía? [131]

El plan de Wedgwood era modelar un nuevo sistema de educación, riguroso, racional y cerrado. Se propuso a Wordsworth como uno de los posibles superintendentes. Su respuesta fue escribir *The Prelude*, un ensayo sobre el desarrollo de la conciencia del poeta que fue, simultáneamente, una polémica contra

> The Guides, the Wardens of our faculties,
> And Stewards of our labour, watchful men
> And skilful in the usury of time,
> Sages, who in their prescience would controul
> All accidents, and to the very road
> Which they have fashion'd would confine us down,
> Like engines ...* [132]

Porque no existe el desarrollo económico si no es desarrollo o cambio cultural; y el desarrollo de la conciencia social, como el del pensamiento del poeta, no puede, en última instancia, planearse.

131. Thomas Wedgwood a William Godwin, 31 julio 1797, publicado en el importante artículo de David Erdman, «Coleridge, Wordsworth, and the Wedgwood Fund», *Bulletin of the New York Public Library*, LX (1956).

* Los Guías, los Vigilantes de nuestras Facultades, / Y Administradores de nuestro trabajo, hombres alerta / Y hábiles en la usura del tiempo, / Sabios, que en su presunción querrían controlar / Todo accidente, y al camino mismo / Que han labrado querrían confiarnos, / Como máquinas...

132. *The Prelude*, Londres, ed. de 1805, libro V, líneas 377-383. Véase también el esquema en *Poetical Works of William Wordsworth*, ed. E. de Selincourt y Helen Darbishire, Oxford, 1959, V, p. 346.

UNA ENTREVISTA CON E. P. THOMPSON *

Esta entrevista con E. P. Thompson se llevó a cabo en marzo de 1976 en Nueva York. Thompson pasaba allí la primavera como profesor visitante de historia en la Universidad de Rutgers, en Nueva Jersey. El semestre anterior había tenido un puesto similar en la Universidad de Pittsburgh. El entrevistador fue Michael Merrill, uno de los miembros fundadores de MARHO ** y del MARHO Forum Committee y ahora miembro del personal permanente del Institute for Labor Education and Research de Nueva York. El intercambio polémico de Thompson con Perry Anderson y Leszek Kolakowski, mencionado en el texto, puede verse en el *Socialist Register,* ed. de Ralph Miliband y John Saville, de los años 1965 y 1973, respectivamente. La respuesta de Anderson está en el *New Left Review,* n.º 35 (enero-febrero 1966), y Kolakowski en *Socialist Register 1974.* Las notas de la «Carta abierta a Leszek Kolakowski» de Thompson con-

* «An Interview with E. P. Thompson», *Radical History Review,* III, n.º 4 (marzo 1976), pp. 4-25.

** La Mid-Atlantic Radical Historians Organization (MARHO) se fundó en 1973 para proporcionar un fórum para el análisis de nuevas perspectivas en el estudio y la enseñanza de historia. Surgió de una preocupación compartida de jóvenes profesionales, profesores y estudiantes para contrarrestar los estrechos límites de la historia profesional, la separación de la misma de cuestiones sociales y políticas y el creciente divorcio entre enseñanza e investigación. A lo largo de los últimos cuatro años MARHO ha reunido un número cada vez mayor de historiadores de diversas formaciones intelectuales y experiencias políticas. A través de sus publicaciones y actividades educativas, ha intentado desarrollar una historia crítica como medio de entender el capitalismo como modo de producción y como sistema complejo de relaciones sociales. MARHO tiene tres actividades principales: fórums, conferencias y la publicación de la *Radical History Review.* Se celebran regularmente fórums sobre una serie de temas históricos, enseñanza y cuestiones políticas, en Nueva York, Boston y Providence. El congreso anual se celebra generalmente en la primavera en Nueva York. La revista está colectivamente editada por grupos situados en Nueva York, Boston y Providence.

tienen referencias a la mayoría de sus primeros artículos que, según dice más adelante, espera volver a publicar en un futuro cercano. *William Morris : From Romantic to Revolutionary* ha sido recientemente reeditado por la Merlin Press en Inglaterra. Tanto *Whigs and Hunters* como, por supuesto, *The Making of the English Working Class* tienen ediciones de bolsillo en Vintage Books.

P. ¿Bajo qué circunstancias se escribió *The Making of the English Working Class* [en adelante *MEWC*]? ¿Lo escribió con objetivos o intenciones políticas inmediatos, como intervención, en cierto modo disimulada, en la escena política del momento, o surgió de otras preocupaciones?

R. Las reflexiones que median entre una obra intelectual o artística y la propia experiencia nunca son una y la misma; nunca son directas. Quiero decir que ningún pintor puede pintar su experiencia política *así,* y si lo intenta pinta un cartel, que tiene valor quizá como *tal*.

MEWC surgió sin duda de una polémica teórica de dos caras. Por una parte no podría haberse escrito sin la disciplina de la historia económica, extraordinariamente firme, intelectualmente bien fundamentada que (con notables excepciones) constituye una tradición continua desde Adam Smith y los economistas políticos ortodoxos hasta nuestros días. Es una tradición en gran medida contaminada por la ideología capitalista. Por tanto, en cierto sentido, escribir la historia social de las gentes de este período exige llevar a cabo una polémica contra esta tradición. Por otra parte, fue de algún modo una polémica contra las notaciones economicistas abreviadas del marxismo, que se habían hecho claramente manifiestas en las discusiones que rodeaban, desde dentro y fuera, el movimiento comunista desde 1956 en adelante, hasta la formación de la nueva izquierda. En esta tradición la noción muy simplificada de la formación de la clase obrera era la de un proceso determinado: energía de vapor + sistema industrial = clase obrera. Cierta clase de materias primas, como la «afluencia de los campesinos a las fábricas», se elaboraban para producir una cantidad determinada de proletarios con conciencia de clase. Yo polemizaba contra esta noción para mostrar que existía una conciencia plebeya reflejada en nuevas experiencias de existencia social, las cuales eran manipuladas en modos culturales por la gente, dando así origen a una conciencia transformada. En este sentido las cuestiones

que se planteaban y parte del bagaje teórico que se utilizaba para responderlas, surgieron de este preciso momento ideológico.

P. ¿En qué público estaba pensando cuando lo escribió?

R. No era un libro escrito para un público académico. Mi trabajo durante muchos años había sido el de tutor en educación de adultos, dando clases por las noches a trabajadores, sindicalistas, gente de cuello blanco, maestros, etc. Este público estaba presente, y también el público de izquierdas, del movimiento obrero y de la nueva izquierda. Pensaba en este tipo de lector cuando escribí el libro, como es evidente por mi actitud bastante irreverente hacia las convenciones académicas. Me he moderado un poco desde entonces, simplemente porque, aunque el libro ha sido recibido de forma muy generosa en algunos sectores académicos, también ha sido sometido a ataques muy duros, especialmente en Gran Bretaña. Para responder a éstos he tenido que agudizar mi propio equipo intelectual. Cuando te das cuenta repentinamente de que estás siendo observado por una profesión en gran medida conservadora tienes que estar muy seguro de que tus afirmaciones son exactas, y lo más precisas y bien documentadas que sea posible. Esto puede constituir una cierta inhibición.

P. El cuidado de que habla es evidente en *Whigs and Hunters.* Pero la irreverencia de *MEWC* era probablemente lo más atractivo del libro para muchos académicos. Era una inyección de energía necesitada y hay una continua referencia en los escritos académicos a la diferencia que supuso.

R. Sí; pero con respecto a *Whigs and Hunters*. No es un libro tan serio y reverente como pueda parecer. En la primera mitad, sí, aparece academicista y casi anticuado, en parte por el carácter del material con el cual se reconstruye un conjunto perdido de relaciones sociales. Esto había que realizarlo con pinceladas diminutas. Pero sigue siendo un libro irreverente. La tradición dominante de la historiografía del siglo XVIII está profundamente asentada y no ha sido prácticamente desafiada en sus líneas centrales durante muchos años. Es una armada que no puede dispersarse con un disparo de mosquete desde una canoa. Yo tuve que enfrentarme a ella en su propio terreno; y «naimierizar» los intereses de *foresters* y *yeomen* en lugar de los pares y la nobleza. Si el libro lo consigue o no debe decidirlo el lector. Pero está en parte escrito como participación en una polémica historiográfica inglesa que puede no ser enteramente manifiesta al lector americano.

P. Bien, también en la última sección es un libro turbulento.

R. Se amplía. Es como muchos pequeños arroyos que se convierten en un río bastante más raudo en la parte final.

P. Yo estaba pensando en dos cosas cuando hice la pregunta anteriormente. Una, su descripción de Morris y su relación con su poesía, sus fantasías utópicas e históricas, que eran puramente diversión. Eran cosas que hacía sólo por su propio placer, y por lo que pudiera disfrutar la gente al leerlas. Por otra parte, la historia tiene una importancia que supera su valor de placer. En cierto momento del libro de Morris dice de su estudio de cuentos islándicos y de la cultura de las gentes pobres de la Islandia del siglo XII, que tuvieron una importancia decisiva en hacer de Morris un socialista revolucionario. Su estudio histórico le dio una posición desde la cual poder juzgar su propia época, etc. ¿Cuál de estas dos actitudes hacia la cultura predomina en sus ideas sobre sus obras históricas? ¿Escribe historia porque disfruta con ello? ¿O tiene más amplias intenciones políticas, en las cuales la profundización en una cultura radical y la recuperación de perdidas tradiciones revolucionarias constituyen un factor importante para activar estas tradiciones en la actualidad?

R. Desde luego, no hace falta preguntar eso, ¿no cree? Lo único que hay que decir es que esta clase de pregunta es a veces formulada por gente diferente a usted que tienen la ostentosa y pretenciosa idea de ser *verdaderos* historiadores porque no se comprometen de ninguna forma. Por eso, si dices «desde luego», se te acusa de ser algo supuestamente distinto a un historiador : un propagandista. Por el contrario, creo que una enorme cantidad de la historiografía existente, desde luego en Gran Bretaña, ha considerado la sociedad bajo el punto de vista de las expectativas, la autoimagen y los apologistas de una clase dominante: «la propaganda de los vencedores». Así, pues, recuperar una historia alternativa supone a menudo entrar en polémica con la ideología establecida.

Lo segundo es que, también, puede hacer alguien la misma pregunta, queriendo hacerte caer en decir, «está bien, *toda* la historia es ideología, de derechas o izquierdas». Yo no estoy de acuerdo con esto en absoluto. Lo que uno intenta es acercarse a problemas objetivos muy complejos del proceso histórico (esto es lo que hacía también Marx). Ello supone una disciplina precisa que conlleva el distanciamiento y la objetivización – ser consciente de las propias inclinaciones, consciente de las preguntas que estás planteando— y en

gran parte de tu trabajo como historiador intentas o bien hacer patente la intrusión de las propias actitudes y valores, si es que están influyendo, o mantenerlas a distancia y evitar que esta intrusión ocurra. De otro modo lo que se hace es suponer que el proceso histórico no presenta problemas para los cuales las propias convicciones no tengan respuesta. Y eso no es cierto. Lo que de hecho estás haciendo es aproximarte a un proceso que nos descubre, bajo el examen histórico, su propio carácter y sus propios problemas. Sólo en este sentido se puede aprender algo de él. Esto no significa que en un punto determinado no sea posible hacer un juicio *sobre* ese proceso, pero este es un segundo tipo de actividad. De ningún modo me disculpo de hacer tales juicios. Pero espero que quede claro que cuando considero una cuestión como la disciplina de trabajo, o los rituales populares en el siglo XVIII, no introduzco en ella todo un conjunto de convicciones prefabricadas. Las mantengo a distancia e intento examinarlas en sus propios términos y dentro de su propio conjunto de relaciones. Pero una vez hecho esto, si se desea, se puede comentar. Porque se puede desear hacer una estimación del significado que *para nosotros* puede tener ese proceso. El significado no se encuentra allí, en el proceso; el significado está en cómo lo entendemos nosotros.

P. ¿Funcionó? ¿Ha supuesto alguna diferencia? Al final de *Whigs and Hunters* hay una autointrusión bastante sorprendente cuando se pregunta si lo que hace le convierte o no en un anacronismo. ¿Qué importa que John Huntridge, el oscuro posadero, pueda hablarnos sobre el Black Act como resultado de sus esfuerzos? ¿Es este tipo de intrusión una señal de su convencimiento de que, a pesar de todos sus esfuerzos, *MEWC* fue una predicación en el desierto, que sus esperanzas con respecto a los escritos historiográficos son ya menos defendibles? ¿O es otra cosa lo que ocurre en este momento?

R. No, no. No me he debido expresar con claridad. La cuestión que en este caso planteaba es que, muy justificadamente, ha disminuido la perspectiva con la que puede considerarse lo conseguido en este particular momento de la cultura occidental. Evidentemente, en el siglo XIX, e incluso en mi juventud, las escuelas históricas de Gran Bretaña y América contaban con personas que nunca habían dudado de que su historia fuera la más importante del mundo. Pero viviendo en una isla postimperial, que en términos convencionales de la economía capitalista está rápidamente debilitándose, y si eres consciente del futuro, en el cual las naciones que están surgiendo van a exigir

no sólo mayor participación en el mundo, sino también mayor participación en el consciente histórico, van a pararse a preguntar qué significa esta peculiar cultura del constitucionalismo anglosajón del siglo XVIII. ¿No era realmente más importante que Inglaterra estuviera activamente dedicada al comercio de esclavos? ¿Que la Compañía de la India Oriental estuviera amasando su fortuna y extendiendo su territorio en India? ¿No era esto lo que al mundo le importaba conocer sobre Inglaterra y no si los ingleses tenían o no determinados rituales constitucionales? Esta es una de las preguntas que yo hago.

La otra es una respuesta, quizás, a una cierta forma de ver las cosas de la escuela de *Annales* cuando en ocasiones es confiscada e interpretada por historiadores conservadores que hablan de *longue durée* y que añaden luego que, realmente, lo único serio que atañe al historiador son las formaciones de larga duración demográficas, materiales y hasta geológicas, de la historia. Por ello, ocuparse de un momento determinado —1723— es una aportación muy trivial a la evolución histórica seria. Fue como respuesta a estas dos cuestiones por lo que me planteé aquello; y justifiqué mis preocupaciones locales argumentando que la revolución inglesa del siglo XVII, a pesar de haber fracasado en tantas de sus aspiraciones, había a la larga originado un cierto conjunto de inhibiciones legales al poder que, por muy manipuladas que fueran, constituyen una importante realización cultural. Sostuve, además, que el derecho, que, por ser manipulado con finalidades clasistas, puede ser infravalorado con excesiva facilidad como mera máscara encubridora del poder de clase, no debe considerarse de este modo. Todo lo que hemos presenciado en este siglo nos sugiere que ningún pensador socialista serio puede suponer que el gobierno de algún tipo de ley —si bien leyes socialistas y no capitalistas— no es un profundo bien humano. Los intentos de algunos teóricos socialistas para evitar esta cuestión no pueden explicar dos cosas : una, la evidencia histórica de este siglo de los asombrosos poderes que puede lograr un estado socialista, o que puede lograr un llamado estado socialista. Y, segundo, el hecho de que la gente obrera de países avanzados, y probablemente de la mayoría de los lugares, sea profundamente consciente del peligro que para ellos existe en el Estado. Por ello, yo afirmo que la historia del derecho importa, y que es una cuestión muy sutil y muy compleja.

P. Yo detecté, sin embargo, en otros de sus recientes escritos un sentimiento de aislamiento, y asocié la parte de que hemos estado hablando de *Whigs and Hunters* con éstos. En la «Carta abierta a Leszek Kolakowski», por ejemplo, habla de su silencio político de ocho años, y teme que después de esto vuelva a caer en el silencio. En estos pasajes hay un sentido de «mentalidad de fortaleza», podríamos quizá llamarlo. ¿Qué relación tiene esta postura con el evidente éxito de *MEWC* y la importancia sostenida de las tradiciones, en todos los sentidos de la palabra, que representa su libro y de las cuales es el primer portavoz? La respuesta al libro parecería indicar que está mucho menos aislado de lo que usted parece creer.

R. Debo disculparme. Hay algo de autodramatización en la carta a Kolakowski. Pero el hecho mismo de haber escrito la carta fue una salida del aislamiento más que lo contrario. No tiene nada que ver con *MEWC* ni con su generosa recepción, particularmente aquí. Tiene más que ver con un aspecto de mis escritos que es menos conocida en los Estados Unidos, que constituye un compromiso político claro. Espero volver a publicar algunos de estos escritos en breve. Ahora no me siento tan aislado como en la cúspide de los años sesenta. Lo que ocurrió fue la creación de la nueva izquierda en la cual fuimos muy activos mis colegas ingleses y yo en la época de Wright Mills, que fue uno de nuestros más próximos compañeros aquí en los Estados Unidos. Y después, la transición a una segunda nueva izquierda. Simultáneamente ocurrieron ciertas transiciones intelectuales que en mi opinión fueron desafortunadas. Se dio más importancia a la actividad de tipo expresivo que a otras clases de actividad política más racional y más abierta, y al mismo tiempo se desarrollaron una serie de marxismos muy sofisticados, particularmente en Europa occidental, que tomaron progresivamente, me parecía, un carácter teológico —por muy sofisticado que fuera— rompiendo así la tradición marxista a la que yo había estado asociado. Esto fue seguido por un período especialmente castigado a finales de los años sesenta, en que existía un movimiento intelectual de izquierdas divorciado de más amplios movimientos populares, y que de algún modo convertía este aislamiento en virtud y no tomaba medidas para tomar contacto con el movimiento obrero y otros movimientos populares de grandes dimensiones. Por otra parte, y no creo que tenga que recordarles esto en los Estados Unidos, esta nueva izquierda contenía elementos que podían considerarse de inmediato por el historiador

como una muestra de los despreciables actos que le corresponden a la despreciable burguesía; es decir, los gestos de estilo, expresivos e irracionalistas, autoglorificantes, que no tienen lugar en una tradición revolucionaria seria, de raíces profundas v racional. Por otra parte existía el sentimiento de que había causas suficientes asociadas a este movimiento que seguían perteneciendo a la izquierda, especialmente la lucha contra la guerra de Vietnam y en general la lucha para democratizar las instituciones educativas. Desde luego no se podía atacar o criticar este movimiento públicamente, excepto dentro del movimiento mismo: e incluso así era difícil. De modo que mi sentimiento de aislamiento resultaba de un movimiento que avanzaba en una dirección que detestaba en muchos sentidos y sobre el cual me mantenía al mismo tiempo, por fuerza, silencioso. No podía unirme a la protesta, o la huida de Columbia, o lo que quiera que estuviera ocurriendo a la derecha o en la cómoda «medianía» socialdemócrata.

P. Desde luego.

R. Pero ahora ha terminado esta fase y me disculpo de la autodramatización de la carta de Kolakowski. Creo de modo positivo que estamos comenzando un nuevo período que integrará gran parte de lo bueno de aquel otro.

P. Mucha gente querría saber cómo, o mediante qué proceso decisivo, se hizo historiador. El diminuto esquema que aparece en el reverso de la edición Vintage de *MEWC* dice que estuvo en Cambridge después de la guerra.

R. En, y después de la guerra. Este fue desde luego un momento formativo muy importante. Es difícil transmitirlo a las personas de otra generación. No creo que haya que dar demasiada importancia a este esfuerzo, porque la vista de la gente se cristaliza muy rápidamente y ahí se acabó. Sin embargo, yo soy de la opinión impenitente de que fuera lo que fuera lo ocurrido en Postdam o en Yalta, lo que Stalin estaba maquinando o las intenciones del imperialismo inglés o americano, la segunda guerra mundial fue un momento crítico de la civilización humana. De haber ganado las potencias fascistas estaríamos muy probablemente todavía viviendo en esa era. De hecho no existiría un MARHO ni una historia de la nueva izquierda y a Kolakowski lo habrían matado hace mucho tiempo, de modo que no podría polemizar con él. Así sería el futuro que viviríamos. De modo que tuvimos este extraordinario momento formativo en que era posi

ble estar profundamente comprometido incluso con la vida misma, en defensa de una lucha política determinada que era al mismo tiempo una lucha popular; es decir, no tenías la impresión de estar de ningún modo aislado de los pueblos de Europa o del pueblo inglés. Supongo que efectivamente esto afectó el modo en que nos formamos.

Yo fui desde luego muy activo en el Partido Comunista. Y lo seguí siendo hasta 1956. Esto no significaba que no tuviera muchas dudas interiores y también que no fuera culpable de recurrir a explicar casuísticamente lo que debería haber rechazado del carácter del stalinismo. Pero por otra parte no estoy dispuesto a aceptar la explicación trotskista de todo un pasado que deja de lado una fase entera de evolución histórica y todas las multiformes iniciativas populares y auténticas zonas de actividad y heroísmo como «stalinistas». La dimensión popular de la actividad comunista, entonces y aún hoy en muchos casos, es de tal carácter que impide este tipo de intelectualización.

P. He leído completa la memoria que usted y su madre hicieron sobre su hermano, la cual contiene una breve historia de su evolución. [E. P. Thompson, ed., *There is a Spirit in Europe : a Memoir of Frank Thompson.*] ¿Era usted bastante mayor para recordar la reunión en casa de su padre con los dirigentes del movimiento de liberación indio?

R. Oh, sí.

P. ¿Y todo ello influyó de algún modo para que se hiciera comunista? ¿O fue 1940, cuando la elección decisiva sobre qué hacer se impuso a todos en Europa de forma bastante brutal, lo que determinó la ruptura con ese pasado? Su hermano había entrado en el Partido Comunista en 1939, había sido oficial en la guerra, y fue como voluntario a luchar con los partisanos búlgaros. Sus padres, por tanto, y la anterior decisión de su hermano fueron rasgos importantes de su propio compromiso. ¿No era algo realizado en oposición a, y a pesar de, la propia formación y cultura?

R. Mi padre —ambos mi madre y mi padre, pero sobre todo mi padre— fue un liberal duro. Fue un crítico tenaz del imperialismo inglés, amigo de Nehru y de otros dirigentes nacionales. Por eso yo me crié esperando que los gobiernos fueran mendaces e imperialistas y creyendo que la propia posición debía ser hostil al gobierno. Pero entrar en el Partido Comunista fue realmente motivo de conflicto familiar para mi hermano mayor. El abrió el camino y cuando yo hice

lo mismo hubo menos conflictos. Este es otro ejemplo de la ambigüedad del momento en la guerra antifascista, especialmente de 1942 a 1946. Las cartas que se conservan de mi hermano son totalmente contrarias al cuadro ideológico acartonado de lo que era el stalinismo. Su compromiso era con el pueblo y sobre todo con el asombroso heroísmo de los movimientos partisanos de la Europa del sur. En cierto sentido ese momento político, insurgente, de tipo frente popular, llegó a su punto álgido entre 1943 y 1946. Fue destruido tanto por la reacción inglesa como por la americana y destruido desde el interior por el stalinismo. Una de las cosas que me entusiasman es que, de un modo curioso, creo que Europa está empezando prudentemente a recomenzar un cierto avance que fue interrumpido por la guerra fría. Las categorías de la guerra fría están empezando a deshacerse. España, Francia, Italia, Grecia, quizás incluso Gran Bretaña; esa impresión de abrirse al futuro, independientemente de las estructuras de la guerra fría está empezando a reaparecer.

P. ¿Fue amplia su propia experiencia en Yugoeslavia después de la guerra [E. P. Thompson, ed. *The Railway,* Londres, 1948]? Siendo testigo del movimiento popular de campesinos, trabajadores, soldados y estudiantes para la construcción de una sociedad socialista en Yugoeslavia, imagino, supondría un fuerte estímulo, cuando se trataba de recobrar e imaginar sucesos ocultos y movimientos populares del pasado, algo que usted hace, por supuesto, muy bien, tal vez mejor que nadie.

R. Sí, sí, pero recuerdo que también había obreros, soldados y estudiantes en Inglaterra. También allí hubo un movimiento afirmativo hacia adelante muy considerable. La lucha por la vivienda, o las huelgas, o el sentimiento de euforia cuando se nacionalizaron las minas y se introdujo la seguridad social, todas estas cuestiones positivas formaron parte de la propia experiencia. De modo que no se trataba sólo de ir a ver cómo sucedía en otros lugares. Nos parecía que los partisanos yugoeslavos eran un ejemplo supremo de este tipo de actividad, un ejemplo sorprendente, pero no totalmente distinto. En 1946 fui como voluntario a una brigada de jóvenes para construir una vía ferroviaria en Yugoeslavia. Había contingentes de la mayor parte de los países europeos excepto, de modo significativo, de la Unión Soviética. Fue esta una estupenda experiencia. También en ese año fui a Bulgaria y conocí partisanos que habían sobrevivido después de la extraordinaria marcha en que partició mi hermano. Ni

por un momento se podía considerar la situación en términos de la imposición del dominio ruso sobre Bulgaria. También trabajé con un grupo de jóvenes construyendo una vía ferroviaria en Bulgaria, durante muy poco tiempo, y estaba convencido de la autenticidad del frente popular en *aquel momento*. Se rompió muy pronto, y se rompió por presión de comunistas ortodoxos de formación rusa y por los rusos. Pero en esta etapa había comunistas, socialistas, grupos agrarios y de otros tipos que formaban una alianza y hablaban muy libremente de sus diferencias. Había una sensación de apertura. Pero todo ello se cerró con la guerra fría. Se cerró para ambas partes. Fue un proceso mutuo, recíproco e inmensamente perjudicial, inmensamente destructivo, y probablemente donde era más destructivo era en los extremos, en Rusia misma y en América. En América, destruyendo cualquier continuidad de las raíces de aquel movimiento y en Rusia cualquier oposición, cualquier movimiento de tipo auténtico.

P. Evidentemente nunca se le ocurrió que ser socialista revolucionario demócrata, o comunista demócrata, y ser historiador eran en cierto modo conflictivos entre sí. Cuando yo empecé los estudios graduados hace seis años uno de los principales temas de discusión en círculos estudiantiles de izquierda era, según lo recuerdo yo, la necesidad de ser revolucionario profesional, una ocupación que de algún modo excluye las demás. En medio del movimiento que usted ha estado describiendo parece haber decidido hacerse historiador...

R. ¡No, por Dios! Nunca «hice la decisión» de ser historiador. No recuerdo haber hecho ninguna decisión de este tipo.

P. Comprendo. Comprendo. Pero sí decidió entrar en la universidad.

R. Estuve un año en la guerra y luego volví y terminé mi primer título. Nunca hice trabajo de investigación o postgraduado. Comencé mi educación adulta porque me parecía un área donde aprender algo sobre la Inglaterra industrial y enseñar a gente que a su vez me enseñara a mí. Y así ocurrió. Y fui muy activo políticamente. Mi primera responsabilidad en la tarea política fue trabajar en el movimiento pacifista, sobre todo contra la guerra de Corea. Formamos un buen movimiento en Yorkshire. Fue una auténtica alianza de gentes del Partido Laborista, que fueron con frecuencia expulsados de este partido, pacifistas tradicionales de izquierdas, comunistas y tradeunionistas. Yo dirigía un periódico. Estaba en el comité de distrito de Yorkshire del Partido Comunista. Probable-

mente esto ocupaba la mitad de mi tiempo y la enseñanza profesional la otra mitad. En ambos aspectos estaba recibiendo un constante aprendizaje.

P. Dio una conferencia y escribió un pequeño artículo sobre William Morris en 1951, y en algún momento de aquellos años decidió escribir un estudio sobre Morris.

R. Usted habla continuamente de decisiones. Yo estaba preparando mis primeras clases. Enseñaba tanto literatura como historia. Pensaba, ¿cómo puedo, para empezar, suscitar ante una clase de adultos, muchos de ellos en el movimiento obrero, cómo hablar con ellos del significado de la literatura en sus vidas? Y empecé a leer a Morris. Morris me absorbió. Yo pensaba, ¿por qué se considera a este hombre quisquilloso y anticuado? Todavía es uno de los nuestros. Y leí uno o dos libros sobre Morris *tan* malos y tan ideológicos que me creí en la *obligación* de contestarlos. Por eso escribí un artículo atacándolos, y el editor de la revista me dijo: «Muchas gracias, pero ¿no podría escribir un artículo algo más largo?». Y entonces escribí un artículo demasiado largo para publicarlo y me contestaron diciendo que quizá sería una buena idea hacer un libro con él. Así acabó siendo un libro de 800 páginas. Morris me capturó. No tomé una decisión. Morris decidió que debía hacer su presentación. Sin embargo, mientras me dedicaba a esto consideré mucho más seriamente hacerme historiador.

Me parece que es algo como hacerse poeta o pintor. El poeta ama las palabras, el pintor la plástica. Yo me encontré fascinado por la posibilidad de llegar al fondo de las cosas, en las fuentes mismas. Adquirí este entusiasmo en los archivos. Supongo que esto, junto con la ayuda crítica de compañeros, de una o dos personas en especial, y la participación en el grupo de historiadores del Partido Comunista, en el cual teníamos continuas discusiones teóricas, me hicieron historiador. El intercambio, tanto serio como informal, con los compañeros socialistas me ayudó más que todo lo que había encontrado en Cambridge. No quiere esto decir que no se pueda, afortunadamente, encontrar en ocasiones algo en la universidad, sino que se trata de subrayar que los intelectuales socialistas se deben ayuda mutua. No debemos depender de instituciones, por benévolas que sean, sino tener grupos en que se hable de teoría y de historia y en que nos critiquemos mutuamente. El principio de poder hacer y recibir críticas duras es muy importante.

P. ¿Se ha continuado esta tradición alternativa en Inglaterra? ¿Es el «History Workshop» el tipo de cosa de que habla?

R. No ha pervivido exactamente de la misma manera. Desde luego la mayoría de los historiadores activos dejaron el Partido Comunista en, hacia, o después de 1956. Sólo permanecieron dos o tres de los que habían sido influyentes en el grupo originario. La nueva izquierda efectivamente formó en ocasiones agrupaciones de este tipo. Muchas cosas se trasladaron, por supuesto, a las universidades al expandirse éstas y hacerse más democráticas. Muchos excelentes seminarios recrearon algún elemento de esta tradición. El «History Workshop» de Raphael Samuel, de forma más abierta y popular, es una mutación de tipo diferente. Es otro aspecto de esta tradición. Ha cambiado y nadie entra dos veces por la misma puerta.

P. Usted llevó a cabo su propia labor en una universidad donde estableció, o ayudó a establecer, un Centro para el Estudio de Historia Social. No creo que la mayor parte de la gente de aquí conozca toda la historia de su asociación con la Universidad de Warwick ni los motivos por los que la dejó. ¿Había algún conflicto fundamental entre hacer historia y formar historiadores, y hacerlo en el marco de una universidad?

R. Es posible que yo viera tal conflicto, pero no quiero generalizar de ningún modo desde mi propio caso. Es una cuestión de carácter. Y no hago de ello una virtud. Es sólo que se crea un cierto grado de insatisfacción personal si veo que no puedo avanzar en mi trabajo. El centro fue un éxito. Creo que era un buen lugar —intelectualmente bueno— estimulante y sorprendentemente grato con respecto a los compañeros. Y sigue siendo bueno hoy. Todos nos hacemos críticas de buena calidad. Pero yo había llegado a un punto de total dedicación a él y sentía la necesidad de terminar mi propio trabajo. Fue una decisión egoísta. Pero no tiene validez general. Es en parte por carácter : soy más escritor que profesor. Y es en parte que en Gran Bretaña, probablemente más que en Estados Unidos, adquieres cierta antigüedad en la profesión y no puedes optar por un puesto más bajo en la escala de status, acompañado quizá de menos trabajo, tienes que ser catedrático o algo por el estilo, y realizar muchas tareas administrativas. Por eso según te haces mayor te ves casi forzado a dejar de ser historiador activo. Cristopher Hill ha podido evitar esto, pero ¡Dios sabe cómo!

P. ¿Cómo transmitiría ahora los «misterios del oficio»? ¿Qué

hay que hacer, en su opinión, para aprender a ser un buen historiador? ¿No hay que hacer más que ponerse a ello? ¿O pueden los maestros del oficio ofrecer indicaciones más precisas?

R. No. Le dejaría totalmente asombrado si le dijera la verdad. Acepté escribir *MEWC* porque estaba mal económicamente y un editor quería un libro de texto sobre la clase obrera inglesa de 1832 a 1945. Yo le sugerí que podía ser de 1790 a 1945 y *MEWC* es el primer capítulo. Se repite la historia de Morris. El material me cautivó. No lo planeé así desde el principio. No significa esto que no hubiera, al escribirlo, una gran cantidad de planificación consciente. Pero lo cierto es que, otra vez, el material me dominó, mucho más de lo que yo hubiera creído. Si busca una generalización tendría que decir que el historiador tiene que estar permanentemente alerta. No debe empezar un libro o un proyecto de investigación con un sentido totalmente claro de lo que va a poder hacer exactamente. El material mismo debe hablarle. Si escucha, el material mismo empezará a hablar a través de él. Y yo creo que esto ocurre.

P. ¿Por qué centró su atención en el siglo XVIII en lugar de lo que podría haber sido el segundo o tercer capítulo de una historia del movimiento obrero inglés hasta 1945?

R. Bien, en parte porque el estudio estimulante y difícil del cartismo es algo en lo que mi mujer ha estado trabajando muchos años. De modo que yo no quería entrar en ello. También habían quedado en mi cabeza un montón de problemas incompletos desde el comienzo del libro. Había ciertos aspectos del consciente popular sobre los que intenté escribir en la parte I de *MEWC* que no creía que estuvieran suficientemente develados. Estos seguían constituyendo un desafío. Y aquí viene también el aspecto positivo de la enseñanza universitaria : al estructurar los cursos en una buena escuela histórica como la de la Universidad de Warwick, intentabas presentar ciertos materiales bajo perspectivas nuevas. Ambas cosas se unieron para llevarme otra vez al siglo XVIII y a comenzar el análisis a que estoy dedicado hace diez años. Probablemente de forma mucho más consciente ahora que en los episodios anteriores; ahora soy un historiador mucho más consciente. Sé por qué busco ciertos problemas y lo que espero obtener de ellos.

P. Pero parece que hay algunas cuestiones muy urgentes sobre el último período planteadas por su trabajo. En particular lo que ocurrió a la tradición radical que usted analiza con respecto al período

precartista. ¿Consigue la industria cultural del capitalismo en avance romper la cultura de resistencia y rebelión?, etc. ¿Son estas cuestiones sobre las que piensa trabajar más tarde? ¿O cree que otras personas se están aproximando a ellas de forma inapropiada?

R. Siempre he escrito sobre esto, pero principalmente a nivel teórico. Me he presentado ante ustedes como un tipo más confuso y anglosajón de lo que en realidad soy. En Estados Unidos la gente me pregunta a menudo sobre cuestiones metodológicas. A veces creo que se utiliza la metodología en lugar de la teoría. Existe la metodología, que constituye el nivel intermedio en el que la teoría pasa a formar los métodos apropiados que van a emplearse —cuantitativos, literarios, o como sean— para poner a prueba la teoría; y también aquel en que los hallazgos empíricos se incorporan para modificar la teoría. Este nivel intermedio existe. Pero a veces la gente habla como si se pudiera tener una metodología sin teoría, o como si pudiera guardarse la teoría en un cajón cerrado de la mesa. Esto es especialmente aplicable a lo que yo he descrito como derecha ideológica. Quiero decir que la «teoría de la modernización» no es tal teoría: o es teoría enmascarada, teoría disfrazada de metodología. La teoría está guardada en el cajón y es, en este caso, pura ideología positivista, capitalista. Pero los modernizadores se niegan a admitirlo. Lo que ellos pretenden tener como «teoría» son una serie de técnicas positivistas, cuantitativas o similares.

Cuando yo sugiero que, al escribir historia de este o aquel modo, no he tomado decisiones tajantes, no significa que no haya estado continuamente absorbido en una polémica teórica sobre el desarrollo histórico. En lo que respecta a los siglos XIX y XX he intentado en varias ocasiones tratarlo en un nivel teórico. En «Las singularidades de los ingleses» había una especie de mapa esbozado y en ciertos escritos que aparecieron en la *New Left Review* en los años sesenta lo intenté. Lo que hacía era polemizar y teorizar sobre el proceso, no ponerlo a prueba. Es muy posible que si yo, u otro historiador cualquiera, aportara presupuestos con los cuales analizar, por ejemplo, el tremendo, profundo y complejo problema del imperialismo —el imperialismo británico— y su efecto sobre la clase obrera británica, una vez inmersos en la complejidad del material podría descubrirse que la teoría es inadecuada. Gareth Stedman Jones, en un brillante artículo de *The Journal of Social History* reciente, modifica de forma muy decisiva parte del conocimiento transmitido que la mayoría de noso-

tros ofrecíamos como teoría hace diez años o más. Esta es la importancia de la *verdadera* historia : no sólo pone a prueba la teoría, sino que también la reconstruye.

Pero yo ahora no me siento inclinado a avanzar cronológicamente en mi obra histórica porque hay cuestiones a las que estoy completamente dedicado que pertenecen tanto a la literatura como a la historia social del siglo XVIII. También hay una serie de trabajos teóricos y políticos que quiero hacer. Me parece que esto me tendrá ocupado unos cinco años. En lo que se refiere al siglo XX estoy convencido de que los historiadores jóvenes deben hacer esta labor porque yo estuve demasiado comprometido en algunos de sus episodios. No creo que pueda escribir sobre ellos como historiador. Puedo hacer teoría política, pero no puedo escribir sobre 1945 como historiador. Porque participé activamente en ello. Para que sea posible un análisis objetivo es necesario un cierto distanciamiento.

P. Esto plantea una cuestión que aparece en sus intercambios polémicos con Perry Anderson, en 1965, y más recientemente con Leszek Kolakowski. ¿Es la sensibilidad histórica un obstáculo para el análisis político como Anderson, al menos, parece indicar en cierto momento? ¿Puede el historiador y el polemista, el propagandista —ninguno de estos términos en sentido peyorativo— ser una y la misma persona? Y Kolakowski dice que hay algo defectuoso en considerar el presente con ojos de historiador.

R. No creo que la conciencia histórica represente un obstáculo en absoluto; es muy útil. En una o dos cuestiones puede incapacitar para comprender situaciones políticas contemporáneas. Es posible que el historiador tienda a ser demasiado generoso, porque el historiador debe aprender a atender y escuchar a grupos muy dispares de gente e intentar comprender su sistema de valores y su conciencia. Evidentemente en una situación de compromiso total no siempre puedes permitirte esa clase de generosidad. Pero si no la permites en absoluto te colocas en una especie de posición sectaria en que cometes repetidos errores de juicio en tus relaciones con otras personas. Recientemente hemos visto mucho de esto. La conciencia histórica debe ayudarnos a entender las posibilidades de transformación, las posibilidades contando con la gente. Pero esta es una afirmación muy general. Creo que lo que Anderson sugería es que yo tengo una actitud populista sentimental.

P. Sí, es verdad. Quizá yo estaba siendo generoso.

R. Lo sustancial en lo que decía es que mi especial tradición de trabajo, unido en cierta medida a la tradición crítica literaria de Raymond Williams y otros, ha puesto gran énfasis en la cultura, y Anderson estaba poniendo un nuevo énfasis en el poder. Yo creo que el primero era necesario, aunque creo también que ese énfasis se ha acercado a la cultura con algo de ceguera. Creo que este es el nudo de la cuestión. No creo que se refiera realmente a la historia, sino a tipos distintos de consciencia histórica transmitida. Si te fijas en su propia obra histórica, Anderson habla mucho de poder y estructuras, y muy poco de la cultura y la interiorización de la experiencia.

P. Anderson en sus dos volúmenes recientes sobre la transición de la esclavitud al feudalismo y al estado absolutista, escribe en un lenguaje muy distinto al suyo. En algunos momentos ni siquiera parece el lenguaje de un historiador, aun cuando escribe sobre un período de tiempo que se extiende del 1300 a. C. a 1917 d. C., quizá, creo yo, precisamente porque cubre una época tan extensa. Y para hablar también de otra cosa : entre los problemas que origina esta diferencia entre usted y Anderson sitúo yo sus objecciones al «marxismo estructural». Parece como si hubiera algo en el modo en que *dicen* las cosas los «marxistas estructurales» que produce una ceguera o una abstracción de influencia perniciosa para los propios juicios históricos o políticos. Desde luego el problema no es la forma en que se dicen las cosas. Hay algo detrás del lenguaje y la abstracción, y es este «algo» lo que constituye el problema. ¿Tiene esta clase de cuestiones algo que ver con sus diferencias o es algo menos complicado e ingenuo de lo que yo intento expresar y por ello mucho más directo y social?

R. Yo no soy de ningún modo un crítico total del marxismo estructural. Ningún marxista puede *no* ser estructuralista, en cierto sentido. De lo que se habla es de una sociedad, cuyas partes sólo pueden comprenderse en función de la totalidad. De hecho, si mira mi capítulo sobre «Explotación» en *MEWC* se dará cuenta que lo que se da —aunque yo no lo *supiera* porque en ese momento no se empleaba el término— es exactamente una versión estructuralista. De modo que no hay que confundir la cuestión del estructuralismo con mi rechazo teórico de Althusser y el estilo althusseriano.

No quiero entrar en una polémica con Perry Anderson en América, a quien considero un compañero y un pensador muy capaz, inteligente y constructivo y al cual no considero althusseriano. Ha adopta-

do ciertos conceptos y modos althusserianos, pero en mi opinión no pertenece al mismo sistema intelectual que Althusser.

P. Usted no incluyó sólo a Althusser, sin embargo, sino tam bién, en ocasiones, a Sartre y a toda la tradición parisina marxista con su lenguaje universalista. Desde luego, usted acepta que exist una relación estrecha entre las tradiciones francesa e inglesa. «Ello proponen y nosotros objetamos» dice en un momento dado, de modo que no rechaza de plano todo lo que se hace allí.

R. Hay dos cuestiones muy diferentes aquí. Una es parte d una polémica escrita con una sonrisa seca. Me refiero a la increíbl forma en que algo que uno considera prehistoria, una tradición inte lectual y educativa cartesiana y baconiana, existe aún y se ha introdu cido incluso en el marxismo. Esto es en parte una forma de polemiza humorística y en parte seria. Hemos tenido pensadores, en Inglaterra que no serían aceptados como pensadores en cualquier escuela con tinental. En particular estoy pensando en William Hazlitt y, en s propio estilo, Morris. Pero sobre todo Hazlitt es un escritor meta fórico y alusivo cuya inteligencia teórica, que es grande, está tan en mascarada por su lenguaje empírico que es muy difícil convertirla a tipo de estilo racional más lúcido y metódico que está generalment asociado a una determinada tradición francesa. Por este motivo e en parte una broma. Pero también es una broma en serio en el ser tido de que esta capacidad para la alta conceptualización y a vece para el divorcio de los conceptos de las pruebas empíricas y la tareas empíricas es más bien característica de una tradición mayorita ria de París. Esta especie de diálogo a través del canal es mu fructífero.

Pero esta es una cuestión muy diferente de la de los escritos d Althusser, que yo veo como una mutación o como una excrecenci perfectamente desarrollada del idealismo que emplea ciertos concep tos marxistas pero que intenta encerrar, totalmente, el diálogo emp rico y la crítica empírica de estos conceptos. Tiene categoría de teolo gía y entre una teología y lo que yo considero la más important tradición de Marx puede haber muy poco en común. Entonces d lo que se trata es de la razón misma : de si el marxismo es una teorí racional capaz de aceptar el diálogo con la evidencia y la crítica racio nal abierta. Si deja de ser eso, entonces es nefanda. No es sólo eso sino activamente insultante. Por eso es una cuestión de principi enfrentarse a ello.

P. Hay quienes afirman, sin embargo, que lo más ilegítimo de lo que hacen Althusser y otros participantes de la tradición marxista occidental del siglo XX es que interrogan al marxismo desde el punto de vista de una disciplina de pensamiento no-marxista. Por ello, Althusser es un «idealista» porque intenta criticar la evolución del marxismo a partir de Marx, desde la posición de pensadores franceses como Gaston Bachelard y Jacques Lacan. Esta objeción parece ser exactamente la contraria a la suya que es, si he entendido bien, que Althusser no indaga en el marxismo, cerrando así su potencial.

R. En realidad eso no es conflictivo con lo que yo digo. Usted habla de la forma de la teoría y yo de lo que es la teoría. En términos formales una de las cosas que ha ocurrido ha sido el encapsulamiento, por ejemplo de Husserl y la fenomenología, en el pensamiento de Althusser. El no aceptaría esto, pero es la verdad. De modo que en términos de forma, la manera en que Arthusser ha construido su propio sistema intelectual es en términos de esos «préstamos» de que usted habla. Pero lo que yo digo es que con estos materiales Althusser ha producido una epistemología que excluye el diálogo básico entre concepto y evidencia empírica. Tiene una teoría epistemológica total que desecha la posibilidad de someter la teoría a una crítica empírica. Cualquier crítica de este tipo se desprecia por «empiricista» o «historicista». Creo que puedo demostrarlo. Este es un momento, pues, muy peligroso y también muy irracional de la tradición marxista.

P. Usted ha dicho que, a pesar de presentarse como una «cabeza confusa» con respecto a sus primeros trabajos históricos, ha hecho no obstante decisiones teóricas y tiene opiniones teóricas. ¿Qué pensadores fueron sus principales ascendientes o inspiradores teóricos?

R. Vico, Marx, Blake, Morris; los dos últimos demuestran lo inglés que soy.

P. ¿Cuándo descubrió a Vico y qué camino le llevó hasta él?

R. Leí a Vico en Cambridge. Algo de Vico.

P. ¿Y cuál es su importancia para usted?

R. Su importancia es que es uno de esos pensadores extraordinariamente fértiles y contradictorios que —como Rousseau en cierto modo— contiene en su interior toda una serie de posibilidades de evolución intelectual diversa. Lo que sostienen la antropología contemporánea, la sociología, la historia, la economía y el marxismo, todo puede referirse al centro teórico común de Vico. Vico tenía

todas estas posibilidades, las más importantes de las cuales fuero constatadas por Marx.

Pero no creo que lo que yo busque sea exactamente una teorí acabada, en ese sentido. Creo que toda teoría es provisional. La ide de tener una teoría consistente y que abarque todo es en sí misma una herejía. Considero —aunque esto puede formar parte de una tra dición baconiana— considero la teoría como crítica, como polémica Creo firmemente en destacar el aspecto teórico de los problemas, per también creo que a veces se consigue mejor mediante el método cr tico. También esto se encuentra en Marx y Engels. No creo que esto sean los mejores textos de la tradición marxista, pero si tom *Feuerbach* o *Anti-Dühring*, se trata precisamente de teoría desarro llada como crítica. Y Marx y Engels en su correspondencia desarro llaron teorías en forma de crítica. Deberíamos practicar esto má Nada me decepcionó más de los años sesenta que el hecho de qu estuviera surgiendo toda una generación de izquierdas, y de marxi tas, cuyas flechas no rozaban siquiera los oídos de la oposición, po que hablaban en un vocabulario diferente y en otro lugar. Poca veces sometieron los productos intelectuales o ideológicos de la soci dad intelectual dominante a un examen minucioso, polémico, cr tico, del tipo que exigiera una respuesta. De ello que nos enco tremos con esta ridícula situación en la que los poderes establecido se consideran a sí mismos académicos «objetivos» y la izquierda s considera ideológica, cuando la verdad es que muchas veces pued verse claramente que la situación es la contraria.

Es un trabajo muy arduo. Parece como si desarrollar la «teoría fuera muy difícil y la crítica teórica muy fácil. No lo es.

P. ¿Y con respecto a otras figuras más actuales? ¿Quiéne fueron las influencias más importantes sobre usted entre sus contem poráneos o la generación inmediatamente anterior?

R. Las dos personas que influyeron sobre mí cuando estudi ba fueron Christopher Hill, que acababa de hacer su primer esboz de la guerra civil inglesa, y que es un teórico mucho más formida ble de lo que la gente cree. Hill ha reestructurado zonas entera de la conciencia histórica en Inglaterra. Ahora parece que siempre estuvo donde ahora se encuentra. Pero no es así. Y Christopher Cauld well, cuya obra he estado releyendo este último año o últimos dos años. Ahora veo que prácticamente un noventa por ciento de su obr hay que desecharlo, pero un diez por ciento es maravilloso, extraord

nario. Anticipa formas de pensamiento sobre la lingüística y la ideología que son posiblemente más avanzadas de las que tenemos actualmente. Su crítica literaria es terrible. Pero aquí y allá nos encontramos en ella con un tipo de crítica cultural, una comprensión de la lógica del proceso ideológico, que me influyó profundamente.

P. ¿Y Marx? En *MEWC* lo que reaparece una y otra vez no es el «capitalismo como sistema» que aparecía, de forma muy efectiva, en el ensayo de Kolakowski, sino más bien el «sistema fabril» o «industrialismo». Lo que aparece en el índice es «sistema fabril» y no «capitalismo». La noción de «fábrica» tiene la ventaja de ser concreta, contrariamente a la de capital, pero ¿cómo cree usted que se relacionan ambas nociones? ¿Son intercambiables entre sí? ¿Perfectamente o sólo con retoques? ¿Se ofrecen de acuerdo con la ocasión, pero no por motivo alguno más importante?

R. No he observado estas supuestas contradicciones, o diferencias de énfasis. No he sido consciente de ellas. Quizás alguien me las debería enseñar. Creo que el lugar donde esto se ve más claramente en *MEWC* es en el capítulo llamado «Explotación» que es en realidad, como ya he dicho, una construcción estructural, y constituye una polémica contra la historia económica ortodoxa, la cual fragmenta toda la evolución social y luego la une nuevamente en una serie de inevitables que encajan unos con otros, y también quiere presentar la explotación como una categoría del pensamiento de un historiador parcial y no como algo que en efecto ocurrió. Una vez que has conseguido hacer esto, puedes volver a algo parecido a una teoría de la modernización en la que no se ve un proceso conflictivo, una lucha de clases dialéctica, sino simplemente una exfoliación y diferenciación en un continuo proceso de industrialización, modernización, racionalización, etc.

Los conceptos críticos, que se utilizan constantemente en *MEWC,* son los de clase y lucha de clases. Yo daría primacía a éstos frente a una derivada —una derivada económica— de la noción de plusvalía, sobre la cual se construye después de todo un cuadro del capitalismo partiendo del bloque número uno, que es la plusvalía. Este método de construcción con bloques, la formación de un modelo de capitalismo como una estructura estática, es extraña a lo que yo entendía, y sigo entendiendo, de Marx. Pero es probable que yo leyera a Marx de modo ligeramente diferente al de los lectores actuales. No disponíamos de los *Grundisse,* por ejemplo. Mucho de lo que

hemos recibido de Marx procede de su correspondencia con Engels, en la que puede observárseles trabajando sobre la historia en el taller de su correspondencia. Esta da sensación de evolución. Creo que la proliferación actual de grupos de estudio del *Capital* es muy buena. Pero también que a veces lleva, en efecto, a esta idea de que existe una Teoría, con T mayúscula, que contiene bloques de construcción básicos que pueden ordenarse en una estructura estática. Y sin embargo, la epistemología de Marx es ante todo histórica. *Incluso* los marxistas pueden no ser conscientes de que conceptos tales como clase, ideología y el capitalismo mismo son conceptos históricos; es decir, no surgen de un análisis estructural estático sino de un examen de modelos repetidos que se perciben con el paso del tiempo.

P. Considerando su obra hasta la fecha, ¿cuál diría usted que es el hilo de conexión? ¿Cómo llegó el autor de la biografía de William Morris a escribir sobre los bosques de Windsor?

R. Surge de una preocupación que corre a lo largo de toda mi obra, incluso antes de que percibiera su significado totalmente. Se encuentra en el Morris, aunque encubierta, porque entonces todavía era prisionero de algunas devociones stalinistas. Esta preocupación se refiere a lo que yo considero un verdadero «silencio» en Marx, silencio que se encuentra en el área que los antropólogos llamarían sistemas de valores. No es que Marx dijera nada que haga imposible llenar este «silencio», pero hay un «silencio» en relación a reflexiones de tipo cultural y moral, a los modos en que el ser humano está imbricado en relaciones especiales, determinadas, de producción, el modo en que estas experiencias materiales se moldean en formas culturales la manera en que ciertos sistemas de valores son consonantes con ciertos modos de producción y ciertos modos de producción y relaciones de producción son inconcebibles sin sistemas de valores consonantes. Uno no depende del otro. No existe una ideología moral perteneciente a una «superestructura»; lo que hay son dos cosas que constituyen las dos caras de la misma moneda.

Esta preocupación ha estado presente siempre en mi trabajo. Me ha hecho rechazar explícitamente la metáfora «base / superestructura» y buscar otras metáforas. En mi trabajo me han interesado especialmente los valores, la cultura, el derecho, y esa zona donde la elección que se llama generalmente elección moral, se hace manifiesta. Fue la ausencia total incluso de un lenguaje para tratar la moral y los valores lo que constituyó una característica distintiva del stali

nismo. De modo que cuando fue finalmente aceptado que toda la flor de la Revolución, y prácticamente todo el mundo, había sido masacrada, los comunistas ortodoxos no encontraron otra palabra que aplicarle más que «error». Esto no me pareció una cuestión insignificante. Parecía estar en consonancia con mi propia experiencia política de la ceguera y el fracaso de relaciones, y los inmensos errores políticos que incluso comunistas consagrados y generosos habían cometido repetidamente. Habían adoptado mentalmente modelos y categorías que les conducían constantemente a repetir estas excesivas simplificaciones, estos derivados económicos extrasimplificados del comportamiento y las motivaciones humanas.

Este se convirtió en un problema teórico esencial para mí. Cuando algunos de mis compañeros estaban reexaminando toda la historia del comunismo y el stalinismo en busca de claves teóricas, estratégicas e incluso tácticas, yo permanecía anonadado por el problema de la degeneración del vocabulario teórico de la principal corriente del marxismo ortodoxo : el empobrecimiento de su sensibilidad, la primacía de categorías que negaban la existencia efectiva (en la historia o en el presente) de una conciencia moral, la exclusión (si quiere) de toda una zona de pasión imaginativa que informa los últimos trabajos de William Morris. Y sin embargo, William Morris era un materialista histórico, profundamente influido por Marx; era, en cierto sentido, el primer marxista importante en lengua inglesa. De modo que todo se unió. La defensa de la tradición de Morris (que todavía llevo a cabo) implicaba una resistencia de principio al stalinismo. Pero *no* suponía oposición al marxismo; más bien lo que suponía era una rehabilitación de categorías y vocabulario perdidos de la tradición marxista. Pero este «vocabulario» de Marx estaba formado en parte por silencios: supuestos no articulados y reflexiones no conscientes. En *MEWC* intenté darle voz a ese silencio y —espero que con creciente conciencia teórica— esta sigue siendo una de las preocupaciones centrales de mis trabajos históricos y políticos.

En el caso de *Whigs and Hunters* y *Albion's Fatal Tree* no sólo me ocupo en recuperar evidencia olvidada de la lucha de clases, también me preocupa mucho la estructura del dominio, el ritual de la pena capital, la hegemonía de la ley. En *Customs in Commom* —mi libro inconcluso de estudios de historia social del siglo XVIII— sobre el paternalismo, el motín, el cerramiento y los derechos del común, y sobre varias formas de rito populares, lo que me preocupa

son las sanciones económicas y las reglas invisibles que gobiernan el comportamiento con tanta fuerza como la fuerza armada, el terror al patíbulo o el dominio económico. En un sentido, lo que examino es aún «moral» y sistemas de valores, como en el caso de la economía moral de la multitud en los motines de subsistencias o como en el *charivari* ritual : pero no en la forma clásica «liberal» —como zonas de «libre elección» divorciadas de la economía— ni tampoco como en un modo clásico sociológico o antropológico, según el cual las sociedades y las economías son consideradas independientes de los sistemas de valores. Lo que yo examino es la dialéctica de la interacción, la dialéctica entre «economía» y «valores». Esta preocupación es encuentra en todo mi trabajo histórico y político.

De forma muy interesante, en la ideología capitalista occidental también se perdió por completo un vocabulario de acción y elección moral. Parsons y Smelser son ejemplos perfectos. Pero pueden encontrarse muchos ejemplos contemporáneos, en los que existe un concepto de maximalización del desarrollo productivo como motor interno de la máquina tras la cual se arrastra la gente. Este aspecto siempre ha sido central en mi trabajo y supongo que, si algo contribuyo a la suma del entendimiento, es esta mi especial contribución. Por eso no estoy particularmente interesado en los conceptos antropológicos que puedan aducirse para el examen de normas de tipo no-económico.

El mal que produjo el capitalismo avanzado, y que hizo la sociedad comercial, fue definir las relaciones humanas como principalmente económicas. Marx trató sobre economía política ortodoxa y propuso al hombre económico revolucionario como respuesta al hombre económico explotado. Pero también está implícito, particularmente en el primer Marx, que el daño está en definir al hombre como «económico». Esta clase de crítica al capitalismo industrial se encuentra en Blake y Wordsworth muy explícitamente y está aún presente en Morris, y es totalmente complementaria, de ningún modo conflictiva, con la tradición marxista. En esto trabajo también ahora. De hecho, quizá lo que termine próximamente sean mis trabajos sobre Blake y Wordsworth, porque creo que esta crítica total al utilitarismo burgués en el momento de su pleno florecimiento en la revolución industrial sigue siendo fértil, y yo quiero recobrarla.

P. ¿De modo que podemos esperar un libro sobre, o al menos un análisis de, Blake y Wordsworth?

R. Sobre ello han versado principalmente mis clases en Estados Unidos. La parte de Blake está casi acabada, un estudio breve de la tradición antinómica.

P. Yo tengo especial interés en *Customs in Common.*

R. También está muy avanzado.

Queda una cuestión sobre su impresión de que hay una especie de silencio en mis escritos con respecto a análisis económicos serios. Esto es en parte consecuencia de formarte tu propia idea de lo que puede ser la propia contribución, sintiéndote simultáneamente parte de un «colectivo». ¿Comprende? Tengo camaradas y compañeros como John Saville y Eric Hobsbawn y muchos otros, que son historiadores económicos muy sólidos. Son mejores en este sentido que yo, de modo que tiendo a suponer que mi trabajo se sitúa en un planteamiento más amplio. Exactamente el mismo problema surge de mis escritos políticos. Si formas parte de un grupo colectivo en el que uno escribe sobre los servicios sociales, otro sobre educación, otro sobre imperialismo, tiendes a pensar que ese trabajo acompaña al propio y te concentras en lo que haces mejor. Y, sin embargo, cuando se extrae la parte del total, puede parecer que estás curiosamente divorciado, cuando realmente nunca lo has sentido así, de los demás análisis.

P. No escuchamos la totalidad del diálogo.

R. Exactamente. Lo que se necesita es volver al discurso colectivo otra vez. Necesitamos revistas de historia radical y todo eso, pero también necesitamos revistas de tendencias amplias a las que contribuyan y en las que polemicen entre ellos historiadores, filósofos, economistas y activistas políticos. Creo que es posible hacerlo. Después de todo hay suficientes personas. Lo que los socialistas no deben nunca hacer es permitirse depender enteramente de instituciones establecidas: casas editoras, medios de comunicación comerciales, universidades, fundaciones. No quiero decir que todas estas instituciones sean represivas : desde luego pueden hacerse en ellas muchas cosas positivas. Pero los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo : sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; lugares donde sea dura la crítica y la autocrítica, pero también de ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos, lugares que prefiguren en cierto modo la sociedad del futuro.

ÍNDICE